JANE AUSTEN

SENTIDO Y SENSIBILIDAD





Biblioteca gratuita
talcaldeg.github.io/fenix

Sentido y sensibilidad

Jane Austen

Traducción de Proyecto Fénix

Edición al cuidado de Proyecto Fénix

Proyecto Fénix

Portada: Thomas Gainsborough, «Las hijas del pintor con un gato», h. 1760-1761 (dominio público, Wikimedia Commons).

Índice

Nota de esta edición 7

Capítulo I 8
Capítulo II 13
Capítulo III 19
Capítulo IV 24
Capítulo V 30
Capítulo VI 33
Capítulo VII 37
Capítulo VIII 41
Capítulo IX 45
Capítulo X 51
Capítulo XI 58
Capítulo XII 63
Capítulo XIII 68
Capítulo XIV 75
Capítulo XV 80
Capítulo XVI 88
Capítulo XVII 95
Capítulo XVIII 101
Capítulo XIX 106
Capítulo XX 115
Capítulo XXI 123

Capítulo XXII 132
Capítulo XXIII 141
Capítulo XXIV 148
Capítulo XXV 155
Capítulo XXVI 161
Capítulo XXVII 169
Capítulo XXVIII 177
Capítulo XXIX 182
Capítulo XXX 194
Capítulo XXXI 203
Capítulo XXXII 214
Capítulo XXXIII 222
Capítulo XXXIV 231
Capítulo XXXV 239
Capítulo XXXVI 247
Capítulo XXXVII 256
Capítulo XXXVIII 269
Capítulo XXXIX 278
Capítulo XL 284
Capítulo XLI 292
Capítulo XLII 300
Capítulo XLIII 306
Capítulo XLIV 316
Capítulo XLV 332
Capítulo XLVI 339
Capítulo XLVII 348
Capítulo XLVIII 356

Capítulo XLIX 360
Capítulo L 373

Nota de esta edición

Jane Austen publicó *Sense and Sensibility*, su primera novela, en Londres en 1811, en tres tomos y sin su nombre («By a Lady»), en la casa de Thomas Egerton. Esta es una traducción nueva de Proyecto Fénix, hecha directamente del inglés según el texto de Project Gutenberg (libro n.º 161), que reproduce la novela completa en sus cincuenta capítulos, numerados de corrido como en esa edición y sin la división en tomos.

Se tradujo cada oración del original, sin resumir ni añadir nada. Los nombres de personas y lugares se dejan en inglés; los diálogos van entre comillas, y los tratamientos de «tú» y «usted» siguen el trato que se dan los personajes según su parentesco y su confianza.

La traducción se preparó con ayuda de inteligencia artificial y se revisó contra el original inglés. Si encuentras un error, puedes avisarlo desde el sitio de Proyecto Fénix.

El texto de Jane Austen es de dominio público. Traducción de Proyecto Fénix, 2026, con licencia CC BY-NC-SA 4.0: se puede copiar y difundir gratis, con crédito y sin fines de lucro.

Capítulo I

La familia Dashwood llevaba mucho tiempo establecida en Sussex. Su hacienda era extensa, y su residencia estaba en Norland Park, en el centro de su propiedad, donde, durante muchas generaciones, habían vivido de manera tan respetable que se habían ganado la buena opinión general de cuantos los conocían en los alrededores. El último dueño de esta hacienda fue un hombre soltero, que vivió hasta una edad muy avanzada y que, durante muchos años de su vida, tuvo en su hermana una compañera y ama de casa constante. Pero la muerte de ella, ocurrida diez años antes que la suya, produjo una gran alteración en su hogar; pues, para suplir su pérdida, invitó y recibió en su casa a la familia de su sobrino, el señor Henry Dashwood, heredero legítimo de la hacienda de Norland y la persona a quien se proponía legarla. En compañía de su sobrino y de la esposa de este, y de los hijos de ambos, los días del anciano caballero transcurrieron plácidamente. Su afecto por todos ellos fue en aumento. La constante atención del señor y la señora Henry Dashwood a sus deseos, que no nacía meramente del interés, sino de la bondad de corazón, le procuró todo el bienestar sólido que su edad podía recibir; y la alegría de los niños añadió un gusto nuevo a su existencia.

De un matrimonio anterior, el señor Henry Dashwood tenía un hijo; de su actual esposa, tres hijas. El hijo, un joven formal y respetable, estaba ampliamente provisto gracias a la fortuna de su madre, que había sido cuantiosa, y la mitad de la cual pasó a él al alcanzar la mayoría de edad. Con su propio matrimonio, además, celebrado poco después, aumentó su riqueza. Para él, por lo tanto, la sucesión de la hacienda de Norland no era en realidad tan importante como para sus hermanas; pues la fortuna de estas, independientemente de lo que pudiera corresponderles por heredar su padre aquella propiedad, no po-

día ser sino pequeña. Su madre no tenía nada, y su padre solo siete mil libras a su libre disposición; pues la otra mitad de la fortuna de su primera esposa estaba asegurada también para el hijo de ella, y él solo tenía su usufructo vitalicio.

El anciano caballero murió: se leyó su testamento y, como casi todos los testamentos, dio tanta decepción como alegría. No fue tan injusto ni tan ingrato como para dejar su hacienda fuera del alcance de su sobrino; pero se la dejó en condiciones tales que destruían la mitad del valor del legado. El señor Dashwood la había deseado más por su esposa y sus hijas que por sí mismo o por su hijo; pero a su hijo, y al hijo de su hijo, un niño de cuatro años, quedó asegurada de tal modo que a él no le quedaba facultad alguna para proveer a quienes le eran más queridos, y que más necesitaban que se les proveyera, ya fuera mediante un gravamen sobre la hacienda o mediante la venta de sus valiosos bosques. Todo quedó vinculado en beneficio de este niño, quien, en sus visitas ocasionales a Norland con su padre y su madre, se había ganado de tal manera el afecto de su tío abuelo, con encantos que en absoluto son raros en los niños de dos o tres años (una pronunciación imperfecta, un vivo deseo de salirse con la suya, muchas travesuras astutas y una gran cantidad de ruido), que pesaron más que todo el valor de todas las atenciones que, durante años, había recibido de la esposa de su sobrino y de las hijas de esta. No quiso, sin embargo, ser desconsiderado, y, como muestra de su afecto por las tres muchachas, les dejó mil libras a cada una.

La decepción del señor Dashwood fue, al principio, grande; pero era de carácter alegre y optimista, y podía razonablemente esperar vivir muchos años y, viviendo con economía, ahorrar una suma considerable de las rentas de una hacienda ya extensa y susceptible de mejoras casi inmediatas. Pero la fortuna, que tanto había tardado en llegar, fue suya solo durante doce meses. No sobrevivió más tiempo a su tío; y diez mil libras, incluidos los recientes legados, fue todo lo que quedó para su viuda y sus hijas.

Mandaron llamar a su hijo en cuanto se supo que estaba en peligro, y a él le encomendó el señor Dashwood, con toda la fuerza y la insistencia de que la enfermedad le permitía disponer, los intereses de su madrastra y sus hermanas.

El señor John Dashwood no tenía los sentimientos intensos del resto de la familia; pero lo conmovió una recomendación de tal naturaleza en semejante momento, y prometió hacer cuanto estuviera en su mano para que vivieran con holgura. Su padre se tranquilizó con esa seguridad, y el señor John Dashwood tuvo entonces tiempo para considerar cuánto podría estar prudentemente en su mano hacer por ellas.

No era un joven de mala índole, a menos que ser bastante frío de corazón y bastante egoísta sea tener mala índole; y era, en general, muy respetado, pues se conducía con corrección en el desempeño de sus deberes ordinarios. De haberse casado con una mujer más amable, quizá habría llegado a ser aún más respetable de lo que era; incluso podría haber llegado a ser amable él mismo, pues era muy joven cuando se casó y quería mucho a su esposa. Pero la señora de John Dashwood era una fuerte caricatura de él mismo: más estrecha de miras y más egoísta.

Cuando hizo la promesa a su padre, meditó para sus adentros aumentar la fortuna de sus hermanas con el regalo de mil libras a cada una. Entonces se creyó realmente capaz de ello. La perspectiva de cuatro mil libras al año, además de sus ingresos actuales, sin contar la mitad restante de la fortuna de su propia madre, le caldeó el corazón y lo hizo sentirse capaz de generosidad. «Sí, les daría tres mil libras: ¡sería un gesto generoso y espléndido! Bastaría para dejarlas completamente desahogadas. ¡Tres mil libras! Podía desprenderse de una suma tan considerable sin mayor inconveniente». Pensó en ello todo el día, y durante muchos días seguidos, y no se arrepintió.

Apenas terminado el funeral de su padre, la señora de John Dashwood, sin avisar de su intención a su suegra, llegó con su hijo y sus criados. Nadie podía discutirle el derecho a venir; la casa era de su ma-

rido desde el momento del fallecimiento del padre de este; pero la falta de delicadeza de su conducta era por eso mismo tanto mayor, y a una mujer en la situación de la señora Dashwood, aun con sentimientos corrientes, le habría resultado sumamente desagradable; pero en el ánimo de *ella* había un sentido del honor tan agudo, una generosidad tan novelesca, que cualquier ofensa de esa clase, la hiciera o la recibiera quien fuese, era para ella fuente de una repugnancia inamovible. La señora de John Dashwood nunca había gozado del aprecio de ninguno de los miembros de la familia de su marido; pero hasta ese momento no había tenido ocasión de mostrarles con cuán poca consideración por la comodidad de los demás era capaz de actuar cuando la ocasión lo requería.

Tan intensamente sintió la señora Dashwood este comportamiento descortés, y tan profundamente despreció por él a su nuera, que, a la llegada de esta, habría abandonado la casa para siempre si los ruegos de su hija mayor no la hubieran inducido primero a reflexionar sobre la conveniencia de marcharse, y si su propio tierno amor por sus tres hijas no la hubiera decidido después a quedarse y, por el bien de ellas, evitar una ruptura con su hermano.

Elinor, esta hija mayor, cuyo consejo resultó tan eficaz, poseía una solidez de entendimiento y una serenidad de juicio que la capacitaban, pese a tener solo diecinueve años, para ser la consejera de su madre, y le permitían con frecuencia contrarrestar, en beneficio de todas, aquel ardor de espíritu de la señora Dashwood que por lo general la habría llevado a la imprudencia. Tenía un corazón excelente; su carácter era afectuoso y sus sentimientos intensos; pero sabía gobernarlos: era un saber que su madre aún tenía que aprender, y que una de sus hermanas había resuelto que nunca se le enseñaría.

Las aptitudes de Marianne eran, en muchos aspectos, del todo iguales a las de Elinor. Era sensata e inteligente, pero vehemente en todo: sus penas, sus alegrías, no conocían la moderación. Era generosa, amable, interesante: era todo menos prudente. El parecido entre ella y su

madre era asombrosamente grande.

Elinor veía con inquietud el exceso de sensibilidad de su hermana; pero la señora Dashwood lo valoraba y lo fomentaba. Ahora se alentaban la una a la otra en la violencia de su aflicción. La agonía de dolor que las había abrumado al principio era renovada voluntariamente, buscada, creada una y otra vez. Se entregaron por entero a su pena, buscando aumentar su desdicha en cada reflexión que pudiera proporcionarlo, y resueltas a no admitir jamás consuelo en el futuro. Elinor también estaba profundamente afligida; pero aun así podía luchar, podía esforzarse. Podía consultar con su hermano, recibir a su cuñada a su llegada y tratarla con la debida atención; y podía procurar animar a su madre a un esfuerzo semejante y alentarla a una semejante contención.

Margaret, la otra hermana, era una muchacha de buen humor y buena índole; pero como ya se había empapado bastante del romanticismo de Marianne, sin tener mucho de su sensatez, no prometía, a los trece años, igualar a sus hermanas en una edad más avanzada.

Capítulo II

La señora de John Dashwood se instaló entonces como señora de Norland; y su suegra y sus cuñadas quedaron degradadas a la condición de visitas. Como tales, sin embargo, ella las trataba con tranquila cortesía, y su marido con toda la amabilidad que podía sentir hacia alguien que no fuera él mismo, su esposa y su hijo. Él les insistió de veras, con cierta vehemencia, en que consideraran Norland su hogar; y, como ningún plan le pareció a la señora Dashwood tan conveniente como quedarse allí hasta poder procurarse una casa en las cercanías, la invitación fue aceptada.

Permanecer en un lugar donde todo le recordaba sus antiguas dichas era exactamente lo que convenía a su ánimo. En épocas de alegría, ningún carácter podía ser más alegre que el suyo, ni poseer en mayor grado esa confiada esperanza de felicidad que es la felicidad misma. Pero en la pena tenía que dejarse arrastrar igualmente por su imaginación, y quedaba tan lejos de todo consuelo como en el placer quedaba lejos de toda mezcla de pesar.

La señora de John Dashwood no aprobaba en absoluto lo que su marido se proponía hacer por sus hermanas. Quitar tres mil libras de la fortuna de su querido niñito sería empobrecerlo en el grado más espantoso. Le rogó que volviera a pensar en el asunto. ¿Cómo podría justificar ante sí mismo despojar a su hijo, y a su único hijo además, de una suma tan grande? ¿Y qué derecho podían tener las señoritas Dashwood, que eran parientes suyas solo por parte de padre, lo cual ella no consideraba parentesco alguno, a una generosidad de tanta cuantía? Era bien sabido que nunca se suponía que existiera afecto entre los hijos de un hombre nacidos de distintos matrimonios; ¿y por qué había de arruinarse él, y arruinar a su pobre pequeño Harry, regalando todo su dinero a sus medio hermanas?

«Fue el último ruego que me hizo mi padre», respondió su marido, «que ayudara a su viuda y a sus hijas».

«No sabía lo que decía, me atrevo a asegurarlo; apuesto diez contra uno a que en ese momento deliraba. De haber estado en su sano juicio, no se le habría ocurrido algo semejante como pedirte que le quitaras a tu propio hijo la mitad de tu fortuna para regalarla».

«No estipuló ninguna suma en particular, querida Fanny; solo me pidió, en términos generales, que las ayudara e hiciera su situación más holgada de lo que él podía hacerla. Quizá habría sido mejor que lo hubiera dejado enteramente en mis manos. Difícilmente podía suponer que yo las descuidaría. Pero como exigió la promesa, no pude hacer menos que dársela; al menos así lo pensé en ese momento. La promesa, por lo tanto, se dio, y debe cumplirse. Algo hay que hacer por ellas cuando dejen Norland y se instalen en un nuevo hogar».

«Bien, entonces, que se haga *algo* por ellas; pero *ese* algo no tiene por qué ser tres mil libras. Considera», añadió, «que una vez que uno se desprende del dinero, ya nunca puede volver. Tus hermanas se casarán y se habrá ido para siempre. Si al menos pudiera devolvérsele a nuestro pobre niñito...».

«Pues, desde luego», dijo su marido, muy serio, «eso supondría una gran diferencia. Puede llegar el momento en que Harry lamente que se haya cedido una suma tan grande. Si tuviera una familia numerosa, por ejemplo, sería un complemento muy oportuno».

«Desde luego que lo sería».

«Quizá, entonces, sería mejor para todos que la suma se redujera a la mitad. ¡Quinientas libras supondrían un aumento prodigioso de su fortuna!».

«¡Oh!, ¡más que grandísimo! ¿Qué hermano en el mundo haría la mitad de eso por sus hermanas, aunque fueran *de verdad* sus hermanas? Y en este caso... ¡solo por parte de padre! ¡Pero tú tienes un espíritu tan generoso!».

«No quisiera hacer nada mezquino», respondió él. «En estas ocasio-

nes, uno prefiere hacer demasiado antes que demasiado poco. Nadie, al menos, podrá pensar que no he hecho bastante por ellas: ni siquiera ellas mismas pueden esperar más».

«No hay manera de saber lo que *ellas* puedan esperar», dijo la dama, «pero no hemos de pensar en sus expectativas: la cuestión es qué puedes permitirte hacer tú».

«Desde luego; y creo que puedo permitirme darles quinientas libras a cada una. Así como están las cosas, sin añadido alguno de mi parte, cada una tendrá unas tres mil libras a la muerte de su madre: una fortuna muy holgada para cualquier joven».

«Desde luego que lo es; y, de hecho, se me ocurre que no necesitan añadido alguno. Tendrán diez mil libras repartidas entre ellas. Si se casan, seguro que harán un buen matrimonio, y si no, pueden vivir todas juntas muy holgadamente con los intereses de diez mil libras».

«Eso es muy cierto, y, por lo tanto, no sé si, bien mirado, no sería más aconsejable hacer algo por su madre mientras viva, en lugar de por ellas; algo del tipo de una renta vitalicia, quiero decir. Mis hermanas sentirían sus buenos efectos tanto como ella. Cien libras al año les darían a todas una holgura perfecta».

Su esposa, sin embargo, vaciló un poco antes de dar su consentimiento a este plan.

«Desde luego», dijo, «es mejor que desprenderse de mil quinientas libras de una vez. Pero, claro, si la señora Dashwood viviera quince años, saldríamos completamente engañados».

«¡Quince años!, querida Fanny; su vida no puede valer ni la mitad de ese plazo».

«Desde luego que no; pero, si te fijas, la gente vive siempre eternamente cuando hay que pagarle una renta vitalicia; y ella es muy robusta y sana, y apenas tiene cuarenta años. Una renta vitalicia es un asunto muy serio; vuelve una y otra vez cada año, y no hay manera de librarse de ella. No te das cuenta de lo que haces. Yo sé muy bien las molestias que dan las rentas vitalicias; porque a mi madre la cargó el

testamento de mi padre con el pago de tres a unos viejos criados jubilados, y es asombroso lo desagradable que le resultó. Dos veces al año había que pagar esas rentas; y luego estaba la molestia de hacérselas llegar; y luego se dijo que uno de ellos había muerto, y después resultó que no era nada de eso. Mi madre acabó harta. Sus ingresos no eran suyos, decía, con semejantes reclamaciones perpetuas sobre ellos; y fue tanto más desconsiderado por parte de mi padre cuanto que, de no ser por eso, el dinero habría estado enteramente a disposición de mi madre, sin restricción alguna. Me ha dado tal aborrecimiento por las rentas vitalicias, que estoy segura de que no me ataría al pago de una por nada del mundo».

«Es sin duda una cosa desagradable», respondió el señor Dashwood, «tener esa clase de sangrías anuales en los ingresos de uno. La fortuna de uno, como dice con razón tu madre, *no* es de uno. Estar atado al pago regular de semejante suma, cada día de cobro de rentas, no es en absoluto deseable: le quita a uno la independencia».

«Indudablemente; y, después de todo, no te lo agradecen. Se creen seguras, tú no haces más de lo que se espera, y no despierta gratitud alguna. Si yo fuera tú, cualquier cosa que hiciera la haría enteramente a mi discreción. No me comprometería a darles nada anualmente. Puede que algunos años resulte muy inconveniente quitar cien libras, o incluso cincuenta, de nuestros propios gastos».

«Creo que tienes razón, amor mío; será mejor que en este caso no haya renta vitalicia; lo que yo pueda darles de vez en cuando les será de mucha más ayuda que una asignación anual, porque no harían más que ampliar su tren de vida si se sintieran seguras de tener mayores ingresos, y al final del año no serían ni seis peniques más ricas. Será sin duda la mejor manera, con mucho. Un regalo de cincuenta libras, de vez en cuando, evitará que jamás pasen apuros de dinero y será, creo, cumplir con creces la promesa que le hice a mi padre».

«Desde luego que lo será. A decir verdad, estoy íntimamente convencida de que tu padre no tenía idea de que les dieras dinero alguno.

La ayuda en que pensaba, me atrevo a asegurarlo, era solo la que razonablemente podía esperarse de ti; por ejemplo, buscarles una casita cómoda, ayudarlas a trasladar sus cosas, y enviarles regalos de pescado y caza, y cosas por el estilo, cuando sea temporada. Me juego la vida a que no quiso decir nada más; de hecho, sería muy extraño y poco razonable que así fuera. Considera tan solo, mi querido señor Dashwood, con qué extraordinaria holgura pueden vivir tu madrastra y sus hijas con los intereses de siete mil libras, además de las mil libras que pertenecen a cada una de las muchachas, que les rinden cincuenta libras al año a cada una, y con ellas, naturalmente, le pagarán a su madre la manutención. En total, tendrán quinientas libras al año entre todas, ¿y qué más pueden necesitar en el mundo cuatro mujeres? ¡Vivirán con tan poco! Los gastos de la casa no serán nada en absoluto. No tendrán coche ni caballos, y apenas criados; no recibirán a nadie, ¡y no pueden tener gastos de ninguna clase! ¡Imagínate lo holgadas que estarán! ¡Quinientas libras al año! Estoy segura de que no logro imaginar cómo gastarán la mitad; y en cuanto a darles tú más, es completamente absurdo pensarlo. Ellas estarán mucho más en condiciones de darte algo a *ti*».

«A fe mía», dijo el señor Dashwood, «creo que tienes toda la razón. Mi padre, sin duda, no pudo querer decir con su ruego nada más que lo que tú dices. Ahora lo entiendo claramente, y cumpliré estrictamente mi compromiso con actos de ayuda y amabilidad como los que has descrito. Cuando mi madre se mude a otra casa, ofreceré de buen grado mis servicios para acomodarla en lo que pueda. Quizá algún pequeño regalo de muebles sea bien recibido entonces».

«Desde luego», repuso la señora de John Dashwood. «Pero, con todo, hay que considerar *una* cosa. Cuando tu padre y tu madrastra se mudaron a Norland, aunque los muebles de Stanhill se vendieron, toda la porcelana, la plata y la ropa blanca se conservaron, y ahora le quedan a tu madrastra. Su casa estará, por lo tanto, casi completamente amueblada en cuanto la ocupe».

«Esa es sin duda una consideración importante. ¡Un legado valioso, en verdad! Y, sin embargo, algo de la plata habría sido un complemento muy agradable para lo que tenemos aquí».

«Sí; y el juego de porcelana del desayuno es dos veces más bonito que el de esta casa. Demasiado bonito, en mi opinión, para cualquier lugar donde *ellas* puedan permitirse vivir. Pero, en fin, así son las cosas. Tu padre solo pensó en *ellas*. Y debo decir esto: que no le debes ninguna gratitud especial ni atención a sus deseos; porque sabemos muy bien que, si hubiera podido, les habría dejado casi todo lo que hay en el mundo a *ellas*».

Este argumento fue irresistible. Dio a sus intenciones toda la firmeza que antes les faltaba; y resolvió finalmente que sería absolutamente innecesario, si no sumamente indecoroso, hacer por la viuda y las hijas de su padre más que esa clase de favores de buen vecino que su propia esposa había señalado.

Capítulo III

La señora Dashwood permaneció en Norland varios meses; no por desgana alguna de mudarse cuando la vista de cada rincón conocido dejó de suscitar la violenta emoción que le produjo durante un tiempo; pues cuando su ánimo empezó a revivir, y su espíritu se hizo capaz de otro esfuerzo que el de acrecentar su aflicción con recuerdos melancólicos, se impacientó por marcharse, y fue infatigable en sus averiguaciones en busca de una vivienda adecuada en las cercanías de Norland; pues alejarse mucho de aquel lugar amado era imposible. Pero no supo de ninguna que a la vez respondiera a sus ideas de comodidad y holgura y se ajustara a la prudencia de su hija mayor, cuyo juicio más firme rechazó, por demasiado grandes para sus ingresos, varias casas que su madre habría aprobado.

La señora Dashwood había sido informada por su marido de la solemne promesa que su hijo había hecho en favor de ellas, y que había dado consuelo a sus últimas reflexiones terrenales. Ella no dudaba de la sinceridad de esa garantía más de lo que él mismo había dudado, y pensaba en ella con satisfacción por el bien de sus hijas, aunque, en lo que a ella respectaba, estaba persuadida de que una provisión mucho menor que siete mil libras le bastaría para vivir con desahogo. Por el bien de su hermano también, por el bien de su propio corazón, se alegraba; y se reprochaba haber sido antes injusta con sus méritos al creerlo incapaz de generosidad. Su comportamiento atento con ella y con sus hermanas la convenció de que el bienestar de todas le era querido, y, durante mucho tiempo, confió firmemente en la liberalidad de sus intenciones.

El desprecio que, muy al principio de su trato, había sentido por su nuera aumentó mucho con el mayor conocimiento de su carácter que le proporcionó medio año de residencia con su familia; y tal vez, pese

a todas las consideraciones de cortesía o afecto maternal por parte de la primera, a las dos damas les habría resultado imposible vivir juntas tanto tiempo, de no haberse producido una circunstancia particular que hacía aún más conveniente, según la opinión de la señora Dashwood, que sus hijas continuaran en Norland.

Esta circunstancia fue el creciente afecto entre su hija mayor y el hermano de la señora de John Dashwood, un joven caballeroso y agradable, que les fue presentado poco después de que su hermana se estableciera en Norland, y que desde entonces había pasado allí la mayor parte de su tiempo.

Algunas madres podrían haber fomentado esa intimidad por motivos de interés, pues Edward Ferrars era el hijo mayor de un hombre que había muerto muy rico; y otras podrían haberla reprimido por motivos de prudencia, pues, salvo una suma insignificante, toda su fortuna dependía de la voluntad de su madre. Pero a la señora Dashwood no la influía ni una ni otra consideración. Le bastaba con que él pareciera amable, con que amara a su hija y con que Elinor le correspondiera en su inclinación. Era contrario a todas sus doctrinas que la diferencia de fortuna separase a una pareja atraída por la semejanza de carácter; y que los méritos de Elinor no fueran reconocidos por todo el que la conociera era, para su entendimiento, imposible.

Edward Ferrars no se ganó su buena opinión por ninguna gracia especial de su persona o de su trato. No era apuesto, y sus modales requerían intimidad para resultar agradables. Era demasiado retraído para hacerse justicia a sí mismo; pero cuando superaba su timidez natural, su comportamiento daba todas las muestras de un corazón franco y afectuoso. Tenía buen entendimiento, y su educación lo había mejorado sólidamente. Pero ni sus aptitudes ni su carácter lo hacían apto para responder a los deseos de su madre y su hermana, que anhelaban verlo distinguirse como... apenas sabían qué. Querían que hiciera un gran papel en el mundo de una manera u otra. Su madre deseaba interesarlo en los asuntos políticos, hacerlo entrar en el Parlamento, o ver-

lo relacionado con algunos de los grandes hombres del momento. La señora de John Dashwood lo deseaba igualmente; pero entretanto, hasta que pudiera alcanzarse una de estas bendiciones superiores, habría aplacado su ambición verlo conducir una calesa. Pero Edward no tenía inclinación por los grandes hombres ni por las calesas. Todos sus deseos se centraban en la comodidad doméstica y la tranquilidad de la vida privada. Por fortuna, tenía un hermano menor que prometía más.

Edward llevaba varias semanas alojado en la casa antes de que atrajera mucho la atención de la señora Dashwood; pues ella se encontraba, por entonces, en tal aflicción que la volvía indiferente a cuanto la rodeaba. Solo vio que era callado y discreto, y le agradó por ello. No perturbaba la desdicha de su espíritu con conversaciones inoportunas. Lo que la movió por primera vez a observarlo y aprobarlo más fue una reflexión que Elinor hizo por casualidad un día sobre la diferencia entre él y su hermana. Era un contraste que lo recomendaba con la mayor fuerza ante su madre.

«Basta», dijo ella; «basta con decir que no se parece a Fanny. Eso implica todo lo amable. Ya lo quiero».

«Creo que te agradará», dijo Elinor, «cuando lo conozcas más».

«¡Agradarme!», respondió su madre con una sonrisa. «No siento ningún sentimiento de aprobación inferior al amor».

«Puedes estimarlo».

«Nunca he sabido todavía lo que es separar la estima del amor».

La señora Dashwood se esforzó entonces por conocerlo. Sus modales eran cautivadores y pronto disiparon la reserva de él. Comprendió rápidamente todos sus méritos; la convicción de su afecto por Elinor quizá ayudó a su perspicacia; pero de veras se sintió segura de su valía: e incluso aquella tranquilidad de modales, que contradecía todas sus ideas establecidas de cómo debía ser el trato de un joven, dejó de parecerle falta de interés cuando supo que su corazón era cálido y su carácter afectuoso.

Apenas percibió algún síntoma de amor en su comportamiento con

Elinor, consideró seguro un afecto serio entre ambos y esperó su matrimonio como algo que se acercaba rápidamente.

«Dentro de unos meses, mi querida Marianne», dijo, «Elinor estará, con toda probabilidad, establecida para toda la vida. La echaremos de menos; pero *ella* será feliz».

«¡Oh, mamá!, ¿cómo nos arreglaremos sin ella?».

«Amor mío, apenas será una separación. Viviremos a pocas millas una de otra, y nos veremos todos los días de nuestra vida. Ganarás un hermano, un hermano verdadero y afectuoso. Tengo la más alta opinión del mundo del corazón de Edward. Pero te veo seria, Marianne; ¿desapruebas la elección de tu hermana?».

«Quizá», dijo Marianne, «la considere con cierta sorpresa. Edward es muy amable, y lo quiero tiernamente. Pero aun así... no es la clase de joven... le falta algo... su figura no llama la atención; no tiene nada de esa gracia que yo esperaría en el hombre capaz de enamorar seriamente a mi hermana. A sus ojos les falta todo ese espíritu, ese fuego, que anuncian a la vez la virtud y la inteligencia. Y además de todo esto, me temo, mamá, que no tiene verdadero gusto. La música apenas parece atraerlo, y aunque admira mucho los dibujos de Elinor, no es la admiración de alguien que sepa entender su valor. Es evidente, a pesar de lo a menudo que la acompaña mientras dibuja, que en realidad no sabe nada de la materia. Admira como enamorado, no como entendido. Para satisfacerme a mí, esos dos caracteres tienen que estar unidos. No podría ser feliz con un hombre cuyo gusto no coincidiera en todo con el mío. Tiene que compartir todos mis sentimientos; los mismos libros, la misma música, deben encantarnos a ambos. ¡Oh, mamá!, ¡qué falto de espíritu, qué insulso fue el modo en que Edward nos leyó anoche! Sufrí muchísimo por mi hermana. Y sin embargo ella lo soportó con tanta compostura que apenas pareció notarlo. A mí me costaba mantenerme sentada. ¡Oír esos hermosos versos, que tantas veces casi me han enloquecido, pronunciados con una calma tan impenetrable, con una indiferencia tan espantosa!». «Sin duda habría hecho

más justicia a una prosa sencilla y elegante. Así lo pensé en ese momento; pero tú *te empeñaste* en darle a Cowper».

«¡Vamos, mamá, si no ha de animarlo Cowper...! Pero hay que admitir la diferencia de gustos. Elinor no tiene mis sentimientos, y por eso puede pasarlo por alto y ser feliz con él. Pero a *mí* me habría roto el corazón, de haberlo amado, oírlo leer con tan poca sensibilidad. Mamá, cuanto más conozco el mundo, más me convenzo de que nunca veré a un hombre a quien pueda amar de verdad. ¡Exijo tanto! Tiene que tener todas las virtudes de Edward, y su persona y sus modales tienen que adornar su bondad con todos los encantos posibles».

«Recuerda, amor mío, que aún no tienes diecisiete años. Es todavía demasiado pronto en la vida para desesperar de semejante felicidad. ¿Por qué habrías de ser menos afortunada que tu madre? ¡Ojalá, Marianne mía, tu destino sea distinto del suyo en una sola circunstancia!».

Capítulo IV

«¡Qué lástima, Elinor», dijo Marianne, «que Edward no tenga gusto por el dibujo!».

«¡Que no tiene gusto por el dibujo!», respondió Elinor. «¿Por qué piensas eso? Es cierto que él no dibuja, pero disfruta mucho viendo las obras de otros, y te aseguro que no carece en absoluto de gusto natural, aunque no haya tenido ocasión de cultivarlo. Si alguna vez hubiera tenido oportunidad de aprender, creo que habría dibujado muy bien. Desconfía tanto de su propio juicio en estas materias que siempre se resiste a dar su opinión sobre cualquier cuadro; pero tiene un tino y una sencillez de gusto innatos que, por lo general, lo guían perfectamente bien».

Marianne temía ofender, y no dijo nada más sobre el asunto; pero la clase de aprobación que, según Elinor, suscitaban en él los dibujos de otros estaba muy lejos de aquel deleite arrebatado que, en su opinión, era lo único que podía llamarse gusto. Con todo, aunque sonriendo para sus adentros ante el error, admiraba a su hermana por aquella ciega parcialidad hacia Edward que lo provocaba.

«Espero, Marianne», continuó Elinor, «que no lo consideres falto de gusto en general. En verdad, creo poder decir que no puedes considerarlo así, pues tu trato con él es perfectamente cordial, y si *esa* fuera tu opinión, estoy segura de que nunca podrías ser amable con él».

Marianne apenas sabía qué decir. No quería herir los sentimientos de su hermana por nada del mundo, y sin embargo decir lo que no creía le era imposible. Por fin respondió:

«No te ofendas, Elinor, si mis elogios no están en todo a la altura de tu idea de sus méritos. No he tenido tantas ocasiones como tú de apreciar las inclinaciones más menudas de su espíritu, sus preferencias y sus gustos; pero tengo la más alta opinión del mundo de su bondad y

su juicio. Me parece todo lo que hay de digno y amable».

«Estoy segura», respondió Elinor con una sonrisa, «de que ni sus amigos más queridos podrían quedar descontentos con semejante elogio. No veo cómo podrías expresarte con más calor».

Marianne se alegró de ver que su hermana se contentaba tan fácilmente.

«De su juicio y su bondad», prosiguió Elinor, «nadie puede dudar, creo, que lo haya visto lo bastante a menudo como para entablar con él una conversación sin reservas. La excelencia de su entendimiento y de sus principios solo puede quedar oculta por esa timidez que con demasiada frecuencia lo hace callar. Tú lo conoces lo bastante como para hacer justicia a su sólida valía. Pero de sus inclinaciones más menudas, como tú las llamas, por circunstancias particulares has sabido menos que yo. Él y yo hemos coincidido bastante a veces, mientras tú estabas enteramente absorbida, por el más afectuoso de los principios, por mamá. Lo he tratado mucho, he estudiado sus sentimientos y he oído su opinión sobre temas de literatura y de gusto; y, en conjunto, me atrevo a declarar que tiene una mente bien instruida, un placer grandísimo por los libros, una imaginación viva, una capacidad de observación justa y certera, y un gusto delicado y puro. Sus aptitudes mejoran en todos los sentidos con el trato tanto como sus modales y su persona. A primera vista, su trato no llama la atención, ciertamente; y su persona difícilmente puede llamarse apuesta hasta que se percibe la expresión de sus ojos, que son excepcionalmente buenos, y la dulzura general de su semblante. Ahora lo conozco tan bien que me parece realmente apuesto; o al menos, casi. ¿Qué dices tú, Marianne?».

«Muy pronto me parecerá apuesto, Elinor, si no me lo parece ya. Cuando me digas que lo quiera como a un hermano, no veré más imperfección en su rostro de la que ahora veo en su corazón».

Elinor se sobresaltó ante esta declaración, y lamentó el calor con que se había dejado llevar al hablar de él. Sentía que Edward ocupaba un lugar muy alto en su opinión. Creía que el aprecio era mutuo; pero

necesitaba mayor certeza para que la convicción de Marianne acerca de su afecto le resultara grata. Sabía que lo que Marianne y su madre conjeturaban en un momento, lo creían al siguiente; que para ellas desear era esperar, y esperar era dar por hecho. Intentó explicarle a su hermana el verdadero estado de las cosas.

«No pretendo negar», dijo, «que tengo muy buena opinión de él, que lo estimo mucho, que me agrada».

Marianne prorrumpió entonces, indignada:

«¡Estimarlo! ¡Agradarte! ¡Elinor, qué fría de corazón eres! ¡Oh, peor que fría de corazón! Te avergüenzas de ser otra cosa. Vuelve a usar esas palabras y saldré de la habitación en este mismo instante».

Elinor no pudo evitar reírse. «Perdóname», dijo; «y ten la seguridad de que no quise ofenderte al hablar de un modo tan sereno de mis propios sentimientos. Créelos más fuertes de lo que he declarado; créelos, en suma, tales como pueden justificarlos, sin imprudencia ni locura, sus méritos y la sospecha... la esperanza de su afecto por mí. Pero más allá de esto no debes creer. No estoy en absoluto segura de su aprecio por mí. Hay momentos en que su alcance parece dudoso; y hasta que sus sentimientos se conozcan del todo, no puede extrañarte que desee evitar alentar mi propia inclinación creyéndola o llamándola más de lo que es. En mi corazón tengo poca... apenas ninguna duda de su preferencia. Pero hay otros puntos que considerar además de su inclinación. Está muy lejos de ser independiente. Cómo es en realidad su madre no podemos saberlo; pero, por lo que Fanny menciona de vez en cuando de su conducta y sus opiniones, nunca nos hemos sentido inclinadas a creerla amable; y mucho me equivoco si el propio Edward no es consciente de que encontraría muchas dificultades en su camino si quisiera casarse con una mujer que no tuviera una gran fortuna o un alto rango».

Marianne se quedó asombrada al descubrir cuánto se había adelantado a la verdad la imaginación de su madre y la suya.

«¡Y de veras no estás comprometida con él!», dijo. «Pero sin duda

pronto lo estarás. Aunque de esta demora resultarán dos ventajas. No te perderé tan pronto, y Edward tendrá más oportunidad de cultivar ese gusto natural por tu ocupación favorita que ha de ser tan indispensable para tu felicidad futura. ¡Oh, si tu talento lo estimulara hasta el punto de aprender él mismo a dibujar, qué delicioso sería!».

Elinor le había dado a su hermana su verdadera opinión. No podía considerar su inclinación por Edward en un estado tan próspero como Marianne había creído. Había a veces en él una falta de ánimo que, si no denotaba indiferencia, hablaba de algo casi igual de poco prometedor. Una duda sobre el aprecio de ella, suponiendo que él la sintiera, no tenía por qué causarle más que inquietud. No era probable que produjera aquel abatimiento de espíritu que con frecuencia lo acompañaba. Una causa más razonable podía encontrarse en la situación de dependencia que le prohibía dar rienda suelta a su afecto. Sabía que su madre no se comportaba con él de manera que su hogar le resultara grato en el presente, ni le daba seguridad alguna de que pudiera formar un hogar propio sin atenerse estrictamente a los planes de ella para su engrandecimiento. Sabiendo esto, a Elinor le era imposible sentirse tranquila al respecto. Estaba lejos de contar con aquel resultado de la preferencia de él por ella que su madre y su hermana seguían considerando seguro. Es más, cuanto más tiempo pasaban juntos, más dudosa parecía la naturaleza de su aprecio; y a veces, durante unos pocos minutos dolorosos, creía que no era más que amistad.

Pero, cualesquiera que fueran en realidad sus límites, bastó, cuando lo percibió la hermana de él, para inquietarla, y al mismo tiempo (lo cual era todavía más habitual) para volverla descortés. Aprovechó la primera ocasión para afrentar por ello a su suegra, hablándole de un modo tan expresivo de las grandes expectativas de su hermano, de la resolución de la señora Ferrars de que sus dos hijos se casaran bien, y del peligro que corría cualquier joven que intentara *atraparlo*, que la señora Dashwood no pudo ni fingir que no se daba por aludida ni esforzarse por mantener la calma. Le dio una respuesta que dejó ver su

desprecio, y salió al instante de la habitación, resuelta a que, fueran cuales fueran las molestias o los gastos de una mudanza tan repentina, su querida Elinor no estaría expuesta ni una semana más a semejantes insinuaciones.

En este estado de ánimo, le entregaron una carta del correo que contenía una propuesta especialmente oportuna. Era el ofrecimiento de una casa pequeña, en condiciones muy ventajosas, perteneciente a un pariente suyo, un caballero de importancia y propiedades en Devonshire. La carta era de este mismo caballero, y estaba escrita con un auténtico espíritu de amistosa complacencia. Tenía entendido que ella necesitaba una vivienda; y aunque la casa que ahora le ofrecía era una simple casita de campo, le aseguraba que se le haría todo lo que ella considerara necesario, si el lugar le agradaba. Tras darle los detalles de la casa y del jardín, le instaba encarecidamente a venir con sus hijas a Barton Park, su propia residencia, desde donde ella misma podría juzgar si la casita de Barton, pues ambas casas estaban en la misma parroquia, podía, con alguna reforma, resultarle cómoda. Parecía realmente deseoso de complacerlas, y toda su carta estaba escrita en un estilo tan amistoso que no podía dejar de agradar a su prima; más aún en un momento en que sufría el comportamiento frío e insensible de sus parientes más cercanos. No necesitó tiempo para deliberar ni para hacer averiguaciones. Su resolución quedó formada mientras leía. La situación de Barton, en un condado tan alejado de Sussex como Devonshire, que unas pocas horas antes habría sido una objeción suficiente para pesar más que todas las posibles ventajas del lugar, era ahora su primera recomendación. Dejar las cercanías de Norland ya no era un mal; era algo deseable; era una bendición, comparado con la desdicha de seguir siendo huésped de su nuera; y alejarse para siempre de aquel lugar amado sería menos doloroso que habitarlo o visitarlo mientras semejante mujer fuera su señora. Escribió al instante a sir John Middleton agradeciéndole su amabilidad y aceptando su propuesta; y luego se apresuró a mostrar ambas cartas a sus hijas, para asegurarse

de su aprobación antes de enviar la respuesta.

Elinor siempre había pensado que sería más prudente que se establecieran a cierta distancia de Norland, y no inmediatamente entre sus actuales conocidos. En *ese* punto, por lo tanto, no le correspondía oponerse a la intención de su madre de trasladarse a Devonshire. La casa, además, tal como la describía sir John, era de proporciones tan sencillas, y el alquiler tan extraordinariamente moderado, que no le dejaba derecho a objetar en ninguno de los dos aspectos; y, por lo tanto, aunque no era un plan que tuviera encanto alguno para su imaginación, aunque suponía alejarse de la vecindad de Norland más de lo que ella deseaba, no intentó disuadir a su madre de enviar una carta de aceptación.

Capítulo V

Apenas despachada su respuesta, la señora Dashwood se dio el placer de anunciar a su hijastro y a la esposa de este que ya tenía casa, y que no los incomodaría más que hasta que todo estuviera listo para habitarla. La escucharon con sorpresa. La señora de John Dashwood no dijo nada; pero su marido expresó cortésmente la esperanza de que no se estableciera lejos de Norland. Ella tuvo la gran satisfacción de responder que se iba a Devonshire. Edward se volvió precipitadamente hacia ella al oír esto y, con una voz de sorpresa y preocupación que para ella no necesitaba explicación, repitió: «¡Devonshire! ¿De verdad se va usted allí? ¡Tan lejos de aquí! ¿Y a qué parte?». Ella le explicó dónde estaba. Se hallaba a menos de cuatro millas al norte de Exeter.

«No es más que una casita», continuó, «pero espero ver en ella a muchos de mis amigos. Se pueden añadir fácilmente una o dos habitaciones; y si a mis amigos no les cuesta viajar tan lejos para verme, estoy segura de que a mí no me costará alojarlos».

Concluyó con una invitación muy amable al señor y la señora de John Dashwood para que la visitaran en Barton; y a Edward le hizo una con un afecto todavía mayor. Aunque su reciente conversación con su nuera la había hecho resolver no quedarse en Norland más de lo inevitable, no había producido en ella el menor efecto en el punto al que principalmente apuntaba. Separar a Edward y Elinor estaba tan lejos como siempre de sus propósitos; y quería mostrarle a la señora de John Dashwood, con esta invitación intencionada a su hermano, lo poco que le importaba su desaprobación de aquella unión.

El señor John Dashwood le dijo a su madrastra una y otra vez cuánto lamentaba que hubiera tomado una casa a tal distancia de Norland que le impedía serle de alguna utilidad en el traslado de sus muebles. Se sentía de veras contrariado en conciencia por ello; pues aquel mis-

mo esfuerzo al que había limitado el cumplimiento de su promesa a su padre se volvía impracticable con este arreglo. Todos los muebles se enviaron por mar. Consistían principalmente en ropa blanca, plata, porcelana y libros, junto con un hermoso piano de Marianne. La señora de John Dashwood vio partir los bultos con un suspiro: no podía evitar que le pareciera injusto que, siendo los ingresos de la señora Dashwood tan insignificantes comparados con los suyos, ella tuviera algún mueble hermoso.

La señora Dashwood tomó la casa por doce meses; estaba amueblada y podía ocuparla de inmediato. No surgió dificultad alguna en el acuerdo por ninguna de las dos partes; y solo esperó a deshacerse de sus efectos en Norland y a decidir cuál sería su servidumbre futura antes de partir hacia el oeste; y esto, como era extraordinariamente rápida en ejecutar todo lo que le interesaba, quedó hecho pronto. Los caballos que le había dejado su marido se habían vendido poco después de la muerte de este, y como ahora se presentaba la oportunidad de deshacerse de su coche, accedió a venderlo también por consejo insistente de su hija mayor. Por la comodidad de sus hijas, de haber consultado solo sus propios deseos, lo habría conservado; pero prevaleció la discreción de Elinor. La sensatez de *ella* limitó también el número de sus criados a tres: dos doncellas y un hombre, de los que pronto se proveyeron entre quienes habían formado su servidumbre en Norland.

El hombre y una de las doncellas fueron enviados inmediatamente a Devonshire para preparar la casa para la llegada de su señora; pues como la señora Dashwood no conocía en absoluto a lady Middleton, prefirió ir directamente a la casita antes que ser huésped en Barton Park; y confiaba tan sin reservas en la descripción que sir John había hecho de la casa que no sentía curiosidad por examinarla ella misma hasta entrar en ella como suya. Su afán de marcharse de Norland no disminuía, gracias a la evidente satisfacción de su nuera ante la perspectiva de su partida; una satisfacción que esta apenas intentaba ocultar, y débilmente, bajo una fría invitación a aplazar su marcha. Ahora

era el momento en que la promesa de su hijastro a su padre podía cumplirse con particular propiedad. Puesto que había descuidado hacerlo al tomar posesión de la hacienda, el momento en que ellas dejaban su casa podía considerarse el más adecuado para llevarla a cabo. Pero la señora Dashwood pronto empezó a abandonar toda esperanza de esa clase, y a convencerse, por el sentido general de sus palabras, de que su ayuda no iba más allá de haberlas mantenido seis meses en Norland. Hablaba tan a menudo de los crecientes gastos de la casa, y de las demandas perpetuas a su bolsillo a que un hombre de cierta importancia en el mundo estaba expuesto sin medida, que más bien parecía necesitar él mismo más dinero que tener intención alguna de regalarlo.

A las pocas semanas del día en que llegó a Norland la primera carta de sir John Middleton, todo estaba tan dispuesto en su futura morada que la señora Dashwood y sus hijas pudieron emprender el viaje.

Muchas fueron las lágrimas que derramaron en sus últimas despedidas de un lugar tan amado. «¡Querida, querida Norland!», dijo Marianne, mientras paseaba sola delante de la casa la última tarde que pasaron allí; «¿cuándo dejaré de añorarte? ¿Cuándo aprenderé a sentirme en casa en otro lugar? ¡Oh, casa dichosa, si pudieras saber lo que sufro al contemplarte ahora desde este sitio, desde donde quizá no vuelva a contemplarte nunca más! ¡Y ustedes, árboles tan conocidos...! Pero ustedes seguirán siendo los mismos. Ninguna hoja se marchitará porque nosotras nos vayamos, ni ninguna rama quedará inmóvil aunque ya no podamos contemplarlos. No; seguirán siendo los mismos; ajenos al placer o la pena que causan, e insensibles a cualquier cambio en quienes pasean bajo su sombra. Pero ¿quién quedará para disfrutarlos?».

Capítulo VI

La primera parte de su viaje transcurrió con un ánimo demasiado melancólico para que fuera otra cosa que tediosa y desagradable. Pero a medida que se acercaban al final, el interés por el aspecto de una comarca que iban a habitar venció su abatimiento, y la vista del valle de Barton, al entrar en él, las alegró. Era un lugar agradable y fértil, bien arbolado y rico en pastos. Tras recorrerlo serpenteando durante más de una milla, llegaron a su propia casa. Un pequeño patio verde era todo su terreno por delante; y una pulcra cancela les dio paso a él.

Como casa, la casita de Barton, aunque pequeña, era cómoda y bien dispuesta; pero como casita de campo era defectuosa, pues el edificio era regular, el tejado era de tejas, los postigos de las ventanas no estaban pintados de verde, ni las paredes estaban cubiertas de madreselvas. Un pasillo estrecho atravesaba la casa directamente hasta el jardín de atrás. A cada lado de la entrada había una sala de estar, de unos dieciséis pies en cuadro; y más allá estaban las dependencias de servicio y la escalera. Cuatro dormitorios y dos buhardillas completaban la casa. No hacía muchos años que se había construido y estaba en buen estado. Comparada con Norland, ¡era en verdad pobre y pequeña! Pero las lágrimas que el recuerdo les arrancó al entrar en la casa pronto se secaron. Las animó la alegría de los criados a su llegada, y cada una, por el bien de las demás, resolvió mostrarse feliz. Era a comienzos de septiembre; el tiempo era bueno, y como vieron el lugar por primera vez con la ventaja del buen tiempo, recibieron una impresión favorable que les sirvió mucho para que mereciera su aprobación duradera.

La situación de la casa era buena. Altas colinas se alzaban inmediatamente detrás, y a no mucha distancia a cada lado; algunas eran lomas abiertas, las otras estaban cultivadas y arboladas. El pueblo de

Barton se extendía principalmente sobre una de estas colinas, y ofrecía una vista agradable desde las ventanas de la casita. La perspectiva de enfrente era más amplia; dominaba todo el valle y se extendía hasta la campiña de más allá. Las colinas que rodeaban la casita cerraban el valle en esa dirección; con otro nombre, y en otro curso, este volvía a ramificarse entre dos de las más empinadas.

Con el tamaño y el mobiliario de la casa la señora Dashwood estaba, en conjunto, bien satisfecha; pues aunque su antiguo estilo de vida hacía indispensables muchos añadidos al mobiliario, añadir y mejorar era para ella un deleite; y tenía en ese momento suficiente dinero disponible para proporcionar a las habitaciones todo lo que les faltaba de mayor elegancia. «En cuanto a la casa misma, desde luego», dijo, «es demasiado pequeña para nuestra familia, pero nos acomodaremos razonablemente bien por ahora, pues es demasiado tarde en el año para hacer mejoras. Quizá en primavera, si tengo dinero de sobra, como me atrevo a decir que lo tendré, podamos pensar en construir. Estas dos salas son demasiado pequeñas para las reuniones de amigos que espero ver aquí a menudo; y estoy pensando en unir el pasillo a una de ellas, quizá con una parte de la otra, y dejar así el resto de esa otra como entrada; esto, con un nuevo salón que puede añadirse fácilmente, y un dormitorio y una buhardilla encima, hará de ella una casita muy acogedora. Quisiera que la escalera fuera bonita. Pero no hay que esperarlo todo; aunque supongo que no sería difícil ensancharla. Veré en primavera cuánto me sobra, y planearemos nuestras mejoras en consecuencia».

Entretanto, hasta que todas estas reformas pudieran hacerse con los ahorros de unos ingresos de quinientas libras al año por parte de una mujer que nunca había ahorrado en su vida, fueron lo bastante sensatas para contentarse con la casa tal como estaba; y cada una se ocupó en arreglar sus propias cosas y en procurar, colocando a su alrededor libros y otras pertenencias, hacerse un hogar. Se desembaló el piano de Marianne y se colocó debidamente; y los dibujos de Elinor se fija-

ron en las paredes de su sala de estar.

En ocupaciones como estas las interrumpió, poco después del desayuno del día siguiente, la entrada de su casero, que venía a darles la bienvenida a Barton y a ofrecerles, de su propia casa y jardín, todo cuanto pudiera faltar por el momento en los de ellas. Sir John Middleton era un hombre bien parecido de unos cuarenta años. Antiguamente había frecuentado Stanhill, pero hacía demasiado tiempo para que sus jóvenes primas lo recordaran. Su semblante era de lo más bonachón, y sus modales tan amistosos como el estilo de su carta. Su llegada pareció procurarle verdadera satisfacción, y la comodidad de ellas, ser objeto de su verdadera solicitud. Habló mucho de su vivo deseo de que vivieran en los términos más sociables con su familia, y les insistió tan cordialmente en que cenaran en Barton Park todos los días hasta que estuvieran mejor instaladas en su casa que, aunque sus ruegos llegaron a un grado de perseverancia que iba más allá de la cortesía, no podían ofender. Su amabilidad no se limitó a las palabras; pues antes de una hora de haberse despedido llegó de la casa grande una gran cesta llena de hortalizas y fruta, a la que siguió, antes de terminar el día, un regalo de caza. Insistió, además, en llevarles y traerles todas sus cartas del correo, y no quiso que le negaran la satisfacción de enviarles su periódico todos los días.

Lady Middleton les había enviado por medio de él un mensaje muy cortés, en el que expresaba su intención de visitar a la señora Dashwood en cuanto tuviera la seguridad de que su visita no causaría molestia; y como este mensaje fue respondido con una invitación igualmente cortés, su señoría les fue presentada al día siguiente.

Estaban, por supuesto, muy deseosas de ver a una persona de quien tanto dependería su bienestar en Barton; y la elegancia de su aspecto favoreció sus deseos. Lady Middleton no tenía más de veintiséis o veintisiete años; su rostro era bello, su figura alta y llamativa, y su trato lleno de gracia. Sus modales tenían toda la elegancia de que carecían los de su marido. Pero habrían ganado con algo de la franqueza y la cali-

dez de él; y su visita fue lo bastante larga para restar algo a la primera admiración que sintieron, al mostrar que, aunque perfectamente educada, era reservada, fría y no tenía nada que decir por sí misma más allá de la pregunta o la observación más trivial.

La conversación, sin embargo, no faltó, pues sir John era muy parlanchín, y lady Middleton había tomado la sabia precaución de traer consigo a su hijo mayor, un hermoso niño de unos seis años, gracias a lo cual había un tema al que las damas siempre podían recurrir en caso de apuro, pues tenían que preguntar su nombre y su edad, admirar su belleza y hacerle preguntas que su madre contestaba por él, mientras él se le pegaba y bajaba la cabeza, con gran sorpresa de su señoría, que se asombraba de que fuera tan tímido delante de las visitas, cuando en casa sabía hacer bastante ruido. En toda visita formal debería haber un niño en el grupo, a modo de provisión para la conversación. En el presente caso se emplearon diez minutos en determinar si el niño se parecía más a su padre o a su madre, y en qué rasgo se parecía a cada uno, pues, naturalmente, todos discreparon, y todos se asombraron de la opinión de los demás.

Pronto se les daría a las Dashwood la oportunidad de debatir sobre el resto de los niños, pues sir John no quiso salir de la casa sin asegurarse su promesa de cenar en la casa grande al día siguiente.

Capítulo VII

Barton Park estaba a una media milla de la casita. Las señoras habían pasado cerca de allí en su camino a lo largo del valle, pero desde la casa una colina saliente se lo ocultaba a la vista. La casa era grande y hermosa, y los Middleton vivían en ella con igual hospitalidad que elegancia. Lo primero era para satisfacción de sir John; lo segundo, para la de su esposa. Casi nunca les faltaban amigos alojados en la casa, y recibían más visitas de toda clase que ninguna otra familia de la vecindad. Era necesario para la felicidad de ambos, porque, por distintos que fueran en carácter y en conducta exterior, se parecían mucho en esa total falta de talento y de gusto que reducía sus ocupaciones, aparte de las que procuraba la vida social, a un círculo muy estrecho. Sir John era cazador; lady Middleton, madre. Él cazaba a caballo y con escopeta, y ella consentía a sus hijos; y esos eran sus únicos recursos. Lady Middleton tenía la ventaja de poder malcriar a sus hijos todo el año, mientras que las ocupaciones propias de sir John solo existían la mitad del tiempo. Los continuos compromisos en casa y fuera de ella suplían, sin embargo, todas las deficiencias de la naturaleza y de la educación: sostenían el buen humor de sir John y daban ejercicio a la buena crianza de su mujer.

Lady Middleton se preciaba de la elegancia de su mesa y de todo el arreglo de su casa, y de esta clase de vanidad provenía el mayor goce que encontraba en cualquiera de sus reuniones. Pero la satisfacción de sir John en la sociedad era mucho más verdadera: le encantaba reunir a su alrededor a más gente joven de la que cabía en su casa, y cuanto más ruidosa era, más contento estaba. Era una bendición para toda la juventud de la vecindad, pues en verano organizaba sin cesar meriendas al aire libre de jamón frío y pollo, y en invierno sus bailes privados eran lo bastante numerosos para cualquier señorita que no pade-

ciera el insaciable apetito de los quince años.

La llegada de una nueva familia a la comarca era siempre para él motivo de alegría, y desde todo punto de vista estaba encantado con las inquilinas que ahora había conseguido para su casita de Barton. Las señoritas Dashwood eran jóvenes, bonitas y naturales. Eso bastaba para asegurarles su buena opinión, porque ser natural era todo lo que una muchacha bonita necesitaba para que su espíritu resultara tan cautivador como su persona. Lo amistoso de su carácter lo hacía feliz al servir a aquellas cuya situación podía considerarse desdichada en comparación con la pasada. Al mostrarse bondadoso con sus primas, pues, sentía la verdadera satisfacción de un buen corazón; y al instalar en su casita a una familia compuesta solo de mujeres, tenía toda la satisfacción de un cazador, porque un cazador, aunque solo estima a los de su sexo que también lo son, no suele desear fomentarles la afición admitiéndolos a residir dentro de su propio coto.

Sir John recibió a la señora Dashwood y a sus hijas a la puerta de la casa, y les dio la bienvenida a Barton Park con sincera naturalidad; y mientras las acompañaba al salón, repitió a las jóvenes la pena que el mismo asunto le había arrancado el día anterior, por no haber podido conseguir ningún joven elegante que viniera a conocerlas. Allí verían, dijo, a un solo caballero además de él: un amigo muy íntimo que estaba alojado en la casa, pero que no era ni muy joven ni muy alegre. Esperaba que todas disculparan lo reducido de la reunión, y podía asegurarles que nunca volvería a suceder. Había pasado esa mañana por varias familias con la esperanza de conseguir que se sumaran algunos más, pero había luna y todo el mundo estaba lleno de compromisos. Por suerte, la madre de lady Middleton había llegado a Barton hacía menos de una hora, y como era una mujer muy alegre y agradable, esperaba que las señoritas no lo encontraran tan aburrido como podrían imaginar. Las señoritas, igual que su madre, quedaron perfectamente satisfechas con tener a dos personas enteramente desconocidas en la reunión, y no desearon más.

La señora Jennings, la madre de lady Middleton, era una mujer mayor, gorda, alegre y de buen carácter, que hablaba muchísimo, parecía muy feliz y era más bien vulgar. Estaba llena de bromas y de risas, y antes de terminar la cena había dicho muchas gracias sobre el tema de enamorados y maridos; había expresado la esperanza de que no hubieran dejado el corazón en Sussex, y fingía verlas sonrojarse, lo hicieran o no. A Marianne aquello la molestó por su hermana, y volvió los ojos hacia Elinor para ver cómo soportaba esos ataques, con una insistencia que causó a Elinor mucho más dolor del que podían producirle unas chanzas tan vulgares como las de la señora Jennings.

El coronel Brandon, el amigo de sir John, no parecía más adecuado, por semejanza de modales, para ser su amigo de lo que lady Middleton lo era para ser su esposa, o la señora Jennings para ser la madre de lady Middleton. Era callado y serio. Su aspecto, sin embargo, no era desagradable, a pesar de ser, en opinión de Marianne y de Margaret, un solterón irremediable, pues había pasado ya de los treinta y cinco; pero aunque su cara no era hermosa, su semblante era inteligente y su trato particularmente caballeroso.

No había nada en ninguno de los presentes que pudiera recomendarlos como compañía a las Dashwood; pero la fría insipidez de lady Middleton resultaba tan particularmente repelente que, en comparación, la seriedad del coronel Brandon, y aun la alegría bulliciosa de sir John y de su suegra, tenían interés. Lady Middleton solo pareció animarse a disfrutar con la entrada de sus cuatro ruidosos hijos después de la cena, que tiraban de ella, le rasgaban la ropa y ponían fin a toda conversación que no se refiriera a ellos.

Por la tarde, como se descubrió que Marianne era aficionada a la música, la invitaron a tocar. Se abrió el instrumento, todos se dispusieron a quedar encantados, y Marianne, que cantaba muy bien, a petición de ellos fue recorriendo la mayor parte de las canciones que lady Middleton había traído a la familia al casarse, y que quizá habían permanecido desde entonces en la misma posición sobre el piano, pues su

señoría había celebrado aquel acontecimiento abandonando la música, aunque, según su madre, había tocado extraordinariamente bien, y, según ella misma, le gustaba muchísimo.

La interpretación de Marianne fue muy aplaudida. Sir John era ruidoso en su admiración al final de cada canción, y tan ruidoso en su conversación con los demás mientras cada canción duraba. Lady Middleton lo llamaba al orden con frecuencia, se preguntaba cómo podía nadie distraer un momento su atención de la música, y pidió a Marianne que cantara una canción determinada que Marianne acababa de terminar. Solo el coronel Brandon, de todos los presentes, la escuchó sin arrebatarse. Le hizo únicamente el cumplido de prestarle atención, y ella sintió por él en esa ocasión un respeto que los demás habían perdido con razón por su desvergonzada falta de gusto. El placer que él hallaba en la música, aunque no llegaba a aquel deleite extático que era el único capaz de acompañar al de ella, era estimable comparado con la horrible insensibilidad de los demás; y ella fue lo bastante razonable para admitir que un hombre de treinta y cinco años bien podía haber sobrevivido a toda agudeza de sentimiento y a toda exquisita capacidad de goce. Estaba perfectamente dispuesta a hacer, por la avanzada edad del coronel, todas las concesiones que la humanidad exigía.

Capítulo VIII

La señora Jennings era una viuda con una generosa renta de viudedad. Solo tenía dos hijas, a las que había vivido lo suficiente para ver respetablemente casadas, y por eso ya no tenía otra cosa que hacer que casar a todo el resto del mundo. En la consecución de este objetivo era celosamente activa, hasta donde le alcanzaban las fuerzas, y no perdía ocasión de proyectar bodas entre toda la gente joven de su relación. Era notablemente rápida en descubrir inclinaciones, y había gozado de la ventaja de hacer subir el rubor y la vanidad de más de una señorita con insinuaciones sobre su poder sobre tal o cual joven; y esta clase de perspicacia le permitió, poco después de su llegada a Barton, declarar de modo terminante que el coronel Brandon estaba muy enamorado de Marianne Dashwood. Ya lo sospechó así la primera noche que estuvieron juntos, por lo atentamente que la escuchaba mientras les cantaba; y cuando los Middleton devolvieron la visita cenando en la casita, el hecho quedó comprobado porque volvió a escucharla. Tenía que ser así. Estaba perfectamente convencida. Sería una boda excelente, porque *él* era rico y *ella* era hermosa. La señora Jennings había deseado ver al coronel Brandon bien casado desde que su parentesco con sir John se lo dio a conocer; y siempre estaba deseosa de conseguir un buen marido para toda muchacha bonita.

La ventaja inmediata para ella no era en absoluto desdeñable, pues le proporcionaba bromas sin fin a costa de ambos. En la casa grande se reía del coronel, y en la casita, de Marianne. Al primero sus chanzas le eran probablemente del todo indiferentes, en cuanto solo a él se referían; pero a la segunda al principio le resultaron incomprensibles, y cuando entendió a qué apuntaban, apenas supo si reírse más de su absurdo o censurar su impertinencia, pues las consideraba una alusión insensible a los años avanzados del coronel y a su desamparada condi-

ción de solterón.

La señora Dashwood, que no podía considerar tan sumamente anciano a un hombre cinco años menor que ella como le parecía a la juvenil fantasía de su hija, se aventuró a librar a la señora Jennings de la probabilidad de querer poner en ridículo su edad.

«Pero al menos, mamá, no puedes negar lo absurdo de la acusación, aunque no creas que haya en ella mala intención deliberada. El coronel Brandon es sin duda más joven que la señora Jennings, pero tiene edad suficiente para ser *mi* padre; y si alguna vez tuviera el ánimo suficiente para enamorarse, ya habrá sobrevivido hace mucho a toda sensación de ese tipo. ¡Es demasiado ridículo! ¿Cuándo estará un hombre a salvo de semejantes gracias, si la edad y los achaques no lo protegen?».

«¡Achaques!», dijo Elinor. «¿Llamas achacoso al coronel Brandon? Bien puedo suponer que su edad te parezca a ti mucho mayor que a mi madre; ¡pero difícilmente puedes engañarte en cuanto a que tiene el uso de sus miembros!».

«¿No lo oíste quejarse del reumatismo? ¿Y no es ese el achaque más común de la edad declinante?».

«Hija querida», dijo su madre, riéndose, «a ese paso tendrás que vivir en continuo terror de *mi* decadencia, y te parecerá un milagro que mi vida se haya prolongado hasta la avanzada edad de cuarenta años».

«Mamá, no me haces justicia. Sé muy bien que el coronel Brandon no es todavía tan viejo como para que sus amigos teman perderlo por ley natural. Puede vivir veinte años más. Pero los treinta y cinco no tienen nada que ver con el matrimonio».

«Quizá», dijo Elinor, «sea mejor que los treinta y cinco y los diecisiete no tengan nada que ver juntos con el matrimonio. Pero si por casualidad hubiera una mujer soltera a los veintisiete, yo no creería que los treinta y cinco del coronel Brandon fueran obstáculo para que se casara con *ella*».

«Una mujer de veintisiete años», dijo Marianne, tras una breve pau-

sa, «ya no puede esperar sentir ni inspirar afecto, y si su hogar es incómodo o su fortuna escasa, puedo suponer que se resigne a desempeñar los oficios de enfermera a cambio del sustento y la seguridad de una esposa. Por lo tanto, en que él se casara con una mujer así no habría nada impropio. Sería un pacto de conveniencia, y el mundo quedaría satisfecho. A mis ojos no sería un matrimonio en absoluto, pero eso no importaría. A mí me parecería solo un intercambio comercial, en el que cada uno quisiera beneficiarse a costa del otro».

«Sería imposible, lo sé», respondió Elinor, «convencerte de que una mujer de veintisiete años pueda sentir por un hombre de treinta y cinco algo lo bastante parecido al amor para que él sea para ella un compañero deseable. Pero tengo que oponerme a que condenes al coronel Brandon y a su esposa al encierro perpetuo de un cuarto de enfermo, solo porque ayer (un día muy frío y húmedo) se quejó por casualidad de una leve sensación reumática en uno de los hombros».

«Pero habló de chalecos de franela», dijo Marianne; «y para mí un chaleco de franela va invariablemente unido a dolores, calambres, reumatismos y toda especie de mal que pueda afligir a los viejos y a los débiles».

«Si solo hubiera tenido una fiebre violenta, no lo habrías despreciado ni la mitad. Confiesa, Marianne, ¿no hay para ti algo interesante en las mejillas encendidas, los ojos hundidos y el pulso acelerado de una fiebre?».

Poco después, cuando Elinor salió de la habitación, «Mamá», dijo Marianne, «tengo una inquietud en materia de enfermedades que no puedo ocultarte. Estoy segura de que Edward Ferrars no está bien. Llevamos aquí casi quince días, y todavía no viene. Nada más que una verdadera indisposición podría ocasionar esta extraordinaria demora. ¿Qué otra cosa puede retenerlo en Norland?».

«¿Tenías alguna idea de que vendría tan pronto?», dijo la señora Dashwood. «Yo no tenía ninguna. Al contrario, si he sentido alguna inquietud al respecto, ha sido al recordar que a veces mostraba poco gus-

to y poca prontitud en aceptar mi invitación cuando yo hablaba de que viniera a Barton. ¿Lo espera ya Elinor?».

«Nunca se lo he mencionado, pero por supuesto que tiene que esperarlo».

«Más bien creo que te equivocas, porque ayer, cuando le hablaba de poner una rejilla nueva en la chimenea del cuarto de huéspedes, observó que no había ninguna prisa inmediata, pues no era probable que el cuarto se necesitara por algún tiempo».

«¡Qué extraño es esto! ¡Qué puede significar! ¡Pero todo su comportamiento del uno con el otro ha sido inexplicable! ¡Qué fríos, qué serenos fueron sus últimos adioses! ¡Qué lánguida su conversación la última noche que estuvieron juntos! En la despedida de Edward no hubo diferencia entre Elinor y yo: fueron los buenos deseos de un hermano cariñoso para las dos. Dos veces los dejé solos a propósito en el curso de la última mañana, y las dos veces, de la manera más inexplicable, él me siguió fuera de la habitación. Y Elinor, al dejar Norland y a Edward, no lloró como yo. Aun ahora su dominio de sí misma es invariable. ¿Cuándo está abatida o melancólica? ¿Cuándo trata de evitar la compañía, o parece inquieta e insatisfecha en ella?».

Capítulo IX

Las Dashwood estaban ya instaladas en Barton con razonable comodidad. La casa y el jardín, con todo lo que los rodeaba, se les habían vuelto familiares, y las ocupaciones habituales que habían dado a Norland la mitad de su encanto se habían retomado con un gozo mucho mayor del que Norland había podido ofrecerles desde la pérdida de su padre. Sir John Middleton, que las visitó todos los días durante los primeros quince días, y que no tenía costumbre de ver mucha ocupación en su casa, no podía ocultar su asombro al encontrarlas siempre atareadas.

Sus visitas, aparte de las de Barton Park, no eran muchas, pues, a pesar de las insistentes súplicas de sir John de que alternaran más con la vecindad, y de sus repetidas seguridades de que su coche estaba siempre a su disposición, la independencia de espíritu de la señora Dashwood se impuso a su deseo de vida social para sus hijas, y se mantuvo firme en no visitar a ninguna familia que viviera más allá de lo que se podía recorrer a pie. Eran pocas las que podían clasificarse así, y no todas eran accesibles. A cosa de milla y media de la casita, a lo largo del estrecho y sinuoso valle de Allenham, que salía del de Barton, como antes se describió, las muchachas habían descubierto, en uno de sus primeros paseos, una antigua mansión de aspecto respetable que, al recordarles un poco a Norland, despertó su imaginación y les hizo desear conocerla mejor. Pero supieron, al preguntar, que su dueña, una señora mayor de muy buena reputación, estaba por desgracia demasiado achacosa para alternar con el mundo y nunca salía de su casa.

Toda la comarca a su alrededor abundaba en hermosos paseos. Las altas colinas, que desde casi todas las ventanas de la casita las invitaban a buscar en sus cumbres el exquisito placer del aire libre, eran

una feliz alternativa cuando el barro de los valles de abajo les vedaba sus superiores bellezas; y hacia una de esas colinas dirigieron sus pasos Marianne y Margaret una memorable mañana, atraídas por los claros de sol de un cielo lluvioso, e incapaces de soportar por más tiempo el encierro que la lluvia constante de los dos días anteriores les había impuesto. El tiempo no era lo bastante tentador para apartar a las otras dos de su lápiz y de su libro, a pesar de que Marianne declaró que el día se mantendría bueno y que todas las nubes amenazadoras se alejarían de sus colinas; y las dos muchachas salieron juntas.

Subieron alegremente las colinas, felicitándose de su propia perspicacia a cada trozo de cielo azul que vislumbraban; y cuando recibieron en la cara las vivificantes ráfagas de un fuerte viento del suroeste, compadecieron los temores que habían impedido a su madre y a Elinor compartir tan deliciosas sensaciones.

«¿Hay en el mundo una felicidad», dijo Marianne, «superior a esta? Margaret, pasearemos aquí por lo menos dos horas».

Margaret estuvo de acuerdo, y siguieron su camino contra el viento, resistiéndolo entre risas de placer durante unos veinte minutos más, cuando de pronto las nubes se juntaron sobre sus cabezas y una lluvia torrencial les dio de lleno en la cara. Contrariadas y sorprendidas, se vieron obligadas, aunque de mala gana, a volver atrás, pues no había refugio más cercano que su propia casa. Les quedaba, sin embargo, un consuelo, al que la urgencia del momento daba más justificación que de costumbre: el de correr a toda velocidad por la empinada ladera de la colina que llevaba directamente a la puerta de su jardín.

Echaron a correr. Marianne llevó al principio la delantera, pero un paso en falso la hizo caer de pronto al suelo; y Margaret, incapaz de detenerse para ayudarla, siguió arrastrada sin querer y llegó abajo sin percance.

Un caballero que llevaba una escopeta, con dos perros de muestra que jugueteaban a su alrededor, subía por la colina y estaba a pocos metros de Marianne cuando ocurrió el accidente. Dejó la escopeta en

el suelo y corrió a ayudarla. Ella se había levantado del suelo, pero se había torcido el pie al caer y apenas podía tenerse en pie. El caballero le ofreció sus servicios y, al ver que su recato rehusaba lo que su situación hacía necesario, la tomó en brazos sin más demora y la llevó colina abajo. Luego, atravesando el jardín, cuya puerta Margaret había dejado abierta, la llevó derecho a la casa, adonde Margaret acababa de llegar, y no la soltó hasta haberla sentado en una silla en la sala.

Elinor y su madre se levantaron asombradas al verlos entrar, y mientras los ojos de ambas se fijaban en él con un evidente asombro y una secreta admiración que nacían por igual de su aspecto, él se disculpó por la intrusión explicando su causa, de un modo tan franco y tan airoso que su persona, que era extraordinariamente hermosa, recibió nuevos encantos de su voz y su expresión. Aunque hubiera sido viejo, feo y vulgar, la gratitud y la bondad de la señora Dashwood se las habría ganado cualquier gesto de atención hacia su hija; pero el influjo de la juventud, la belleza y la elegancia dio al acto un interés que le llegó al corazón.

Le dio las gracias una y otra vez y, con la dulzura de trato que siempre la acompañaba, lo invitó a sentarse. Pero él lo rehusó, pues estaba sucio y mojado. La señora Dashwood le rogó entonces que le dijera a quién debía aquel favor. Su nombre, respondió él, era Willoughby, y su residencia actual estaba en Allenham, desde donde esperaba que ella le concediera el honor de venir mañana a preguntar por la señorita Dashwood. El honor se le concedió de buen grado, y él se marchó entonces, para hacerse aún más interesante, en medio de un fuerte aguacero.

Su varonil hermosura y su gracia más que corriente fueron al instante tema de admiración general, y las bromas que su galantería provocó a costa de Marianne cobraron particular vivacidad gracias a sus atractivos exteriores. La propia Marianne lo había visto menos que los demás, pues la confusión que le encendió el rostro cuando él la levantó en brazos le había quitado la capacidad de mirarlo una vez que en-

traron en la casa. Pero había visto lo suficiente de él para sumarse a toda la admiración de los demás, y con una energía que siempre adornaba sus elogios. Su persona y su porte igualaban lo que su fantasía había imaginado jamás para el héroe de una historia favorita; y en el hecho de que la hubiera llevado a la casa con tan poca formalidad previa había una rapidez de pensamiento que le hacía el acto particularmente recomendable. Todo lo que tenía que ver con él era interesante. Su apellido era bueno, residía en el pueblo que preferían, y pronto descubrió ella que, de todas las prendas masculinas, una chaqueta de caza era la que mejor sentaba. Su imaginación estaba ocupada, sus reflexiones eran agradables, y el dolor de un tobillo torcido quedó olvidado.

Sir John fue a verlas en cuanto el siguiente intervalo de buen tiempo de aquella mañana le permitió salir; y una vez que se le contó el accidente de Marianne, le preguntaron con avidez si conocía a algún caballero de apellido Willoughby en Allenham.

«¡Willoughby!», exclamó sir John. «¿Cómo, está *él* en la comarca? Pues es una buena noticia; mañana iré a caballo a invitarlo a cenar el jueves».

«Entonces lo conoce», dijo la señora Dashwood.

«¡Si lo conozco! Claro que sí. Pero si viene aquí todos los años».

«¿Y qué clase de joven es?».

«El mejor muchacho que ha existido, se lo aseguro. Un tirador muy aceptable, y no hay jinete más audaz en Inglaterra».

«¿Y eso es todo lo que puede decir de él?», exclamó Marianne, indignada. «Pero ¿cómo son sus modales en un trato más íntimo? ¿Cuáles son sus aficiones, sus talentos, su genio?».

Sir John quedó bastante desconcertado.

«Por mi vida», dijo, «no sé mucho de él en cuanto a todo *eso*. Pero es un muchacho agradable, de buen carácter, y tiene la perrita de muestra negra más linda que he visto nunca. ¿Lo acompañaba hoy?».

Pero Marianne no podía darle más razón del color de la perra de muestra del señor Willoughby que él a ella de los matices de su espíri-

tu.

«Pero ¿quién es?», dijo Elinor. «¿De dónde viene? ¿Tiene una casa en Allenham?».

En este punto sir John pudo dar noticias más seguras, y les dijo que el señor Willoughby no tenía propiedades propias en la comarca; que residía allí solo mientras visitaba a la anciana señora de Allenham Court, con quien estaba emparentado y cuyos bienes iba a heredar; y añadió: «Sí, sí, vale mucho la pena atraparlo, se lo aseguro, señorita Dashwood; además tiene una bonita finca propia en Somersetshire; y yo que usted no se lo cedería a mi hermana menor, a pesar de todo eso de rodar colina abajo. La señorita Marianne no debe esperar quedarse con todos los hombres para ella sola. Brandon se pondrá celoso si no tiene cuidado».

«No creo», dijo la señora Dashwood, con una sonrisa de buen humor, «que el señor Willoughby vaya a verse incomodado por los intentos de ninguna de *mis* hijas de lo que usted llama *atraparlo*. No es una ocupación para la que se las haya educado. Los hombres están muy seguros con nosotras, por ricos que sean. Me alegra saber, sin embargo, por lo que usted dice, que es un joven respetable, y alguien cuyo trato no será inconveniente».

«Es el mejor muchacho, creo, que ha existido», repitió sir John. «Recuerdo que la Navidad pasada, en un bailecito en la casa grande, bailó desde las ocho hasta las cuatro sin sentarse ni una vez».

«¿De veras?», exclamó Marianne con ojos brillantes. «¿Y con elegancia, con brío?».

«Sí; y a las ocho ya estaba otra vez en pie para salir a cazar a caballo».

«Eso es lo que me gusta; eso es lo que debe ser un joven. Sean cuales sean sus aficiones, su entusiasmo por ellas no debe conocer moderación ni dejarle sensación alguna de cansancio».

«Ya, ya, ya veo cómo va a ser esto», dijo sir John, «ya veo cómo va a ser. Ahora usted se va a poner a echarle el lazo, y nunca pensará en

el pobre Brandon».

«Esa es una expresión, sir John», dijo Marianne, acalorada, «que me desagrada particularmente. Aborrezco todas las frases vulgares con las que se pretende ser ingenioso; y "echarle el lazo a un hombre" o "hacer una conquista" son las más odiosas de todas. Su tendencia es grosera y mezquina; y si alguna vez su construcción pudo considerarse ingeniosa, hace mucho que el tiempo destruyó toda su gracia».

Sir John no entendió mucho este reproche, pero se rio con tantas ganas como si lo hubiera entendido, y luego respondió:

«Sí, ya hará usted bastantes conquistas, me atrevo a decir, de un modo u otro. ¡Pobre Brandon! Ya está bastante prendado, y vale mucho la pena echarle el lazo, se lo aseguro, a pesar de todo este rodar por el suelo y torcerse tobillos».

Capítulo X

El salvador de Marianne, como Margaret, con más elegancia que precisión, llamaba a Willoughby, se presentó en la casita temprano a la mañana siguiente para informarse en persona. La señora Dashwood lo recibió con algo más que cortesía: con una amabilidad que le inspiraban lo que sir John le había contado de él y su propia gratitud; y todo lo ocurrido durante la visita tendió a asegurarle el juicio, la elegancia, el afecto mutuo y el bienestar doméstico de la familia a la que el azar lo había presentado. De sus encantos personales no había necesitado una segunda entrevista para convencerse.

La señorita Dashwood tenía una tez delicada, facciones regulares y una figura notablemente bonita. Marianne era todavía más hermosa. Su figura, aunque no tan correcta como la de su hermana, tenía la ventaja de la estatura y era más llamativa; y su cara era tan encantadora que, cuando en la jerga habitual del elogio se la llamaba una muchacha bellísima, la verdad sufría un ultraje menos violento de lo que suele ocurrir. Su piel era muy morena, pero, por su transparencia, su tez tenía un brillo extraordinario; todas sus facciones eran buenas; su sonrisa era dulce y atractiva; y en sus ojos, que eran muy oscuros, había una vida, un ánimo, un ardor, que difícilmente podían verse sin deleite. A Willoughby, al principio, le ocultó su expresión la turbación que le causaba el recuerdo de la ayuda recibida. Pero cuando aquello pasó, cuando recobró el ánimo, cuando vio que a la perfecta buena crianza de un caballero él unía franqueza y vivacidad, y sobre todo cuando le oyó declarar que le apasionaban la música y el baile, le dirigió una mirada de tal aprobación que se aseguró la mayor parte de su conversación durante el resto de la visita.

Bastaba mencionar cualquier diversión favorita suya para hacerla hablar. No podía callar cuando se tocaban tales temas, y no tenía timi-

dez ni reserva al tratarlos. Pronto descubrieron que su gusto por el baile y la música era mutuo, y que nacía de una coincidencia general de juicio en todo lo relativo a ambos. Animada por esto a examinar más a fondo sus opiniones, pasó a interrogarlo sobre libros; sacó a relucir a sus autores favoritos y se extendió sobre ellos con un deleite tan arrebatado que cualquier joven de veinticinco años habría tenido que ser verdaderamente insensible para no convertirse en el acto a la excelencia de tales obras, por poco caso que les hubiera hecho antes. Sus gustos eran asombrosamente parecidos. Los mismos libros, los mismos pasajes eran idolatrados por ambos; o, si aparecía alguna diferencia, si surgía alguna objeción, no duraba más que el tiempo que tardaban en desplegarse la fuerza de los argumentos y el brillo de los ojos de ella. Él asentía a todas sus decisiones, se contagiaba de todo su entusiasmo; y mucho antes de que terminara la visita conversaban con la familiaridad de un trato de muchos años.

«Bueno, Marianne», dijo Elinor en cuanto él se hubo marchado, «para *una sola* mañana creo que lo has hecho bastante bien. Ya has averiguado la opinión del señor Willoughby en casi todos los asuntos de importancia. Sabes lo que piensa de Cowper y de Scott; estás segura de que aprecia sus bellezas como es debido, y has recibido toda clase de seguridades de que no admira a Pope más de lo conveniente. Pero ¿cómo va a sostenerse mucho tiempo su trato con tan extraordinaria rapidez en despachar todos los temas de conversación? Pronto habrán agotado todos sus temas favoritos. Otro encuentro bastará para que él explique sus sentimientos sobre la belleza pintoresca y las segundas nupcias, y después ya no te quedará nada más que preguntar».

«Elinor», exclamó Marianne, «¿es esto justo? ¿Es equitativo? ¿Son tan escasas mis ideas? Pero ya veo lo que quieres decir. He estado demasiado a mis anchas, demasiado feliz, he sido demasiado franca. He pecado contra todas las nociones vulgares del decoro; he sido abierta y sincera donde debía haber sido reservada, apagada, aburrida y falsa. Si solo hubiera hablado del tiempo y de los caminos, y si solo hubiera

abierto la boca una vez cada diez minutos, me habría ahorrado este reproche».

«Mi amor», dijo su madre, «no debes ofenderte con Elinor; solo bromeaba. Yo misma la reñiría si fuera capaz de querer reprimir el placer de tu conversación con nuestro nuevo amigo». Marianne se ablandó en un momento.

Willoughby, por su parte, dio todas las pruebas del placer que le causaba conocerlas que podía ofrecer un evidente deseo de estrechar ese trato. Venía a verlas todos los días. Interesarse por Marianne fue al principio su excusa; pero lo alentador de la acogida, cada día más amable, hizo innecesaria tal excusa antes de que dejara de ser posible por la perfecta recuperación de Marianne. Ella tuvo que quedarse en casa algunos días; pero nunca hubo encierro menos fastidioso. Willoughby era un joven de buenas dotes, viva imaginación, ánimo alegre y modales abiertos y afectuosos. Estaba hecho exactamente para conquistar el corazón de Marianne, pues a todo esto unía no solo una persona cautivadora, sino un ardor natural de espíritu que ahora el ejemplo del de ella despertaba y aumentaba, y que lo recomendaba a su afecto más que ninguna otra cosa.

Su compañía llegó a ser poco a poco el goce más exquisito de Marianne. Leían, conversaban, cantaban juntos; las dotes musicales de él eran considerables, y leía con toda la sensibilidad y el brío que por desgracia le habían faltado a Edward.

En la estimación de la señora Dashwood era tan intachable como en la de Marianne; y Elinor no veía en él nada que censurar, salvo una propensión, en la que se parecía mucho a su hermana y que a esta le encantaba particularmente, a decir demasiado lo que pensaba en toda ocasión, sin atender a personas ni a circunstancias. Al formarse y expresar con precipitación su opinión sobre los demás, al sacrificar la cortesía general al goce de una atención exclusiva allí donde estaba comprometido su corazón, y al desdeñar con excesiva facilidad las formas del decoro mundano, mostraba una falta de prudencia que Elinor

no podía aprobar, a pesar de todo lo que él y Marianne pudieran decir en su defensa.

Marianne empezaba ahora a darse cuenta de que la desesperanza que se había apoderado de ella a los dieciséis años y medio, de llegar a ver jamás a un hombre que colmara sus ideas de perfección, había sido temeraria e injustificable. Willoughby era todo lo que su fantasía había dibujado, en aquella hora desdichada y en todas sus épocas más luminosas, como capaz de cautivarla; y su conducta declaraba que sus deseos en ese sentido eran tan sinceros como grandes sus dotes.

También su madre, en cuya mente la perspectiva de riqueza de él no había despertado ni un solo pensamiento especulativo sobre su boda, llegó antes de terminar la semana a esperarla y contar con ella, y a felicitarse en secreto de haber ganado dos yernos como Edward y Willoughby.

La inclinación del coronel Brandon por Marianne, que sus amigos habían descubierto tan pronto, solo se hizo perceptible a Elinor cuando ellos dejaron de notarla. Su atención y sus gracias se desviaron hacia su rival más afortunado; y las bromas que el otro había sufrido antes de que surgiera inclinación alguna cesaron cuando sus sentimientos empezaron de verdad a merecer el ridículo que con tanta justicia acompaña a la sensibilidad. Elinor se vio obligada, aunque de mala gana, a creer que los sentimientos que la señora Jennings le había atribuido para su propia satisfacción eran ahora realmente inspirados por su hermana; y que, por mucho que una semejanza general de carácter entre las partes pudiera favorecer el afecto del señor Willoughby, una oposición de carácter igualmente notable no era obstáculo para el cariño del coronel Brandon. Lo vio con inquietud, pues ¿qué podía esperar un hombre callado de treinta y cinco años frente a uno muy vivaz de veinticinco? Y como ni siquiera podía desearle éxito, le deseaba de todo corazón que fuera indiferente. Le tenía simpatía: a pesar de su seriedad y su reserva, veía en él un objeto de interés. Sus modales, aunque serios, eran suaves; y su reserva parecía más bien el resultado de al-

gún abatimiento de ánimo que de una melancolía natural de carácter. Sir John había dejado caer alusiones a agravios y desengaños pasados que justificaban la creencia de Elinor de que era un hombre desdichado, y lo miraba con respeto y compasión.

Quizá lo compadecía y lo estimaba más porque Willoughby y Marianne lo desdeñaban, y, prevenidos contra él por no ser ni vivaz ni joven, parecían decididos a menospreciar sus méritos.

«Brandon es justo la clase de hombre», dijo Willoughby un día que hablaban de él, «del que todo el mundo habla bien y que a nadie le importa; al que a todos les encanta ver y con el que a nadie se le ocurre conversar».

«Eso es exactamente lo que yo pienso de él», exclamó Marianne.

«No se jacten de ello, sin embargo», dijo Elinor, «porque es una injusticia de parte de los dos. Toda la familia de la casa grande lo estima muchísimo, y yo nunca lo veo sin esforzarme por conversar con él».

«Que *usted* lo proteja», respondió Willoughby, «habla ciertamente en su favor; pero en cuanto a la estima de los demás, es un reproche en sí misma. ¿Quién se sometería a la indignidad de ser aprobado por mujeres como lady Middleton y la señora Jennings, pudiendo conseguir la indiferencia de cualquier otra persona?».

«Pero quizá el vituperio de personas como usted y Marianne compense el aprecio de lady Middleton y de su madre. Si su alabanza es censura, la censura de ustedes puede ser alabanza, porque ellas no son más faltas de discernimiento de lo que ustedes son prevenidos e injustos».

«En defensa de su protegido es capaz hasta de ser impertinente».

«Mi protegido, como usted lo llama, es un hombre sensato, y la sensatez siempre tendrá atractivo para mí. Sí, Marianne, incluso en un hombre de entre treinta y cuarenta años. Ha visto mucho mundo; ha estado en el extranjero, ha leído y tiene una mente reflexiva. Lo he encontrado capaz de darme mucha información sobre diversos temas, y siempre ha respondido a mis preguntas con la prontitud de la buena

crianza y la buena índole».

«Es decir», exclamó Marianne con desprecio, «te ha contado que en las Indias Orientales el clima es caluroso y los mosquitos son molestos».

«Me lo *habría* contado, no lo dudo, si yo le hubiera hecho tales preguntas; pero resulta que eran asuntos de los que ya estaba informada».

«Quizá», dijo Willoughby, «sus observaciones se hayan extendido hasta la existencia de nababes, mohúres de oro y palanquines».

«Me atrevo a decir que *sus* observaciones han llegado mucho más lejos que la imparcialidad de usted. Pero ¿por qué le tiene antipatía?».

«No le tengo antipatía. Lo considero, al contrario, un hombre muy respetable, que tiene la buena opinión de todo el mundo y la atención de nadie; que tiene más dinero del que puede gastar, más tiempo del que sabe emplear, y dos levitas nuevas cada año».

«A lo que hay que añadir», exclamó Marianne, «que no tiene ni genio, ni gusto, ni brío. Que su inteligencia no tiene brillo, sus sentimientos no tienen ardor, y su voz no tiene expresión».

«Decides sobre sus imperfecciones tan en bloque», respondió Elinor, «y tan a fuerza de tu propia imaginación, que el elogio que yo puedo hacer de él resulta en comparación frío e insípido. Solo puedo declarar que es un hombre sensato, bien educado, bien informado, de trato amable y, creo, dueño de un corazón bondadoso».

«Señorita Dashwood», exclamó Willoughby, «ahora me está tratando con crueldad. Intenta desarmarme con la razón y convencerme contra mi voluntad. Pero no lo conseguirá. Me encontrará tan obstinado como usted pueda ser astuta. Tengo tres razones irrebatibles para que me desagrade el coronel Brandon: me amenazó con lluvia cuando yo quería que hiciera buen tiempo; le encontró defectos a la suspensión de mi cabriolé, y no logro convencerlo de que me compre la yegua castaña. Si le sirve de alguna satisfacción, sin embargo, oírme decir que creo que su carácter es en otros aspectos irreprochable, estoy dispuesto a confesarlo. Y a cambio de una confesión que no puede dejar de

costarme algún dolor, no podrá negarme el privilegio de que me desagrade tanto como siempre».

Capítulo XI

Poco habían imaginado la señora Dashwood y sus hijas, cuando llegaron a Devonshire, que fueran a surgir tantos compromisos para ocupar su tiempo como pronto se presentaron, o que recibirían invitaciones tan frecuentes y visitas tan constantes que les dejarían poco tiempo libre para ocupaciones serias. Y sin embargo así fue. Cuando Marianne se recuperó, se pusieron en ejecución los proyectos de diversión en casa y fuera de ella que sir John había ido formando. Empezaron entonces los bailes privados en la casa grande, y se organizaron y llevaron a cabo paseos por el agua tan a menudo como lo permitía un octubre lluvioso. En todas las reuniones de esa clase se incluía a Willoughby; y la soltura y la familiaridad que naturalmente acompañaban a esas reuniones estaban exactamente pensadas para dar creciente intimidad a su trato con las Dashwood, para brindarle ocasión de presenciar las excelencias de Marianne, de manifestar su animada admiración por ella y de recibir, en la conducta de ella con él, la más clara seguridad de su afecto.

Elinor no podía sorprenderse de su inclinación. Solo deseaba que se mostrara menos abiertamente, y una o dos veces se aventuró a sugerir a Marianne la conveniencia de cierto dominio de sí misma. Pero Marianne aborrecía todo disimulo allí donde la falta de reserva no podía acarrear ninguna verdadera deshonra; y aspirar a contener sentimientos que no eran en sí censurables le parecía no solo un esfuerzo innecesario, sino una vergonzosa sumisión de la razón a nociones vulgares y equivocadas. Willoughby pensaba lo mismo, y la conducta de ambos era en todo momento una ilustración de sus opiniones.

Cuando él estaba presente, ella no tenía ojos para nadie más. Todo lo que él hacía estaba bien. Todo lo que decía era ingenioso. Si sus veladas en la casa grande terminaban con naipes, él se hacía trampa a sí

mismo y a todos los demás para darle a ella una buena mano. Si el baile constituía la diversión de la noche, eran pareja la mitad del tiempo; y cuando se veían obligados a separarse durante un par de piezas, procuraban quedarse juntos y apenas dirigían una palabra a nadie más. Semejante conducta hacía, por supuesto, que se rieran muchísimo de ellos; pero el ridículo no podía avergonzarlos, y apenas parecía provocarlos.

La señora Dashwood compartía todos sus sentimientos con un calor que le quitaba toda inclinación a frenar aquella excesiva manifestación de ellos. Para ella no era más que la consecuencia natural de un afecto fuerte en un espíritu joven y ardiente.

Aquella fue para Marianne la estación de la felicidad. Su corazón estaba entregado a Willoughby, y el tierno apego a Norland que había traído consigo de Sussex tenía más probabilidades de suavizarse de lo que antes le había parecido posible, gracias a los encantos que la compañía de él concedía a su hogar actual.

La felicidad de Elinor no era tan grande. Su corazón no estaba tan tranquilo, ni su satisfacción en aquellas diversiones era tan pura. No le proporcionaban ningún compañero que pudiera compensarla de lo que había dejado atrás, ni que pudiera enseñarle a pensar en Norland con menos pesar que nunca. Ni lady Middleton ni la señora Jennings podían suplir la conversación que echaba de menos, aunque la segunda era una habladora incansable y desde el principio la había mirado con una simpatía que le aseguraba una gran parte de su charla. Ya le había repetido su propia historia a Elinor tres o cuatro veces; y si la memoria de Elinor hubiera estado a la altura de sus medios de instruirse, habría podido conocer muy al principio de su trato todos los pormenores de la última enfermedad del señor Jennings y lo que le dijo a su mujer pocos minutos antes de morir. Lady Middleton era más agradable que su madre solo en que era más callada. Elinor necesitó poca observación para darse cuenta de que su reserva era una mera calma de modales con la que el juicio nada tenía que ver. Con su marido y

con su madre era igual que con ellas; y por lo tanto no había que buscar ni desear intimidad. No tenía nada que decir un día que no hubiera dicho el anterior. Su insipidez era invariable, pues hasta su humor era siempre el mismo; y aunque no se oponía a las reuniones que organizaba su marido, con tal de que todo se hiciera con estilo y la acompañaran sus dos hijos mayores, nunca parecía obtener de ellas más placer del que habría podido sentir quedándose sentada en casa; y tan poco añadía su presencia al placer de los demás, por la parte que tomara en su conversación, que a veces solo recordaban que estaba entre ellos por su solicitud con sus revoltosos niños.

Solo en el coronel Brandon, de todos sus nuevos conocidos, encontró Elinor una persona que pudiera en algún grado reclamar el respeto debido a las dotes, despertar el interés de la amistad o dar placer como compañía. Willoughby estaba fuera de la cuestión. Su admiración y su aprecio, incluso su aprecio de hermana, eran todos para él; pero él era un enamorado; sus atenciones eran por entero de Marianne, y un hombre mucho menos agradable habría podido complacer más a todos. El coronel Brandon, por desgracia para él, no tenía semejante aliento para pensar solo en Marianne, y al conversar con Elinor encontraba el mayor consuelo para la indiferencia de su hermana.

La compasión de Elinor por él aumentó cuando tuvo motivos para sospechar que ya había conocido la desdicha de un amor frustrado. Le dieron esa sospecha unas palabras que se le escaparon por casualidad una noche en la casa grande, cuando estaban sentados juntos de común acuerdo mientras los demás bailaban. Tenía los ojos fijos en Marianne y, tras un silencio de algunos minutos, dijo con una débil sonrisa: «Su hermana, según tengo entendido, no aprueba los segundos amores».

«No», respondió Elinor, «sus opiniones son todas románticas».

«O más bien, según creo, los considera imposibles».

«Creo que sí. Pero cómo se las arregla para pensarlo sin censurar el carácter de su propio padre, que tuvo dos esposas, no lo sé. Unos po-

cos años, sin embargo, asentarán sus opiniones sobre la base razonable del sentido común y la observación; y entonces quizá sean más fáciles de definir y de justificar de lo que ahora lo son para cualquiera que no sea ella misma».

«Probablemente así será», respondió él; «y sin embargo hay algo tan amable en los prejuicios de un espíritu joven que da pena verlos ceder ante la aceptación de opiniones más corrientes».

«En eso no puedo estar de acuerdo con usted», dijo Elinor. «Sentimientos como los de Marianne traen consigo inconvenientes que todos los encantos del entusiasmo y de la ignorancia del mundo no pueden compensar. Sus sistemas tienen la desdichada tendencia de tener en nada el decoro; y un mejor conocimiento del mundo es lo que espero como la mayor ventaja posible para ella».

Tras una breve pausa, él reanudó la conversación diciendo:

«¿No hace su hermana ninguna distinción en sus objeciones contra un segundo amor? ¿O es igualmente criminal en todo el mundo? ¿Han de permanecer igualmente indiferentes el resto de su vida quienes se han visto defraudados en su primera elección, ya sea por la inconstancia de su objeto o por la perversidad de las circunstancias?».

«A decir verdad, no conozco las minucias de sus principios. Solo sé que nunca le he oído admitir que un segundo amor fuera perdonable en ningún caso».

«Esto», dijo él, «no puede durar; pero un cambio, un cambio total de sentimientos... No, no, no lo desee; porque cuando los refinamientos románticos de un espíritu joven se ven obligados a ceder, ¡con cuánta frecuencia los suceden opiniones que son demasiado comunes y demasiado peligrosas! Hablo por experiencia. Conocí una vez a una dama que en carácter y espíritu se parecía mucho a su hermana, que pensaba y juzgaba como ella, pero que por un cambio forzoso..., por una serie de circunstancias desdichadas...». Aquí se detuvo de pronto; pareció pensar que había dicho demasiado, y con su semblante dio pie a conjeturas que de otro modo quizá no se le habrían ocurrido a Eli-

nor. La dama probablemente habría pasado sin despertar sospechas, si él no hubiera convencido a la señorita Dashwood de que lo que a ella se refería no debía salir de sus labios. Así las cosas, bastaba un leve esfuerzo de la fantasía para relacionar su emoción con el tierno recuerdo de un afecto pasado. Elinor no intentó ir más allá. Pero Marianne, en su lugar, no se habría quedado en tan poco. Su activa imaginación habría formado rápidamente la historia entera, y lo habría dispuesto todo en el orden más melancólico de un amor desastroso.

Capítulo XII

Mientras Elinor y Marianne paseaban juntas a la mañana siguiente, la segunda comunicó a su hermana una noticia que, a pesar de todo lo que esta ya sabía de la imprudencia y la irreflexión de Marianne, la sorprendió por el extravagante testimonio que daba de ambas. Marianne le contó, con el mayor deleite, que Willoughby le había regalado un caballo, uno que él mismo había criado en su finca de Somersetshire y que era exactamente apropiado para llevar a una mujer. Sin considerar que no entraba en los planes de su madre mantener ningún caballo; que, si su madre cambiaba de resolución en favor de este regalo, tendría que comprar otro para el criado, y mantener un criado que lo montara, y, por último, construir una cuadra para alojarlos, había aceptado el regalo sin vacilar, y se lo contó a su hermana arrebatada de entusiasmo.

«Piensa mandar a su mozo de cuadra a Somersetshire inmediatamente a buscarlo», añadió, «y cuando llegue montaremos todos los días. Tú lo compartirás conmigo. Imagínate, querida Elinor, el placer de un galope por algunas de estas colinas».

Muy de mala gana despertó de semejante sueño de felicidad para comprender todas las desdichadas verdades que acompañaban el asunto; y durante algún tiempo se negó a someterse a ellas. En cuanto a un criado más, el gasto sería una nimiedad; mamá, estaba segura, nunca se opondría; y a *él* le serviría cualquier caballo; siempre podría conseguir uno en la casa grande; en cuanto a la cuadra, bastaría el más simple cobertizo. Elinor se aventuró entonces a poner en duda la conveniencia de que recibiera semejante regalo de un hombre al que conocía tan poco, o al menos desde hacía tan poco. Aquello fue demasiado.

«Te equivocas, Elinor», dijo ella, acalorada, «al suponer que conozco muy poco a Willoughby. No hace mucho que lo conozco, es verdad,

pero lo conozco mucho mejor que a cualquier otra criatura del mundo, salvo a ti y a mamá. No son el tiempo ni la ocasión los que deciden la intimidad; es solo el carácter. Siete años no bastarían para que algunas personas llegaran a conocerse, y siete días son más que suficientes para otras. Me sentiría culpable de una incorrección mayor aceptando un caballo de mi hermano que de Willoughby. De John sé muy poco, aunque hemos vivido juntos durante años; pero sobre Willoughby mi juicio está formado desde hace mucho».

Elinor pensó que lo más prudente era no volver a tocar ese punto. Conocía el carácter de su hermana. Oponerse en un asunto tan delicado solo la aferraría más a su propia opinión. Pero apelando a su cariño por su madre, y haciéndole ver los inconvenientes que esa madre tan indulgente tendría que echarse encima si (como probablemente ocurriría) consentía en este aumento de su casa, Marianne quedó pronto vencida; y prometió no tentar a su madre a tan imprudente bondad mencionándole el ofrecimiento, y decirle a Willoughby, la próxima vez que lo viera, que había que rehusarlo.

Fue fiel a su palabra; y cuando Willoughby fue a la casita ese mismo día, Elinor la oyó expresarle en voz baja su decepción por verse obligada a renunciar a aceptar su regalo. Al mismo tiempo se le explicaron las razones de este cambio, y eran tales que hacían imposible que él insistiera. Su pesar, sin embargo, fue muy visible; y después de expresarlo con vehemencia, añadió en la misma voz baja: «Pero, Marianne, el caballo sigue siendo suyo, aunque ahora no pueda usarlo. Solo lo guardaré hasta que pueda reclamarlo. Cuando deje Barton para establecer su propia casa en un hogar más duradero, la Reina Mab la recibirá».

Todo esto lo oyó la señorita Dashwood; y en la frase entera, en su manera de pronunciarla y en que se dirigiera a su hermana solo por su nombre de pila, vio al instante una intimidad tan decidida, un sentido tan directo, que señalaban un perfecto entendimiento entre ellos. Desde ese momento no dudó de que estaban comprometidos; y creerlo no

le causó otra sorpresa que la de que ella, o cualquiera de sus amigos, tuviera que descubrirlo por casualidad, tratándose de caracteres tan francos.

Al día siguiente Margaret le contó algo que puso este asunto bajo una luz aún más clara. Willoughby había pasado con ellas la velada anterior, y Margaret, al quedarse un rato en la sala solo con él y con Marianne, había tenido ocasión de hacer observaciones que, con cara de suma importancia, comunicó a su hermana mayor la siguiente vez que estuvieron a solas.

«¡Ay, Elinor!», exclamó, «tengo que contarte un secreto tan grande sobre Marianne... Estoy segura de que se casará con el señor Willoughby muy pronto».

«Eso has dicho», respondió Elinor, «casi todos los días desde que se encontraron por primera vez en High-church Down; y creo que no hacía una semana que se conocían cuando ya estabas segura de que Marianne llevaba su retrato colgado del cuello; pero resultó ser solo la miniatura de nuestro tío abuelo».

«Pero de verdad esto es otra cosa muy distinta. Estoy segura de que se casarán muy pronto, porque él tiene un mechón de su pelo».

«Cuidado, Margaret. Puede ser solo el pelo de algún tío abuelo *suyo*».

«Pero de verdad, Elinor, es de Marianne. Estoy casi segura de que lo es, porque vi cómo se lo cortaba. Anoche, después del té, cuando mamá y tú salieron de la habitación, estaban cuchicheando y hablando entre ellos lo más rápido posible, y él parecía estar pidiéndole algo, y de pronto tomó las tijeras de ella y le cortó un largo mechón de pelo, porque lo tenía todo suelto por la espalda; y lo besó, y lo dobló en un trozo de papel blanco, y lo guardó en su cartera».

Ante tales pormenores, afirmados con semejante autoridad, Elinor no pudo negar su crédito; ni estaba dispuesta a hacerlo, pues la circunstancia estaba en perfecta armonía con lo que ella misma había oído y visto.

La sagacidad de Margaret no siempre se manifestaba de un modo tan satisfactorio para su hermana. Cuando la señora Jennings la acosó una noche en la casa grande para que dijera el nombre del joven que era el favorito particular de Elinor, cosa que hacía tiempo le causaba gran curiosidad, Margaret respondió mirando a su hermana y diciendo: «No debo decirlo, ¿verdad, Elinor?».

Esto, por supuesto, hizo reír a todos; y Elinor intentó reírse también. Pero el esfuerzo fue penoso. Estaba convencida de que Margaret se refería a una persona cuyo nombre no podía soportar con serenidad que se convirtiera en una broma permanente de la señora Jennings.

Marianne lo sintió por ella muy sinceramente; pero hizo a la causa más mal que bien, al ponerse muy colorada y decirle a Margaret en tono enojado:

«Recuerda que, sean cuales sean tus conjeturas, no tienes derecho a repetirlas».

«Yo nunca tuve ninguna conjetura al respecto», respondió Margaret; «fuiste tú misma quien me lo contó».

Esto aumentó la alegría de los presentes, y se apremió con avidez a Margaret para que dijera algo más.

«¡Oh! Por favor, señorita Margaret, cuéntenoslo todo», dijo la señora Jennings. «¿Cómo se llama el caballero?».

«No debo decirlo, señora. Pero sé muy bien cómo se llama; y sé también dónde está».

«Sí, sí, podemos adivinar dónde está: en su propia casa en Norland, sin duda. Me atrevo a decir que es el coadjutor de la parroquia».

«No, *eso* no lo es. No tiene ninguna profesión».

«Margaret», dijo Marianne con gran calor, «sabes que todo esto es invención tuya, y que no existe tal persona».

«Bueno, entonces se ha muerto hace poco, Marianne, porque estoy segura de que hubo una vez un hombre así, y su apellido empieza por F».

Muy agradecida se sintió Elinor con lady Middleton por observar

en ese momento «que llovía muy fuerte», aunque creía que la interrupción procedía menos de alguna atención hacia ella que del gran desagrado de su señoría por todos esos temas de broma poco elegantes que deleitaban a su marido y a su madre. La idea que ella había introducido, sin embargo, la siguió de inmediato el coronel Brandon, que en toda ocasión cuidaba de los sentimientos de los demás; y ambos dijeron mucho sobre el tema de la lluvia. Willoughby abrió el piano y pidió a Marianne que se sentara a tocar; y así, entre los diversos esfuerzos de distintas personas por abandonar el tema, este cayó por tierra. Pero no se recobró Elinor con tanta facilidad de la alarma en que la había sumido.

Esa noche se organizó una excursión para ir al día siguiente a ver una propiedad muy hermosa, a unas doce millas de Barton, perteneciente a un cuñado del coronel Brandon, sin cuya mediación no podía visitarse, pues el propietario, que estaba entonces en el extranjero, había dejado órdenes estrictas al respecto. Se declaró que los jardines eran bellísimos, y a sir John, que era particularmente caluroso en sus elogios, se le podía conceder que era un juez aceptable, pues había organizado excursiones para visitarlos por lo menos dos veces cada verano durante los últimos diez años. Contenían un magnífico lago, y un paseo en barca por él iba a constituir gran parte de la diversión de la mañana; se llevarían provisiones frías, solo se emplearían coches descubiertos, y todo se haría al estilo habitual de una completa excursión de placer.

A algunos pocos de los presentes les pareció una empresa bastante atrevida, considerando la época del año y que había llovido todos los días durante los últimos quince; y Elinor convenció a la señora Dashwood, que ya estaba resfriada, de que se quedara en casa.

Capítulo XIII

La excursión que habían proyectado a Whitwell resultó muy distinta de lo que Elinor había esperado. Iba preparada para empaparse, cansarse y asustarse; pero el desenlace fue todavía más desafortunado, pues no llegaron a ir.

A las diez en punto todo el grupo estaba reunido en la casa grande, donde iban a desayunar. La mañana se presentaba bastante favorable, aunque había llovido toda la noche, porque las nubes empezaban a dispersarse por el cielo y el sol asomaba a menudo. Todos estaban muy animados y de buen humor, deseosos de ser felices y resueltos a someterse a las mayores incomodidades y penalidades antes que dejar de serlo.

Mientras desayunaban trajeron las cartas. Entre ellas había una para el coronel Brandon; la tomó, miró el sobrescrito, cambió de color y salió de inmediato de la habitación.

«¿Qué le pasa a Brandon?», dijo sir John.

Nadie supo decirlo.

«Espero que no haya recibido malas noticias», dijo lady Middleton. «Tiene que ser algo extraordinario lo que haga que el coronel Brandon abandone tan de repente mi mesa del desayuno».

Al cabo de unos cinco minutos regresó.

«Espero que no sean malas noticias, coronel», dijo la señora Jennings en cuanto entró en la habitación.

«En absoluto, señora, se lo agradezco».

«¿Era de Aviñón? Espero que no sea para decirle que su hermana está peor».

«No, señora. Venía de Londres, y es simplemente una carta de negocios».

«Pero ¿cómo es que la letra lo turbó tanto, si era solo una carta de

negocios? Vamos, vamos, eso no basta, coronel; así que cuéntenos la verdad».

«Querida señora», dijo lady Middleton, «recuerde lo que está diciendo».

«¿Quizá sea para decirle que su prima Fanny se ha casado?», dijo la señora Jennings, sin atender al reproche de su hija.

«No, de verdad que no».

«Bueno, entonces sé de quién es, coronel. Y espero que ella esté bien».

«¿A quién se refiere, señora?», dijo él, sonrojándose un poco.

«¡Oh!, usted sabe a quién me refiero».

«Lamento muy especialmente, señora», dijo él, dirigiéndose a lady Middleton, «haber recibido esta carta hoy, pues trata de un asunto que exige mi presencia inmediata en Londres».

«¡En Londres!», exclamó la señora Jennings. «¿Qué puede tener usted que hacer en Londres en esta época del año?».

«Mi propia pérdida es grande», continuó él, «al verme obligado a dejar tan agradable compañía; pero me preocupa todavía más porque temo que mi presencia sea necesaria para que les permitan la entrada en Whitwell».

¡Qué golpe fue aquello para todos!

«Pero si usted le escribe una nota al ama de llaves, señor Brandon», dijo Marianne con vehemencia, «¿no bastaría con eso?».

Él negó con la cabeza.

«Tenemos que ir», dijo sir John. «No se aplazará estando ya tan cerca. Usted no puede ir a Londres hasta mañana, Brandon, y no hay más que hablar».

«Ojalá pudiera arreglarse tan fácilmente. ¡Pero no está en mi mano retrasar mi viaje ni un día!».

«Si usted nos dijera de qué se trata su asunto», dijo la señora Jennings, «podríamos ver si se puede aplazar o no».

«No llegaría usted ni seis horas más tarde», dijo Willoughby, «si

aplazara su viaje hasta nuestro regreso».

«No puedo permitirme perder *una sola* hora».

Elinor oyó entonces que Willoughby le decía a Marianne en voz baja: «Hay personas que no soportan una excursión de placer. Brandon es una de ellas. Tenía miedo de resfriarse, me atrevería a decir, y ha inventado esta artimaña para librarse. Apostaría cincuenta guineas a que la carta la escribió él mismo».

«No me cabe la menor duda», respondió Marianne.

«No hay manera de convencerlo de que cambie de opinión, Brandon, lo sé desde hace mucho», dijo sir John, «una vez que se ha decidido a algo. Pero, aun así, espero que lo piense mejor. Considere que aquí están las dos señoritas Carey, que han venido desde Newton, las tres señoritas Dashwood, que han subido a pie desde la casita, y el señor Willoughby, que se ha levantado dos horas antes de lo habitual, a propósito para ir a Whitwell».

El coronel Brandon repitió de nuevo cuánto lamentaba ser la causa de la decepción del grupo; pero al mismo tiempo declaró que era inevitable.

«Bueno, entonces, ¿cuándo volverá usted?».

«Espero que lo veamos en Barton», añadió su señoría, «en cuanto pueda dejar Londres sin inconveniente; y tendremos que aplazar la excursión a Whitwell hasta que usted regrese».

«Es usted muy amable. Pero es tan incierto cuándo estará en mi mano volver, que no me atrevo a comprometerme en absoluto».

«¡Oh!, tiene que volver y volverá», exclamó sir John. «Si no está aquí al final de la semana, iré a buscarlo».

«Sí, hágalo, sir John», exclamó la señora Jennings, «y así quizá descubra de qué se trata su asunto».

«No quiero entrometerme en los asuntos de otros hombres. Supongo que es algo de lo que se avergüenza».

Anunciaron los caballos del coronel Brandon.

«No irá usted a Londres a caballo, ¿verdad?», añadió sir John.

«No. Solo hasta Honiton. Luego seguiré en posta».

«Bueno, ya que está resuelto a irse, le deseo buen viaje. Pero más le valdría cambiar de opinión».

«Le aseguro que no está en mi mano».

Se despidió entonces de todo el grupo.

«¿No hay ninguna posibilidad de que la vea a usted y a sus hermanas en Londres este invierno, señorita Dashwood?».

«Me temo que ninguna».

«Entonces debo despedirme de usted por más tiempo del que quisiera».

A Marianne se limitó a hacerle una reverencia, sin decir nada.

«Vamos, coronel», dijo la señora Jennings, «antes de irse, díganos a qué va».

Él le deseó buenos días y, acompañado por sir John, salió de la habitación.

Las quejas y lamentaciones que la cortesía había contenido hasta entonces estallaron ahora por todas partes; y todos convinieron una y otra vez en lo irritante que era sufrir semejante decepción.

«Pues yo sí puedo adivinar de qué se trata su asunto», dijo la señora Jennings con aire triunfal.

«¿De verdad, señora?», dijeron casi todos.

«Sí; es por la señorita Williams, estoy segura».

«¿Y quién es la señorita Williams?», preguntó Marianne.

«¡Cómo! ¿No sabe usted quién es la señorita Williams? Estoy segura de que ha tenido que oír hablar de ella. Es una pariente del coronel, querida; una pariente muy cercana. No diremos cuán cercana, para no escandalizar a las señoritas». Luego, bajando un poco la voz, le dijo a Elinor: «Es su hija natural».

«¡No me diga!».

«¡Oh, sí!; y se le parece como dos gotas de agua. Me atrevería a decir que el coronel le dejará toda su fortuna».

Cuando sir John volvió, se sumó muy de corazón al pesar general

por tan desafortunado suceso; aunque concluyó observando que, ya que estaban todos reunidos, tenían que hacer algo para ser felices; y tras alguna deliberación se acordó que, aunque la felicidad solo podía disfrutarse en Whitwell, podrían procurarse una tolerable serenidad de ánimo dando un paseo en coche por los alrededores. Se mandaron preparar entonces los carruajes; el de Willoughby fue el primero, y Marianne nunca pareció más feliz que cuando subió a él. Él atravesó el parque muy deprisa y pronto los perdieron de vista; y no se volvió a saber de ellos hasta su regreso, que no se produjo sino después del de todos los demás. Ambos parecían encantados con su paseo; pero solo dijeron, en términos generales, que se habían mantenido por los caminos vecinales, mientras los otros iban por las colinas.

Se decidió que habría baile por la noche, y que todo el mundo estaría sumamente alegre el día entero. Algunos Carey más vinieron a cenar, y tuvieron el gusto de sentarse a la mesa casi veinte personas, cosa que sir John observó con gran satisfacción. Willoughby ocupó su lugar de costumbre entre las dos mayores de las señoritas Dashwood. La señora Jennings se sentó a la derecha de Elinor; y no llevaban mucho rato sentados cuando se inclinó por detrás de ella y de Willoughby y le dijo a Marianne, lo bastante alto para que ambos la oyeran: «Los he descubierto a pesar de todas sus artimañas. Sé dónde pasaron la mañana».

Marianne se sonrojó y respondió muy precipitadamente: «¿Dónde, si se puede saber?».

«¿No sabía usted», dijo Willoughby, «que habíamos salido en mi cabriolé?».

«Sí, sí, señor Desvergonzado, eso lo sé muy bien, y estaba decidida a averiguar *adónde* habían ido. Espero que le guste su casa, señorita Marianne. Es muy grande, lo sé; y cuando vaya a verla, espero que la haya amueblado de nuevo, porque le hacía muchísima falta cuando estuve allí hace seis años».

Marianne se volvió hacia otro lado muy confundida. La señora Jen-

nings se rio con ganas; y Elinor supo que, en su empeño por saber dónde habían estado, había llegado a hacer que su propia doncella le preguntara al mozo de cuadra del señor Willoughby; y que por ese medio se había enterado de que habían ido a Allenham y habían pasado un tiempo considerable allí, paseando por el jardín y recorriendo toda la casa.

Elinor apenas podía creer que fuera verdad, pues parecía muy improbable que Willoughby propusiera, o Marianne consintiera, entrar en la casa mientras estaba en ella la señora Smith, a quien Marianne no conocía en lo más mínimo.

En cuanto salieron del comedor, Elinor le preguntó al respecto; y grande fue su sorpresa al descubrir que cada circunstancia referida por la señora Jennings era completamente cierta. Marianne se enfadó bastante con ella por dudarlo.

«¿Por qué habías de imaginar, Elinor, que no fuimos allí, o que no vimos la casa? ¿No es lo que tú misma has deseado hacer muchas veces?».

«Sí, Marianne, pero yo no iría mientras estuviera allí la señora Smith, y sin otra compañía que el señor Willoughby».

«El señor Willoughby, sin embargo, es la única persona que puede tener derecho a enseñar esa casa; y como iba en un coche descubierto, era imposible llevar otra compañía. Nunca en mi vida he pasado una mañana más agradable».

«Me temo», respondió Elinor, «que lo agradable de una ocupación no siempre demuestra su decoro».

«Al contrario, nada puede ser una prueba más firme de ello, Elinor; porque si hubiera habido alguna verdadera incorrección en lo que hice, me habría dado cuenta en ese momento, pues siempre sabemos cuándo obramos mal, y con semejante convicción no habría podido sentir ningún placer».

«Pero, mi querida Marianne, puesto que ya te ha expuesto a algunos comentarios muy impertinentes, ¿no empiezas ahora a dudar de la

prudencia de tu propia conducta?».

«Si los comentarios impertinentes de la señora Jennings han de ser la prueba de la incorrección de una conducta, todos estamos ofendiendo en cada momento de nuestra vida. No valoro su censura más de lo que valoraría su elogio. No tengo conciencia de haber hecho nada malo al pasear por las tierras de la señora Smith o al ver su casa. Algún día serán del señor Willoughby, y...».

«Aunque algún día hubieran de ser tuyas, Marianne, no estaría justificado lo que has hecho».

Se sonrojó ante esta insinuación; pero era incluso visible que le resultaba grata; y tras un intervalo de diez minutos de honda reflexión, se acercó de nuevo a su hermana y le dijo con muy buen humor: «Quizá, Elinor, *sí* fue bastante imprudente por mi parte ir a Allenham; pero el señor Willoughby tenía especial interés en enseñarme el lugar; y es una casa encantadora, te lo aseguro. Hay en el piso de arriba una salita notablemente bonita, de un tamaño agradable y cómodo para el uso diario, y con muebles modernos sería deliciosa. Es una habitación de esquina y tiene ventanas a dos lados. Por un lado se ve, más allá del campo de bolos que hay detrás de la casa, un hermoso bosque en ladera, y por el otro se tiene una vista de la iglesia y del pueblo y, más allá, de esas hermosas colinas escarpadas que tantas veces hemos admirado. No la vi en su mejor aspecto, porque nada podía ser más desolador que el mobiliario; pero si la arreglaran de nuevo... un par de cientos de libras, dice Willoughby, la convertirían en una de las salas de verano más agradables de Inglaterra».

Si Elinor hubiera podido escucharla sin que los demás la interrumpieran, le habría descrito cada habitación de la casa con el mismo deleite.

Capítulo XIV

El súbito final de la visita del coronel Brandon a la casa grande, junto con su firmeza en ocultar la causa, ocupó la mente y despertó el asombro de la señora Jennings durante dos o tres días; era muy dada a asombrarse, como ha de serlo todo el que se interesa muy vivamente por todas las idas y venidas de todos sus conocidos. Se preguntó, casi sin interrupción, cuál podía ser el motivo; estaba segura de que debía de tratarse de alguna mala noticia, y repasó toda clase de desgracias que podían haberle sobrevenido, con la firme determinación de que no se libraría de ninguna.

«Algo muy triste debe de pasarle, estoy segura», dijo. «Se lo vi en la cara. ¡Pobre hombre! Me temo que su situación económica sea mala. La finca de Delaford nunca se calculó en más de dos mil libras al año, y su hermano lo dejó todo lamentablemente endeudado. De verdad creo que lo deben de haber llamado por asuntos de dinero, porque ¿qué otra cosa puede ser? Me pregunto si será así. Daría cualquier cosa por saber la verdad. Quizá sea por la señorita Williams y, a propósito, me atrevería a decir que lo es, porque puso una cara tan de culpable cuando la mencioné. A lo mejor está enferma en Londres; nada en el mundo es más probable, porque tengo la idea de que siempre es algo enfermiza. Apostaría lo que fuera a que es por la señorita Williams. No es muy probable que esté en apuros económicos *ahora*, porque es un hombre muy prudente, y sin duda ya habrá saneado la finca a estas alturas. ¡Me pregunto qué podrá ser! A lo mejor su hermana está peor en Aviñón y lo ha mandado llamar. Que haya partido con tanta prisa lo hace parecer muy probable. Bueno, le deseo de todo corazón que salga de todos sus problemas, y además una buena esposa».

Así se preguntaba, así hablaba la señora Jennings, con una opinión que variaba con cada nueva conjetura, y todas le parecían igualmente

probables según iban surgiendo. Elinor, aunque sentía verdadero interés por el bienestar del coronel Brandon, no podía dedicar a su repentina partida todo el asombro que la señora Jennings deseaba que sintiera; porque, además de que la circunstancia no justificaba, en su opinión, tan duradero pasmo ni tal variedad de especulaciones, su asombro estaba ocupado en otra cosa. Lo absorbía el extraordinario silencio de su hermana y de Willoughby sobre el asunto que ellos debían saber que era de especial interés para todas. A medida que ese silencio continuaba, cada día lo hacía parecer más extraño y más incompatible con el carácter de ambos. Elinor no podía imaginar por qué no reconocían abiertamente ante su madre y ante ella lo que su constante comportamiento mutuo declaraba que había ocurrido.

Podía concebir fácilmente que el matrimonio no estuviera de inmediato a su alcance; pues aunque Willoughby era independiente, no había motivo para creerlo rico. Sir John había calculado su hacienda en unas seiscientas o setecientas libras al año; pero vivía con unos gastos a los que difícilmente podía bastar esa renta, y él mismo se había quejado a menudo de su pobreza. Pero esa extraña clase de secreto que mantenían respecto de su compromiso, y que en realidad no ocultaba nada en absoluto, no conseguía explicárselo; y era tan del todo contradictorio con sus opiniones y su conducta generales, que a veces le entraba la duda de si estaban realmente comprometidos, y esa duda bastaba para impedirle hacer cualquier pregunta a Marianne.

Nada podía expresar mejor el afecto hacia todas ellas que el comportamiento de Willoughby. Con Marianne tenía toda la ternura distintiva que puede dar el corazón de un enamorado, y con el resto de la familia era la atención afectuosa de un hijo y un hermano. Parecía considerar y amar la casita como su hogar; pasaba allí muchas más horas que en Allenham; y si ningún compromiso general los reunía en la casa grande, el ejercicio que lo sacaba por la mañana casi con seguridad terminaba allí, donde él pasaba el resto del día al lado de Marianne, y su pointer favorito a los pies de ella.

Una tarde en particular, una semana más o menos después de que el coronel Brandon dejara la comarca, su corazón pareció más abierto de lo habitual a todo sentimiento de afecto por los objetos que lo rodeaban; y al mencionar casualmente la señora Dashwood su propósito de hacer mejoras en la casita en primavera, él se opuso con ardor a toda alteración de un lugar que el cariño había consagrado como perfecto para él.

«¡Cómo!», exclamó. «¡Hacer mejoras en esta querida casita! No. *A eso* nunca consentiré. No ha de añadirse una piedra a sus muros, ni una pulgada a su tamaño, si se toman en cuenta mis sentimientos».

«No se alarme», dijo la señorita Dashwood, «no se hará nada por el estilo; porque mi madre nunca tendrá dinero suficiente para intentarlo».

«Me alegro de todo corazón», exclamó él. «Ojalá sea siempre pobre, si no sabe emplear mejor sus riquezas».

«Gracias, Willoughby. Pero puede estar seguro de que no sacrificaría ni un solo sentimiento de apego a un lugar, suyo ni de nadie a quien yo quisiera, por todas las mejoras del mundo. Tenga por cierto que cualquier suma ociosa que me quede cuando haga mis cuentas en primavera, preferiría incluso guardarla inútilmente antes que disponer de ella de un modo tan doloroso para usted. Pero ¿de verdad le tiene tanto apego a este lugar que no le ve ningún defecto?».

«Así es», dijo él. «Para mí es impecable. Es más, lo considero la única forma de edificio en que puede alcanzarse la felicidad, y si fuera lo bastante rico echaría abajo Combe de inmediato y lo volvería a construir siguiendo exactamente el plano de esta casita».

«Con escaleras oscuras y estrechas y una cocina que echa humo, supongo», dijo Elinor.

«Sí», exclamó él en el mismo tono vehemente, «con todas y cada una de las cosas que le pertenecen; en ninguna de sus comodidades ni de sus *in*comodidades debería percibirse la menor variación. Entonces, y solo entonces, bajo semejante techo, quizá podría ser tan feliz

en Combe como lo he sido en Barton».

«Me precio de pensar», respondió Elinor, «que aun con la desventaja de mejores habitaciones y una escalera más ancha, en el futuro encontrará usted su propia casa tan impecable como encuentra ahora esta».

«Ciertamente hay circunstancias», dijo Willoughby, «que podrían hacérmela muy querida; pero este lugar tendrá siempre un derecho sobre mi afecto que ningún otro podrá compartir».

La señora Dashwood miró con placer a Marianne, cuyos hermosos ojos estaban fijos en Willoughby con tanta expresión que dejaban ver claramente lo bien que lo entendía.

«¡Cuántas veces deseé», añadió él, «cuando estaba en Allenham hace un año, que la casita de Barton estuviera habitada! Nunca pasé a la vista de ella sin admirar su emplazamiento y lamentar que nadie viviera allí. ¡Qué poco imaginaba entonces que la primera noticia que oiría de la señora Smith, la siguiente vez que viniera a la comarca, sería que la casita de Barton estaba alquilada!; y sentí una satisfacción y un interés inmediatos por el suceso que nada salvo una especie de presentimiento de la felicidad que me depararía puede explicar. ¿No tuvo que ser así, Marianne?», dijo, hablándole en voz baja. Luego, retomando el tono anterior, dijo: «¿Y aun así estropearía usted esta casa, señora Dashwood? ¡La despojaría de su sencillez con mejoras imaginarias! Y esta querida salita en la que comenzó nuestra amistad, y en la que desde entonces hemos pasado juntos tantas horas felices, la degradaría a la condición de un vulgar vestíbulo, y todo el mundo estaría deseoso de atravesar a toda prisa la habitación que hasta ahora ha contenido en sí más verdadera comodidad y bienestar de lo que podría ofrecer cualquier otra estancia de las más hermosas dimensiones del mundo».

La señora Dashwood volvió a asegurarle que no se intentaría ninguna alteración de esa clase.

«Es usted una buena mujer», respondió él con ardor. «Su promesa me tranquiliza. Extiéndala un poco más y me hará feliz. Dígame que

no solo su casa seguirá siendo la misma, sino que siempre la encontraré a usted y a los suyos tan inalterados como su morada; y que siempre me mirará con la bondad que ha hecho que me sea tan querido todo lo que le pertenece».

La promesa se dio de buena gana, y el comportamiento de Willoughby durante toda la velada declaró a la vez su afecto y su felicidad.

«¿Lo veremos mañana a cenar?», dijo la señora Dashwood cuando él se despedía. «No le pido que venga por la mañana, porque tenemos que ir a pie a la casa grande a visitar a lady Middleton».

Él se comprometió a estar con ellas a las cuatro.

Capítulo XV

La visita de la señora Dashwood a lady Middleton tuvo lugar al día siguiente, y dos de sus hijas la acompañaron; pero Marianne se excusó de formar parte del grupo con algún pretexto insignificante de ocupación; y su madre, que dedujo que Willoughby le había prometido la noche anterior visitarla mientras ellas estuvieran fuera, quedó perfectamente satisfecha de que se quedara en casa.

Al volver de la casa grande encontraron el cabriolé y el criado de Willoughby esperando ante la casita, y la señora Dashwood se convenció de que su conjetura había sido acertada. Hasta ahí todo era como lo había previsto; pero al entrar en la casa contempló lo que ninguna previsión le había enseñado a esperar. Apenas estaban en el pasillo cuando Marianne salió precipitadamente de la salita, al parecer presa de una violenta aflicción, con el pañuelo en los ojos; y sin reparar en ellas subió corriendo la escalera. Sorprendidas y alarmadas, entraron directamente en la habitación que ella acababa de dejar, donde solo encontraron a Willoughby, que estaba apoyado en la repisa de la chimenea, de espaldas a ellas. Se volvió al oírlas entrar, y su semblante mostró que participaba intensamente de la emoción que abrumaba a Marianne.

«¿Le pasa algo?», exclamó la señora Dashwood al entrar. «¿Está enferma?».

«Espero que no», respondió él, tratando de parecer alegre; y con una sonrisa forzada añadió enseguida: «Más bien soy yo quien puede esperar enfermar, ¡pues en este momento sufro una decepción muy grande!».

«¿Una decepción?».

«Sí, porque no podré cumplir mi compromiso con ustedes. La señora Smith ha ejercido esta mañana el privilegio de la riqueza sobre un

pobre primo que depende de ella, enviándome a Londres por negocios. Acabo de recibir mis instrucciones y de despedirme de Allenham; y, para alegrarme un poco, vengo ahora a despedirme de ustedes».

«¡A Londres! ¿Y se va usted esta mañana?».

«Casi en este mismo momento».

«Es una gran desgracia. Pero hay que complacer a la señora Smith; y espero que sus negocios no lo retengan mucho tiempo lejos de nosotras».

Se sonrojó al responder: «Es usted muy amable, pero no tengo intención de volver a Devonshire inmediatamente. Mis visitas a la señora Smith nunca se repiten en el mismo año».

«¿Y es la señora Smith su única amiga? ¿Es Allenham la única casa del vecindario donde será bien recibido? ¡Qué vergüenza, Willoughby! ¿Necesita usted esperar una invitación para venir aquí?».

Su rubor aumentó; y con los ojos fijos en el suelo solo respondió: «Es usted demasiado buena».

La señora Dashwood miró a Elinor con sorpresa. Elinor sentía el mismo asombro. Durante unos instantes todos guardaron silencio. La señora Dashwood fue la primera en hablar.

«Solo tengo que añadir, mi querido Willoughby, que en la casita de Barton siempre será bien recibido; porque no insistiré en que vuelva aquí inmediatamente, ya que solo usted puede juzgar hasta qué punto *eso* le agradaría a la señora Smith; y en este punto no estaré más dispuesta a cuestionar su juicio que a dudar de su inclinación».

«Mis compromisos actuales», respondió Willoughby, confuso, «son de tal naturaleza... que... no me atrevo a hacerme ilusiones...».

Se detuvo. La señora Dashwood estaba demasiado atónita para hablar, y siguió otra pausa. La rompió Willoughby, que dijo con una débil sonrisa: «Es una locura demorarse de esta manera. No me atormentaré más quedándome entre amigas cuya compañía me es ahora imposible disfrutar».

Luego se despidió apresuradamente de todas y salió de la habita-

ción. Lo vieron subir a su coche, y al cabo de un minuto se había perdido de vista.

La señora Dashwood estaba demasiado conmovida para hablar, y salió al instante de la salita para entregarse en soledad a la inquietud y la alarma que le causaba esta súbita partida.

La desazón de Elinor era por lo menos igual a la de su madre. Pensaba en lo que acababa de ocurrir con ansiedad y desconfianza. El comportamiento de Willoughby al despedirse de ellas, su turbación y su alegría afectada y, sobre todo, su renuencia a aceptar la invitación de su madre, una reticencia tan impropia de un enamorado, tan impropia de él, la perturbaban profundamente. En un momento temía que por su parte nunca se hubiera formado ningún propósito serio; y al siguiente, que hubiera tenido lugar alguna desafortunada riña entre él y su hermana; la aflicción con que Marianne había salido de la habitación era tal que una riña seria podía explicarla de la manera más razonable, aunque cuando consideraba lo que era el amor de Marianne por él, una riña parecía casi imposible.

Pero fueran cuales fuesen los pormenores de su separación, la aflicción de su hermana era indudable; y pensaba con la más tierna compasión en aquel violento dolor al que Marianne, con toda probabilidad, no solo se estaba entregando como alivio, sino que estaba alimentando y fomentando como un deber.

Al cabo de una media hora su madre volvió, y aunque tenía los ojos enrojecidos, su semblante no carecía de alegría.

«Nuestro querido Willoughby está ya a algunas millas de Barton, Elinor», dijo mientras se sentaba a coser, «¿y con qué pesadumbre viaja?».

«Todo es muy extraño. ¡Irse tan de repente! Parece obra de un instante. ¿Y anoche estaba con nosotras tan feliz, tan alegre, tan afectuoso? Y ahora, con solo diez minutos de aviso... ¡Y se va, además, sin intención de volver! Tiene que haber pasado algo más de lo que nos confesó. No hablaba ni se comportaba como él mismo. *Tú* tienes que ha-

ber notado la diferencia tanto como yo. ¿Qué puede ser? ¿Habrán reñido? ¿Por qué otra razón habría mostrado tanta renuencia a aceptar tu invitación a venir aquí?».

«No era voluntad lo que le faltaba, Elinor; *eso* lo vi con claridad. No estaba en su mano aceptarla. Lo he pensado todo, te lo aseguro, y puedo explicarme perfectamente todo lo que al principio me pareció extraño, tanto a mí como a ti».

«¡De veras puedes!».

«Sí. Me lo he explicado de la manera más satisfactoria; pero a ti, Elinor, que te encanta dudar siempre que puedes, no *te* satisfará, lo sé; pero no conseguirás que *yo* pierda mi confianza en ello. Estoy convencida de que la señora Smith sospecha su afecto por Marianne, lo desaprueba (quizá porque tiene otros planes para él) y por esa razón está deseosa de alejarlo; y de que el asunto que lo manda a tratar es inventado como excusa para despacharlo. Esto es lo que creo que ha ocurrido. Él sabe, además, que ella *sí* desaprueba la relación; no se atreve, por tanto, a confesarle por ahora su compromiso con Marianne, y se siente obligado, por su situación de dependencia, a plegarse a sus planes y ausentarse de Devonshire por un tiempo. Me dirás, lo sé, que esto puede haber ocurrido o *no*; pero no escucharé ningún reparo, a menos que me indiques otra manera de entender el asunto tan satisfactoria como esta. Y ahora, Elinor, ¿qué tienes que decir?».

«Nada, porque te has anticipado a mi respuesta».

«Entonces me habrías dicho que podía haber ocurrido o no. ¡Ay, Elinor, qué incomprensibles son tus sentimientos! Prefieres dar crédito al mal antes que al bien. Prefieres buscar desdicha para Marianne y culpa para el pobre Willoughby antes que una disculpa para este último. Estás resuelta a creerlo culpable porque se despidió de nosotras con menos afecto del que su comportamiento habitual ha mostrado. ¿Y no se ha de hacer ninguna concesión a la distracción, o a un ánimo abatido por una decepción reciente? ¿No se han de aceptar las probabilidades, solo porque no son certezas? ¿No se le debe nada al hombre a

quien todas tenemos tantos motivos para querer, y ningún motivo en el mundo para pensar mal de él? ¿Nada a la posibilidad de motivos irrefutables en sí mismos, aunque forzosamente secretos por un tiempo? Y, después de todo, ¿de qué lo sospechas?».

«Apenas sé decírmelo a mí misma. Pero la sospecha de algo desagradable es la consecuencia inevitable de un cambio como el que acabamos de presenciar en él. Hay mucha verdad, sin embargo, en lo que acabas de alegar sobre las concesiones que deben hacérsele, y es mi deseo ser imparcial en mi juicio sobre todo el mundo. Willoughby puede tener sin duda razones muy suficientes para su conducta, y quiero esperar que las tenga. Pero habría sido más propio de Willoughby reconocerlas de inmediato. El secreto puede ser aconsejable; pero aun así no puedo dejar de asombrarme de que él lo practique».

«No lo culpes, sin embargo, por apartarse de su carácter cuando la desviación es necesaria. Pero ¿de verdad admites la justicia de lo que he dicho en su defensa? Me alegro, y queda absuelto».

«No del todo. Puede ser conveniente ocultarle su compromiso (si *es que* están comprometidos) a la señora Smith; y si ese es el caso, debe de ser muy oportuno para Willoughby estar poco en Devonshire por ahora. Pero eso no es excusa para que nos lo oculten a nosotras».

«¡Que nos lo oculten a nosotras! Hija mía, ¿acusas a Willoughby y a Marianne de ocultar algo? Esto sí que es extraño, cuando tus ojos les han estado reprochando todos los días su falta de cautela».

«No necesito pruebas de su afecto», dijo Elinor; «pero de su compromiso sí».

«Yo estoy perfectamente convencida de ambas cosas».

«Y sin embargo ninguno de los dos te ha dicho ni una sílaba al respecto».

«No me han hecho falta sílabas cuando los actos han hablado con tanta claridad. ¿No ha declarado su comportamiento con Marianne y con todas nosotras, por lo menos durante las dos últimas semanas, que la amaba y la consideraba su futura esposa, y que sentía por nosotras

el afecto del pariente más cercano? ¿No nos hemos entendido perfectamente? ¿No han pedido a diario mi consentimiento sus miradas, sus modales, su respeto atento y afectuoso? Elinor mía, ¿es posible dudar de su compromiso? ¿Cómo se te ha podido ocurrir semejante idea? ¿Cómo suponer que Willoughby, persuadido como debe de estar del amor de tu hermana, la dejaría, y la dejaría quizá durante meses, sin hablarle de su afecto; que se separarían sin un intercambio mutuo de confidencias?».

«Confieso», respondió Elinor, «que todas las circunstancias salvo *una* están a favor de su compromiso; pero esa *una* es el silencio total de ambos al respecto, y para mí casi pesa más que todas las demás».

«¡Qué extraño es esto! Debes de pensar muy mal de Willoughby, en verdad, si, después de todo lo que ha pasado abiertamente entre ellos, puedes dudar de la naturaleza de su relación. ¿Ha estado representando un papel en su comportamiento con tu hermana todo este tiempo? ¿Lo supones de verdad indiferente a ella?».

«No, eso no puedo pensarlo. Tiene que quererla, y la quiere, estoy segura».

«Pero con una extraña clase de ternura, si es capaz de dejarla con tanta indiferencia, con tanta despreocupación por el futuro como le atribuyes».

«Debes recordar, mi querida madre, que nunca he considerado este asunto como seguro. He tenido mis dudas, lo confieso; pero son más débiles de lo que eran, y puede que pronto se disipen por completo. Si descubrimos que se escriben, desaparecerán todos mis temores».

«¡Gran concesión, desde luego! Si los vieras ante el altar, supondrías que iban a casarse. ¡Muchacha desconsiderada! Pero yo no necesito semejante prueba. En mi opinión nunca ha ocurrido nada que justifique la duda; no se ha intentado ningún secreto; todo ha sido siempre franco y sin reservas. No puedes dudar de los deseos de tu hermana. Así que debe de ser de Willoughby de quien sospechas. Pero ¿por qué? ¿No es un hombre de honor y de sentimientos? ¿Ha habido algu-

na incoherencia por su parte que cause alarma? ¿Puede ser un falso?».

«Espero que no, creo que no», exclamó Elinor. «Quiero a Willoughby, lo quiero sinceramente; y la sospecha sobre su integridad no puede ser más dolorosa para ti que para mí. Ha sido involuntaria, y no la fomentaré. Me sobresaltó, lo confieso, el cambio en sus modales esta mañana; no hablaba como él mismo, y no correspondió a tu amabilidad con ninguna cordialidad. Pero todo esto puede explicarse por una situación de sus asuntos como la que has supuesto. Acababa de separarse de mi hermana, la había visto dejarlo con la mayor aflicción; y si se sentía obligado, por temor a ofender a la señora Smith, a resistir la tentación de volver aquí pronto, y sabía sin embargo que al rechazar tu invitación, al decir que se iba por un tiempo, parecería desempeñar un papel poco generoso, sospechoso, ante nuestra familia, bien podía estar turbado y perturbado. En tal caso, una confesión llana y abierta de sus dificultades habría sido más honrosa para él, creo, además de más coherente con su carácter en general; pero no pondré objeciones a la conducta de nadie sobre un fundamento tan mezquino como una diferencia de juicio con el mío, o una desviación de lo que yo pueda considerar correcto y coherente».

«Hablas con mucha propiedad. Willoughby ciertamente no merece que se sospeche de él. Aunque *nosotras* no lo conocemos desde hace mucho, no es un extraño en esta parte del mundo; ¿y quién ha hablado jamás en su contra? Si hubiera estado en situación de obrar con independencia y casarse de inmediato, podría haber sido raro que nos dejara sin confesármelo todo de una vez; pero no es el caso. Es un compromiso que en algunos aspectos no ha empezado con buenos auspicios, pues su matrimonio debe de estar a una distancia muy incierta; e incluso el secreto, en la medida en que pueda guardarse, puede ser ahora muy aconsejable».

Las interrumpió la entrada de Margaret; y Elinor quedó entonces en libertad de reflexionar sobre los argumentos de su madre, de reconocer la probabilidad de muchos y de esperar que todos fueran justos.

No vieron a Marianne hasta la hora de cenar, cuando entró en la habitación y ocupó su lugar en la mesa sin decir palabra. Tenía los ojos rojos e hinchados; y parecía que aún entonces contenía las lágrimas a duras penas. Evitaba las miradas de todas, no podía comer ni hablar, y al cabo de un rato, cuando su madre le apretó en silencio la mano con tierna compasión, su escasa entereza se vino abajo por completo, rompió a llorar y salió de la habitación.

Este violento abatimiento de ánimo continuó toda la velada. No tenía ningún dominio sobre sí misma, porque no tenía ningún deseo de tenerlo. La más leve mención de cualquier cosa relacionada con Willoughby la abrumaba al instante; y aunque su familia estaba pendiente de su bienestar con la mayor solicitud, les era imposible, si es que hablaban, evitar todos los temas que sus sentimientos relacionaban con él.

Capítulo XVI

Marianne se habría considerado del todo imperdonable si hubiera sido capaz de dormir siquiera un poco la primera noche después de separarse de Willoughby. Se habría avergonzado de mirar a su familia a la cara a la mañana siguiente si no se hubiera levantado de la cama más necesitada de reposo que cuando se acostó. Pero los sentimientos que convertían tal serenidad en una deshonra no la dejaron en peligro de incurrir en ella. Pasó la noche entera en vela, y lloró la mayor parte de ella. Se levantó con dolor de cabeza, incapaz de hablar y sin voluntad de tomar alimento alguno; causando a cada momento pena a su madre y a sus hermanas, y prohibiendo a todas cualquier intento de consuelo. ¡Su sensibilidad era bien poderosa!

Terminado el desayuno salió sola y vagó por el pueblo de Allenham, recreándose en el recuerdo de la dicha pasada y llorando por el revés presente durante la mayor parte de la mañana.

La tarde transcurrió en la misma complacencia en el sentimiento. Tocó una tras otra todas las canciones favoritas que solía tocar para Willoughby, todas las arias en que sus voces se habían unido más a menudo, y se quedó sentada ante el instrumento contemplando cada línea de música que él le había copiado, hasta que su corazón estuvo tan apesadumbrado que no cabía ya más tristeza; y este alimento del dolor se lo aplicaba a diario. Pasaba horas enteras al piano, cantando y llorando alternativamente; a menudo la voz se le quebraba por completo a causa de las lágrimas. También en los libros, como en la música, cortejaba la desdicha que el contraste entre el pasado y el presente no podía dejar de causarle. No leía sino lo que solían leer juntos.

Una aflicción tan violenta, en verdad, no podía sostenerse para siempre; al cabo de unos días se hundió en una melancolía más tranquila; pero estas ocupaciones, a las que volvía a diario, sus paseos soli-

tarios y sus meditaciones silenciosas, todavía producían de vez en cuando efusiones de dolor tan vivas como siempre.

No llegó ninguna carta de Willoughby; y Marianne no parecía esperar ninguna. Su madre se sorprendió, y Elinor volvió a inquietarse. Pero la señora Dashwood encontraba explicaciones siempre que las necesitaba, que al menos la satisfacían a ella.

«Recuerda, Elinor», dijo, «cuántas veces sir John va él mismo a buscar nuestras cartas al correo y las lleva allí. Ya hemos convenido en que el secreto puede ser necesario, y debemos reconocer que no podría mantenerse si su correspondencia pasara por las manos de sir John».

Elinor no pudo negar que esto era cierto, e intentó encontrar en ello un motivo suficiente para su silencio. Pero había un método tan directo, tan sencillo y, en su opinión, tan conveniente para conocer el verdadero estado del asunto y disipar al instante todo misterio, que no pudo evitar sugerírselo a su madre.

«¿Por qué no le preguntas de una vez a Marianne», dijo, «si está o no comprometida con Willoughby? Viniendo de ti, su madre, y una madre tan bondadosa, tan indulgente, la pregunta no podría ofenderla. Sería el resultado natural de tu cariño por ella. Antes era toda franqueza, y contigo más que con nadie».

«No haría esa pregunta por nada del mundo. Suponiendo que sea posible que no estén comprometidos, ¡qué angustia no le causaría semejante averiguación! En cualquier caso sería de lo más mezquino. Nunca volvería a merecer su confianza, después de arrancarle la confesión de algo que por ahora no se pretende reconocer ante nadie. Conozco el corazón de Marianne: sé que me quiere muchísimo, y que no seré la última a quien se le dé a conocer el asunto cuando las circunstancias hagan conveniente revelarlo. No intentaría forzar la confianza de nadie, y mucho menos la de una hija; porque el sentido del deber le impediría la negativa que sus deseos pudieran dictarle».

Elinor pensó que esta generosidad era excesiva, considerando la ju-

ventud de su hermana, e insistió en el asunto, pero en vano; el sentido común, el cuidado común y la prudencia común naufragaban por igual en la romántica delicadeza de la señora Dashwood.

Pasaron varios días antes de que nadie de la familia mencionara el nombre de Willoughby delante de Marianne; sir John y la señora Jennings, es cierto, no tenían tantos escrúpulos; sus agudezas añadieron dolor a más de una hora dolorosa; pero una tarde, la señora Dashwood, al tomar por casualidad un volumen de Shakespeare, exclamó:

«Nunca terminamos *Hamlet*, Marianne; nuestro querido Willoughby se fue antes de que pudiéramos acabarlo. Lo guardaremos, para que cuando vuelva... Pero quizá pasen meses antes de que *eso* ocurra».

«¡Meses!», exclamó Marianne, muy sorprendida. «No, ni muchas semanas».

La señora Dashwood lamentó lo que había dicho; pero a Elinor le causó placer, pues provocó en Marianne una respuesta que expresaba tanta confianza en Willoughby y tanto conocimiento de sus intenciones.

Una mañana, cosa de una semana después de que él dejara la comarca, convencieron a Marianne de que acompañara a sus hermanas en su paseo habitual, en lugar de marcharse sola a vagar. Hasta entonces había evitado cuidadosamente toda compañía en sus correrías. Si sus hermanas pensaban pasear por las colinas, ella se escabullía de inmediato hacia los caminos vecinales; si hablaban del valle, se apresuraba igualmente a subir a las colinas, y nunca se la encontraba cuando las otras salían. Pero por fin la retuvieron los esfuerzos de Elinor, que desaprobaba profundamente un aislamiento tan continuo. Caminaron por el camino que atravesaba el valle, y casi siempre en silencio, porque la *mente* de Marianne no podía dominarse, y Elinor, satisfecha con haber ganado un punto, no quiso intentar más por el momento. Más allá de la entrada del valle, donde el campo, aunque todavía fértil, era menos agreste y más abierto, se extendía ante ellas un largo tramo del camino que habían recorrido al llegar a Barton por primera vez; y al

alcanzar ese punto se detuvieron a mirar a su alrededor y a examinar un panorama que formaba el fondo de lo que se veía desde la casita, desde un lugar al que nunca habían llegado en ninguno de sus paseos anteriores.

Entre los objetos del paisaje descubrieron pronto uno animado; era un hombre a caballo que venía hacia ellas. En pocos minutos pudieron distinguir que era un caballero; y un momento después Marianne exclamó arrebatada:

«¡Es él; es él de verdad; sé que es él!», y se apresuraba a su encuentro cuando Elinor exclamó:

«De verdad, Marianne, creo que te equivocas. No es Willoughby. Esa persona no es lo bastante alta para ser él, ni tiene su porte».

«Sí lo tiene, sí lo tiene», exclamó Marianne, «estoy segura de que lo tiene. Su porte, su levita, su caballo. Sabía que vendría pronto».

Mientras hablaba siguió caminando con afán; y Elinor, para proteger a Marianne de llamar la atención, pues estaba casi segura de que no era Willoughby, apretó el paso y se mantuvo a su lado. Pronto estuvieron a menos de treinta yardas del caballero. Marianne volvió a mirar; el corazón le dio un vuelco; y, volviéndose bruscamente, regresaba deprisa cuando las voces de sus dos hermanas se alzaron para detenerla; una tercera, casi tan conocida como la de Willoughby, se unió a ellas rogándole que se detuviera, y ella se volvió sorprendida para ver y dar la bienvenida a Edward Ferrars.

Era la única persona del mundo a quien en ese momento se le podía perdonar no ser Willoughby; la única que podría haber obtenido de ella una sonrisa; pero ella enjugó sus lágrimas para sonreírle a *él*, y con la felicidad de su hermana olvidó por un tiempo su propia decepción.

Él se apeó y, entregando el caballo a su criado, volvió caminando con ellas a Barton, adonde precisamente se dirigía para visitarlas.

Todas lo recibieron con gran cordialidad, pero sobre todo Marianne, que mostró en su recibimiento más calor de afecto que la propia

Elinor. A Marianne, en verdad, el encuentro entre Edward y su hermana le pareció una mera continuación de aquella inexplicable frialdad que tantas veces había observado en Norland en su comportamiento mutuo. Por parte de Edward, sobre todo, faltaba todo lo que un enamorado debería mostrar y decir en semejante ocasión. Estaba confuso, apenas parecía sentir placer al verlas, no se mostraba ni arrebatado ni alegre, decía poco más que lo que le arrancaban las preguntas y no distinguió a Elinor con ninguna muestra de afecto. Marianne miraba y escuchaba con creciente sorpresa. Empezó casi a sentir antipatía por Edward; y aquello terminó, como debía terminar en ella todo sentimiento, llevando de nuevo sus pensamientos a Willoughby, cuyos modales formaban un contraste bastante llamativo con los de su cuñado en ciernes.

Tras un breve silencio que siguió a la primera sorpresa y a las preguntas del encuentro, Marianne le preguntó a Edward si venía directamente de Londres. No, llevaba quince días en Devonshire.

«¡Quince días!», repitió ella, sorprendida de que hubiera estado tanto tiempo en el mismo condado que Elinor sin haber venido antes a verla.

Él pareció bastante afligido al añadir que había estado alojado con unos amigos cerca de Plymouth.

«¿Ha estado usted últimamente en Sussex?», dijo Elinor.

«Estuve en Norland hace cosa de un mes».

«¿Y qué aspecto tiene el querido, querido Norland?», exclamó Marianne.

«El querido, querido Norland», dijo Elinor, «probablemente tiene el mismo aspecto de siempre en esta época del año. Los bosques y los senderos, cubiertos de una espesa capa de hojas secas».

«¡Oh!», exclamó Marianne, «¡con qué arrebatadora emoción las veía caer en otro tiempo! ¡Cómo me deleitaba, mientras paseaba, verlas arrastradas por el viento en lluvias a mi alrededor! ¡Qué sentimientos me inspiraban ellas, la estación, el aire, todo junto! Ahora no hay

nadie que las contemple. Se las ve solo como una molestia, se las barre deprisa y se las aparta de la vista tanto como es posible».

«No todo el mundo», dijo Elinor, «comparte tu pasión por las hojas secas».

«No; mis sentimientos no suelen ser compartidos, ni suelen ser comprendidos. Pero *a veces* lo son». Al decir esto, se sumió por unos momentos en un ensueño; pero, volviendo en sí, «Ahora, Edward», dijo, llamando su atención hacia el panorama, «aquí tiene el valle de Barton. Contémplelo y quédese tranquilo si puede. ¡Mire esas colinas! ¿Ha visto alguna vez otras iguales? A la izquierda está Barton Park, entre esos bosques y arboledas. Puede ver el extremo de la casa. Y allí, al pie de aquella colina más lejana, que se alza con tanta grandeza, está nuestra casita».

«Es una comarca hermosa», respondió él; «pero estas hondonadas deben de estar llenas de barro en invierno».

«¿Cómo puede pensar en el barro teniendo delante semejantes cosas?».

«Porque», respondió él sonriendo, «entre las demás cosas que tengo delante veo un camino lleno de barro».

«¡Qué extraño!», se dijo Marianne mientras seguía caminando.

«¿Tienen ustedes aquí una vecindad agradable? ¿Son gente simpática los Middleton?».

«No, en absoluto», respondió Marianne; «no podríamos estar en peor situación».

«Marianne», exclamó su hermana, «¿cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes ser tan injusta? Son una familia muy respetable, señor Ferrars; y con nosotras se han portado del modo más amistoso. ¿Has olvidado, Marianne, cuántos días agradables les debemos?».

«No», dijo Marianne en voz baja, «ni cuántos momentos dolorosos».

Elinor no hizo caso de esto; y, dirigiendo su atención al visitante, procuró sostener con él algo parecido a una conversación, hablando de su residencia actual, de sus comodidades, etcétera, y arrancándole

de vez en cuando preguntas y comentarios. Su frialdad y su reserva la mortificaban profundamente; estaba disgustada y medio enfadada; pero, resuelta a regular su comportamiento con él por el pasado más que por el presente, evitó toda apariencia de resentimiento o desagrado, y lo trató como creía que debía tratársele en virtud del parentesco familiar.

Capítulo XVII

La señora Dashwood solo se sorprendió un momento al verlo; porque su venida a Barton era, en su opinión, la cosa más natural del mundo. Su alegría y sus muestras de afecto sobrevivieron largamente a su asombro. Él recibió de ella la más amable bienvenida; y la timidez, la frialdad y la reserva no pudieron resistir semejante recibimiento. Habían empezado a abandonarlo antes de entrar en la casa, y los cautivadores modales de la señora Dashwood acabaron de vencerlas. En verdad, un hombre difícilmente podía estar enamorado de una de sus hijas sin hacer extensiva la pasión a ella; y Elinor tuvo la satisfacción de verlo pronto más parecido a sí mismo. Su afecto por todas ellas pareció reanimarse, y su interés por su bienestar volvió a hacerse perceptible. No estaba de buen ánimo, sin embargo; elogió la casa, admiró la vista, estuvo atento y amable; pero aun así no estaba de buen ánimo. Toda la familia lo percibió, y la señora Dashwood, atribuyéndolo a alguna falta de generosidad de su madre, se sentó a la mesa indignada contra todos los padres egoístas.

«¿Qué planes tiene ahora la señora Ferrars para usted, Edward?», dijo, cuando terminó la cena y se hubieron reunido en torno al fuego; «¿sigue destinado a ser un gran orador a pesar suyo?».

«No. ¡Espero que mi madre esté ya convencida de que no tengo más talento que inclinación para la vida pública!».

«Pero ¿cómo va a cimentar entonces su fama? Porque famoso tiene que ser para satisfacer a toda su familia; y sin inclinación al gasto, sin afecto por los desconocidos, sin profesión y sin aplomo, puede que le resulte difícil».

«No lo intentaré. No tengo ningún deseo de destacar; y tengo todos los motivos para esperar que nunca lo haré. ¡Gracias al cielo! No se me puede obligar a tener genio ni elocuencia».

«No tiene usted ambición, lo sé bien. Todos sus deseos son moderados».

«Tan moderados como los del resto del mundo, creo. Deseo, como todo el mundo, ser perfectamente feliz; pero, como todo el mundo, ha de ser a mi manera. La grandeza no me hará feliz».

«¡Extraño sería que lo hiciera!», exclamó Marianne. «¿Qué tienen que ver la riqueza o la grandeza con la felicidad?».

«La grandeza, poco», dijo Elinor; «pero la riqueza, mucho».

«¡Qué vergüenza, Elinor!», dijo Marianne; «el dinero solo puede dar la felicidad donde no hay ninguna otra cosa que la dé. Más allá de un buen pasar, no puede proporcionar ninguna satisfacción verdadera, en lo que respecta a uno mismo».

«Quizá», dijo Elinor sonriendo, «lleguemos al mismo punto. *Tu* buen pasar y *mi* riqueza se parecen mucho, me atrevería a decir; y sin ellos, tal como va el mundo hoy, las dos convendremos en que ha de faltar toda clase de bienestar exterior. Tus ideas solo son más nobles que las mías. Vamos, ¿cuál es tu buen pasar?».

«Unas mil ochocientas o dos mil libras al año; no más que *eso*».

Elinor se rio. «¡*Dos* mil al año! ¡*Mil* es mi riqueza! Ya adivinaba yo cómo terminaría esto».

«Y sin embargo dos mil libras al año es una renta muy moderada», dijo Marianne. «Una familia no puede mantenerse bien con menos. Estoy segura de que no soy extravagante en mis exigencias. Un servicio doméstico como es debido, un coche, quizá dos, y caballos de caza, no pueden sostenerse con menos».

Elinor volvió a sonreír al oír a su hermana describir con tanta exactitud sus futuros gastos en Combe Magna.

«¡Caballos de caza!», repitió Edward. «Pero ¿por qué ha de tener caballos de caza? No todo el mundo caza».

Marianne se sonrojó al responder: «Pero la mayoría sí».

«¡Ojalá», dijo Margaret, lanzando una idea original, «alguien nos diera a cada una una gran fortuna!».

«¡Ah, ojalá!», exclamó Marianne, con los ojos chispeantes de animación y las mejillas encendidas por el deleite de tan imaginaria felicidad.

«Supongo que todas estamos de acuerdo en ese deseo», dijo Elinor, «a pesar de la insuficiencia de la riqueza».

«¡Ay, Dios!», exclamó Margaret, «¡qué feliz sería yo! ¡Me pregunto qué haría con ella!».

Marianne parecía no tener ninguna duda sobre ese punto.

«Yo misma no sabría cómo gastar una fortuna tan grande», dijo la señora Dashwood, «si todas mis hijas fueran ricas sin mi ayuda».

«Tendrías que empezar las mejoras de esta casa», observó Elinor, «y tus dificultades pronto se desvanecerían».

«¡Qué pedidos tan magníficos saldrían de esta familia hacia Londres», dijo Edward, «en semejante caso! ¡Qué día tan feliz para los libreros, los vendedores de música y las tiendas de grabados! Usted, señorita Dashwood, daría un encargo general para que le enviaran todo grabado nuevo de mérito; y en cuanto a Marianne, conozco su grandeza de alma: no habría música suficiente en Londres para contentarla. ¡Y libros! Thomson, Cowper, Scott: los compraría todos una y otra vez; compraría todos los ejemplares, creo, para impedir que cayeran en manos indignas; y tendría todos los libros que le enseñaran a admirar un viejo árbol retorcido. ¿No es así, Marianne? Perdóneme si soy muy impertinente. Pero quería mostrarle que no había olvidado nuestras viejas disputas».

«Me encanta que me recuerden el pasado, Edward; sea melancólico o alegre, me encanta recordarlo; y nunca me ofenderá hablando de otros tiempos. Tiene usted mucha razón en suponer cómo se gastaría mi dinero, una parte al menos; mi dinero suelto se emplearía sin duda en mejorar mi colección de música y de libros».

«Y el grueso de su fortuna se invertiría en rentas vitalicias para los autores o sus herederos».

«No, Edward, tendría otra cosa que hacer con ella».

«Quizá entonces la otorgaría como premio a la persona que escribiera la defensa más hábil de su máxima favorita, la de que nadie puede enamorarse más de una vez en la vida; ¿supongo que su opinión sobre ese punto no ha cambiado?».

«Sin duda. A mi edad las opiniones están bastante asentadas. No es probable que ahora vaya a ver u oír nada que las cambie».

«Marianne es tan firme como siempre, ya ve usted», dijo Elinor; «no ha cambiado en absoluto».

«Solo se ha vuelto un poco más seria de lo que era».

«No, Edward», dijo Marianne, «no tiene por qué reprochármelo. Usted tampoco está muy alegre».

«¿Por qué había de pensar eso?», respondió él con un suspiro. «Pero la alegría nunca formó parte de *mi* carácter».

«Ni creo que forme parte del de Marianne», dijo Elinor; «yo difícilmente la llamaría una muchacha alegre; es muy vehemente, muy apasionada en todo lo que hace; a veces habla mucho, y siempre con animación; pero no suele estar realmente alegre».

«Creo que tiene razón», respondió él, «y sin embargo siempre la he tenido por una muchacha alegre».

«Con frecuencia me he sorprendido a mí misma en errores de esa clase», dijo Elinor, «en una total equivocación sobre el carácter de alguien en uno u otro aspecto: imaginando a la gente mucho más alegre o seria, o ingeniosa o necia, de lo que realmente es, y apenas sé decir por qué ni en qué se originó el engaño. A veces uno se guía por lo que dicen de sí mismos, y muy a menudo por lo que otros dicen de ellos, sin darse tiempo para deliberar y juzgar».

«Pero yo creía que lo correcto, Elinor», dijo Marianne, «era guiarse enteramente por la opinión de los demás. Creía que el juicio se nos había dado solo para someterlo al de los vecinos. Estoy segura de que esa ha sido siempre tu doctrina».

«No, Marianne, nunca. Mi doctrina nunca ha pretendido el sometimiento del entendimiento. Lo único en que he intentado influir ha si-

do el comportamiento. No debes confundir lo que quiero decir. Soy culpable, lo confieso, de haber deseado a menudo que trataras a nuestros conocidos en general con mayor atención; pero ¿cuándo te he aconsejado que adoptes sus sentimientos o que te conformes a su juicio en asuntos serios?».

«No ha conseguido usted atraer a su hermana a su plan de cortesía general», le dijo Edward a Elinor. «¿No gana usted terreno?».

«Todo lo contrario», respondió Elinor, mirando con expresión elocuente a Marianne.

«Mi juicio», replicó él, «está enteramente de su lado en esta cuestión; pero me temo que mi práctica está mucho más del lado de su hermana. Nunca deseo ofender, pero soy tan tontamente tímido que a menudo parezco descuidado, cuando solo me retiene mi torpeza natural. Muchas veces he pensado que la naturaleza debió de destinarme a gustar de la compañía vulgar, ¡tan poco a gusto me siento entre desconocidos de buena sociedad!».

«Marianne no tiene la timidez para excusar ninguna desatención suya», dijo Elinor.

«Conoce demasiado bien su propio valor para tener falsa vergüenza», respondió Edward. «La timidez no es más que el efecto de un sentimiento de inferioridad, de una u otra clase. Si pudiera convencerme de que mis modales son perfectamente desenvueltos y elegantes, no sería tímido».

«Pero seguiría siendo reservado», dijo Marianne, «y eso es peor».

Edward se sobresaltó. «¡Reservado! ¿Soy reservado, Marianne?».

«Sí, mucho».

«No la entiendo», respondió él, sonrojándose. «¡Reservado! ¿Cómo, de qué manera? ¿Qué quiere que le diga? ¿Qué puede suponer?».

Elinor pareció sorprendida por su emoción; pero, tratando de tomarlo a risa, le dijo: «¿No conoce usted a mi hermana lo bastante para entender lo que quiere decir? ¿No sabe que llama reservado a todo el que no habla tan deprisa como ella ni admira lo que ella admira con

el mismo arrebato?».

Edward no respondió. Su seriedad y su ensimismamiento volvieron a apoderarse de él con toda su fuerza, y permaneció un rato sentado, callado y taciturno.

Capítulo XVIII

Elinor veía con gran inquietud el abatimiento de su amigo. La visita de él le procuraba una satisfacción muy incompleta, puesto que el propio disfrute de él parecía tan imperfecto. Era evidente que no era feliz; ella habría deseado que fuera igualmente evidente que aún la distinguía con el mismo afecto que alguna vez no había dudado de inspirarle; pero hasta entonces la permanencia de su preferencia parecía muy incierta, y la reserva de sus modales hacia ella contradecía en un momento lo que una mirada más animada había insinuado en el anterior.

A la mañana siguiente, él se reunió con ella y con Marianne en la salita del desayuno antes de que bajaran los demás; y Marianne, siempre deseosa de favorecer su felicidad en cuanto pudiera, pronto los dejó solos. Pero no había subido ni la mitad de la escalera cuando oyó abrirse la puerta de la salita y, al volverse, se asombró de ver salir al propio Edward.

«Voy a la aldea a ver mis caballos», dijo él, «ya que ustedes aún no están listas para el desayuno; volveré enseguida».

* * *

Edward regresó junto a ellas con renovada admiración por la campiña circundante; en su paseo hasta la aldea había visto muchas partes del valle desde sus mejores ángulos, y la aldea misma, situada mucho más arriba que la casita, ofrecía una vista general del conjunto que le había agradado sobremanera. Era este un tema que aseguraba la atención de Marianne, y ella empezaba a describir su propia admiración por aquellos parajes y a interrogarlo más minuciosamente sobre las cosas que más lo habían impresionado, cuando Edward la interrumpió diciendo: «No debe usted indagar demasiado, Marianne; recuerde que no entiendo nada de lo pintoresco, y la ofenderé con mi ignorancia y

mi falta de gusto si entramos en detalles. Llamaré empinadas a las colinas que deberían ser audaces; extrañas y toscas a las superficies que deberían ser irregulares y escarpadas; y fuera de la vista a los objetos lejanos que solo deberían ser indistintos a través del suave medio de una atmósfera brumosa. Tendrá que contentarse con la admiración que yo pueda darle honradamente. Digo que es una comarca muy hermosa: las colinas son empinadas, los bosques parecen llenos de buena madera, y el valle se ve cómodo y acogedor, con ricos prados y varias granjas pulcras esparcidas aquí y allá. Responde exactamente a mi idea de una comarca hermosa, porque une la belleza con la utilidad; y me atrevo a decir que también es pintoresca, porque usted la admira; puedo creer fácilmente que está llena de rocas y promontorios, de musgo gris y de matorrales, pero todo eso se pierde conmigo. No sé nada de lo pintoresco».

«Me temo que es demasiado cierto», dijo Marianne; «pero ¿por qué habría de jactarse de ello?».

«Sospecho», dijo Elinor, «que, por evitar una clase de afectación, Edward cae en otra. Como cree que mucha gente finge más admiración por las bellezas de la naturaleza de la que realmente siente, y esas pretensiones le repugnan, él afecta, al contemplarlas, más indiferencia y menos discernimiento de los que posee. Es exigente y quiere tener una afectación propia».

«Es muy cierto», dijo Marianne, «que la admiración por el paisaje se ha vuelto una mera jerga. Todo el mundo finge sentir e intenta describir con el gusto y la elegancia de quien definió por primera vez lo que era la belleza pintoresca. Detesto la jerga de cualquier tipo, y a veces me he guardado mis sentimientos porque no encontraba para describirlos otro lenguaje que uno gastado y trillado hasta perder todo sentido y significado».

«Estoy convencido», dijo Edward, «de que usted siente realmente todo el deleite ante una hermosa vista que dice sentir. Pero, en compensación, su hermana debe permitirme no sentir más de lo que digo. Me

gusta una hermosa vista, pero no según los principios de lo pintoresco. No me gustan los árboles torcidos, retorcidos y fulminados por el rayo. Los admiro mucho más si son altos, rectos y frondosos. No me gustan las chozas en ruinas y desvencijadas. No soy aficionado a las ortigas ni a los cardos, ni a las flores del brezo. Me da más placer una granja acogedora que una atalaya; y un grupo de aldeas limpias y felices me agrada más que los más espléndidos bandidos del mundo».

Marianne miró con asombro a Edward, y con compasión a su hermana. Elinor solo se rio.

El tema no siguió adelante, y Marianne permaneció pensativa y callada, hasta que un nuevo objeto atrajo de pronto su atención. Estaba sentada junto a Edward y, al tomar él su té de manos de la señora Dashwood, su mano pasó tan directamente delante de ella que dejó muy a la vista, en uno de sus dedos, un anillo con una trenza de cabello en el centro.

«Nunca antes lo había visto llevar un anillo, Edward», exclamó. «¿Es ese el cabello de Fanny? Recuerdo que ella le prometió darle un poco. Pero yo habría creído que su cabello era más oscuro».

Marianne había dicho sin reflexionar lo que realmente sentía; pero cuando vio cuánto había mortificado a Edward, su propio disgusto por su falta de tino no pudo ser superado por el de él. Edward se sonrojó intensamente y, lanzando una mirada momentánea a Elinor, respondió: «Sí; es cabello de mi hermana. El engaste siempre le da un matiz distinto, ¿sabe?».

Elinor había cruzado su mirada con la de él, y también pareció turbada. Que el cabello era suyo, lo sintió al instante con tanta certeza como Marianne; la única diferencia entre sus conclusiones era que lo que Marianne consideraba un regalo voluntario de su hermana, Elinor sabía que tenía que haber sido obtenido mediante algún robo o artimaña que ella desconocía. No estaba de humor, sin embargo, para tomarlo como una afrenta y, fingiendo no reparar en lo ocurrido y hablando enseguida de otra cosa, resolvió para sus adentros aprovechar en ade-

lante toda ocasión de observar el cabello y de convencerse, más allá de toda duda, de que era exactamente del matiz del suyo.

La turbación de Edward duró algún tiempo, y acabó en una distracción aún más asentada. Estuvo particularmente serio toda la mañana. Marianne se reprochó severamente lo que había dicho; pero se habría perdonado a sí misma con más prontitud si hubiera sabido cuán poco había ofendido a su hermana.

Antes del mediodía recibieron la visita de sir John y la señora Jennings, quienes, habiéndose enterado de la llegada de un caballero a la casita, venían a pasar revista al huésped. Con la ayuda de su suegra, sir John no tardó en descubrir que el apellido Ferrars empezaba con F, y esto preparó una futura mina de bromas contra la sacrificada Elinor, que solo la novedad de su trato con Edward pudo impedir que estallara de inmediato. Pero, tal como estaban las cosas, ella solo supo, por algunas miradas muy elocuentes, hasta dónde llegaba la perspicacia de ellos, fundada en las indicaciones de Margaret.

Sir John nunca visitaba a las Dashwood sin invitarlas a cenar en Barton Park al día siguiente o a tomar el té con ellos esa misma noche. En la presente ocasión, para mejor entretenimiento de su visitante, a cuya diversión se sentía obligado a contribuir, quiso comprometerlas para ambas cosas.

«*Tienen* que tomar el té con nosotros esta noche», dijo, «porque estaremos completamente solos; y mañana deben cenar con nosotros sin falta, porque seremos un grupo numeroso».

La señora Jennings insistió en la necesidad. «Y quién sabe si no se arma un baile», dijo. «Y eso la tentará a *usted*, señorita Marianne».

«¡Un baile!», exclamó Marianne. «¡Imposible! ¿Quién va a bailar?».

«¿Quién? ¡Pues ustedes mismas, y los Careys, y los Whitaker, por supuesto! ¡Cómo! ¡Creía usted que nadie podía bailar porque cierta persona cuyo nombre no se dirá se ha marchado!».

«Desearía con toda mi alma», exclamó sir John, «que Willoughby estuviera otra vez entre nosotros».

Esto, y el rubor de Marianne, despertaron nuevas sospechas en Edward. «¿Y quién es Willoughby?», preguntó en voz baja a la señorita Dashwood, junto a quien estaba sentado.

Ella le dio una breve respuesta. El semblante de Marianne fue más comunicativo. Edward vio lo bastante para comprender no solo lo que querían decir los demás, sino también aquellas expresiones de Marianne que antes lo habían desconcertado; y cuando los visitantes se fueron, se acercó a ella de inmediato y le dijo en un susurro: «He estado adivinando. ¿Le digo lo que adivino?».

«¿Qué quiere decir?».

«¿Se lo digo?».

«Desde luego».

«Pues bien: adivino que el señor Willoughby caza».

Marianne se sorprendió y se turbó, pero no pudo evitar sonreír ante la tranquila picardía de sus modales y, tras un momento de silencio, dijo:

«¡Oh, Edward! ¿Cómo puede...? Pero llegará el momento, espero... Estoy segura de que le agradará».

«No lo dudo», respondió él, bastante asombrado de su seriedad y su vehemencia; porque, de no haber imaginado que se trataba de una broma para solaz de sus conocidos en general, fundada solo en un algo o en un nada entre el señor Willoughby y ella, no se habría atrevido a mencionarlo.

Capítulo XIX

Edward permaneció una semana en la casita; la señora Dashwood le rogó encarecidamente que se quedara más tiempo; pero, como si solo estuviera empeñado en mortificarse, parecía decidido a irse justo cuando su disfrute entre sus amigas estaba en su punto más alto. Su ánimo, durante los últimos dos o tres días, aunque todavía muy desigual, había mejorado mucho: le tomaba cada vez más cariño a la casa y sus alrededores, nunca hablaba de marcharse sin un suspiro, declaraba que su tiempo estaba enteramente libre, hasta dudaba adónde iría cuando las dejara... pero, aun así, tenía que irse. Nunca una semana había pasado tan deprisa; apenas podía creer que hubiera terminado. Lo dijo repetidas veces; dijo también otras cosas que delataban el rumbo de sus sentimientos y desmentían sus actos. No encontraba placer alguno en Norland; detestaba estar en la ciudad; pero tenía que ir a Norland o a Londres. Valoraba la bondad de ellas por encima de todo, y su mayor felicidad era estar en su compañía. Y, sin embargo, tenía que dejarlas al cabo de una semana, a pesar de los deseos de ellas y de los suyos propios, y sin que nada lo obligara en cuanto a su tiempo.

Elinor cargaba en la cuenta de la madre de él todo lo que resultaba asombroso en esa manera de proceder; y fue una suerte para ella que él tuviera una madre cuyo carácter conocía tan imperfectamente que podía servir de excusa general para todo lo extraño por parte de su hijo. Decepcionada y contrariada como estaba, sin embargo, y a veces disgustada por la conducta vacilante de él hacia ella, se sentía en general muy dispuesta a juzgar sus actos con todas las indulgencias sinceras y las generosas atenuaciones que, en favor de Willoughby, su madre le había arrancado de un modo bastante más doloroso. La falta de ánimo, de franqueza y de coherencia de Edward la atribuía casi siempre a su falta de independencia y a su mejor conocimiento del carácter

y los designios de la señora Ferrars. La brevedad de su visita y la firmeza de su propósito de dejarlas nacían de la misma inclinación encadenada, de la misma inevitable necesidad de contemporizar con su madre. El viejo y arraigado agravio del deber contra la voluntad, de los padres contra el hijo, era la causa de todo. Ella se habría alegrado de saber cuándo cesarían esas dificultades, cuándo cedería esa oposición, cuándo se reformaría la señora Ferrars y su hijo quedaría en libertad de ser feliz. Pero de tan vanos deseos se veía obligada a volverse, en busca de consuelo, hacia la renovada confianza en el afecto de Edward, hacia el recuerdo de cada muestra de estima, en mirada o en palabra, que había salido de él mientras estuvo en Barton, y sobre todo hacia aquella halagadora prueba de ese afecto que él llevaba constantemente en el dedo.

«Creo, Edward», dijo la señora Dashwood mientras desayunaban la última mañana, «que sería usted un hombre más feliz si tuviera alguna profesión que ocupara su tiempo y diera interés a sus planes y a sus actos. Quizá a sus amigos les supondría algún inconveniente: no podría dedicarles tanto de su tiempo. Pero» (con una sonrisa) «saldría usted materialmente beneficiado al menos en un aspecto: sabría adónde ir cuando los dejara».

«Le aseguro», respondió él, «que hace tiempo que pienso en este punto lo mismo que usted piensa ahora. Ha sido, es y probablemente será siempre una gran desgracia para mí no haber tenido ninguna ocupación necesaria que me absorbiera, ninguna profesión que me diera empleo o me procurara algo parecido a la independencia. Pero, por desgracia, mis propios remilgos y los remilgos de mis allegados han hecho de mí lo que soy: un ser ocioso e inútil. Nunca pudimos ponernos de acuerdo en la elección de una profesión. Yo siempre preferí la Iglesia, como todavía la prefiero. Pero eso no era lo bastante elegante para mi familia. Me recomendaron el ejército. Eso era demasiado elegante para mí. Se admitía que la abogacía era bastante distinguida; muchos jóvenes que tenían despacho en el Temple hacían muy buena fi-

gura en los mejores círculos y se paseaban por la ciudad en calesines muy a la moda. Pero yo no tenía inclinación alguna por el derecho, ni siquiera en esa forma menos abstrusa de estudiarlo que mi familia aprobaba. En cuanto a la marina, tenía la moda de su parte, pero yo ya era demasiado mayor para ingresar cuando se planteó el asunto por primera vez; y, al final, como no había necesidad alguna de que yo tuviera profesión, ya que podía ser tan gallardo y derrochador sin una casaca roja a la espalda como con ella, se dictaminó que la ociosidad era, en conjunto, lo más ventajoso y honorable; y un joven de dieciocho años no suele estar tan empeñado en estar ocupado como para resistirse a las instancias de sus allegados para que no haga nada. Así que me inscribieron en Oxford, y desde entonces he sido debidamente ocioso».

«La consecuencia de lo cual, supongo», dijo la señora Dashwood, «ya que el ocio no ha favorecido su propia felicidad, será que sus hijos serán educados para tantas aficiones, empleos, profesiones y oficios como los de Columella».

«Serán educados», dijo él en tono serio, «para que se parezcan a mí lo menos posible. En sentimientos, en acciones, en condición, en todo».

«Vamos, vamos; todo eso no es más que un desahogo de su abatimiento del momento, Edward. Está usted de humor melancólico, y se figura que cualquiera que no se le parezca tiene que ser feliz. Pero recuerde que el dolor de separarse de los amigos lo siente todo el mundo alguna vez, sea cual sea su educación o su estado. Reconozca su propia felicidad. No le falta más que paciencia; o, para darle un nombre más seductor, llámela esperanza. Su madre le asegurará con el tiempo esa independencia que tanto anhela; es su deber, y será, tiene que llegar a ser antes de mucho su felicidad, impedir que toda su juventud se desperdicie en el descontento. ¿Cuánto no pueden hacer unos pocos meses?».

«Creo», respondió Edward, «que puedo desafiar a muchos meses a

que me traigan algún bien».

Esta disposición abatida de ánimo, aunque no pudo comunicársele a la señora Dashwood, añadió dolor a todos ellos en la despedida, que tuvo lugar poco después, y dejó una impresión penosa sobre todo en los sentimientos de Elinor, que requirió algún esfuerzo y algún tiempo dominar. Pero como estaba decidida a dominarla, y a evitar parecer que sufría más de lo que sufría toda su familia por la partida de él, no adoptó el método tan juiciosamente empleado por Marianne en una ocasión semejante para aumentar y fijar su pena: buscar el silencio, la soledad y la ociosidad. Sus medios eran tan distintos como sus fines, e igualmente adecuados para el avance de cada uno.

Elinor se sentó ante su mesa de dibujo en cuanto él salió de la casa, se mantuvo afanosamente ocupada todo el día, ni buscó ni evitó que se mencionara su nombre, pareció interesarse casi tanto como siempre en los asuntos generales de la familia y, si con esta conducta no disminuyó su propio pesar, al menos impidió que creciera innecesariamente, y a su madre y a sus hermanas se les ahorró mucha preocupación por su causa.

Un comportamiento como este, tan exactamente contrario al suyo, no le pareció a Marianne más meritorio de lo que el suyo propio le había parecido censurable a ella. El asunto del dominio de sí misma lo resolvió con mucha facilidad: con afectos fuertes era imposible; con afectos tranquilos no podía tener mérito alguno. Que los afectos de su hermana *eran* tranquilos, no se atrevía a negarlo, aunque se sonrojaba al reconocerlo; y de la fuerza de los suyos dio una prueba muy notable al seguir queriendo y respetando a esa hermana a pesar de tan mortificante convicción.

Sin encerrarse lejos de su familia, ni salir de la casa en resuelta soledad para evitarla, ni pasar la noche entera en vela para entregarse a la meditación, Elinor encontraba que cada día le ofrecía tiempo libre suficiente para pensar en Edward y en la conducta de Edward, en todas las variedades posibles que el distinto estado de su ánimo en distintos

momentos podía producir: con ternura, compasión, aprobación, reproche y duda. Había momentos en abundancia en que, si no por la ausencia de su madre y sus hermanas, al menos por la naturaleza de sus ocupaciones, la conversación entre ellas quedaba vedada y se producían todos los efectos de la soledad. Su mente quedaba inevitablemente en libertad; sus pensamientos no podían encadenarse a otra cosa; y el pasado y el futuro, en un asunto tan interesante, tenían que presentarse ante ella, tenían que imponerse a su atención y absorber su memoria, su reflexión y su fantasía.

De una ensoñación de este tipo, mientras estaba sentada ante su mesa de dibujo, la sacó una mañana, poco después de la partida de Edward, la llegada de visitas. Daba la casualidad de que estaba completamente sola. El ruido de la portezuela al cerrarse, a la entrada del patio de césped que había delante de la casa, atrajo su mirada hacia la ventana, y vio a un grupo numeroso que se acercaba a la puerta. Entre ellos estaban sir John, lady Middleton y la señora Jennings, pero había otras dos personas, un caballero y una dama, que le eran por completo desconocidas. Estaba sentada cerca de la ventana y, en cuanto sir John la vio, dejó al resto del grupo la ceremonia de llamar a la puerta y, cruzando el césped, la obligó a abrir el batiente para hablar con él, aunque el espacio entre la puerta y la ventana era tan corto que difícilmente se podía hablar en una sin ser oído en la otra.

«Bueno», dijo él, «les hemos traído a unos forasteros. ¿Qué le parecen?».

«¡Chis! Lo van a oír».

«No importa si oyen. No son más que los Palmer. Charlotte es muy bonita, se lo aseguro. Puede verla si mira hacia aquí».

Como Elinor estaba segura de verla en un par de minutos sin tomarse esa libertad, le rogó que la excusara.

«¿Dónde está Marianne? ¿Ha huido porque hemos venido? Veo que su instrumento está abierto».

«Está paseando, creo».

En ese momento se les unió la señora Jennings, que no tuvo paciencia suficiente para esperar a que se abriera la puerta antes de contar *su* historia. Llegó a la ventana dando voces: «¿Cómo está usted, querida? ¿Cómo está la señora Dashwood? ¿Y dónde están sus hermanas? ¡Cómo! ¡Completamente sola! Se alegrará de tener un poco de compañía. Le he traído a mi otro hijo y a mi otra hija para que la vean. ¡Imagínese que llegaron tan de improviso! Me pareció oír un coche anoche, mientras tomábamos el té, pero nunca se me pasó por la cabeza que pudieran ser ellos. No pensé más que en si no sería el coronel Brandon que volvía; así que le dije a sir John: "De veras creo que oigo un coche; quizá sea el coronel Brandon que vuelve"...».

Elinor se vio obligada a apartarse de ella en mitad de su relato para recibir al resto del grupo; lady Middleton presentó a los dos forasteros; la señora Dashwood y Margaret bajaron al mismo tiempo, y todos se sentaron a mirarse unos a otros, mientras la señora Jennings continuaba su relato al tiempo que recorría el pasillo hasta la salita, acompañada por sir John.

La señora Palmer era varios años más joven que lady Middleton, y totalmente distinta de ella en todos los aspectos. Era baja y regordeta, tenía una cara muy bonita y la más perfecta expresión de buen humor que pudiera imaginarse. Sus modales no eran en absoluto tan elegantes como los de su hermana, pero eran mucho más atractivos. Entró con una sonrisa, sonrió todo el tiempo que duró la visita, salvo cuando se reía, y sonrió al marcharse. Su marido era un joven de aspecto serio, de veinticinco o veintiséis años, con un aire de más mundo y más juicio que su esposa, pero con menos disposición a agradar o a dejarse agradar. Entró en la habitación con expresión de importancia, hizo una leve inclinación a las damas sin decir una palabra y, tras examinarlas brevemente a ellas y sus aposentos, tomó un periódico de la mesa y siguió leyéndolo mientras duró su estancia.

La señora Palmer, por el contrario, a quien la naturaleza había dotado generosamente de una inclinación a ser uniformemente cortés y

feliz, apenas se había sentado cuando estalló su admiración por la salita y por todo lo que había en ella.

«¡Vaya! ¡Qué habitación tan encantadora es esta! ¡Nunca vi nada tan precioso! ¡Fíjate, mamá, cuánto ha mejorado desde la última vez que estuve aquí! ¡Siempre me pareció un lugar tan lindo, señora!» (volviéndose hacia la señora Dashwood) «¡pero usted lo ha dejado precioso! ¡Mira, hermana, qué encantador está todo! ¡Cuánto me gustaría una casa así para mí! ¿No te gustaría a ti, señor Palmer?».

El señor Palmer no le respondió, y ni siquiera levantó los ojos del periódico.

«El señor Palmer no me oye», dijo ella riendo; «a veces no oye nunca. ¡Es tan ridículo!».

Esta era una idea completamente nueva para la señora Dashwood; nunca había tenido la costumbre de encontrar gracia en la desatención de nadie, y no pudo evitar mirarlos a ambos con sorpresa.

La señora Jennings, mientras tanto, siguió hablando tan alto como podía, y continuó el relato de su sorpresa, la noche anterior, al ver a sus parientes, sin detenerse hasta haberlo contado todo. La señora Palmer se rio de buena gana al recordar el asombro de todos, y todo el mundo convino, dos o tres veces seguidas, en que había sido una sorpresa de lo más agradable.

«Ya puede imaginarse lo contentos que nos pusimos todos al verlos», añadió la señora Jennings, inclinándose hacia Elinor y hablando en voz baja, como si no quisiera que nadie más la oyera, aunque estaban sentadas en lados opuestos de la habitación; «pero, de todos modos, no puedo dejar de desear que no hubieran viajado tan deprisa, ni hecho un viaje tan largo, porque dieron toda la vuelta por Londres a causa de unos asuntos; porque, ya sabe usted» (asintiendo con aire significativo y señalando a su hija) «no estaba bien, en su estado. Yo quería que se quedara en casa descansando esta mañana, pero se empeñó en venir con nosotros; ¡tenía tantas ganas de verlas a todas!».

La señora Palmer se rio y dijo que no le haría ningún daño.

«Espera dar a luz en febrero», continuó la señora Jennings.

Lady Middleton no pudo soportar más semejante conversación, y por tanto hizo un esfuerzo para preguntar al señor Palmer si había alguna noticia en el periódico.

«No, ninguna», respondió él, y siguió leyendo.

«Aquí viene Marianne», exclamó sir John. «Ahora, Palmer, va a ver usted a una muchacha bonita a más no poder».

Salió de inmediato al pasillo, abrió la puerta principal y la hizo entrar él mismo. La señora Jennings le preguntó, en cuanto apareció, si no había estado en Allenham; y la señora Palmer se rio tan de buena gana de la pregunta que demostró que la entendía. El señor Palmer levantó la vista cuando ella entró en la habitación, la miró fijamente unos minutos y luego volvió a su periódico. La atención de la señora Palmer quedó prendida entonces de los dibujos que colgaban por toda la habitación. Se levantó para examinarlos.

«¡Ay, Dios mío, qué bonitos son! ¡Vaya! ¡Qué encantadores! ¡Pero mira, mamá, qué lindos! Te aseguro que son preciosos; podría mirarlos eternamente». Y luego, volviendo a sentarse, olvidó muy pronto que hubiera tales cosas en la habitación.

Cuando lady Middleton se levantó para irse, el señor Palmer se levantó también, dejó el periódico, se desperezó y los miró a todos a su alrededor.

«Mi amor, ¿has estado dormido?», dijo su esposa riendo.

Él no le respondió, y se limitó a observar, tras examinar de nuevo la habitación, que el techo era muy bajo y que estaba torcido. Luego hizo su reverencia y se marchó con los demás.

Sir John había insistido mucho en que todas pasaran el día siguiente en Barton Park. La señora Dashwood, que no quería cenar con ellos más a menudo de lo que ellos cenaban en la casita, se negó en redondo por su parte; sus hijas podían hacer lo que quisieran. Pero ellas no tenían curiosidad alguna por ver cómo cenaban el señor y la señora Palmer, ni esperaban de ellos ningún placer de otro tipo. Intentaron,

por tanto, excusarse también: el tiempo era incierto y no era probable que fuera bueno. Pero sir John no se dio por satisfecho: les enviaría el coche y tenían que ir. También lady Middleton, aunque no insistió con la madre, insistió con ellas. La señora Jennings y la señora Palmer unieron sus ruegos; todos parecían igualmente deseosos de evitar una reunión de familia; y las señoritas se vieron obligadas a ceder.

«¿Por qué habrían de invitarnos?», dijo Marianne en cuanto se fueron. «Dicen que el alquiler de esta casita es bajo; pero la tenemos en condiciones muy duras, si hemos de cenar en Barton Park cada vez que alguien se aloje con ellos o con nosotras».

«No pretenden ser menos corteses y amables con nosotras ahora», dijo Elinor, «con estas frecuentes invitaciones, que con las que recibíamos de ellos hace unas semanas. Si sus reuniones se han vuelto tediosas y aburridas, el cambio no está en ellos. Debemos buscarlo en otra parte».

Capítulo XX

Cuando al día siguiente las señoritas Dashwood entraban por una puerta en el salón de Barton Park, la señora Palmer entró corriendo por la otra, con el mismo aire alegre y risueño que antes. Les tomó a todas la mano con el mayor afecto y expresó un gran placer al volver a verlas.

«¡Me alegro tanto de verlas!», dijo, sentándose entre Elinor y Marianne, «porque hace un día tan malo que temí que no vinieran, lo que habría sido terrible, ya que mañana nos vamos otra vez. Tenemos que irnos, porque los Weston vienen a casa la semana que viene, ¿saben? Nuestra venida fue completamente repentina, y yo no supe nada hasta que el coche estaba llegando a la puerta, y entonces el señor Palmer me preguntó si quería ir con él a Barton. ¡Es tan gracioso! ¡Nunca me cuenta nada! Siento tanto que no podamos quedarnos más; pero volveremos a vernos muy pronto en la ciudad, espero».

Ellas se vieron obligadas a poner fin a semejante esperanza.

«¡Que no van a la ciudad!», exclamó la señora Palmer con una risa. «Me llevaré una verdadera decepción si no van. Podría conseguirles la casa más bonita del mundo, al lado de la nuestra, en Hanover Square. Tienen que venir, de veras. Estoy segura de que me encantará hacerles de carabina cuando quieran hasta que dé a luz, si a la señora Dashwood no le apetece salir en sociedad».

Ellas se lo agradecieron, pero se vieron obligadas a resistir todos sus ruegos.

«¡Ay, mi amor!», exclamó la señora Palmer a su marido, que entraba en ese momento en la habitación, «tienes que ayudarme a convencer a las señoritas Dashwood de que vayan a la ciudad este invierno».

Su amor no respondió y, tras inclinarse levemente ante las damas, empezó a quejarse del tiempo.

«¡Qué horrible es todo esto!», dijo. «Un tiempo así hace que todo y

todos resulten repugnantes. La lluvia produce tanto aburrimiento dentro de casa como fuera. Le hace a uno detestar a todos sus conocidos. ¿Qué diablos pretende sir John al no tener una sala de billar en su casa? ¡Qué poca gente sabe lo que es la comodidad! Sir John es tan estúpido como el tiempo».

El resto de los invitados no tardó en ir llegando.

«Me temo, señorita Marianne», dijo sir John, «que hoy no ha podido dar usted su paseo habitual a Allenham».

Marianne se puso muy seria y no dijo nada.

«¡Oh, no se haga la disimulada delante de nosotros!», dijo la señora Palmer; «porque lo sabemos todo, se lo aseguro; y admiro mucho su gusto, porque a mí me parece extremadamente apuesto. En el campo no vivimos muy lejos de él, ¿sabe? No más de diez millas, diría yo».

«Más bien cerca de treinta», dijo su marido.

«¡Ah, bueno! No hay mucha diferencia. Nunca estuve en su casa; pero dicen que es un sitio lindísimo».

«El lugar más vil que he visto en mi vida», dijo el señor Palmer.

Marianne permaneció en completo silencio, aunque su semblante delataba su interés por lo que se decía.

«¿Es muy feo?», continuó la señora Palmer. «Entonces, supongo, debe de ser algún otro sitio el que es tan bonito».

Cuando estuvieron sentados en el comedor, sir John observó con pesar que solo eran ocho en total.

«Querida», dijo a su esposa, «es muy fastidioso que seamos tan pocos. ¿Por qué no invitaste a los Gilbert a venir hoy?».

«¿No te dije, sir John, cuando me hablaste de ello antes, que no podía ser? La última vez fueron ellos los que cenaron con nosotros».

«Usted y yo, sir John», dijo la señora Jennings, «no deberíamos andarnos con tantas ceremonias».

«Entonces sería usted muy maleducada», exclamó el señor Palmer.

«Mi amor, tú contradices a todo el mundo», dijo su esposa con su risa de siempre. «¿Sabes que eres de lo más grosero?».

«No sabía que contradecía a nadie al llamar maleducada a tu madre».

«Sí, puede usted insultarme cuanto quiera», dijo la bondadosa anciana; «usted me ha quitado a Charlotte de las manos y no puede devolverla. Así que en eso tengo yo la sartén por el mango».

Charlotte se rio de buena gana al pensar que su marido no podía librarse de ella, y dijo triunfante que no le importaba lo malhumorado que fuera con ella, ya que tenían que vivir juntos. Era imposible que alguien tuviera mejor carácter, o estuviera más decidido a ser feliz, que la señora Palmer. La estudiada indiferencia, la insolencia y el descontento de su marido no le causaban ningún dolor; y cuando él la regañaba o la insultaba, se divertía enormemente.

«¡El señor Palmer es tan gracioso!», le dijo a Elinor en un susurro. «Siempre está de mal humor».

Elinor, tras observarlo un poco, no se sintió inclinada a creer que fuera tan genuina y espontáneamente malhumorado o maleducado como deseaba parecer. Quizá su carácter se había agriado un poco al descubrir, como tantos otros de su sexo, que por alguna inexplicable predilección por la belleza se había convertido en el marido de una mujer muy tonta; pero ella sabía que esa clase de desatino era demasiado común para que un hombre sensato se resintiera de él de forma duradera. Era más bien un deseo de distinguirse, creía ella, lo que producía su trato desdeñoso con todo el mundo y su desprecio general por todo lo que tenía delante. Era el deseo de parecer superior a los demás. El motivo era demasiado común para causar asombro; pero los medios, por mucho que lograran establecer su superioridad en mala educación, no era probable que le granjearan el apego de nadie salvo el de su esposa.

«¡Oh, mi querida señorita Dashwood!», dijo la señora Palmer poco después, «tengo que pedirle un favor tan grande a usted y a su hermana. ¿Vendrán a pasar una temporada en Cleveland estas Navidades? Vamos, se lo ruego; y vengan mientras los Weston estén con nosotros.

¡No se imagina lo feliz que seré! ¡Será de lo más encantador! Mi amor», dirigiéndose a su marido, «¿no estás deseando que las señoritas Dashwood vengan a Cleveland?».

«Desde luego», respondió él con una mueca de desdén; «no vine a Devonshire con ninguna otra intención».

«¡Ahí lo tienen!», dijo su esposa; «ya ven que el señor Palmer las espera; así que no pueden negarse a venir».

Ambas rehusaron la invitación con insistencia y resolución.

«Pero de veras tienen que venir, y vendrán. Estoy segura de que les encantará más que nada. Los Weston estarán con nosotros, y será de lo más encantador. No se imaginan qué sitio tan lindo es Cleveland; y ahora estamos tan animados, porque el señor Palmer anda siempre recorriendo el condado haciendo campaña para las elecciones; ¡y ha venido a cenar con nosotros tanta gente a la que nunca había visto antes que es de lo más encantador! Pero, ¡pobrecito!, ¡es muy agotador para él!, porque está obligado a hacer que todo el mundo lo quiera».

Elinor apenas pudo mantener la compostura mientras asentía a lo penoso de semejante obligación.

«¡Qué encantador será», dijo Charlotte, «cuando esté en el Parlamento!, ¿verdad? ¡Cómo me voy a reír! Será tan ridículo ver todas sus cartas dirigidas a él con las siglas M. P. Pero ¿sabe usted que dice que nunca me franqueará las cartas? Declara que no lo hará. ¿Verdad, señor Palmer?».

El señor Palmer no le hizo caso.

«No soporta escribir, ¿sabe?», continuó ella; «dice que es algo espantoso».

«No», dijo él, «nunca dije nada tan irracional. No me endilgues a mí todos tus abusos del lenguaje».

«¡Ahí lo tiene! Ya ve lo gracioso que es. ¡Siempre es así! A veces se pasa media jornada sin hablarme, y luego sale con algo tan gracioso... sobre cualquier cosa del mundo».

Sorprendió mucho a Elinor, cuando volvían al salón, preguntándole

si no le gustaba muchísimo el señor Palmer.

«Desde luego», dijo Elinor; «parece muy agradable».

«Bueno, me alegro tanto de que así sea. Pensé que le gustaría, es tan simpático; y al señor Palmer le gustan muchísimo usted y sus hermanas, se lo aseguro, y no se imagina lo decepcionado que se sentirá si no vienen a Cleveland. No puedo imaginar por qué habrían de oponerse».

Elinor se vio obligada una vez más a rehusar la invitación y, cambiando de tema, puso fin a sus ruegos. Le pareció probable que, viviendo en el mismo condado, la señora Palmer pudiera dar alguna información más detallada sobre el carácter general de Willoughby que la que podía extraerse del trato parcial que los Middleton tenían con él; y estaba ansiosa por obtener de cualquiera una confirmación de sus méritos que pudiera alejar de Marianne la posibilidad de temer. Empezó preguntando si veían mucho al señor Willoughby en Cleveland y si tenían trato íntimo con él.

«¡Oh, sí, querida! Lo conozco extremadamente bien», respondió la señora Palmer. «No es que haya hablado nunca con él, la verdad; pero lo he visto infinidad de veces en la ciudad. Por una cosa o por otra, nunca me tocó estar en Barton mientras él estaba en Allenham. Mamá lo vio aquí una vez antes; pero yo estaba con mi tío en Weymouth. Sin embargo, me atrevo a decir que lo habríamos visto muchísimo en Somersetshire, si no hubiera sucedido, por mala suerte, que nunca estuvimos en el campo al mismo tiempo. Él está muy poco en Combe, creo; pero aunque estuviera allí todo lo que quisiera, no creo que el señor Palmer fuera a visitarlo, porque él es de la oposición, ¿sabe?, y además queda tan lejos. Sé muy bien por qué pregunta usted por él: su hermana va a casarse con él. Me alegro a más no poder, porque así la tendré de vecina, ¿sabe?».

«Le doy mi palabra», respondió Elinor, «de que usted sabe mucho más del asunto que yo, si tiene algún motivo para esperar semejante enlace».

«No finja negarlo, porque sabe que es de lo que habla todo el mundo. Le aseguro que me enteré al pasar por la ciudad».

«¡Mi querida señora Palmer!».

«Palabra de honor que sí. El lunes por la mañana me encontré con el coronel Brandon en Bond Street, justo antes de salir de la ciudad, y él me lo contó enseguida».

«Me sorprende usted mucho. ¡Que el coronel Brandon se lo haya contado! Seguro que se equivoca. Dar semejante noticia a una persona a quien no podía interesarle, aun cuando fuera cierta, no es lo que yo esperaría del coronel Brandon».

«Pues le aseguro que fue así, a pesar de todo, y le contaré cómo ocurrió. Cuando nos encontramos con él, dio media vuelta y caminó con nosotros; y así empezamos a hablar de mi hermano y mi hermana, y de una cosa y otra, y yo le dije: "Así que, coronel, según oigo, ha llegado una nueva familia a la casita de Barton, y mamá me escribe que son muy bonitas, y que una de ellas va a casarse con el señor Willoughby, de Combe Magna. ¿Es cierto, dígame? Porque, claro, usted debe de saberlo, ya que ha estado en Devonshire hace tan poco"».

«¿Y qué dijo el coronel?».

«Oh, no dijo mucho; pero puso cara de saber que era cierto, así que desde ese momento lo di por seguro. ¡Será de lo más encantador, de veras! ¿Cuándo va a ser?».

«¿El señor Brandon estaba muy bien, espero?».

«¡Oh, sí, muy bien!; y tan lleno de alabanzas hacia usted que no hacía más que decir cosas bonitas de usted».

«Me halagan sus elogios. Parece un hombre excelente; y lo encuentro extraordinariamente agradable».

«Yo también. Es un hombre tan encantador que es una verdadera lástima que sea tan serio y tan aburrido. Mamá dice que *él* también estaba enamorado de su hermana. Le aseguro que, si lo estaba, era un gran cumplido, porque casi nunca se enamora de nadie».

«¿Es muy conocido el señor Willoughby en su parte de Somersetshi-

re?», dijo Elinor.

«¡Oh, sí, muchísimo!; es decir, no creo que mucha gente lo trate, porque Combe Magna queda tan lejos; pero todos lo consideran extremadamente agradable, se lo aseguro. Nadie es más apreciado que el señor Willoughby dondequiera que va, y así puede decírselo a su hermana. Es una muchacha con una suerte enorme por conseguirlo, palabra de honor; aunque él tiene mucha más suerte en conseguirla a ella, porque es tan bonita y tan agradable que nada puede ser lo bastante bueno para ella. De todos modos, no la encuentro apenas más bonita que usted, se lo aseguro; porque a mí me parecen las dos preciosísimas, y al señor Palmer también, estoy segura, aunque anoche no logramos que lo reconociera».

La información de la señora Palmer respecto a Willoughby no era muy sustancial; pero cualquier testimonio en su favor, por pequeño que fuera, le resultaba grato a Elinor.

«Me alegro tanto de que por fin nos hayamos conocido», continuó Charlotte. «Y ahora espero que siempre seamos grandes amigas. ¡No se imagina cuánto deseaba verla! ¡Es tan encantador que vivan ustedes en la casita! ¡Nada puede comparársele, desde luego! ¡Y me alegro tanto de que su hermana vaya a casarse bien! Espero que usted pase mucho tiempo en Combe Magna. Es un sitio lindo, según dicen todos».

«Conoce usted desde hace mucho al coronel Brandon, ¿no es así?».

«Sí, desde hace muchísimo; desde que se casó mi hermana. Era amigo íntimo de sir John. Creo», añadió en voz baja, «que se habría alegrado mucho de tenerme por esposa, si hubiera podido. Sir John y lady Middleton lo deseaban mucho. Pero a mamá no le pareció un partido lo bastante bueno para mí; si no, sir John se lo habría propuesto al coronel, y nos habríamos casado de inmediato».

«¿No sabía el coronel Brandon de la propuesta de sir John a su madre antes de que se hiciera? ¿Nunca le había confesado a usted su afecto?».

«¡Oh, no!; pero si mamá no se hubiera opuesto, me atrevo a decir

que le habría encantado más que nada. Por entonces no me había visto más de dos veces, porque fue antes de que yo dejara el colegio. De todos modos, soy mucho más feliz así. El señor Palmer es el tipo de hombre que me gusta».

Capítulo XXI

Los Palmer regresaron a Cleveland al día siguiente, y las dos familias de Barton quedaron de nuevo a solas para entretenerse mutuamente. Pero esto no duró mucho; apenas había apartado Elinor de su mente a los últimos visitantes, apenas había dejado de asombrarse de que Charlotte fuera tan feliz sin motivo, de que el señor Palmer actuara con tanta simpleza teniendo buenas dotes, y de la extraña falta de armonía que a menudo existía entre marido y mujer, cuando el activo celo de sir John y de la señora Jennings en la causa de la vida social le procuró otras nuevas amistades que ver y observar.

En una excursión matinal a Exeter se habían encontrado con dos señoritas que la señora Jennings tuvo la satisfacción de descubrir que eran parientes suyas, y eso le bastó a sir John para invitarlas de inmediato a Barton Park en cuanto concluyeran sus compromisos de entonces en Exeter. Sus compromisos en Exeter cedieron al instante ante semejante invitación, y lady Middleton se vio presa de no poca alarma a la vuelta de sir John, al oír que muy pronto recibiría la visita de dos muchachas a las que no había visto en su vida, y de cuya elegancia, e incluso de cuya pasable distinción, no podía tener prueba alguna; porque las garantías de su marido y de su madre a ese respecto no valían absolutamente nada. Que fueran también parientes suyas lo empeoraba todo; y los intentos de consuelo de la señora Jennings tenían, por tanto, un fundamento desafortunado cuando aconsejó a su hija que no se preocupara de si eran o no tan a la moda, porque todos eran primos y tenían que aguantarse unos a otros. Sin embargo, como ya era imposible impedir que vinieran, lady Middleton se resignó a la idea con toda la filosofía de una mujer bien educada, contentándose con dirigir a su marido una suave reprimenda sobre el asunto cinco o seis veces al día.

Las señoritas llegaron: su aspecto no era en absoluto vulgar ni pasado de moda. Su vestimenta era muy elegante, sus modales muy corteses, quedaron encantadas con la casa y extasiadas con los muebles, y resultó que adoraban con tal locura a los niños que la buena opinión de lady Middleton quedó ganada en su favor antes de que llevaran una hora en Barton Park. Declaró que eran unas muchachas muy agradables, de veras, lo que en su señoría equivalía a una admiración entusiasta. La confianza de sir John en su propio juicio creció con este animado elogio, y partió de inmediato hacia la casita para anunciar a las señoritas Dashwood la llegada de las señoritas Steele y asegurarles que eran las muchachas más encantadoras del mundo. De semejante recomendación, sin embargo, no había mucho que sacar en limpio; Elinor sabía muy bien que las muchachas más encantadoras del mundo se encontraban en cualquier parte de Inglaterra, bajo todas las variaciones posibles de figura, rostro, carácter e inteligencia. Sir John quería que toda la familia fuera de inmediato a pie a Barton Park a ver a sus huéspedes. ¡Hombre benévolo y filantrópico! Le resultaba doloroso guardarse para sí aunque fuera a una prima en tercer grado.

«Vengan ahora», dijo; «por favor, vengan; tienen que venir; les digo que vendrán. No se imaginan cuánto les van a gustar. Lucy es bonita a más no poder, ¡y tiene tan buen carácter y es tan agradable! Los niños ya andan todos colgados de ella, como si fuera una vieja conocida. Y las dos se mueren por verlas, porque han oído en Exeter que ustedes son las criaturas más hermosas del mundo; y yo les he dicho que es todo muy cierto, y mucho más. Les encantarán, estoy seguro. Han traído el coche lleno de juguetes para los niños. ¿Cómo pueden ser tan ariscas como para no venir? Pero si son primas de ustedes, ¿saben?, en cierto modo. *Ustedes* son primas mías, y ellas lo son de mi mujer, así que tienen que estar emparentadas».

Pero sir John no logró imponerse. Solo pudo obtener la promesa de que irían a Barton Park dentro de uno o dos días, y entonces las dejó, asombrado de su indiferencia, para volver a casa y jactarse de nuevo

de los atractivos de ellas ante las señoritas Steele, como ya se había jactado de las señoritas Steele ante ellas.

Cuando tuvo lugar la prometida visita a Barton Park y la consiguiente presentación a estas señoritas, no encontraron nada que admirar en el aspecto de la mayor, que tenía casi treinta años y un rostro muy vulgar y nada inteligente; pero en la otra, que no tenía más de veintidós o veintitrés, reconocieron una considerable belleza: sus facciones eran bonitas, y tenía una mirada aguda y viva y un aire despierto que, aunque no le daba verdadera elegancia ni gracia, daba distinción a su persona. Sus modales eran particularmente corteses, y Elinor pronto les concedió cierta clase de sensatez cuando vio con qué atención constante y juiciosa se hacían agradables a lady Middleton. Con los niños de esta estaban en continuo éxtasis, ensalzando su belleza, buscando su atención y consintiendo sus caprichos; y el tiempo que podían sustraer a las importunas exigencias que esta cortesía les imponía lo pasaban admirando cualquier cosa que su señoría estuviera haciendo, si es que hacía algo, o copiando el patrón de algún elegante vestido nuevo con el que su aparición del día anterior las había sumido en un deleite inacabable. Por suerte para quienes hacen la corte a través de semejantes flaquezas, una madre cariñosa, aunque en la búsqueda de elogios para sus hijos sea el más rapaz de los seres humanos, es también el más crédulo; sus exigencias son exorbitantes, pero se lo traga todo; y el excesivo afecto y la paciencia de las señoritas Steele hacia sus vástagos fueron vistos, por tanto, por lady Middleton sin la menor sorpresa ni desconfianza. Vio con maternal complacencia todas las impertinentes intromisiones y las traviesas jugarretas a las que se sometían sus primas. Vio sus fajas desatadas, su cabello tironeado en torno a las orejas, sus costureros registrados y sus cortaplumas y tijeras robados, y no dudó de que se trataba de un placer recíproco. No le suscitó otra sorpresa que la de que Elinor y Marianne permanecieran sentadas tan tranquilas, sin reclamar su parte en lo que ocurría.

«¡John está tan animado hoy!», dijo ella, cuando él tomó el pañue-

lo de la señorita Steele y lo arrojó por la ventana. «Está lleno de monerías».

Y poco después, cuando el segundo niño pellizcó con violencia uno de los dedos de la misma dama, observó con cariño: «¡Qué juguetón es William!».

«Y aquí está mi dulce Annamaria», añadió, acariciando con ternura a una niñita de tres años que no había hecho ruido en los últimos dos minutos; «¡y ella es siempre tan dulce y tan tranquila! ¡Nunca hubo una cosita tan tranquila!».

Pero, por desgracia, al prodigar estos abrazos, un alfiler del tocado de su señoría arañó levemente el cuello de la niña y arrancó a aquel modelo de dulzura unos alaridos tan violentos que difícilmente habría podido superarlos ninguna criatura declaradamente ruidosa. La consternación de la madre fue excesiva; pero no pudo superar la alarma de las señoritas Steele, y las tres hicieron, en tan crítica emergencia, todo lo que el afecto podía sugerir como apropiado para aliviar los tormentos de la pequeña doliente. La sentaron en el regazo de su madre, la cubrieron de besos, una de las señoritas Steele, puesta de rodillas para atenderla, le bañó la herida con agua de lavanda, y la otra le llenó la boca de confites. Con semejante recompensa por sus lágrimas, la niña fue demasiado sensata para dejar de llorar. Siguió chillando y sollozando con todas sus fuerzas, dio patadas a sus dos hermanos cuando intentaron tocarla, y todos los consuelos reunidos fueron ineficaces hasta que lady Middleton, recordando por suerte que en una escena de semejante aflicción la semana anterior se había aplicado con éxito un poco de mermelada de albaricoque sobre una sien magullada, propuso con afán el mismo remedio para este desafortunado arañazo, y una ligera interrupción de los alaridos de la señorita al oírlo les dio motivo para esperar que no sería rechazado. Así pues, la sacaron de la habitación en brazos de su madre en busca de esta medicina, y como los dos niños quisieron seguirlas, aunque su madre les rogó encarecidamente que se quedaran, las cuatro señoritas quedaron en una tranquilidad

que la habitación no había conocido en muchas horas.

«¡Pobres criaturitas!», dijo la señorita Steele en cuanto se hubieron ido. «Podría haber sido un accidente muy triste».

«Aunque no sé muy bien cómo», exclamó Marianne, «a menos que hubiera ocurrido en circunstancias totalmente distintas. Pero esta es la manera habitual de exagerar la alarma cuando en realidad no hay nada de qué alarmarse».

«¡Qué mujer tan dulce es lady Middleton!», dijo Lucy Steele.

Marianne guardó silencio; le era imposible decir lo que no sentía, por trivial que fuera la ocasión; y por eso sobre Elinor recaía siempre toda la tarea de decir mentiras cuando la cortesía lo exigía. Hizo lo que pudo cuando se vio así requerida, hablando de lady Middleton con más calor del que sentía, aunque con mucho menos que la señorita Lucy.

«¡Y sir John también!», exclamó la hermana mayor. «¡Qué hombre tan encantador!».

También aquí el elogio de la señorita Dashwood, por ser solo sencillo y justo, pasó sin ningún brillo. Se limitó a observar que tenía un carácter perfectamente afable y amistoso.

«¡Y qué familia tan encantadora tienen! Nunca vi en mi vida niños tan hermosos. Le aseguro que ya los adoro, y la verdad es que siempre me vuelven loca los niños».

«Eso habría supuesto», dijo Elinor con una sonrisa, «por lo que he presenciado esta mañana».

«Me da la impresión», dijo Lucy, «de que a usted le parece que los pequeños Middleton están demasiado consentidos; quizá rayen en el colmo; pero es tan natural en lady Middleton; y, por mi parte, me encanta ver a los niños llenos de vida y de energía; no los soporto cuando son mansos y tranquilos».

«Confieso», respondió Elinor, «que mientras estoy en Barton Park nunca pienso con aborrecimiento en los niños mansos y tranquilos».

A estas palabras siguió una breve pausa, que rompió primero la se-

ñorita Steele, que parecía muy dispuesta a conversar, y que dijo entonces de manera bastante brusca: «¿Y qué le parece Devonshire, señorita Dashwood? Supongo que le habrá dado mucha pena dejar Sussex».

Algo sorprendida por la familiaridad de la pregunta, o al menos por el modo en que fue formulada, Elinor respondió que sí.

«Norland es un sitio prodigiosamente hermoso, ¿no es así?», añadió la señorita Steele.

«Hemos oído a sir John elogiarlo muchísimo», dijo Lucy, que parecía creer necesaria alguna disculpa por la desenvoltura de su hermana.

«Creo que todo el que haya visto ese lugar *tiene* que admirarlo», respondió Elinor; «aunque no es de suponer que nadie pueda apreciar sus bellezas como nosotras».

«¿Y tenían ustedes allí muchísimos galanes elegantes? Supongo que en esta parte del mundo no tendrán tantos; por mi parte, creo que siempre son un enorme aliciente».

«Pero ¿por qué habrías de pensar», dijo Lucy, avergonzada de su hermana, «que no hay tantos jóvenes distinguidos en Devonshire como en Sussex?».

«No, querida, no pretendo decir que no los haya, de veras. Estoy segura de que hay muchísimos galanes elegantes en Exeter; pero, ya sabes, ¿cómo iba yo a saber qué galanes elegantes podría haber por Norland?; y solo temía que las señoritas Dashwood encontraran aburrido Barton si no tenían tantos como solían tener. Pero quizá a ustedes, señoritas, no les importen los galanes, y les dé lo mismo estar sin ellos que con ellos. Por mi parte, creo que son enormemente agradables, siempre que vistan con elegancia y se porten con cortesía. Pero no soporto verlos sucios y desaliñados. Ahí tienen al señor Rose, de Exeter, un joven prodigiosamente elegante, todo un galán, escribiente del señor Simpson, ¿saben?, y sin embargo, si uno se lo encuentra por la mañana, no está presentable. Supongo que su hermano era todo un galán, señorita Dashwood, antes de casarse, siendo tan rico...».

«Le doy mi palabra», respondió Elinor, «de que no sabría decírselo,

porque no comprendo del todo el significado de la palabra. Pero esto sí puedo decirle: que si alguna vez fue un galán antes de casarse, todavía lo es, porque no ha cambiado en lo más mínimo».

«¡Ay, querida! Uno nunca piensa en los hombres casados como galanes; tienen otras cosas que hacer».

«¡Válgame, Anne!», exclamó su hermana, «no sabes hablar más que de galanes; vas a hacer creer a la señorita Dashwood que no piensas en otra cosa». Y luego, para desviar la conversación, empezó a admirar la casa y los muebles.

Esta muestra de las señoritas Steele fue suficiente. La vulgar desenvoltura y la necedad de la mayor no le dejaban ninguna recomendación y, como Elinor no estaba cegada por la belleza ni por la mirada astuta de la menor hasta el punto de no ver su falta de verdadera elegancia y de naturalidad, salió de la casa sin ningún deseo de conocerlas mejor.

No así las señoritas Steele. Venían de Exeter bien provistas de admiración para uso de sir John Middleton, de su familia y de todos sus parientes, y ahora repartieron una porción nada mezquina a sus hermosas primas, de quienes declararon que eran las muchachas más bellas, elegantes, cultivadas y agradables que hubieran visto jamás, y a quienes estaban particularmente ansiosas por conocer mejor. Y conocerse mejor, pronto lo comprendió Elinor, era por tanto su destino inevitable, pues como sir John estaba enteramente del lado de las señoritas Steele, su bando sería demasiado fuerte para oponérsele, y habría que someterse a esa clase de intimidad que consiste en pasar sentadas una o dos horas juntas en la misma habitación casi todos los días. Sir John no podía hacer más; pero no sabía que se necesitara más: estar juntos era, en su opinión, ser íntimos, y mientras sus continuos planes para que se vieran resultaran eficaces, no le cabía duda de que eran amigas consolidadas.

Para hacerle justicia, hizo todo lo que estaba en su mano para fomentar la confianza entre ellas, poniendo a las señoritas Steele al tan-

to de cuanto sabía o suponía de la situación de sus primas en los detalles más delicados; y Elinor no las había visto más de dos veces cuando la mayor la felicitó por la suerte que había tenido su hermana de conquistar a un galán muy elegante desde que llegó a Barton.

«Desde luego que será estupendo verla casada tan joven», dijo, «y oigo que él es todo un galán, y prodigiosamente apuesto. Y espero que usted tenga pronto la misma suerte; aunque quizá ya tenga algún amigo escondido en un rincón».

Elinor no podía suponer que sir John fuera más delicado al proclamar sus sospechas sobre el afecto de ella por Edward que lo que había sido respecto a Marianne; en realidad, de las dos, esta era más bien su broma favorita, por ser algo más nueva y más conjetural; y desde la visita de Edward nunca habían cenado juntos sin que él brindara por los más caros afectos de ella con tanta intención y tantos gestos y guiños que llamaba la atención de todos. La letra F también había salido a relucir invariablemente, y había resultado fuente de tan incontables bromas que hacía tiempo que había quedado establecida, para Elinor, su fama de la letra más ingeniosa del alfabeto.

Las señoritas Steele, como ella esperaba, gozaban ahora de todo el provecho de estas bromas, y en la mayor de ellas despertaron una curiosidad por saber el nombre del caballero aludido que, aunque expresada a menudo con impertinencia, estaba perfectamente a tono con su afán general de indagar en los asuntos de la familia. Pero sir John no jugó mucho tiempo con la curiosidad que le encantaba despertar, porque sentía al menos tanto placer en decir el nombre como la señorita Steele en oírlo.

«Se llama Ferrars», dijo en un susurro muy audible; «pero, por favor, no lo digan, porque es un gran secreto».

«¡Ferrars!», repitió la señorita Steele; «el señor Ferrars es el hombre afortunado, ¿no? ¡Cómo! ¿El hermano de su cuñada, señorita Dashwood? Un joven muy agradable, desde luego; lo conozco muy bien».

«¿Cómo puedes decir eso, Anne?», exclamó Lucy, que por lo gene-

ral enmendaba todas las afirmaciones de su hermana. «Aunque lo hayamos visto una o dos veces en casa de mi tío, es demasiado pretender que lo conocemos muy bien».

Elinor oyó todo esto con atención y sorpresa. «¿Y quién era ese tío? ¿Dónde vivía? ¿Cómo lo habían conocido?». Deseaba mucho que se siguiera hablando del asunto, aunque no quería intervenir ella misma; pero no se dijo nada más al respecto, y por primera vez en su vida le pareció que a la señora Jennings le faltaba o curiosidad por las pequeñas noticias o disposición para comunicarlas. La manera en que la señorita Steele había hablado de Edward aumentó su curiosidad; porque le pareció bastante malintencionada, y le hizo sospechar que aquella dama sabía, o creía saber, algo en perjuicio de él. Pero su curiosidad fue inútil, porque la señorita Steele no volvió a hacer caso del nombre del señor Ferrars cuando se aludía a él, ni siquiera cuando sir John lo mencionaba abiertamente.

Capítulo XXII

Marianne, que nunca había tenido mucha tolerancia con nada que se pareciera a la impertinencia, la vulgaridad, la inferioridad de talento o siquiera a una diferencia de gusto respecto del suyo, estaba en esa época particularmente mal dispuesta, por el estado de su ánimo, a sentirse a gusto con las señoritas Steele o a alentar sus avances; y a la invariable frialdad de su trato con ellas, que frenaba por parte de las hermanas todo intento de intimidad, atribuyó Elinor principalmente esa preferencia por ella misma que pronto se hizo evidente en los modales de ambas, pero sobre todo en los de Lucy, que no perdía ocasión de entablar conversación con ella ni de procurar estrechar su trato mediante una comunicación fácil y franca de sus sentimientos.

Lucy era lista por naturaleza; sus observaciones solían ser atinadas y divertidas; y como compañía durante media hora Elinor la encontraba a menudo agradable; pero sus facultades no habían recibido ayuda alguna de la educación: era ignorante e inculta; y su carencia de todo cultivo del espíritu, su falta de información en los asuntos más corrientes, no podían ocultársele a la señorita Dashwood, a pesar del constante empeño de Lucy por mostrarse con ventaja. Elinor veía, y la compadecía por ello, el abandono de unas dotes que la educación habría podido hacer tan respetables; pero veía, con menos ternura de sentimiento, la absoluta falta de delicadeza, de rectitud y de integridad de espíritu que delataban sus atenciones, sus solicitudes y sus lisonjas en Barton Park; y no podía hallar una satisfacción duradera en la compañía de una persona que unía la falta de sinceridad a la ignorancia; cuya falta de instrucción impedía que conversaran en pie de igualdad, y cuya conducta con los demás hacía que toda muestra de atención y deferencia hacia ella careciera por completo de valor.

«Le parecerá extraña mi pregunta, me atrevo a decir», le dijo Lucy

un día, mientras iban caminando juntas de la casa grande a la casita, «pero dígame, por favor: ¿conoce usted en persona a la madre de su cuñada, la señora Ferrars?».

A Elinor *sí* le pareció muy extraña la pregunta, y su semblante lo expresó cuando respondió que nunca había visto a la señora Ferrars.

«¡De veras!», replicó Lucy; «me sorprende, porque pensé que la habría visto alguna vez en Norland. Entonces, ¿quizá no puede decirme qué clase de mujer es?».

«No», contestó Elinor, cuidándose de dar su verdadera opinión sobre la madre de Edward y no muy deseosa de satisfacer lo que parecía una curiosidad impertinente; «no sé nada de ella».

«Estoy segura de que me encuentra muy rara por preguntar por ella de este modo», dijo Lucy, observando a Elinor con atención mientras hablaba; «pero quizá haya razones... Ojalá me atreviera; pero, en todo caso, espero que me haga la justicia de creer que no pretendo ser impertinente».

Elinor le dio una respuesta cortés, y siguieron caminando unos minutos en silencio. Lo rompió Lucy, que volvió sobre el tema diciendo, con cierta vacilación:

«No soporto que me crea impertinentemente curiosa. Estoy segura de que preferiría hacer cualquier cosa en el mundo antes que parecerlo a los ojos de una persona cuya buena opinión vale tanto la pena como la suya. Y estoy segura de que no tendría el menor temor de confiar en *usted*; de hecho, me alegraría mucho que me aconsejara cómo arreglármelas en una situación tan incómoda como la mía; pero, en fin, no hay por qué molestarla *a usted*. Lamento que no conozca a la señora Ferrars».

«Yo lamento *no* conocerla», dijo Elinor, con gran asombro, «si a *usted* pudiera serle de alguna utilidad saber mi opinión sobre ella. Pero, a decir verdad, nunca supe que tuviera usted relación alguna con esa familia, y por eso, lo confieso, me sorprende un poco una indagación tan seria sobre su carácter».

«Me imagino que sí, y estoy segura de que no me extraña en absoluto. Pero, si me atreviera a contárselo todo, no estaría usted tan sorprendida. La señora Ferrars no es ciertamente nada para mí en este momento; pero puede *llegar* el día (cuán pronto llegue dependerá de ella misma) en que estemos muy íntimamente relacionadas».

Bajó la vista al decir esto, con amable timidez, y solo dirigió una mirada de soslayo a su compañera para observar el efecto que le causaba.

«¡Cielo santo!», exclamó Elinor, «¿qué quiere decir? ¿Conoce usted al señor Robert Ferrars? ¿Será posible?». Y no la deleitó mucho la idea de semejante cuñada.

«No», respondió Lucy, «no al señor *Robert* Ferrars; no lo he visto en mi vida; sino», clavando los ojos en Elinor, «a su hermano mayor».

¿Qué sintió Elinor en ese momento? Un asombro que habría sido tan doloroso como intenso de no haberlo acompañado una inmediata incredulidad respecto de la afirmación. Se volvió hacia Lucy con mudo pasmo, incapaz de adivinar la razón o el propósito de semejante declaración; y aunque le cambió el color, se mantuvo firme en su incredulidad y no se sintió en peligro de un ataque de histeria ni de un desmayo.

«Bien puede usted sorprenderse», prosiguió Lucy; «porque claro que no podía tener idea de ello hasta ahora; porque me atrevo a decir que él nunca le dejó caer la menor insinuación ni a usted ni a nadie de su familia; porque siempre se quiso que fuera un gran secreto, y estoy segura de que yo lo he guardado fielmente hasta este momento. Ni una sola alma de toda mi parentela lo sabe, salvo Anne, y jamás se lo habría mencionado a usted si no hubiera sentido la mayor confianza del mundo en su discreción; y de verdad pensé que mi conducta al hacer tantas preguntas sobre la señora Ferrars debía de parecer tan rara que merecía una explicación. Y no creo que el señor Ferrars pueda disgustarse cuando sepa que he confiado en usted, porque sé que tiene la más alta opinión del mundo de toda su familia, y que las considera a

usted y a las otras señoritas Dashwood exactamente como a sus propias hermanas». Hizo una pausa.

Elinor permaneció en silencio unos instantes. Su asombro ante lo que oía fue al principio demasiado grande para las palabras; pero al fin, obligándose a hablar, y a hablar con cautela, dijo, con una calma de modales que ocultaba bastante bien su sorpresa y su inquietud: «¿Puedo preguntarle si su compromiso es de larga data?».

«Llevamos cuatro años comprometidos».

«¡Cuatro años!».

«Sí».

Elinor, aunque muy impresionada, seguía sin poder creerlo.

«Yo no sabía», dijo, «que se conocieran siquiera hasta el otro día».

«Nuestra amistad, sin embargo, data de muchos años. Él estuvo al cuidado de mi tío, sabe usted, durante bastante tiempo».

«¡Su tío!».

«Sí; el señor Pratt. ¿Nunca le oyó hablar del señor Pratt?».

«Creo que sí», respondió Elinor, con un esfuerzo de ánimo que crecía a medida que crecía su emoción.

«Estuvo cuatro años con mi tío, que vive en Longstaple, cerca de Plymouth. Allí empezó nuestra amistad, porque mi hermana y yo pasábamos a menudo temporadas con mi tío, y allí se formó nuestro compromiso, aunque no hasta un año después de que él dejara de ser su pupilo; pero después estaba casi siempre con nosotras. Yo no quería nada entrar en él, como se imaginará, sin el conocimiento y la aprobación de su madre; pero era demasiado joven, y lo quería demasiado, para ser tan prudente como debería haberlo sido. Aunque usted no lo conoce tan bien como yo, señorita Dashwood, debe de haberlo tratado lo suficiente para darse cuenta de que es muy capaz de hacer que una mujer se encariñe sinceramente con él».

«Desde luego», contestó Elinor, sin saber lo que decía; pero tras un momento de reflexión añadió, con renovada seguridad en el honor y el amor de Edward, y en la falsedad de su compañera: «¡Comprometi-

da con el señor Edward Ferrars! Le confieso que me sorprende tan por completo lo que me cuenta, que de verdad... Le ruego que me disculpe; pero sin duda debe de haber alguna confusión de persona o de nombre. No podemos estar hablando del mismo señor Ferrars».

«No podemos estar hablando de otro», exclamó Lucy, sonriendo. «El señor Edward Ferrars, el hijo mayor de la señora Ferrars, de Park Street, y hermano de su cuñada, la señora de John Dashwood, es la persona a quien me refiero; tendrá usted que admitir que no es probable que me equivoque en cuanto al nombre del hombre de quien depende toda mi felicidad».

«Es extraño», replicó Elinor, en la más dolorosa perplejidad, «que nunca le haya oído siquiera mencionar su nombre».

«No; dada nuestra situación, no era extraño. Nuestro primer cuidado ha sido mantener el asunto en secreto. Usted no sabía nada de mí ni de mi familia, y por lo tanto no podía haber *ocasión* alguna de mencionarle mi nombre; y como él siempre ha tenido especial miedo de que su hermana sospechara algo, *eso* bastaba como razón para no mencionarlo».

Se calló. La seguridad de Elinor se hundió; pero su dominio de sí misma no se hundió con ella.

«Cuatro años lleva usted comprometida», dijo con voz firme.

«Sí; y sabe Dios cuánto más tendremos que esperar. ¡Pobre Edward! Le quita todo el ánimo». Luego, sacando del bolsillo una pequeña miniatura, añadió: «Para evitar cualquier posibilidad de error, tenga la bondad de mirar esta cara. No le hace justicia, claro está, pero aun así creo que no puede equivocarse en cuanto a la persona para quien la pintaron. La tengo desde hace más de tres años».

Se la puso en las manos mientras hablaba; y cuando Elinor vio el retrato, cualesquiera otras dudas que su temor a una decisión demasiado apresurada o su deseo de descubrir la falsedad pudieran consentir que persistieran en su mente, no podía tener ninguna de que fuera el rostro de Edward. Se la devolvió casi al instante, reconociendo el pareci-

do.

«Nunca he podido», prosiguió Lucy, «darle mi retrato a cambio, lo cual me fastidia muchísimo, ¡porque él siempre ha tenido tantas ganas de tenerlo! Pero estoy decidida a posar para él en la primera oportunidad».

«Tiene usted toda la razón», respondió Elinor con calma. Luego dieron unos pasos en silencio. Lucy habló primero.

«Estoy segura», dijo, «no tengo la menor duda en el mundo de que guardará fielmente este secreto, porque debe de saber cuánta importancia tiene para nosotros que no llegue a oídos de su madre; porque ella nunca lo aprobaría, me atrevo a decir. Yo no tendré fortuna, y me figuro que es una mujer sumamente orgullosa».

«Desde luego, yo no busqué su confidencia», dijo Elinor; «pero no hace usted más que hacerme justicia al imaginar que se puede confiar en mí. Su secreto está a salvo conmigo; pero perdóneme si expreso cierta sorpresa ante una comunicación tan innecesaria. Usted al menos ha de haber sentido que el que yo lo supiera no podía añadir nada a su seguridad».

Al decir esto, miró fijamente a Lucy, con la esperanza de descubrir algo en su semblante; tal vez la falsedad de la mayor parte de lo que había estado diciendo; pero el semblante de Lucy no sufrió cambio alguno.

«Temía que pensara que me tomaba una gran libertad con usted», dijo, «al contarle todo esto. No hace mucho que la conozco, es verdad, al menos en persona, pero hace mucho tiempo que las conozco a usted y a toda su familia de oídas; y apenas la vi, sentí casi como si fuéramos viejas conocidas. Además, en el presente caso, de verdad pensé que le debía alguna explicación después de haber hecho preguntas tan particulares sobre la madre de Edward; y soy tan desdichada que no tengo a nadie a quien pedir consejo. Anne es la única persona que lo sabe, y no tiene ningún juicio; de hecho, me hace mucho más daño que bien, porque vivo con el miedo constante de que me delate. No sa-

be callarse, como habrá notado, y estoy segura de que el otro día pasé el susto más grande del mundo, cuando sir John mencionó el nombre de Edward, de que fuera a soltarlo todo. No se imagina usted cuánto paso por dentro con todo esto. Lo único que me extraña es estar viva después de lo que he sufrido por Edward estos últimos cuatro años. Todo en tal suspenso e incertidumbre; y viéndolo tan poco... apenas podemos vernos más de dos veces al año. Estoy segura de que me extraña que no se me haya partido del todo el corazón».

Aquí sacó el pañuelo; pero Elinor no se sintió muy compasiva.

«A veces», prosiguió Lucy, después de secarse los ojos, «me pregunto si no sería mejor para los dos romper del todo el asunto». Al decir esto, miró directamente a su compañera. «Pero otras veces no tengo resolución suficiente para ello. No soporto la idea de hacerlo tan desgraciado, como sé que lo haría la sola mención de algo así. Y por mi parte también, siendo él tan querido para mí, no creo que fuera capaz. ¿Qué me aconsejaría usted hacer en un caso así, señorita Dashwood? ¿Qué haría usted misma?».

«Perdóneme», respondió Elinor, sobresaltada por la pregunta; «pero no puedo darle ningún consejo en tales circunstancias. Su propio juicio debe guiarla».

«Claro está», prosiguió Lucy, tras unos minutos de silencio por ambas partes, «que su madre tendrá que proveer para él tarde o temprano; ¡pero el pobre Edward está tan abatido por esto! ¿No le pareció a usted terriblemente decaído cuando estuvo en Barton? Estaba tan triste cuando nos dejó en Longstaple para ir a verlas a ustedes, que temí que ustedes lo creyeran bastante enfermo».

«¿Venía entonces de casa de su tío cuando nos visitó?».

«Oh, sí; había pasado quince días con nosotras. ¿Creyó usted que venía directamente de Londres?».

«No», respondió Elinor, sintiendo con la mayor intensidad cada nueva circunstancia que hablaba a favor de la veracidad de Lucy; «recuerdo que nos dijo que había pasado quince días con unos amigos cerca

de Plymouth». Recordaba también su propia sorpresa en aquel momento, al ver que no decía nada más de esos amigos, y su absoluto silencio aun respecto de sus nombres.

«¿No le pareció a usted tristemente desanimado?», repitió Lucy.

«Sí, en efecto, sobre todo cuando recién llegó».

«Le rogué que se esforzara, por miedo a que ustedes sospecharan lo que pasaba; pero lo ponía tan melancólico no poder quedarse más de quince días con nosotras, y verme a mí tan afectada... ¡Pobre muchacho! Me temo que ahora le pasa exactamente lo mismo; porque escribe con un ánimo lamentable. Tuve noticias suyas justo antes de salir de Exeter»; y sacó una carta del bolsillo y le mostró con descuido el sobrescrito a Elinor. «Conoce usted su letra, me atrevo a decir, y encantadora que es; pero esta no está tan bien escrita como de costumbre. Estaría cansado, me atrevo a decir, porque acababa de llenarme el pliego todo lo posible».

Elinor vio que *era* su letra, y no pudo dudar más. El retrato, se había permitido creer, podía haberse obtenido por casualidad; podía no haber sido un regalo de Edward; pero una correspondencia epistolar entre ellos solo podía existir en virtud de un compromiso formal, nada más podía autorizarla; durante unos instantes estuvo casi vencida; el corazón le dio un vuelco y apenas podía tenerse en pie; pero el esfuerzo era indispensable; y luchó con tanta resolución contra la opresión de sus sentimientos que el éxito fue rápido y, por el momento, completo.

«Escribirnos», dijo Lucy, devolviendo la carta al bolsillo, «es el único consuelo que tenemos en separaciones tan largas. Sí, yo tengo otro consuelo en su retrato, pero el pobre Edward ni siquiera tiene *eso*. Si tuviera al menos mi retrato, dice, estaría tranquilo. Le di un mechón de mi pelo engastado en un anillo la última vez que estuvo en Longstaple, y eso le sirvió de algún consuelo, según dijo, pero no es lo mismo que un retrato. ¿Quizá se fijó usted en el anillo cuando lo vio?».

«Sí», dijo Elinor, con una compostura en la voz bajo la cual se ocul-

taba una emoción y una angustia mayores que cuanto había sentido jamás. Estaba mortificada, impresionada, confundida.

Afortunadamente para ella, habían llegado ya a la casita, y la conversación no pudo continuar. Después de quedarse con ellas unos minutos, las señoritas Steele regresaron a Barton Park, y Elinor quedó entonces en libertad de pensar y de ser desdichada.

Capítulo XXIII

Por escasa que fuera, en general, la confianza de Elinor en la veracidad de Lucy, le era imposible, tras una reflexión seria, ponerla en duda en el presente caso, en que ninguna tentación podía compensar la locura de inventar una falsedad de semejante naturaleza. Lo que Lucy había afirmado como verdadero, por tanto, Elinor no podía, no se atrevía ya a ponerlo en duda; respaldado como estaba, además, por todos lados por tales probabilidades y pruebas, y sin que nada lo contradijera salvo sus propios deseos. La ocasión que habían tenido de conocerse en casa del señor Pratt era un fundamento para todo lo demás, a la vez indiscutible y alarmante; y la visita de Edward cerca de Plymouth, su melancólico estado de ánimo, su descontento con sus propias perspectivas, su conducta incierta con ella, el conocimiento íntimo que tenían las señoritas Steele de Norland y de sus relaciones familiares, que a menudo la había sorprendido, el retrato, la carta, el anillo, formaban en conjunto tal cúmulo de pruebas que vencía todo temor de condenarlo injustamente, y establecía como un hecho, que ninguna parcialidad podía descartar, el mal trato que había recibido de él. Su resentimiento por semejante conducta, su indignación por haber sido su víctima, la hicieron durante un breve tiempo sentir solo por sí misma; pero pronto surgieron otras ideas, otras consideraciones. ¿La había engañado Edward intencionadamente? ¿Había fingido un afecto por ella que no sentía? ¿Era su compromiso con Lucy un compromiso del corazón? No; fuera lo que fuese en otro tiempo, no podía creer que lo fuera ahora. Su cariño era todo suyo. En eso no podía equivocarse. Su madre, sus hermanas, Fanny, todas se habían dado cuenta en Norland de su afecto por ella; no era una ilusión de su propia vanidad. Ciertamente la amaba. ¡Cuánto ablandaba el corazón esta convicción! ¡Cuánto no la tentaba a perdonar! Había sido culpable, muy culpable, al quedarse

en Norland una vez que sintió que la influencia de ella sobre él era mayor de lo que debía ser. En eso no tenía defensa; pero, si la había perjudicado a ella, ¡cuánto más se había perjudicado a sí mismo!; si el caso de ella era digno de lástima, el de él no tenía remedio. Su imprudencia la había hecho desdichada por un tiempo; pero a él parecía haberlo privado de toda posibilidad de llegar a ser otra cosa. Ella podría con el tiempo recobrar la tranquilidad; pero *él*, ¿qué podía esperar? ¿Podría jamás ser medianamente feliz con Lucy Steele? ¿Podría, aun dejando aparte su cariño por ella, con su integridad, su delicadeza y su espíritu cultivado, darse por satisfecho con una esposa como aquella: inculta, artera y egoísta?

El encaprichamiento juvenil de los diecinueve años lo habría cegado naturalmente a todo salvo a su belleza y su buen carácter; pero los cuatro años siguientes (años que, si se emplean racionalmente, tanto perfeccionan el entendimiento) debían de haberle abierto los ojos a sus defectos de educación, mientras que el mismo período, pasado por ella en una sociedad inferior y en ocupaciones más frívolas, quizá le había arrebatado esa sencillez que en otro tiempo pudo haber dado a su belleza un carácter interesante.

Si, en la suposición de que él quisiera casarse con ella misma, las dificultades por parte de su madre habían parecido grandes, ¡cuánto mayores era probable que fueran ahora, cuando el objeto de su compromiso era sin duda inferior a ella en relaciones, y probablemente inferior en fortuna! Estas dificultades, en verdad, con un corazón tan apartado de Lucy, quizá no pusieran muy a prueba su paciencia; ¡pero qué triste era la situación de la persona para quien la perspectiva de la oposición y la hostilidad de la familia podía sentirse como un alivio!

A medida que estas consideraciones se le presentaban en dolorosa sucesión, lloró por él más que por sí misma. Sostenida por la convicción de no haber hecho nada para merecer su desdicha presente, y consolada por la creencia de que Edward no había hecho nada para perder su estima, pensó que podría, incluso ahora, bajo el primer escozor

del duro golpe, dominarse lo suficiente para ocultar a su madre y a sus hermanas toda sospecha de la verdad. Y tan bien logró responder a lo que esperaba de sí misma que, cuando se reunió con ellas para la cena, apenas dos horas después de haber sufrido la extinción de todas sus más queridas esperanzas, nadie habría supuesto, por el aspecto de las hermanas, que Elinor lloraba en secreto los obstáculos que habrían de separarla para siempre del objeto de su amor, y que Marianne se recreaba interiormente en las perfecciones de un hombre de cuyo corazón entero se sentía plenamente dueña, y a quien esperaba ver en cada carruaje que se acercaba a su casa.

La necesidad de ocultar a su madre y a Marianne lo que se le había confiado a ella en secreto, aunque la obligaba a un esfuerzo incesante, no agravaba la angustia de Elinor. Al contrario, era para ella un alivio ahorrarse la comunicación de lo que tanta aflicción les causaría, y librarse asimismo de oír esa condena de Edward que probablemente brotaría del exceso de su parcial cariño por ella, y que era más de lo que se sentía capaz de soportar.

De sus consejos o de su conversación sabía que no podría recibir ayuda alguna; su ternura y su pesar no harían sino aumentar su angustia, mientras que su dominio de sí misma no recibiría estímulo ni de su ejemplo ni de sus elogios. Era más fuerte sola, y su propio buen juicio la sostenía tan bien que su firmeza era tan inquebrantable, y su apariencia de alegría tan invariable, como era posible que lo fueran con un pesar tan agudo y tan reciente.

Por mucho que hubiera sufrido con su primera conversación con Lucy sobre el asunto, pronto sintió un vivo deseo de renovarla; y esto por más de una razón. Quería oír repetidos muchos detalles de su compromiso, quería entender con más claridad lo que Lucy sentía realmente por Edward, si había alguna sinceridad en su declaración de tierno afecto por él, y quería sobre todo convencer a Lucy, por su disposición a volver sobre el asunto y por su calma al conversar de él, de que no le interesaba sino como amiga, cosa que mucho temía que su agita-

ción involuntaria en la conversación de la mañana hubiera dejado al menos en duda. Que Lucy estaba dispuesta a sentir celos de ella parecía muy probable: era evidente que Edward siempre había hablado de ella con grandes elogios, no solo por lo que Lucy afirmaba, sino porque se había atrevido a confiarle, tras un trato personal tan breve, un secreto tan reconocida y evidentemente importante. Y hasta las bromas de sir John con sus noticias debían de haber tenido algún peso. Pero, en verdad, mientras Elinor siguiera tan segura en su fuero interno de ser realmente amada por Edward, no hacía falta ninguna otra consideración de probabilidades para que pareciera natural que Lucy sintiera celos; y de que los sentía, su misma confidencia era una prueba. ¿Qué otra razón podía haber para la revelación del asunto sino que Elinor quedara informada de los derechos superiores de Lucy sobre Edward, y aprendiera a evitarlo en el futuro? No le costó mucho comprender hasta ahí las intenciones de su rival, y aunque estaba firmemente resuelta a obrar con ella como le dictaban todos los principios del honor y la honradez, a combatir su propio cariño por Edward y a verlo lo menos posible, no podía negarse el consuelo de procurar convencer a Lucy de que su corazón no estaba herido. Y como ya no podía oír sobre el asunto nada más doloroso que lo que ya le habían contado, no desconfiaba de su capacidad para soportar con compostura una repetición de los detalles.

Pero no fue posible disponer en seguida de una oportunidad para hacerlo, aunque Lucy estaba tan dispuesta como ella a aprovechar cualquiera que se presentara; porque no solía hacer tan buen tiempo que les permitiera salir juntas a pasear, cuando más fácilmente podrían apartarse de los demás; y aunque se veían por lo menos cada dos noches, ya en la casa grande, ya en la casita, y sobre todo en la primera, no cabía suponer que se reunieran para conversar. Semejante idea jamás pasaría por la cabeza de sir John ni de lady Middleton; y por eso rara vez se dejaba tiempo libre para una charla general, y ninguno en absoluto para una conversación particular. Se reunían para co-

mer, beber y reír juntos, jugar a las cartas, a las consecuencias o a cualquier otro juego que fuera suficientemente ruidoso.

Habían tenido lugar una o dos reuniones de esta clase sin brindar a Elinor ocasión alguna de hablar con Lucy en privado, cuando sir John se presentó una mañana en la casita para rogarles, en nombre de la caridad, que fueran todas a cenar ese día con lady Middleton, pues él tenía que asistir al club en Exeter, y ella, de lo contrario, se quedaría completamente sola, salvo por su madre y las dos señoritas Steele. Elinor, que preveía una ocasión más propicia para el fin que se proponía en una reunión como la que probablemente sería aquella, más libres entre ellas bajo la tranquila y bien educada dirección de lady Middleton que cuando su marido las juntaba a todas en un mismo propósito ruidoso, aceptó en seguida la invitación; Margaret, con permiso de su madre, se mostró igual de complaciente, y Marianne, aunque siempre poco dispuesta a sumarse a cualquiera de sus reuniones, fue persuadida a ir también por su madre, que no soportaba verla privarse de cualquier oportunidad de diversión.

Las jóvenes fueron, y lady Middleton se vio felizmente librada de la espantosa soledad que la había amenazado. La insipidez de la reunión fue exactamente la que Elinor había previsto; no produjo ni una sola novedad de pensamiento o de expresión, y nada podía ser menos interesante que el conjunto de lo que se habló, tanto en el comedor como en el salón: a este último las acompañaron los niños, y mientras permanecieron allí, Elinor estaba demasiado convencida de la imposibilidad de atraer la atención de Lucy para intentarlo. Solo salieron cuando se retiró el servicio del té. Se colocó entonces la mesa de juego, y Elinor empezó a asombrarse de sí misma por haber abrigado alguna vez la esperanza de encontrar tiempo para conversar en Barton Park. Todas se pusieron de pie para preparar un juego de ronda.

«Me alegro», le dijo lady Middleton a Lucy, «de que no vaya usted a terminar esta noche la canastilla de la pobre Annamaria; porque estoy segura de que debe de hacerle daño a la vista trabajar la filigrana

a la luz de las velas. Y mañana compensaremos a la querida pequeña por su desilusión, y entonces espero que no le importe mucho».

Esta insinuación bastó; Lucy se rehízo al instante y respondió: «De veras está usted muy equivocada, lady Middleton; solo estoy esperando a saber si pueden ustedes formar la partida sin mí, o ya estaría con mi filigrana. Por nada del mundo quisiera desilusionar al angelito; y si ahora me necesita en la mesa de juego, estoy resuelta a terminar la canastilla después de la cena».

«Es usted muy buena; espero que no le haga daño a la vista... ¿Quiere tocar la campanilla para que traigan unas velas de labor? Mi pobre niñita se llevaría una triste desilusión, lo sé, si la canastilla no estuviera terminada mañana, porque, aunque le dije que de seguro no lo estaría, estoy segura de que cuenta con tenerla lista».

Lucy acercó en seguida su mesita de labor y volvió a sentarse con una presteza y una alegría que parecían indicar que no podía gozar de mayor deleite que el de hacer una canastilla de filigrana para una niña consentida.

Lady Middleton propuso a las demás una partida de casino. Nadie puso objeción alguna salvo Marianne, que, con su habitual desatención a las formas de la cortesía general, exclamó: «Su señoría tendrá la bondad de excusar*me*; ya sabe usted que detesto las cartas. Me iré al piano; no lo he tocado desde que lo afinaron». Y sin más ceremonia, se dio la vuelta y se dirigió al instrumento.

Lady Middleton puso cara de dar gracias al cielo por no haber pronunciado *ella* jamás palabras tan groseras.

«Marianne nunca puede estar mucho tiempo lejos de ese instrumento, sabe usted, señora», dijo Elinor, procurando suavizar la ofensa; «y no me extraña mucho; porque es el piano de mejor sonido que he oído jamás».

Las cinco restantes debían ahora sacar sus cartas.

«Quizá», prosiguió Elinor, «si me tocara quedar fuera, podría ser de alguna utilidad a la señorita Lucy Steele enrollándole los papelitos; y

queda todavía tanto por hacer en la canastilla que me parece imposible que su trabajo sola pueda terminarla esta noche. Me gustaría muchísimo la tarea, si ella me permitiera tomar parte en ella».

«De veras le estaré muy agradecida por su ayuda», exclamó Lucy, «porque veo que hay más por hacer de lo que yo creía; y sería algo espantoso desilusionar a la querida Annamaria, después de todo».

«¡Oh!, eso sería terrible, de veras», dijo la señorita Steele. «¡Pobre almita, cuánto la quiero!».

«Es usted muy amable», le dijo lady Middleton a Elinor; «y, como de verdad le gusta la tarea, ¿quizá prefiera no entrar en el juego hasta la próxima partida, o prefiere probar suerte ahora?».

Elinor aprovechó con alegría la primera de estas propuestas, y así, con un poco de esa maña que Marianne nunca se dignaba practicar, logró su propio fin y complació al mismo tiempo a lady Middleton. Lucy le hizo sitio con pronta atención, y las dos bellas rivales quedaron así sentadas una junto a otra a la misma mesa, ocupadas, con la mayor armonía, en adelantar la misma labor. El piano, ante el cual Marianne, absorta en su música y en sus propios pensamientos, había olvidado ya que hubiera alguien más en la sala aparte de ella, estaba por suerte tan cerca de ellas que la señorita Dashwood juzgó que podía ahora, al amparo de su ruido, introducir sin peligro el interesante asunto, sin riesgo alguno de que la oyeran en la mesa de juego.

Capítulo XXIV

En un tono firme, aunque cauteloso, Elinor empezó así:

«Sería indigna de la confianza con que me ha honrado si no deseara que continuara, o si no sintiera más curiosidad sobre su objeto. No me disculparé, por tanto, por volver a sacarlo a relucir».

«Gracias», exclamó Lucy con calor, «por romper el hielo; con eso me ha tranquilizado el corazón; porque, no sé por qué, temía haberla ofendido con lo que le conté aquel lunes».

«¡Ofenderme! ¿Cómo pudo suponerlo? Créame», y Elinor lo dijo con la más auténtica sinceridad, «nada podría estar más lejos de mi intención que darle semejante idea. ¿Podía usted tener para confiar en mí un motivo que no fuera honroso y halagador para mí?».

«Y, sin embargo, le aseguro», replicó Lucy, con sus ojillos agudos llenos de intención, «que me pareció notar en sus modales una frialdad y un desagrado que me hicieron sentir muy incómoda. Estaba segura de que estaba usted enojada conmigo; y desde entonces he estado riñendo conmigo misma por haberme tomado la libertad de molestarla con mis asuntos. Pero me alegra mucho descubrir que solo eran figuraciones mías, y que de verdad no me lo reprocha. Si supiera qué consuelo fue para mí desahogar el corazón hablándole de lo que estoy pensando a cada momento de mi vida, su compasión le haría pasar por alto todo lo demás, estoy segura».

«De veras, puedo creer fácilmente que fue un alivio muy grande para usted confesarme su situación, y puede estar segura de que nunca tendrá motivo para arrepentirse. Su caso es muy desafortunado; me parece que está usted rodeada de dificultades, y necesitarán ustedes de todo su mutuo cariño para sostenerse en ellas. El señor Ferrars, según creo, depende enteramente de su madre».

«Solo tiene dos mil libras propias; sería una locura casarse con eso,

aunque, por mi parte, podría renunciar sin un suspiro a toda perspectiva de tener más. Siempre he estado acostumbrada a una renta muy pequeña, y podría luchar contra cualquier pobreza por él; pero lo quiero demasiado para ser el instrumento egoísta que lo prive, quizá, de todo lo que su madre podría darle si se casara a gusto de ella. Tenemos que esperar, puede que muchos años. Con casi cualquier otro hombre del mundo, sería una perspectiva alarmante; pero del cariño y la constancia de Edward nada puede privarme, lo sé».

«Esa convicción debe de serlo todo para usted; y a él, sin duda, lo sostiene la misma confianza en la suya. Si la fuerza de su afecto recíproco hubiera flaqueado, como naturalmente ocurriría entre muchas personas y en muchas circunstancias durante un compromiso de cuatro años, su situación sería en verdad digna de lástima».

Lucy alzó aquí la vista; pero Elinor tuvo cuidado de guardar su semblante de toda expresión que pudiera dar a sus palabras una intención sospechosa.

«El amor de Edward por mí», dijo Lucy, «ha sido bastante bien puesto a prueba por nuestra larga, larguísima ausencia desde que nos comprometimos, y ha resistido tan bien la prueba que sería imperdonable que dudara de él ahora. Puedo decir con seguridad que, desde el principio, nunca me ha dado un solo momento de alarma por ese motivo».

Elinor apenas sabía si sonreír o suspirar ante esta afirmación.

Lucy siguió. «Yo soy además de temperamento más bien celoso por naturaleza, y por nuestras distintas situaciones en la vida, por andar él mucho más en sociedad que yo, y por nuestra continua separación, estaba lo bastante inclinada a la sospecha como para haber descubierto la verdad en un instante, si hubiera habido el más leve cambio en su conducta conmigo cuando nos veíamos, o algún decaimiento de ánimo que yo no pudiera explicarme, o si hubiera hablado más de una dama que de otra, o hubiera parecido en algún sentido menos feliz en Longstaple que antes. No quiero decir que yo sea particularmente observadora ni perspicaz en general, pero en un caso así estoy segura de que no

podrían engañarme».

«Todo esto», pensó Elinor, «es muy bonito; pero no puede engañar a ninguna de las dos».

«Pero ¿cuáles son», dijo tras un breve silencio, «sus planes? ¿O no tiene usted otro que el de esperar la muerte de la señora Ferrars, lo cual es un extremo triste y escandaloso? ¿Está su hijo decidido a someterse a esto, y a todo el tedio de los muchos años de incertidumbre en que puede envolverla a usted, antes que correr el riesgo de disgustarla por un tiempo confesando la verdad?».

«¡Si pudiéramos estar seguros de que sería solo por un tiempo! Pero la señora Ferrars es una mujer muy terca y orgullosa, y en su primer acceso de ira al enterarse muy probablemente se lo aseguraría todo a Robert, y la idea de eso, por el bien de Edward, ahuyenta todas mis ganas de tomar medidas precipitadas».

«Y por su propio bien también, o lleva usted su desinterés más allá de lo razonable».

Lucy volvió a mirar a Elinor, y guardó silencio.

«¿Conoce usted al señor Robert Ferrars?», preguntó Elinor.

«En absoluto; nunca lo he visto; pero me figuro que es muy distinto de su hermano: tonto y muy presumido».

«¡Muy presumido!», repitió la señorita Steele, cuyo oído había captado esas palabras gracias a una pausa repentina en la música de Marianne. «¡Oh!, están hablando de sus galanes favoritos, me atrevo a decir».

«No, hermana», exclamó Lucy, «ahí te equivocas: nuestros galanes favoritos *no* son muy presumidos».

«Yo respondo de que el de la señorita Dashwood no lo es», dijo la señora Jennings, riendo de buena gana; «porque es uno de los jóvenes más modestos y de mejores modales que he visto nunca; pero en cuanto a Lucy, es una criaturita tan disimulada que no hay forma de averiguar quién le gusta a *ella*».

«¡Oh!», exclamó la señorita Steele, mirándolas a todas con inten-

ción, «me atrevo a decir que el galán de Lucy es tan modesto y de tan buenos modales como el de la señorita Dashwood».

Elinor se ruborizó a su pesar. Lucy se mordió el labio y miró con enojo a su hermana. Durante un rato reinó un silencio mutuo. Lucy fue la primera en ponerle fin, diciendo en voz más baja, aunque Marianne les brindaba entonces la poderosa protección de un magnífico concierto:

«Le contaré con franqueza un plan que se me ha ocurrido hace poco para sacar adelante las cosas; de hecho, estoy obligada a hacerla partícipe del secreto, porque usted es parte interesada. Me atrevo a decir que ha tratado lo bastante a Edward para saber que preferiría la Iglesia a cualquier otra profesión; pues bien, mi plan es que se ordene en cuanto pueda, y que luego, por mediación de usted, que estoy segura de que tendrá la bondad de ejercer por amistad hacia él y, espero, por algún aprecio hacia mí, se pudiera persuadir a su hermano de que le diera el beneficio de Norland; que según tengo entendido es muy bueno, y no es probable que el actual titular viva mucho tiempo. Eso nos bastaría para casarnos, y para lo demás podríamos confiar en el tiempo y la suerte».

«Siempre me alegraría», respondió Elinor, «dar cualquier muestra de mi estima y amistad por el señor Ferrars; pero ¿no se da usted cuenta de que mi mediación en tal caso sería del todo innecesaria? Él es hermano de la señora de John Dashwood; *eso* debe de ser recomendación suficiente para su marido».

«Pero a la señora de John Dashwood no le parecería muy bien que Edward se ordenara».

«Entonces sospecho más bien que mi mediación serviría de muy poco».

Volvieron a guardar silencio durante muchos minutos. Por fin, Lucy exclamó con un hondo suspiro:

«Creo que lo más sensato sería poner fin al asunto de una vez disolviendo el compromiso. Parecemos tan acosados de dificultades por to-

das partes que, aunque nos haría desgraciados por un tiempo, quizá seríamos más felices al final. Pero ¿no me dará usted su consejo, señorita Dashwood?».

«No», respondió Elinor, con una sonrisa que ocultaba sentimientos muy agitados; «sobre semejante asunto, desde luego que no. Sabe usted muy bien que mi opinión no tendría peso alguno para usted, a menos que fuera en favor de sus deseos».

«De veras me juzga mal», replicó Lucy, con gran solemnidad; «no conozco a nadie de cuyo juicio tenga tan alta opinión como del suyo; y de verdad creo que, si usted me dijera: "Le aconsejo que ponga fin a toda costa a su compromiso con Edward Ferrars; será mejor para la felicidad de ambos", me resolvería a hacerlo en seguida».

Elinor se ruborizó por la falta de sinceridad de la futura esposa de Edward, y respondió: «Este cumplido bastaría para disuadirme de dar opinión alguna sobre el asunto, si me hubiera formado una. Eleva demasiado mi influencia; el poder de separar a dos personas tan tiernamente unidas es demasiado para una persona indiferente».

«Es precisamente porque es usted una persona indiferente», dijo Lucy, con cierto resquemor, y poniendo un énfasis particular en esas palabras, «por lo que su juicio podría con justicia tener tanto peso para mí. Si se pudiera suponer que sus propios sentimientos la inclinaban en algún sentido, su opinión no valdría la pena».

Elinor pensó que lo más prudente era no responder a esto, no fuera que se provocaran mutuamente a un aumento inconveniente de familiaridad y franqueza; e incluso estaba en parte decidida a no volver a mencionar el asunto nunca más. A estas palabras siguió, por tanto, otra pausa de muchos minutos, y Lucy fue otra vez la primera en ponerle fin.

«¿Estará usted en Londres este invierno, señorita Dashwood?», dijo, con toda su complacencia acostumbrada.

«Desde luego que no».

«Cuánto lo siento», respondió la otra, mientras se le iluminaban los

ojos con la noticia; «¡me habría dado tanto gusto encontrarla allí! Pero me atrevo a decir que irá de todos modos. Seguro que su hermano y su cuñada la invitarán a su casa».

«No estará en mi mano aceptar su invitación, si lo hacen».

«¡Qué mala suerte! Contaba por completo con encontrarla allí. Anne y yo vamos a ir a fines de enero a casa de unos parientes que llevan varios años queriendo que los visitemos. Pero yo solo voy por ver a Edward. Él estará allí en febrero; si no, Londres no tendría ningún encanto para mí; no tengo ánimo para eso».

Pronto llamaron a Elinor a la mesa de juego, al terminar la primera partida, y la conversación confidencial de las dos damas llegó así a su fin, a lo cual ambas se resignaron sin ninguna renuencia, pues nada se había dicho por una ni otra parte que las hiciera sentir menos antipatía entre sí que antes; y Elinor se sentó a la mesa de juego con la triste convicción de que Edward no solo no sentía afecto por la persona que había de ser su esposa, sino que ni siquiera tenía la posibilidad de ser medianamente feliz en el matrimonio, que un afecto sincero por parte de *ella* le habría dado, pues solo el interés propio podía inducir a una mujer a retener a un hombre en un compromiso del que ella parecía tan perfectamente consciente de que él estaba cansado.

Desde entonces Elinor nunca volvió a sacar el tema, y cuando lo abordaba Lucy, que rara vez desaprovechaba la ocasión de introducirlo, y que tenía especial cuidado en informar a su confidente de su felicidad cada vez que recibía una carta de Edward, Elinor lo trataba con calma y cautela, y lo despachaba tan pronto como la cortesía lo permitía; porque sentía que esas conversaciones eran una complacencia que Lucy no merecía, y que eran peligrosas para ella misma.

La visita de las señoritas Steele a Barton Park se prolongó mucho más de lo que daba a entender la primera invitación. Su favor fue en aumento; no se podía prescindir de ellas; sir John no quería ni oír hablar de que se marcharan; y, a pesar de sus numerosos compromisos en Exeter, concertados desde hacía tiempo, a pesar de la absoluta nece-

sidad de regresar de inmediato para cumplirlos, que cobraba plena vigencia al final de cada semana, se las convenció de quedarse casi dos meses en Barton Park y de contribuir a la debida celebración de esa festividad que requiere una proporción más que ordinaria de bailes privados y grandes cenas para proclamar su importancia.

Capítulo XXV

Aunque la señora Jennings tenía la costumbre de pasar buena parte del año en las casas de sus hijas y de sus amigos, no carecía de residencia fija propia. Desde la muerte de su marido, que había comerciado con éxito en una parte menos elegante de la ciudad, había vivido todos los inviernos en una casa de una de las calles cercanas a Portman Square. Hacia ese hogar empezó a dirigir sus pensamientos al acercarse enero, y allá, un día, de repente y de modo muy inesperado para ellas, pidió a las dos señoritas Dashwood mayores que la acompañaran. Elinor, sin advertir el cambio de color de su hermana ni la mirada animada que no denotaba indiferencia alguna por el plan, dio en seguida, por las dos, una negativa agradecida pero rotunda, en la que creía expresar la inclinación de ambas. La razón aducida fue su firme resolución de no dejar a su madre en esa época del año. La señora Jennings recibió la negativa con cierta sorpresa, y repitió su invitación de inmediato.

«¡Ay, válgame! Estoy segura de que su madre puede prescindir muy bien de ustedes, y les *ruego* que me hagan el favor de su compañía, porque me he empeñado de todo corazón. No se figuren que van a causarme ninguna molestia, porque no voy a apartarme en nada de mi camino por ustedes. Será solo cuestión de mandar a Betty en la diligencia, y espero poder permitirme *eso*. Las tres podremos ir muy bien en mi coche; y cuando estemos en Londres, si no les gusta ir adonde yo vaya, santo y bueno, siempre pueden ir con una de mis hijas. Estoy segura de que su madre no se opondrá; porque he tenido tan buena suerte en colocar a mis propias hijas que me tendrá por una persona muy apropiada para hacerse cargo de ustedes; y si no consigo casar bien al menos a una de ustedes antes de que termine con ustedes, no será por culpa mía. Hablaré bien de ustedes a todos los jóvenes, pueden estar

seguras».

«Se me ocurre», dijo sir John, «que la señorita Marianne no se opondría a semejante plan, si su hermana mayor lo aceptara. Es muy duro, de veras, que ella no pueda tener un poco de diversión porque la señorita Dashwood no lo desee. Así que yo les aconsejaría a ustedes dos que partieran para Londres cuando se cansen de Barton, sin decirle una palabra del asunto a la señorita Dashwood».

«No, no», exclamó la señora Jennings, «estoy segura de que me alegrará una barbaridad la compañía de la señorita Marianne, vaya o no la señorita Dashwood; solo que, cuantos más, mejor, digo yo, y pensé que estarían más a gusto juntas; porque, si se cansaban de mí, podrían hablar la una con la otra y reírse de mis costumbres de vieja a mis espaldas. Pero a una o a la otra, si no a las dos, tengo que llevármelas. ¡Válgame Dios! ¿Cómo creen que voy a poder vivir metida en casa yo sola, yo que hasta este invierno he estado siempre acostumbrada a tener a Charlotte conmigo? Vamos, señorita Marianne, cerremos el trato con un apretón de manos, y si la señorita Dashwood cambia de idea más adelante, pues tanto mejor».

«Le doy las gracias, señora, se las doy sinceramente», dijo Marianne con calor; «su invitación le ha asegurado mi gratitud para siempre, y me daría tanta felicidad, sí, casi la mayor felicidad de que soy capaz, poder aceptarla. Pero mi madre, mi queridísima, mi bondadosa madre... Siento la justicia de lo que ha alegado Elinor, y si nuestra ausencia la hiciera menos feliz, si la dejara menos cómoda... ¡Oh, no!, nada podría tentarme a dejarla. No debería, no debe haber lucha alguna».

La señora Jennings repitió su seguridad de que la señora Dashwood podía prescindir de ellas perfectamente; y Elinor, que ahora comprendía a su hermana y veía a qué indiferencia hacia casi todo lo demás la llevaba su afán de volver a estar con Willoughby, no opuso más resistencia directa al plan, y se limitó a remitirlo a la decisión de su madre, de quien, sin embargo, apenas esperaba recibir apoyo alguno en su empeño por impedir una visita que no podía aprobar para Marianne y

que, por su propia cuenta, tenía razones particulares para evitar. Cualquier cosa que Marianne deseara, su madre se apresuraría a fomentarla; no podía esperar inducirla a la prudencia de conducta en un asunto respecto del cual nunca había logrado inspirarle desconfianza; y no se atrevía a explicar el motivo de su propia renuencia a ir a Londres. Que Marianne, exigente como era, conociendo a fondo los modales de la señora Jennings e invariablemente asqueada por ellos, pasara por alto toda molestia de ese tipo, desdeñara cuanto más debía herir su irritable sensibilidad, en la persecución de un único objeto, era una prueba tan fuerte, tan cabal, de la importancia que ese objeto tenía para ella, que Elinor, a pesar de todo lo ocurrido, no estaba preparada para presenciarla.

Al ser informada de la invitación, la señora Dashwood, persuadida de que semejante excursión les proporcionaría mucha diversión a sus dos hijas, y percibiendo, a través de toda la cariñosa atención de Marianne hacia ella, cuánto tenía puesto el corazón en ello, no quiso ni oír hablar de que rechazaran el ofrecimiento por causa *suya*; insistió en que ambas lo aceptaran en seguida; y luego empezó a prever, con su habitual alegría, toda una serie de ventajas que les reportaría a todas esta separación.

«Me encanta el plan», exclamó; «es exactamente lo que podría desear. Margaret y yo sacaremos tanto provecho de él como ustedes. ¡Cuando ustedes y los Middleton se hayan ido, viviremos tan tranquilas y felices juntas con nuestros libros y nuestra música! ¡Encontrarán a Margaret tan adelantada cuando vuelvan! Tengo además un pequeño plan de reformas para sus dormitorios, que ahora podrá llevarse a cabo sin causar molestias a nadie. Está muy bien que *vayan* a Londres; me gustaría que toda joven de su condición conociera los modales y las diversiones de Londres. Estarán al cuidado de una buena mujer, maternal, de cuya bondad con ustedes no puedo tener ninguna duda. Y con toda probabilidad verán a su hermano, y, sean cuales sean sus defectos, o los defectos de su mujer, cuando pienso de quién es hijo,

no soporto que estén ustedes tan completamente distanciados».

«Aunque, con tu habitual preocupación por nuestra felicidad», dijo Elinor, «has ido salvando todos los impedimentos del presente plan que se te han ocurrido, hay todavía una objeción que, en mi opinión, no puede eliminarse tan fácilmente».

El semblante de Marianne se ensombreció.

«¿Y qué», dijo la señora Dashwood, «va a sugerir mi querida y prudente Elinor? ¿Qué obstáculo formidable va a presentar ahora? Anda, déjame oír una palabra sobre los gastos».

«Mi objeción es esta: aunque tengo muy buena opinión del corazón de la señora Jennings, no es una mujer cuya compañía pueda proporcionarnos placer, ni cuya protección vaya a darnos importancia».

«Eso es muy cierto», respondió su madre; «pero de su compañía, aparte de la de otras personas, apenas tendrán nada en absoluto, y casi siempre se presentarán en público con lady Middleton».

«Si a Elinor la ahuyenta su antipatía por la señora Jennings», dijo Marianne, «al menos no tiene por qué impedir que *yo* acepte su invitación. Yo no tengo tales escrúpulos, y estoy segura de que podría soportar cualquier contrariedad de ese tipo con muy poco esfuerzo».

Elinor no pudo evitar sonreír ante esta muestra de indiferencia hacia los modales de una persona con quien a menudo le había costado persuadir a Marianne de que se comportara con una cortesía aceptable; y resolvió en su fuero interno que, si su hermana insistía en ir, ella iría también, pues no le parecía apropiado que Marianne quedara a merced de la sola guía de su propio juicio, ni que la señora Jennings quedara abandonada a merced de Marianne para todo el bienestar de sus horas domésticas. Con esta determinación se reconcilió más fácilmente al recordar que Edward Ferrars, según lo que había contado Lucy, no estaría en Londres antes de febrero; y que su visita, sin acortarla de modo irrazonable, podría haber terminado antes.

«Quiero que vayan *las dos*», dijo la señora Dashwood; «esas objeciones son disparates. Disfrutarán mucho estando en Londres, y sobre to-

do estando juntas; y si Elinor se dignara alguna vez anticipar algún disfrute, lo prevería allí procedente de muy diversas fuentes; quizá esperaría alguno de estrechar su trato con la familia de su cuñada».

Elinor había deseado a menudo tener una oportunidad de intentar debilitar la confianza de su madre en el afecto entre Edward y ella, para que el golpe fuera menor cuando se revelara toda la verdad, y ahora, ante este ataque, aunque casi sin esperanzas de éxito, se obligó a dar comienzo a su propósito diciendo, con toda la calma que pudo: «Edward Ferrars me agrada mucho, y siempre me alegrará verlo; pero en cuanto al resto de la familia, me es del todo indiferente que llegue a conocerme o no».

La señora Dashwood sonrió y no dijo nada. Marianne alzó los ojos con asombro, y Elinor conjeturó que lo mismo habría dado callarse.

Tras muy poca conversación más, quedó por fin acordado que se aceptaría plenamente la invitación. La señora Jennings recibió la noticia con muchísima alegría y con muchas promesas de bondad y cuidado; y no fue motivo de placer solo para ella. Sir John estaba encantado; porque, para un hombre cuya inquietud predominante era el temor a quedarse solo, sumar dos personas al número de habitantes de Londres era algo. Incluso lady Middleton se tomó la molestia de mostrarse encantada, lo cual era apartarse bastante de sus costumbres; y en cuanto a las señoritas Steele, sobre todo Lucy, nunca en su vida habían sido tan felices como las hizo esta noticia.

Elinor se sometió a ese arreglo, contrario a sus deseos, con menos renuencia de la que había esperado sentir. En lo que a ella respectaba, ahora le era indiferente ir o no a Londres, y cuando vio a su madre tan completamente complacida con el plan, y a su hermana entusiasmada por él en la mirada, la voz y los modales, restituida a toda su animación habitual y elevada a una alegría mayor que la de costumbre, no pudo estar descontenta con la causa, y apenas se permitió desconfiar de las consecuencias.

La dicha de Marianne iba casi un grado más allá de la felicidad, tan

grande era la agitación de su ánimo y su impaciencia por partir. Su renuencia a dejar a su madre era lo único que la devolvía a la calma; y en el momento de la despedida su pena por ese motivo fue excesiva. La aflicción de su madre apenas fue menor, y Elinor fue la única de las tres que pareció considerar la separación como algo menos que eterno.

Su partida tuvo lugar en la primera semana de enero. Los Middleton debían seguirlas aproximadamente una semana después. Las señoritas Steele conservaron su puesto en Barton Park, y solo debían dejarlo con el resto de la familia.

Capítulo XXVI

Elinor no podía verse en el coche con la señora Jennings, emprendiendo un viaje a Londres bajo su protección y como su huésped, sin asombrarse de su propia situación: ¡tan breve había sido su trato con aquella señora, tan por completo dispares eran en edad y en carácter, y tantas habían sido sus objeciones a semejante paso solo unos días antes! Pero todas esas objeciones, con ese feliz ardor de la juventud que Marianne y su madre compartían por igual, habían sido vencidas o pasadas por alto; y Elinor, pese a alguna duda ocasional sobre la constancia de Willoughby, no podía presenciar el arrobo de deliciosa expectación que llenaba el alma entera de Marianne y le brillaba en los ojos sin sentir cuán vacío era su propio porvenir, cuán sombrío su propio estado de ánimo en comparación, y con cuánto gusto se habría sometido a la inquietud de la situación de Marianne por tener a la vista el mismo objeto alentador, la misma posibilidad de esperanza. Un tiempo breve, muy breve, debía decidir ahora cuáles eran las intenciones de Willoughby; con toda probabilidad, él ya estaba en la ciudad. El afán de Marianne por partir declaraba cuánto contaba con encontrarlo allí; y Elinor estaba resuelta no solo a obtener cuanta nueva luz sobre su carácter pudieran darle su propia observación o los informes de otros, sino también a vigilar su conducta para con su hermana con tan celosa atención que pudiera averiguar quién era y qué pretendía antes de que se hubieran producido muchos encuentros. Si el resultado de sus observaciones era desfavorable, estaba decidida a abrirle los ojos a su hermana a toda costa; si era de otro modo, sus esfuerzos serían de otra naturaleza: debería entonces aprender a evitar toda comparación egoísta y a desterrar todo pesar que pudiera menguar su satisfacción ante la felicidad de Marianne.

Tardaron tres días en el viaje, y la conducta de Marianne mientras

viajaban fue una buena muestra de lo que cabía esperar de su futura amabilidad y compañía para con la señora Jennings. Fue sentada en silencio casi todo el camino, envuelta en sus propias meditaciones, y casi nunca habló por voluntad propia, salvo cuando algún objeto de belleza pintoresca que tenían a la vista le arrancaba una exclamación de deleite dirigida exclusivamente a su hermana. Para compensar esta conducta, por tanto, Elinor tomó posesión inmediata del puesto de cortesía que se había asignado, se comportó con la mayor atención hacia la señora Jennings, conversó con ella, rio con ella y la escuchó siempre que pudo; y la señora Jennings, por su parte, las trató a ambas con toda la amabilidad posible, se desvivió en cada ocasión por su comodidad y su agrado, y solo se inquietó por no poder hacerlas elegir su propia comida en la posada, ni arrancarles la confesión de si preferían el salmón al bacalao o las aves hervidas a las chuletas de ternera. Llegaron a la ciudad a las tres de la tarde del tercer día, contentas de verse libres, tras semejante viaje, del encierro de un coche, y dispuestas a disfrutar de todo el lujo de un buen fuego.

La casa era hermosa y estaba hermosamente amueblada, y a las jóvenes se les dio de inmediato un aposento muy cómodo. Había sido antes de Charlotte, y sobre la repisa de la chimenea colgaba todavía un paisaje bordado en sedas de colores, obra suya, como prueba de que había pasado siete años en un gran colegio de la ciudad con algún provecho.

Como la comida no estaría lista hasta dos horas después de su llegada, Elinor resolvió emplear el intervalo en escribir a su madre, y se sentó con ese propósito. Al cabo de unos momentos, Marianne hizo lo mismo. «Yo estoy escribiendo a casa, Marianne», dijo Elinor; «¿no sería mejor que dejaras tu carta para dentro de uno o dos días?».

«*No* voy a escribirle a mi madre», replicó Marianne apresuradamente, y como si quisiera evitar más preguntas. Elinor no dijo nada más; de inmediato se le ocurrió que entonces debía de estar escribiéndole a Willoughby; y la conclusión que siguió igual de pronto fue que, por

misteriosamente que quisieran llevar el asunto, debían de estar comprometidos. Esta convicción, aunque no del todo satisfactoria, le causó placer, y continuó su carta con mayor presteza. La de Marianne quedó terminada en muy pocos minutos; por su extensión no podía ser más que una esquela; luego la dobló, la selló y le puso la dirección con ávida rapidez. Elinor creyó distinguir una gran W en el sobrescrito; y en cuanto estuvo lista, Marianne tocó la campanilla y pidió al lacayo que acudió que le hiciera llevar aquella carta al correo de dos peniques. Esto zanjó la cuestión de una vez.

Su ánimo seguía siendo muy alegre; pero había en él una agitación que impedía que diera mucho gusto a su hermana, y esa agitación fue en aumento a medida que avanzaba la tarde. Apenas pudo comer nada, y cuando después volvieron al salón, parecía escuchar ansiosamente el ruido de cada coche.

Para Elinor fue una gran satisfacción que la señora Jennings, por estar muy ocupada en su habitación, pudiera ver poco de lo que pasaba. Trajeron el servicio del té, y ya Marianne se había llevado más de un chasco por algún aldabonazo en una puerta vecina, cuando de pronto se oyó uno fuerte que no podía confundirse con el de ninguna otra casa; Elinor tuvo la certeza de que anunciaba la llegada de Willoughby, y Marianne, poniéndose en pie de un salto, se dirigió hacia la puerta. Todo estaba en silencio; aquello no podía soportarse muchos segundos; abrió la puerta, avanzó unos pasos hacia la escalera y, tras escuchar medio minuto, volvió a la habitación con toda la agitación que naturalmente produciría la convicción de haberlo oído; en el éxtasis de sus sentimientos en aquel instante, no pudo evitar exclamar: «¡Oh, Elinor, es Willoughby, de verdad que es él!», y parecía casi a punto de arrojarse en sus brazos cuando apareció el coronel Brandon.

Fue un golpe demasiado fuerte para soportarlo con calma, y salió de inmediato de la habitación. También Elinor se llevó un chasco; pero al mismo tiempo su estima por el coronel Brandon le aseguraba a este una buena acogida de su parte; y le dolió especialmente que un

hombre tan inclinado hacia su hermana advirtiera que esta no experimentaba al verlo más que pena y desilusión. Vio al instante que a él no le había pasado inadvertido, que incluso había seguido con la mirada a Marianne mientras salía de la habitación con tal asombro y tal preocupación que apenas le quedó memoria de lo que la cortesía exigía hacia ella misma.

«¿Está enferma su hermana?», dijo él.

Elinor respondió, algo afligida, que sí, y luego habló de dolores de cabeza, desánimo y cansancio excesivo; y de todo aquello a lo que decentemente podía atribuir la conducta de su hermana.

Él la escuchó con la más viva atención, pero, pareciendo recobrarse, no dijo nada más sobre el asunto y empezó en seguida a hablar del placer que le daba verlas en Londres, haciendo las preguntas de costumbre sobre su viaje y los amigos que habían dejado atrás.

De este modo sosegado, con muy poco interés por ambas partes, siguieron conversando, los dos desanimados y con el pensamiento puesto en otra parte. Elinor deseaba mucho preguntar si Willoughby estaba entonces en la ciudad, pero temía causarle dolor con cualquier pregunta sobre su rival; y por fin, por decir algo, le preguntó si había estado en Londres desde la última vez que lo había visto. «Sí», respondió él, con cierto embarazo, «casi todo el tiempo; he estado una o dos veces en Delaford unos pocos días, pero nunca ha estado en mi mano volver a Barton».

Esto, y el modo en que lo dijo, le trajo de inmediato a la memoria todas las circunstancias de su partida de aquel lugar, con la inquietud y las sospechas que habían causado a la señora Jennings, y temió que su pregunta hubiera dado a entender mucha más curiosidad sobre el asunto de la que jamás había sentido.

La señora Jennings no tardó en entrar. «¡Oh, coronel!», dijo, con su habitual alegría bulliciosa, «me alegro una barbaridad de verlo... siento no haber podido venir antes... le pido perdón, pero me he visto obligada a echar un vistazo a mi alrededor y arreglar mis cosas; porque ha-

ce mucho tiempo que no estaba en casa, y ya sabe usted que siempre hay un mundo de cosillas sueltas que hacer cuando uno ha estado fuera algún tiempo; y luego he tenido que ajustar cuentas con Cartwright... ¡Válgame, he estado ocupada como una abeja desde la comida! Pero dígame, coronel, ¿cómo se las arregló para adivinar que yo estaría en la ciudad hoy?».

«Tuve el gusto de saberlo en casa del señor Palmer, donde he estado comiendo».

«Ah, ¿sí? Bueno, ¿y cómo están todos en su casa? ¿Cómo está Charlotte? Le aseguro que a estas alturas estará de buen tamaño».

«La señora Palmer parecía estar muy bien, y me han encargado decirle que sin falta la verá mañana».

«Sí, claro, eso mismo pensaba yo. Pues bien, coronel, he traído conmigo a dos señoritas, como ve... es decir, ahora solo ve a una de ellas, pero hay otra en alguna parte. Su amiga, la señorita Marianne, también..., lo cual no le pesará saber. No sé qué harán usted y el señor Willoughby entre los dos con ella. Ay, qué buena cosa es ser joven y bonita. ¡En fin! Yo fui joven una vez, pero nunca fui muy bonita... peor suerte la mía. Sin embargo, conseguí un marido muy bueno, y no sé qué más puede conseguir la mayor de las bellezas. ¡Ah, pobre hombre! Hace ya ocho años y pico que murió. Pero, coronel, ¿dónde ha estado desde que nos separamos? ¿Y cómo van sus asuntos? Vamos, vamos, nada de secretos entre amigos».

Él respondió con su acostumbrada suavidad a todas sus preguntas, pero sin satisfacerla en ninguna. Elinor empezó entonces a preparar el té, y Marianne se vio obligada a aparecer de nuevo.

Tras su entrada, el coronel Brandon se volvió más pensativo y callado que antes, y la señora Jennings no logró convencerlo de que se quedara mucho rato. Ninguna otra visita apareció aquella noche, y las señoras convinieron unánimemente en acostarse temprano.

Marianne se levantó a la mañana siguiente con el ánimo recobrado y semblante feliz. El chasco de la noche anterior parecía olvidado ante

la expectativa de lo que iba a ocurrir aquel día. No hacía mucho que habían terminado el desayuno cuando la calesa de la señora Palmer se detuvo ante la puerta, y a los pocos minutos ella entró riendo en la habitación: tan encantada de verlas a todas que era difícil decir si sentía más placer al reencontrarse con su madre o con las señoritas Dashwood. ¡Tan sorprendida de que hubieran venido a la ciudad, aunque era lo que más bien había esperado desde el principio; tan enojada con ellas por haber aceptado la invitación de su madre después de haber rechazado la suya, aunque al mismo tiempo jamás les habría perdonado que no vinieran!

«El señor Palmer estará tan contento de verlas», dijo; «¿qué creen ustedes que dijo cuando supo que venían con mamá? Ahora no me acuerdo de qué fue, ¡pero era algo tan gracioso!».

Tras una o dos horas pasadas en lo que su madre llamaba una charla agradable, o, en otras palabras, en toda clase de preguntas acerca de todos sus conocidos por parte de la señora Jennings, y en risas sin motivo por parte de la señora Palmer, esta última propuso que todas la acompañaran a unas tiendas donde tenía algo que hacer aquella mañana, a lo cual la señora Jennings y Elinor accedieron de buena gana, pues también tenían algunas compras que hacer; y Marianne, aunque al principio se negó, se dejó convencer para ir también.

Dondequiera que fueran, ella estaba visiblemente siempre al acecho. En Bond Street sobre todo, donde tenían buena parte de sus encargos, sus ojos inquirían sin cesar; y en cualquier tienda en que se ocupara el grupo, su mente estaba igualmente ausente de todo lo que de hecho tenían delante, de todo lo que interesaba y ocupaba a las demás. Inquieta e insatisfecha en todas partes, su hermana nunca pudo obtener su opinión sobre ningún artículo que comprar, por mucho que les concerniera a ambas por igual: nada le causaba placer; solo estaba impaciente por volver a casa, y a duras penas podía dominar su fastidio ante la pesadez de la señora Palmer, a quien se le iban los ojos tras todo lo bonito, caro o nuevo; que ardía en deseos de comprarlo todo, no

se decidía por nada, y malgastaba el tiempo entre el arrobo y la indecisión.

Era ya avanzada la mañana cuando volvieron a casa; y apenas habían entrado cuando Marianne subió volando ansiosamente la escalera, y cuando Elinor la siguió, la encontró apartándose de la mesa con un semblante pesaroso que declaraba que ningún Willoughby había estado allí.

«¿No han dejado ninguna carta para mí desde que salimos?», le dijo al lacayo que entraba en ese momento con los paquetes. Le respondieron que no. «¿Está usted completamente seguro?», replicó ella. «¿Está seguro de que ningún criado, ningún mozo ha dejado alguna carta o esquela?».

El hombre respondió que nadie había dejado nada.

«¡Qué raro!», dijo ella, en voz baja y desilusionada, mientras se volvía hacia la ventana.

«¡Qué raro, en efecto!», repitió Elinor para sí, mirando a su hermana con inquietud. «Si no hubiera sabido que él estaba en la ciudad, no le habría escrito como lo hizo; habría escrito a Combe Magna; y si él está en la ciudad, ¡qué raro que no venga ni escriba! ¡Oh, mi querida madre, tienes que estar equivocada al permitir que un compromiso entre una hija tan joven y un hombre tan poco conocido se lleve de un modo tan dudoso, tan misterioso! Ardo en deseos de preguntar; ¿y cómo se tomará *mi* intromisión?».

Decidió, tras pensarlo un poco, que si las apariencias seguían siendo tan desagradables como lo eran ahora durante muchos días más, le expondría a su madre del modo más enérgico la necesidad de indagar seriamente en el asunto.

La señora Palmer y dos señoras mayores, amigas íntimas de la señora Jennings, a quienes esta había encontrado e invitado por la mañana, comieron con ellas. La primera las dejó poco después del té para cumplir con sus compromisos de la noche; y Elinor se vio obligada a ayudar a formar una mesa de whist para las demás. Marianne no ser-

vía de nada en estas ocasiones, pues nunca había querido aprender el juego; pero aunque su tiempo quedaba por ello a su propia disposición, la velada no le resultó en modo alguno más placentera que a Elinor, pues la pasó en toda la ansiedad de la espera y el dolor del desengaño. A veces procuraba leer durante unos minutos; pero pronto dejaba a un lado el libro y volvía a la ocupación más interesante de pasearse de un lado a otro de la habitación, deteniéndose un momento cada vez que llegaba a la ventana, con la esperanza de distinguir el tan esperado aldabonazo.

Capítulo XXVII

«Si este tiempo templado se mantiene mucho más», dijo la señora Jennings cuando se reunieron para el desayuno a la mañana siguiente, «a sir John no le hará gracia dejar Barton la semana que viene; es una lástima para los cazadores perder un día de diversión. ¡Pobres almas! Siempre los compadezco cuando les pasa; parece que se lo toman tan a pecho».

«Es verdad», exclamó Marianne con voz alegre, y acercándose a la ventana mientras hablaba, para examinar el día. «No había pensado en eso. Este tiempo retendrá a muchos cazadores en el campo».

Fue un recuerdo afortunado, que le devolvió todo su buen ánimo. «Es un tiempo encantador para *ellos*, en efecto», continuó, mientras se sentaba a la mesa del desayuno con semblante feliz. «¡Cuánto deben de disfrutarlo! Pero» (con un leve regreso de la ansiedad) «no puede esperarse que dure mucho. En esta época del año, y después de tantas lluvias seguidas, sin duda tendremos ya muy poco más. Pronto empezarán las heladas, y con toda probabilidad serán rigurosas. Dentro de uno o dos días, quizá; esta extrema suavidad difícilmente puede durar más... ¡es más, quizá hiele esta misma noche!».

«En todo caso», dijo Elinor, deseando impedir que la señora Jennings viera los pensamientos de su hermana con tanta claridad como ella, «me atrevo a decir que tendremos a sir John y a lady Middleton en la ciudad a finales de la semana próxima».

«Sí, querida, se lo aseguro. Mary siempre se sale con la suya».

«Y ahora», conjeturó Elinor en silencio, «escribirá a Combe por el correo de hoy».

Pero si *lo hizo*, la carta fue escrita y despachada con un sigilo que eludió toda su vigilancia para cerciorarse del hecho. Fuera cual fuese la verdad, y por lejos que estuviera Elinor de sentirse del todo satisfe-

cha al respecto, mientras viera a Marianne animada no podía sentirse ella misma muy a disgusto. Y Marianne estaba animada; feliz con la suavidad del tiempo, y más feliz todavía con la expectativa de una helada.

La mañana se pasó principalmente dejando tarjetas en las casas de los conocidos de la señora Jennings para informarles de que estaba en la ciudad; y Marianne estuvo todo el tiempo ocupada en observar la dirección del viento, vigilar las variaciones del cielo e imaginar un cambio en el aire.

«¿No te parece que hace más frío que por la mañana, Elinor? A mí me parece que hay una diferencia muy marcada. Apenas puedo mantener las manos calientes, incluso dentro del manguito. Ayer no era así, creo. Las nubes parecen abrirse también; el sol saldrá en un momento, y tendremos una tarde despejada».

Elinor se sentía alternativamente divertida y apenada; pero Marianne perseveraba, y veía cada noche en el resplandor del fuego, y cada mañana en el aspecto de la atmósfera, los síntomas seguros de una helada próxima.

Las señoritas Dashwood no tenían mayor motivo para estar descontentas con el modo de vida y el círculo de amistades de la señora Jennings que con su conducta hacia ellas, que era invariablemente amable. Todo en el gobierno de su casa se llevaba con la mayor largueza, y, salvo unos pocos viejos amigos de la City, a los que, para pesar de lady Middleton, nunca había abandonado, no visitaba a nadie cuya presentación pudiera en lo más mínimo turbar los sentimientos de sus jóvenes acompañantes. Contenta de verse en ese aspecto en una situación más cómoda de lo que había esperado, Elinor estaba muy dispuesta a conformarse con la falta de verdadero disfrute en cualquiera de sus reuniones de la noche, que, ya fuera en casa o fuera de ella, organizadas solo para jugar a las cartas, poco podían divertirla.

El coronel Brandon, que tenía una invitación permanente a la casa, estaba con ellas casi todos los días; venía a mirar a Marianne y a ha-

blar con Elinor, quien a menudo obtenía más satisfacción conversando con él que de cualquier otro suceso del día, pero que veía al mismo tiempo con mucha preocupación su persistente afecto por su hermana. Temía que fuera un afecto que se iba afianzando. Le apenaba ver con qué intensidad observaba él a menudo a Marianne, y su ánimo era sin duda peor que en Barton.

Alrededor de una semana después de su llegada, se supo con certeza que también Willoughby había llegado. Su tarjeta estaba sobre la mesa cuando volvieron del paseo en coche de la mañana.

«¡Dios mío!», exclamó Marianne, «ha estado aquí mientras estábamos fuera». Elinor, encantada de tener la seguridad de que él estaba en Londres, se aventuró entonces a decir: «Puedes estar segura de que volverá mañana». Pero Marianne pareció apenas oírla, y al entrar la señora Jennings escapó con la preciosa tarjeta.

Este suceso, a la vez que levantó el ánimo de Elinor, devolvió al de su hermana toda su agitación anterior, y aún más. Desde ese momento su mente no tuvo ya sosiego; la expectativa de verlo a cada hora del día la incapacitaba para cualquier cosa. A la mañana siguiente, cuando las otras salieron, insistió en quedarse.

Los pensamientos de Elinor estaban llenos de lo que podría estar pasando en Berkeley Street durante su ausencia; pero una mirada de un instante a su hermana cuando volvieron bastó para informarle de que Willoughby no había hecho allí una segunda visita. En ese mismo momento trajeron una esquela y la dejaron sobre la mesa.

«¡Para mí!», exclamó Marianne, adelantándose apresuradamente.

«No, señora, para mi ama».

Pero Marianne, no convencida, la tomó al instante.

«Es para la señora Jennings, en efecto; ¡qué fastidio!».

«¿Esperas una carta, entonces?», dijo Elinor, incapaz de seguir callada.

«Sí, un poco... no mucho».

Tras una breve pausa: «No tienes confianza en mí, Marianne».

«¡Vaya, Elinor, este reproche viniendo de *ti*... de ti, que no tienes confianza en nadie!».

«¡Yo!», replicó Elinor, algo confusa; «de verdad, Marianne, no tengo nada que contar».

«Ni yo», respondió Marianne con energía; «nuestras situaciones son, pues, iguales. Ninguna de las dos tiene nada que contar; tú, porque no comunicas nada, y yo, porque no oculto nada».

Elinor, afligida por este reproche de reserva que se le hacía y que no estaba en libertad de disipar, no sabía cómo, en tales circunstancias, insistir en que Marianne fuera más franca.

La señora Jennings no tardó en aparecer, y, cuando le dieron la esquela, la leyó en voz alta. Era de lady Middleton, que anunciaba su llegada a Conduit Street la noche anterior y solicitaba la compañía de su madre y de sus primas para la noche siguiente. Ocupaciones por parte de sir John, y un fuerte resfriado por parte de ella, les impedían visitarlas en Berkeley Street. La invitación fue aceptada; pero cuando se acercaba la hora convenida, aunque la simple cortesía para con la señora Jennings hacía necesario que ambas la acompañaran en semejante visita, a Elinor le costó cierto trabajo convencer a su hermana de que fuera, pues todavía no había visto nada de Willoughby; y por ello no estaba menos indispuesta para divertirse fuera que poco deseosa de correr el riesgo de que él volviera a visitarlas en su ausencia.

Elinor descubrió, cuando terminó la velada, que el carácter no se altera sustancialmente con un cambio de residencia, pues, aunque apenas se había instalado en la ciudad, sir John se las había ingeniado para reunir a su alrededor a casi veinte jóvenes y divertirlos con un baile. Este era un asunto, sin embargo, que lady Middleton no aprobaba. En el campo, un baile improvisado era muy admisible; pero en Londres, donde la reputación de elegancia era más importante y menos fácil de alcanzar, era arriesgar demasiado, por complacer a unas cuantas muchachas, que se supiera que lady Middleton había dado un pequeño baile de ocho o nueve parejas, con dos violines y un simple refrige-

rio servido en el aparador.

El señor y la señora Palmer formaban parte de la reunión; del primero, a quien no habían visto desde su llegada a la ciudad, pues él cuidaba de evitar toda apariencia de atención hacia su suegra y por eso nunca se le acercaba, no recibieron ninguna señal de reconocimiento al entrar. Las miró de pasada, sin parecer saber quiénes eran, y se limitó a saludar con una inclinación de cabeza a la señora Jennings desde el otro lado del salón. Marianne echó una mirada alrededor de la estancia al entrar: bastó; *él* no estaba allí; y se sentó, tan mal dispuesta a recibir placer como a darlo. Cuando llevaban reunidos alrededor de una hora, el señor Palmer se acercó con paso indolente a las señoritas Dashwood para expresarles su sorpresa por verlas en la ciudad, aunque el coronel Brandon se había enterado de su llegada por primera vez en casa de él, y él mismo había dicho algo muy gracioso al saber que iban a venir.

«Creía que estaban ustedes dos en Devonshire», dijo.

«¿De veras?», respondió Elinor.

«¿Cuándo vuelven?».

«No lo sé». Y así terminó su conversación.

Nunca en su vida había estado Marianne tan poco dispuesta a bailar como aquella noche, ni tan fatigada por el ejercicio. Se quejó de ello mientras volvían a Berkeley Street.

«Sí, sí», dijo la señora Jennings, «conocemos muy bien la razón de todo eso; si cierta persona, cuyo nombre no diremos, hubiera estado allí, usted no se habría cansado ni pizca; y a decir verdad, no estuvo nada bonito de su parte no acudir a verla cuando estaba invitado».

«¡Invitado!», exclamó Marianne.

«Eso me dijo mi hija Middleton, pues parece que sir John se lo encontró esta mañana en alguna parte de la calle». Marianne no dijo nada más, pero pareció sumamente dolida. Impaciente, en esta situación, por hacer algo que pudiera llevar al alivio de su hermana, Elinor resolvió escribir a la mañana siguiente a su madre, y esperaba, despertando

sus temores por la salud de Marianne, conseguir aquellas indagaciones tanto tiempo aplazadas; y se empeñó aún más ansiosamente en esta medida al advertir, después del desayuno del día siguiente, que Marianne estaba otra vez escribiéndole a Willoughby, pues no podía suponer que fuera a ninguna otra persona.

Hacia mediodía, la señora Jennings salió sola a hacer unas diligencias, y Elinor empezó en seguida su carta, mientras Marianne, demasiado inquieta para ocuparse en nada, demasiado ansiosa para conversar, iba de una ventana a la otra o se sentaba junto al fuego en melancólica meditación. Elinor fue muy insistente en su súplica a su madre: le refirió todo lo ocurrido, sus sospechas sobre la inconstancia de Willoughby, y la instó, con todos los argumentos del deber y del afecto, a exigir a Marianne que le diera cuenta de su verdadera situación respecto de él.

Apenas había terminado su carta cuando un aldabonazo anunció una visita, y se anunció al coronel Brandon. Marianne, que lo había visto desde la ventana y que detestaba toda clase de compañía, salió de la habitación antes de que él entrara. Él parecía más serio que de costumbre, y, aunque expresó su satisfacción por encontrar sola a la señorita Dashwood, como si tuviera algo en particular que decirle, permaneció sentado algún tiempo sin decir palabra. Elinor, persuadida de que tenía alguna comunicación que hacer en la que su hermana estaba implicada, esperaba con impaciencia que empezara. No era la primera vez que tenía esa misma clase de convicción; pues más de una vez antes, empezando con la observación de «su hermana parece indispuesta hoy» o «su hermana parece desanimada», él había parecido a punto de revelar o de preguntar algo en particular acerca de ella. Tras una pausa de varios minutos, el silencio se rompió cuando él le preguntó, con voz algo agitada, cuándo podría felicitarla por la adquisición de un hermano. Elinor no estaba preparada para semejante pregunta, y, no teniendo ninguna respuesta lista, se vio obligada a recurrir al sencillo y común expediente de preguntarle qué quería decir. Él intentó son-

reír al responder: «El compromiso de su hermana con el señor Willoughby es cosa muy sabida».

«No puede ser cosa sabida», replicó Elinor, «pues ni su propia familia lo sabe».

Él pareció sorprendido y dijo: «Le pido perdón, me temo que mi pregunta ha sido impertinente; pero no había supuesto que se pretendiera ningún secreto, puesto que se escriben abiertamente y todo el mundo habla de su boda».

«¿Cómo puede ser eso? ¿A quién puede habérselo oído mencionar?».

«A muchos: a algunos de quienes usted nada sabe, a otros con quienes tiene usted la mayor intimidad, la señora Jennings, la señora Palmer y los Middleton. Pero aun así quizá no lo habría creído (pues cuando la mente no está muy dispuesta a dejarse convencer, siempre encuentra algo en que apoyar sus dudas) si no hubiera visto por casualidad, cuando el criado me hizo pasar hoy, una carta en su mano dirigida al señor Willoughby con la letra de su hermana. Vine a preguntar, pero me convencí antes de poder hacer la pregunta. ¿Está todo definitivamente arreglado? ¿Es imposible...? Pero no tengo ningún derecho, y no podría tener ninguna posibilidad de éxito. Discúlpeme, señorita Dashwood. Creo que he hecho mal en decir tanto, pero apenas sé qué hacer, y en su prudencia tengo la más absoluta confianza. Dígame que todo está absolutamente resuelto, que cualquier intento..., que, en suma, el disimulo, si el disimulo es posible, es lo único que queda».

Estas palabras, que transmitían a Elinor una confesión directa de su amor por su hermana, la conmovieron mucho. No fue capaz de decir nada de inmediato, e incluso cuando hubo recobrado el ánimo, vaciló un rato sobre la respuesta que sería más apropiado dar. El verdadero estado de las cosas entre Willoughby y su hermana le era tan poco conocido a ella misma que, al intentar explicarlo, podía estar tan expuesta a decir demasiado como demasiado poco. Sin embargo, como estaba convencida de que el afecto de Marianne por Willoughby no podía

dejar al coronel Brandon esperanza alguna de éxito, fuera cual fuese el desenlace de ese afecto, y al mismo tiempo deseaba proteger la conducta de su hermana de la censura, le pareció lo más prudente y lo más bondadoso, tras pensarlo un poco, decir más de lo que realmente sabía o creía. Reconoció, por tanto, que, aunque nunca le habían informado ellos mismos de los términos en que estaban el uno con el otro, de su afecto mutuo no le cabía duda, y de que se escribieran no le asombraba enterarse.

Él la escuchó con atención silenciosa, y, cuando ella dejó de hablar, se levantó en seguida de su asiento y, tras decir con voz emocionada: «A su hermana le deseo toda la felicidad imaginable; a Willoughby, que procure merecerla», se despidió y se marchó.

Elinor no sacó de esta conversación ningún sentimiento consolador que aliviara la inquietud de su ánimo en otros puntos; antes bien, se quedó con una melancólica impresión de la desdicha del coronel Brandon, y hasta se vio impedida de desear que se disipara, por su ansiedad ante el mismo acontecimiento que había de confirmarla.

Capítulo XXVIII

Nada ocurrió en los tres o cuatro días siguientes que hiciera a Elinor lamentar lo que había hecho al recurrir a su madre, pues Willoughby ni vino ni escribió. Hacia el final de ese plazo estaban comprometidas a acompañar a lady Middleton a una reunión, a la que la señora Jennings no pudo asistir por la indisposición de su hija menor; y para esta reunión Marianne, completamente desanimada, descuidada de su aspecto y al parecer igual de indiferente a ir o a quedarse, se arregló sin una sola mirada de esperanza ni una sola expresión de placer. Después del té se sentó junto al fuego del salón hasta el momento de la llegada de lady Middleton, sin moverse una sola vez de su asiento ni cambiar de postura, perdida en sus propios pensamientos e insensible a la presencia de su hermana; y cuando por fin les dijeron que lady Middleton las esperaba en la puerta, se sobresaltó como si hubiera olvidado que se esperaba a alguien.

Llegaron a su debido tiempo al lugar de destino, y, en cuanto lo permitió la fila de coches que tenían delante, se apearon, subieron la escalera, oyeron anunciar sus nombres en voz alta de un rellano a otro y entraron en un salón espléndidamente iluminado, lleno por completo de gente e insoportablemente caluroso. Cuando hubieron pagado su tributo de cortesía haciendo una reverencia a la señora de la casa, se les permitió mezclarse con la multitud y tomar su parte del calor y de la incomodidad, que su llegada no podía sino aumentar. Tras pasar algún tiempo diciendo poco y haciendo menos, lady Middleton se sentó a jugar al casino, y como Marianne no tenía ánimo para andar de un lado a otro, ella y Elinor, que por suerte consiguieron sillas, se colocaron no muy lejos de la mesa.

No llevaban mucho rato así cuando Elinor divisó a Willoughby, de pie a pocos pasos de ellas, en animada conversación con una joven de

aspecto muy a la moda. Pronto él cruzó la mirada con ella, y al punto hizo una inclinación, pero sin intentar hablarle ni acercarse a Marianne, aunque no podía dejar de verla; y luego continuó su conversación con la misma dama. Elinor se volvió involuntariamente hacia Marianne, para ver si aquello podía haberle pasado inadvertido. En ese momento ella lo divisó por primera vez, y, con todo el semblante encendido de súbito deleite, se habría dirigido hacia él al instante si su hermana no la hubiera sujetado.

«¡Santo cielo!», exclamó, «está ahí... está ahí... ¡Oh! ¿Por qué no me mira? ¿Por qué no puedo hablarle?».

«Por favor, por favor, cálmate», exclamó Elinor, «y no reveles lo que sientes a todos los presentes. Quizá todavía no te ha visto».

Esto, sin embargo, era más de lo que ella misma podía creer; y calmarse en semejante momento no solo estaba fuera del alcance de Marianne, sino también de sus deseos. Permaneció sentada en una angustia de impaciencia que se reflejaba en cada uno de sus rasgos.

Por fin él volvió a girarse y las miró a ambas; ella se puso en pie de un salto y, pronunciando su nombre en tono afectuoso, le tendió la mano. Él se acercó y, dirigiéndose más a Elinor que a Marianne, como si deseara evitar su mirada y estuviera decidido a no reparar en su actitud, preguntó apresuradamente por la señora Dashwood y cuánto tiempo llevaban en la ciudad. Semejante modo de dirigirse a ellas privó a Elinor de toda presencia de ánimo, y no fue capaz de decir una palabra. Pero los sentimientos de su hermana se expresaron al instante. Se le encendió todo el rostro y exclamó, con voz llena de la mayor emoción: «¡Dios mío! Willoughby, ¿qué significa esto? ¿No ha recibido mis cartas? ¿No va a darme la mano?».

Él no pudo entonces evitarlo, pero su contacto pareció resultarle penoso, y le retuvo la mano solo un momento. Durante todo ese tiempo, era evidente que luchaba por serenarse. Elinor observaba su semblante y vio que su expresión se volvía más tranquila. Tras un momento de pausa, habló con calma.

«Me tomé el honor de pasar por Berkeley Street el martes pasado, y lamenté mucho no haber tenido la fortuna de encontrarlas en casa a ustedes y a la señora Jennings. Espero que mi tarjeta no se haya perdido».

«¿Pero no ha recibido mis esquelas?», exclamó Marianne con la más desatada ansiedad. «Aquí hay algún error, estoy segura... algún error terrible. ¿Qué puede significar? Dígamelo, Willoughby; por el amor del cielo, dígame, ¿qué ocurre?».

Él no respondió; le cambió el color y volvió todo su embarazo; pero, como si al cruzar la mirada con la joven con quien había estado hablando antes sintiera la necesidad de hacer un esfuerzo inmediato, se recobró de nuevo y, tras decir: «Sí, tuve el placer de recibir la noticia de su llegada a la ciudad, que tuvo usted la bondad de enviarme», se dio media vuelta apresuradamente con una leve inclinación y se reunió con su amiga.

Marianne, ahora terriblemente pálida e incapaz de tenerse en pie, se dejó caer en su silla, y Elinor, temiendo a cada momento verla desmayarse, intentó ocultarla a las miradas de los demás mientras la reanimaba con agua de lavanda.

«Ve con él, Elinor», exclamó en cuanto pudo hablar, «y oblígalo a venir conmigo. Dile que tengo que verlo otra vez... que tengo que hablarle ahora mismo... No puedo descansar... no tendré un momento de paz hasta que esto se aclare... algún malentendido terrible o lo que sea... ¡Oh, ve con él en este mismo momento!».

«¿Cómo podría hacerse eso? No, mi queridísima Marianne, tienes que esperar. Este no es lugar para explicaciones. Espera solo hasta mañana».

A duras penas, sin embargo, pudo impedir que fuera ella misma tras él; y persuadirla de que contuviera su agitación, de que esperara, al menos con apariencia de serenidad, hasta que pudiera hablarle con más privacidad y más efecto, era imposible; pues Marianne seguía dando rienda suelta sin cesar, en voz baja, a la desdicha de sus sentimien-

tos con exclamaciones de aflicción. Al poco rato, Elinor vio a Willoughby salir del salón por la puerta que daba a la escalera, y, diciéndole a Marianne que se había ido, adujo la imposibilidad de volver a hablarle aquella noche como un nuevo argumento para que se calmara. Ella rogó al instante a su hermana que suplicara a lady Middleton que las llevara a casa, pues se sentía demasiado desdichada para quedarse un minuto más.

Lady Middleton, aunque estaba en mitad de una partida, al enterarse de que Marianne se encontraba mal fue demasiado cortés para oponerse un solo momento a su deseo de marcharse, y, cediendo sus cartas a una amiga, partieron en cuanto pudo encontrarse el coche. Apenas se pronunció una palabra durante el regreso a Berkeley Street. Marianne estaba sumida en una angustia silenciosa, demasiado oprimida incluso para llorar; pero como, por suerte, la señora Jennings no había vuelto a casa, pudieron ir directamente a su habitación, donde las sales la hicieron volver un poco en sí. Pronto estuvo desvestida y en la cama, y como parecía desear estar sola, su hermana la dejó entonces, y, mientras esperaba el regreso de la señora Jennings, tuvo tiempo de sobra para reflexionar sobre lo ocurrido.

Que había existido entre Willoughby y Marianne alguna clase de compromiso no podía dudarlo, y que Willoughby estaba cansado de él parecía igualmente claro; pues por mucho que Marianne pudiera aún alimentar sus propios deseos, *ella* no podía atribuir semejante conducta a error ni a malentendido de ninguna clase. Nada salvo un cambio completo de sentimientos podía explicarla. Su indignación habría sido aún más fuerte de lo que era si no hubiera presenciado aquel embarazo que parecía revelar que él tenía conciencia de su mala conducta, y que le impedía creerlo tan falto de principios como para haber estado jugando con los afectos de su hermana desde el principio, sin ningún propósito que resistiera un examen. La ausencia podía haber debilitado su afecto, y la conveniencia podía haberlo decidido a vencerlo, pero no lograba dudar de que tal afecto hubiera existido antes.

En cuanto a Marianne, no podía pensar sin la más honda preocupación en los tormentos que un encuentro tan desdichado ya debía de haberle causado, ni en los todavía más crueles que podían aguardarla en su probable consecuencia. Su propia situación salía ganando en la comparación; pues mientras pudiera *estimar* a Edward tanto como siempre, por separados que pudieran estar en el futuro, su ánimo siempre encontraría apoyo. Pero todas las circunstancias que podían agravar semejante mal parecían unirse para acrecentar la desdicha de Marianne en una separación definitiva de Willoughby, en una ruptura inmediata e irreconciliable con él.

Capítulo XXIX

Antes de que la criada hubiera encendido su fuego al día siguiente, o de que el sol hubiera ganado alguna fuerza sobre una fría y sombría mañana de enero, Marianne, a medio vestir, estaba arrodillada contra uno de los asientos de la ventana para aprovechar toda la poca luz que de ella podía obtener, y escribía tan deprisa como se lo permitía un continuo raudal de lágrimas. En esta situación la vio primero Elinor, despertada por su agitación y sus sollozos; y, tras observarla unos momentos con silenciosa ansiedad, le dijo, en un tono de la más considerada dulzura:

«Marianne, ¿puedo preguntarte...?».

«No, Elinor», respondió ella, «no preguntes nada; pronto lo sabrás todo».

La especie de calma desesperada con que dijo esto no duró más que mientras hablaba, y fue seguida de inmediato por el regreso de la misma aflicción excesiva. Pasaron algunos minutos antes de que pudiera seguir con su carta, y los frecuentes accesos de dolor que todavía la obligaban, a intervalos, a detener la pluma eran prueba suficiente de que sentía cuán más que probable era que estuviera escribiendo por última vez a Willoughby.

Elinor le prodigó todas las atenciones calladas y discretas que estaban en su mano; y habría intentado calmarla y tranquilizarla aún más si Marianne no le hubiera suplicado, con toda la vehemencia de la irritabilidad más nerviosa, que por nada del mundo le hablara. En tales circunstancias, era mejor para ambas no estar juntas mucho rato; y el estado inquieto del ánimo de Marianne no solo le impidió permanecer en la habitación un momento después de vestirse, sino que, como necesitaba a la vez soledad y continuo cambio de lugar, la hizo vagar por la casa hasta la hora del desayuno, evitando la vista de todo el mundo.

En el desayuno no comió nada ni intentó comer; y toda la atención de Elinor se empleó entonces, no en instarla, no en compadecerla, ni en aparentar que se fijaba en ella, sino en procurar atraer por completo hacia sí misma la atención de la señora Jennings.

Como esta era una comida predilecta de la señora Jennings, duró un tiempo considerable, y estaban justamente instalándose, después de ella, en torno a la mesa de labor común, cuando entregaron a Marianne una carta, que ella arrebató ávidamente de manos del criado, y, volviéndose de una palidez mortal, salió al instante corriendo de la habitación. Elinor, que vio por esto con tanta claridad como si hubiera visto el sobrescrito que debía de venir de Willoughby, sintió de inmediato una congoja tal en el corazón que apenas podía mantener erguida la cabeza, y se quedó sentada presa de un temblor tan general que temió que fuera imposible escapar a la atención de la señora Jennings. Aquella buena señora, sin embargo, solo vio que Marianne había recibido una carta de Willoughby, lo cual le pareció una broma excelente, y lo trató como tal, deseándole entre risas que la encontrara de su gusto. De la aflicción de Elinor no vio absolutamente nada, por estar demasiado atareada midiendo hebras de estambre para su alfombra; y, prosiguiendo tranquilamente su charla en cuanto Marianne desapareció, dijo:

«¡Palabra de honor que en mi vida he visto a una joven tan desesperadamente enamorada! *Mis* muchachas no eran nada a su lado, y eso que solían ser bastante tontas; pero en cuanto a la señorita Marianne, es una criatura completamente cambiada. Espero, de todo corazón, que él no la haga esperar mucho más, porque da verdadera pena verla tan desmejorada y desamparada. Dígame, ¿cuándo van a casarse?».

Elinor, aunque nunca había estado menos dispuesta a hablar que en aquel momento, se obligó a responder a semejante embestida, y, por tanto, intentando sonreír, replicó: «¿Y de veras, señora, se ha convencido usted misma de que mi hermana está comprometida con el señor Willoughby? Yo creía que solo era una broma, pero una pregunta

tan seria parece implicar algo más; y debo rogarle, por tanto, que no se engañe usted por más tiempo. Le aseguro que nada me sorprendería más que saber que van a casarse».

«¡Qué vergüenza, qué vergüenza, señorita Dashwood! ¿Cómo puede hablar así? ¿Acaso no sabemos todos que tiene que haber boda, que estaban perdidamente enamorados el uno del otro desde el primer momento en que se conocieron? ¿No los vi yo juntos en Devonshire todos los días, y el día entero? ¿Y no sabía yo que su hermana vino a la ciudad conmigo precisamente para comprar el ajuar de novia? Vamos, vamos, eso no cuela. Como usted es tan reservada en lo suyo, cree que nadie más tiene sentidos; pero no es así, se lo aseguro, porque en toda la ciudad se sabe desde hace muchísimo tiempo. Yo se lo cuento a todo el mundo, y Charlotte también».

«De veras, señora», dijo Elinor muy seriamente, «está usted equivocada. De veras, está haciendo algo muy poco amable al propagar ese rumor, y verá que es así, aunque ahora no quiera creerme».

La señora Jennings volvió a reír, pero Elinor no tenía ánimo para decir más, y, ansiosa en todo caso por saber lo que Willoughby había escrito, se fue a toda prisa a su habitación, donde, al abrir la puerta, vio a Marianne tendida en la cama, casi ahogada por el dolor, con una carta en la mano y otras dos o tres junto a ella. Elinor se acercó, pero sin decir una palabra; y, sentándose en la cama, le tomó la mano, la besó con cariño varias veces y luego se abandonó a un acceso de llanto que al principio no fue mucho menos violento que el de Marianne. Esta, aunque incapaz de hablar, pareció sentir toda la ternura de aquel proceder, y, tras pasar así algún tiempo en aflicción compartida, puso todas las cartas en manos de Elinor; y luego, cubriéndose la cara con el pañuelo, casi gritó de angustia. Elinor, que sabía que semejante dolor, por terrible que fuera presenciarlo, debía seguir su curso, la veló hasta que aquel exceso de sufrimiento se hubo agotado un poco, y luego, volviéndose ávidamente a la carta de Willoughby, leyó lo siguiente:

Bond Street, enero.

«Mi querida señora:»

«Acabo de tener el honor de recibir su carta, por la cual le ruego acepte mi sincero agradecimiento. Me preocupa mucho saber que hubo algo en mi conducta de anoche que no mereció su aprobación; y aunque no acierto en absoluto a descubrir en qué punto pude tener la desgracia de ofenderla, le suplico que me perdone lo que puedo asegurarle que fue completamente involuntario. Jamás recordaré mi anterior trato con su familia en Devonshire sin el más agradecido placer, y me precio de pensar que no se romperá por ningún error o mala interpretación de mis actos. Mi estima por toda su familia es muy sincera; pero si he tenido la desgracia de dar pie a que se creyera en algo más de lo que sentía o pretendía expresar, me reprocharé no haber sido más cauto en mis manifestaciones de esa estima. Que yo haya pretendido nunca algo más, usted misma reconocerá que es imposible cuando sepa que mis afectos están comprometidos desde hace tiempo en otra parte, y no pasarán, creo, muchas semanas antes de que ese compromiso se cumpla. Con gran pesar obedezco sus órdenes de devolverle las cartas con que me ha honrado y el mechón de cabello que tan amablemente me concedió».

«Quedo, querida señora, su más obediente y humilde servidor, John Willoughby».

Puede imaginarse con qué indignación leería la señorita Dashwood una carta como esta. Aunque sabía, antes de empezarla, que había de traer una confesión de su inconstancia y confirmar su separación para siempre, no sabía que pudiera consentirse semejante lenguaje para anunciarla; ni habría podido suponer a Willoughby capaz de apartarse tanto de la apariencia de todo sentimiento honorable y delicado, tanto del decoro común de un caballero, como para enviar una carta tan desvergonzadamente cruel: una carta que, en lugar de acompañar su deseo de verse libre con alguna manifestación de pesar, no reconocía ninguna falta a la palabra dada, negaba todo afecto particular de cual-

quier clase; una carta en la que cada línea era un insulto, y que proclamaba a su autor hundido en una villanía empedernida.

Se detuvo en ella algún tiempo con indignado asombro; luego la leyó una y otra vez; pero cada lectura solo servía para aumentar su aborrecimiento por aquel hombre, y tan amargos eran sus sentimientos contra él que no se atrevía a fiarse de sí misma para hablar, no fuera a herir aún más hondamente a Marianne al tratar su ruptura no como la pérdida para ella de algún bien posible, sino como la huida del peor y más irremediable de todos los males, una unión de por vida con un hombre sin principios: como la liberación más real, la bendición más importante.

En sus graves meditaciones sobre el contenido de la carta, sobre la depravación de la mente que había podido dictarla y, probablemente, sobre la mente muy distinta de una persona muy distinta, que no tenía con el asunto otra relación que la que su corazón le daba con todo lo que ocurría, Elinor olvidó la aflicción inmediata de su hermana, olvidó que tenía en el regazo tres cartas aún sin leer, y olvidó tan por completo cuánto tiempo llevaba en la habitación que, cuando, al oír un coche que se detenía ante la puerta, fue a la ventana a ver quién podía venir tan intempestivamente temprano, quedó llena de asombro al divisar el carruaje de la señora Jennings, que sabía que no se había pedido hasta la una. Decidida a no dejar a Marianne, aunque sin esperanza de contribuir por el momento a su alivio, se apresuró a excusarse de acompañar a la señora Jennings, a causa de la indisposición de su hermana. La señora Jennings, con una preocupación de lo más bondadosa por la causa, aceptó la excusa con la mayor prontitud, y Elinor, tras verla partir sin contratiempo, volvió con Marianne, a quien encontró intentando levantarse de la cama, y a quien alcanzó justo a tiempo para impedir que cayera al suelo, débil y mareada por la larga falta del debido descanso y alimento; pues hacía muchos días que no tenía apetito y muchas noches que no dormía de verdad; y ahora, cuando su ánimo ya no se sostenía en la fiebre de la incertidumbre, la consecuen-

cia de todo ello se hacía sentir en un dolor de cabeza, un estómago debilitado y una debilidad nerviosa general. Una copa de vino, que Elinor le procuró en seguida, la reconfortó, y por fin fue capaz de expresar cierto reconocimiento de su bondad, diciendo:

«¡Pobre Elinor! ¡Cuánto te hago sufrir!».

«Solo quisiera», respondió su hermana, «que hubiera algo que *pudiera* hacer y que te sirviera de consuelo».

Esto, como lo habría sido cualquier otra cosa, fue demasiado para Marianne, que solo pudo exclamar, en la angustia de su corazón: «¡Oh, Elinor, de verdad soy desdichada!», antes de que su voz se perdiera por completo en sollozos.

Elinor ya no podía presenciar en silencio este torrente de dolor al que no se oponía resistencia.

«Haz un esfuerzo, querida Marianne», exclamó, «si no quieres matarte a ti misma y a todos los que te quieren. Piensa en tu madre; piensa en su desdicha mientras *tú* sufres: por ella tienes que hacer un esfuerzo».

«No puedo, no puedo», exclamó Marianne; «déjame, déjame, si te aflijo; ¡déjame, ódiame, olvídame!, pero no me tortures así. ¡Oh, qué fácil es para quienes no tienen penas propias hablar de esfuerzo! Feliz, feliz Elinor, *tú* no puedes hacerte idea de lo que sufro».

«¿Me llamas feliz *a mí*, Marianne? ¡Ah, si supieras! ¿Y puedes creer que lo soy mientras te veo tan desdichada?».

«Perdóname, perdóname», echándole los brazos al cuello a su hermana; «sé que sientes por mí; sé el corazón que tienes; pero aun así eres... tienes que ser feliz; Edward te quiere... ¿qué, oh, qué puede destruir una felicidad como esa?».

«Muchas, muchas circunstancias», dijo Elinor con solemnidad.

«No, no, no», exclamó Marianne fuera de sí, «él te quiere, y solo a ti. *No puedes* tener ninguna pena».

«No puedo tener ningún placer mientras te vea en este estado».

«Y nunca me verás de otro modo. La mía es una desdicha que nada

puede remediar».

«No debes hablar así, Marianne. ¿No tienes consuelos? ¿No tienes amigos? ¿Es tu pérdida tal que no deja ninguna puerta abierta al consuelo? Por mucho que sufras ahora, piensa en lo que habrías sufrido si el descubrimiento de su carácter se hubiera retrasado hasta más adelante, si tu compromiso se hubiera prolongado durante meses y meses, como podría haber ocurrido, antes de que él decidiera ponerle fin. Cada día más de desdichada confianza, por tu parte, habría hecho el golpe más terrible».

«¡Compromiso!», exclamó Marianne, «no ha habido ningún compromiso».

«¡Ningún compromiso!».

«No, él no es tan indigno como lo crees. No ha faltado a ninguna palabra conmigo».

«Pero te dijo que te quería».

«Sí... no... nunca del todo. Se daba a entender todos los días, pero nunca se declaraba expresamente. A veces creí que se había declarado... pero nunca fue así».

«¿Y aun así le escribiste?».

«Sí... ¿podía estar mal después de todo lo que había pasado? Pero no puedo hablar».

Elinor no dijo nada más, y, volviéndose de nuevo a las tres cartas, que ahora despertaban una curiosidad mucho más fuerte que antes, repasó en seguida el contenido de todas. La primera, que era la que su hermana le había enviado a su llegada a la ciudad, decía así:

Berkeley Street, enero.

«¡Qué sorprendido estará usted, Willoughby, al recibir esto! Y creo que sentirá algo más que sorpresa cuando sepa que estoy en la ciudad. La oportunidad de venir aquí, aunque fuera con la señora Jennings, fue una tentación que no pudimos resistir. Ojalá reciba usted esto a tiempo para venir esta noche, pero no cuento con ello. En todo caso, lo esperaré mañana. Por ahora, adiós».

«M. D.».

Su segunda esquela, que había sido escrita la mañana siguiente al baile en casa de los Middleton, decía lo siguiente:

«No puedo expresarle mi desilusión por no haberlo encontrado anteayer, ni mi asombro por no haber recibido ninguna respuesta a una esquela que le envié hace más de una semana. He estado esperando noticias suyas, y más aún verlo, a cada hora del día. Le ruego que vuelva a visitarnos lo antes posible y me explique la razón de que lo haya esperado en vano. Mejor será que venga más temprano la próxima vez, porque por lo general a la una ya hemos salido. Anoche estuvimos en casa de lady Middleton, donde hubo baile. Me han dicho que a usted lo invitaron a la reunión. ¿Pero podría ser así? Muy cambiado debe de estar desde que nos separamos, si tal fuera el caso y usted no estuvo allí. Pero no quiero suponer que esto sea posible, y espero recibir muy pronto de usted mismo la seguridad de que no es así».

«M. D.».

El contenido de su última esquela era este:

«¿Qué debo imaginar, Willoughby, de su conducta de anoche? Le exijo una vez más una explicación. Iba preparada para encontrarme con usted con el placer que naturalmente producía nuestra separación, con la familiaridad que nuestra intimidad en Barton me parecía justificar. ¡Y fui rechazada, en efecto! He pasado una noche desdichada intentando disculpar una conducta que difícilmente puede llamarse menos que insultante; pero aunque todavía no he podido hallar ninguna excusa razonable para su comportamiento, estoy perfectamente dispuesta a oír su justificación. Quizá lo hayan informado mal, o lo hayan engañado a propósito, en algo que me concierne y que pueda haberme rebajado en su opinión. Dígame qué es, explíqueme los motivos por los que actuó así, y quedaré satisfecha con poder satisfacerlo. Me apenaría de verdad verme obligada a pensar mal de usted; pero si he de hacerlo, si he de saber que usted no es lo que hasta ahora hemos creído, que su afecto por todas nosotras no era sincero, que su conduc-

ta conmigo no tenía otro propósito que engañarme, que se me diga cuanto antes. Mis sentimientos se hallan en este momento en un estado de terrible indecisión; deseo absolverlo, pero la certeza, en un sentido o en otro, será un alivio comparada con lo que ahora sufro. Si sus sentimientos ya no son lo que eran, me devolverá usted mis esquelas y el mechón de mi cabello que está en su poder».

«M. D.».

Que cartas semejantes, tan llenas de afecto y de confianza, hubieran podido recibir tal respuesta, Elinor, por consideración a Willoughby, se habría resistido a creerlo. Pero su condena de él no la cegaba ante la impropiedad de que se hubieran escrito siquiera; y estaba lamentando en silencio la imprudencia que había arriesgado tales pruebas de ternura no solicitadas, que nada de lo anterior autorizaba y que el desenlace condenaba con la mayor severidad, cuando Marianne, advirtiendo que había terminado las cartas, le hizo observar que no contenían nada que no hubiera escrito cualquiera en la misma situación.

«Yo me sentía», añadió, «tan solemnemente comprometida con él como si el más estricto contrato legal nos hubiera unido el uno al otro».

«Puedo creerlo», dijo Elinor; «pero, por desgracia, él no sentía lo mismo».

«*Sí* sentía lo mismo, Elinor... durante semanas y semanas lo sintió. Sé que lo sintió. Sea lo que sea lo que lo haya cambiado ahora (y solo las artes más negras empleadas contra mí pueden haberlo hecho), hubo un tiempo en que yo le era tan querida como mi propia alma podía desear. Este mechón de cabello, al que ahora puede renunciar tan fácilmente, me lo pidió con la más ferviente súplica. ¡Si hubieras visto su mirada, sus maneras, si hubieras oído su voz en aquel momento! ¿Has olvidado la última velada que pasamos juntos en Barton? ¡Y la mañana en que nos separamos! Cuando me dijo que podían pasar muchas semanas antes de que volviéramos a vernos... su aflicción... ¿podré olvidar alguna vez su aflicción?».

Durante uno o dos momentos no pudo decir nada más; pero cuando esta emoción hubo pasado, añadió en tono más firme:

«Elinor, me han tratado con crueldad; pero no ha sido Willoughby».

«Queridísima Marianne, ¿quién sino él? ¿Quién puede haberlo instigado?».

«El mundo entero, antes que su propio corazón. Antes podría creer que todas las criaturas que conozco se han confabulado para arruinarme en su opinión que creer que su naturaleza es capaz de semejante crueldad. Esa mujer de la que escribe, sea quien sea... o cualquiera, en suma, salvo tú misma, querida, mamá y Edward, puede haber sido tan bárbaro como para calumniarme. Fuera de ustedes tres, ¿hay en el mundo una criatura de quien no sospecharía el mal antes que de Willoughby, cuyo corazón conozco tan bien?».

Elinor no quiso discutir, y solo respondió: «Sea quien sea quien haya sido tan detestablemente tu enemigo, que se vea privado de su malicioso triunfo, querida hermana, al ver con qué nobleza la conciencia de tu propia inocencia y de tus buenas intenciones sostiene tu ánimo. Es un orgullo razonable y loable el que resiste a semejante malevolencia».

«No, no», exclamó Marianne, «una desdicha como la mía no tiene orgullo. No me importa quién sepa que soy desdichada. El triunfo de verme así puede estar al alcance de todo el mundo. Elinor, Elinor, los que sufren poco pueden ser tan orgullosos e independientes como quieran, pueden resistir el insulto o devolver la humillación, pero yo no puedo. Tengo que sentir... tengo que ser desdichada... y que disfruten de saberlo los que puedan».

«Pero por mi madre y por mí...».

«Haría más que por mí misma. Pero aparentar felicidad cuando soy tan desdichada... ¡Oh! ¿Quién puede exigirlo?».

De nuevo guardaron silencio las dos. Elinor se ocupaba en ir pensativa del fuego a la ventana y de la ventana al fuego, sin darse cuenta

de que recibía calor del uno ni distinguir los objetos a través de la otra; y Marianne, sentada a los pies de la cama, con la cabeza apoyada contra uno de sus pilares, volvió a tomar la carta de Willoughby, y, tras estremecerse con cada frase, exclamó:

«¡Es demasiado! ¡Oh, Willoughby, Willoughby, puede ser esto suyo! Cruel, cruel... nada puede absolverlo. Elinor, nada puede. Fuera lo que fuese lo que hubiera oído contra mí, ¿no debería haber suspendido su juicio? ¿No debería habérmelo dicho, haberme dado la posibilidad de justificarme? "El mechón de cabello (repitiéndolo de la carta) que tan amablemente me concedió"... Eso es imperdonable. Willoughby, ¿dónde estaba su corazón cuando escribió esas palabras? ¡Oh, qué bárbara insolencia! Elinor, ¿puede tener justificación?».

«No, Marianne, de ningún modo posible».

«Y, sin embargo, esa mujer... ¿quién sabe cuáles habrán sido sus artes?, ¿cuánto tiempo lo habrá premeditado y con cuánta astucia lo habrá tramado? ¿Quién es? ¿Quién puede ser? ¿De quién le oí hablar jamás como joven y atractiva entre sus conocidas? ¡Oh, de nadie, de nadie! Conmigo solo hablaba de mí».

Siguió otra pausa; Marianne estaba muy agitada, y la pausa terminó así:

«Elinor, tengo que volver a casa. Tengo que ir a consolar a mamá. ¿No podemos irnos mañana?».

«¡Mañana, Marianne!».

«Sí, ¿por qué habría de quedarme aquí? Vine solo por Willoughby... ¿y ahora a quién le importo? ¿Quién se preocupa por mí?».

«Sería imposible irnos mañana. A la señora Jennings le debemos mucho más que cortesía; y la cortesía más elemental tiene que impedir una partida tan precipitada como esa».

«Bueno, entonces dentro de uno o dos días, quizá; pero no puedo quedarme aquí mucho tiempo, no puedo quedarme a soportar las preguntas y los comentarios de toda esta gente. Los Middleton y los Palmer... ¿cómo voy a soportar su compasión? ¡La compasión de una mu-

jer como lady Middleton! ¡Oh, qué diría *él* de eso!».

Elinor le aconsejó que volviera a acostarse, y por un momento lo hizo; pero ninguna postura podía darle alivio; y, en inquieto dolor de alma y de cuerpo, pasaba de una postura a otra, hasta que, cada vez más presa de la histeria, su hermana apenas podía mantenerla en la cama, y durante algún tiempo temió verse obligada a pedir ayuda. Unas gotas de lavanda, sin embargo, que por fin la convencieron de tomar, le hicieron bien; y desde entonces hasta que volvió la señora Jennings permaneció en la cama quieta e inmóvil.

Capítulo XXX

La señora Jennings fue a la habitación de las hermanas en cuanto volvió y, sin esperar respuesta a su petición de entrar, abrió la puerta y pasó con un aire de verdadera preocupación.

«¿Cómo está usted, querida?», le dijo con voz muy compasiva a Marianne, que volvió la cara sin intentar responder.

«¿Cómo está, señorita Dashwood? ¡Pobrecita! Tiene muy mala cara. No es de extrañar. Sí, es demasiado cierto. Se va a casar muy pronto, ¡ese bueno para nada! No tengo paciencia con él. La señora Taylor me lo contó hace media hora, y a ella se lo contó una amiga íntima de la propia señorita Grey; si no, estoy segura de que no lo habría creído; y aun así casi me desmayo. Pues bien, dije yo, todo lo que puedo decir es que, si esto es verdad, se ha portado de un modo abominable con una señorita a quien conozco, y deseo con toda el alma que su mujer le amargue la vida. Y eso diré siempre, querida, puede estar segura. No concibo que los hombres se porten así; y si alguna vez vuelvo a encontrármelo, le daré una reprimenda como no ha recibido en muchos días. Pero hay un consuelo, mi querida señorita Marianne: no es el único joven del mundo que vale la pena; y con esa cara tan bonita nunca le faltarán admiradores. ¡Bueno, pobrecita! No la molestaré más, porque más le vale llorar todo lo que tenga que llorar de una vez y acabar con ello. Por suerte esta noche vienen los Parry y los Sanderson, ¿sabe?, y eso la distraerá».

Luego se marchó, saliendo de la habitación de puntillas, como si supusiera que el ruido podía aumentar la aflicción de su joven amiga.

Marianne, para sorpresa de su hermana, decidió cenar con ellas. Elinor incluso le aconsejó que no lo hiciera. Pero «no, bajaría; podía soportarlo muy bien, y el bullicio a su alrededor sería menor». Elinor, contenta de verla guiarse por un momento por semejante motivo, aun-

que creía casi imposible que aguantara toda la cena, no dijo más; y, arreglándole el vestido lo mejor que pudo mientras Marianne seguía en la cama, estuvo lista para ayudarla a ir al comedor en cuanto las llamaron.

Una vez allí, aunque con un aspecto lastimosísimo, comió más y estuvo más tranquila de lo que su hermana había esperado. Si hubiera intentado hablar, o si hubiera tenido conciencia de la mitad de las atenciones bienintencionadas pero desacertadas que la señora Jennings le prodigaba, esa calma no habría podido mantenerse; pero no salió una sílaba de sus labios, y la abstracción de sus pensamientos la mantuvo ignorante de todo cuanto sucedía ante ella.

Elinor, que hacía justicia a la bondad de la señora Jennings, aunque sus efusiones fueran a menudo penosas y a veces casi ridículas, le dio las muestras de gratitud y le devolvió las cortesías que su hermana no podía dar ni devolver por sí misma. Su buena amiga vio que Marianne era desdichada, y sintió que se le debía todo lo que pudiera hacerla un poco menos desdichada. La trató, por tanto, con todo el cariño indulgente de un padre hacia su hijo predilecto el último día de vacaciones. Marianne debía tener el mejor sitio junto al fuego, debían tentarla a comer con todas las exquisiteces de la casa y entretenerla con el relato de todas las noticias del día. Si Elinor no hubiera visto en el rostro triste de su hermana un freno a toda alegría, se habría divertido con los esfuerzos de la señora Jennings por curar un desengaño amoroso con una variedad de dulces y aceitunas y un buen fuego. Sin embargo, en cuanto la continua repetición de todo esto obligó a Marianne a tomar conciencia de ello, no pudo quedarse más. Con una exclamación precipitada de desdicha y una seña a su hermana para que no la siguiera, se levantó de inmediato y salió deprisa de la habitación.

«¡Pobre alma!», exclamó la señora Jennings apenas se hubo ido, «¡cuánto me apena verla! ¡Y vaya si no se ha ido sin terminar el vino! ¡Y las cerezas secas también! ¡Válgame! Nada parece hacerle bien. Le

aseguro que, si supiera de algo que le gustara, lo mandaría buscar por toda la ciudad. ¡Bueno, para mí es lo más raro del mundo que un hombre trate tan mal a una muchacha tan bonita! Pero cuando hay mucho dinero de un lado y casi nada del otro, ¡válgame Dios!, ya no les importan nada esas cosas...».

«¿Entonces la dama, la señorita Grey, creo que la llamó usted, es muy rica?».

«Cincuenta mil libras, querida. ¿La ha visto alguna vez? Una muchacha elegante y con estilo, dicen, pero no guapa. Me acuerdo muy bien de su tía, Biddy Henshawe; se casó con un hombre riquísimo. Pero en esa familia son todos ricos. ¡Cincuenta mil libras! Y, por lo que todos dicen, no llegarán antes de que hagan falta, porque dicen que él está arruinado. ¡No es de extrañar, con tanto pavonearse en su cabriolé y con sus caballos de caza! Bueno, de nada sirve hablar; pero cuando un joven, sea quien sea, viene y corteja a una muchacha bonita y le promete matrimonio, no tiene por qué faltar a su palabra solo porque se empobrece y hay una muchacha más rica dispuesta a aceptarlo. ¿Por qué no vende, en un caso así, sus caballos, alquila su casa, despide a sus criados y hace de una vez una reforma completa? Le garantizo que la señorita Marianne habría estado dispuesta a esperar hasta que las cosas se arreglaran. Pero eso no se estila hoy en día; los jóvenes de esta época no pueden renunciar a nada que sea un placer».

«¿Sabe usted qué clase de muchacha es la señorita Grey? ¿Dicen que es amable?».

«Nunca he oído nada malo de ella; en realidad casi nunca la he oído mencionar; salvo que la señora Taylor me dijo esta mañana que un día la señorita Walker le insinuó que creía que el señor y la señora Ellison no lamentarían ver casada a la señorita Grey, porque ella y la señora Ellison nunca se entendían...».

«¿Y quiénes son los Ellison?».

«Sus tutores, querida. Pero ahora es mayor de edad y puede elegir por sí misma; ¡y bonita elección ha hecho! Y bien», tras callar un mo-

mento, «su pobre hermana se ha ido a su cuarto, supongo, a lamentarse a solas. ¿No hay nada que podamos conseguir para consolarla? Pobrecita, parece una crueldad dejarla sola. Bueno, dentro de un rato vendrán unos cuantos amigos, y eso la distraerá un poco. ¿A qué jugaremos? Sé que detesta el whist; pero ¿no hay algún juego de ronda que le guste?».

«Querida señora, esta amabilidad es del todo innecesaria. Marianne, me atrevo a decir, no saldrá de nuevo de su cuarto esta noche. La convenceré, si puedo, de que se acueste temprano, porque estoy segura de que necesita descansar».

«Sí, creo que eso será lo mejor para ella. Que elija ella misma su cena, y a la cama. ¡Válgame! No es de extrañar que haya tenido tan mala cara y haya estado tan abatida estas últimas dos semanas, porque supongo que este asunto pendía sobre su cabeza desde entonces. ¡Y así la carta que llegó hoy acabó con todo! ¡Pobre alma! Le aseguro que, si lo hubiera sospechado, no me habría burlado de ella por eso ni por todo el oro del mundo. Pero, claro, ¿cómo iba yo a adivinar algo así? Estaba convencida de que no era más que una carta de amor corriente, y ya sabe usted que a los jóvenes les gusta que se rían de ellos por esas cosas. ¡Válgame! ¡Cuánto lo sentirán sir John y mis hijas cuando lo sepan! Si hubiera tenido la cabeza en su sitio, habría pasado por Conduit Street de camino a casa para contárselo. Pero los veré mañana».

«Estoy segura de que no será necesario que advierta usted a la señora Palmer y a sir John que nunca nombren al señor Willoughby ni hagan la más mínima alusión a lo ocurrido delante de mi hermana. Su propia bondad debe mostrarles la verdadera crueldad que sería aparentar saber algo del asunto en su presencia; y cuanto menos se me hable a mí misma de ello, más se ahorrarán mis sentimientos, como usted, mi querida señora, creerá fácilmente».

«¡Oh! ¡Válgame, sí, desde luego que lo creo! Debe de ser terrible para usted oír hablar de ello; y en cuanto a su hermana, le aseguro que no le diría una palabra al respecto por nada del mundo. Ya vio que no

lo hice en toda la cena. Tampoco lo harían sir John ni mis hijas, porque todos son muy atentos y considerados; sobre todo si les doy una indicación, como sin duda haré. Por mi parte, creo que cuanto menos se hable de estas cosas, mejor, y antes pasan y se olvidan. ¿Y de qué sirve hablar, al fin y al cabo?».

«En este asunto solo puede hacer daño; más quizá que en muchos casos semejantes, porque ha ido acompañado de circunstancias que, por el bien de todos los implicados, hacen que no convenga que se convierta en tema de conversación pública. Debo hacerle *esta* justicia al señor Willoughby: no ha roto ningún compromiso formal con mi hermana».

«¡Ay, querida! No pretenda defenderlo. ¡Ningún compromiso formal, dice! ¡Después de llevarla a recorrer toda la casa de Allenham y de elegir las mismísimas habitaciones en que iban a vivir en el futuro!».

Elinor, por el bien de su hermana, no pudo insistir más en el asunto, y esperaba que no se le exigiera por el de Willoughby; pues, aunque Marianne podía perder mucho, él poco podía ganar con que se impusiera la verdad. Tras un breve silencio por ambas partes, la señora Jennings, con toda su natural jovialidad, estalló de nuevo.

«Bueno, querida, es verdad eso de que no hay mal que por bien no venga, porque todo será mejor para el coronel Brandon. Al final se quedará con ella; sí, eso hará. Fíjese bien en lo que le digo: a ver si no están casados para San Juan. ¡Válgame! ¡Cómo se va a reír para sus adentros con esta noticia! Espero que venga esta noche. Será, con mucho, un partido mejor para su hermana. Dos mil libras al año sin deudas ni cargas... salvo la hijita natural, claro; sí, me había olvidado de ella; pero se la puede poner de aprendiza con poco gasto, y entonces ¿qué importa? Delaford es un sitio precioso, se lo aseguro; justo lo que yo llamo un sitio precioso a la antigua, lleno de comodidades y ventajas; todo cercado por grandes muros de jardín cubiertos de los mejores frutales del condado; ¡y qué morera hay en un rincón! ¡Válgame! ¡Có-

mo nos atiborramos Charlotte y yo la única vez que estuvimos allí! Además hay un palomar, unos estanques para peces deliciosos y un canal muy bonito; en una palabra, todo lo que uno pudiera desear; y, por si fuera poco, está junto a la iglesia y a solo un cuarto de milla del camino de peaje, así que nunca es aburrido, porque basta con ir a sentarse en un viejo cenador de tejos detrás de la casa para ver pasar todos los coches. ¡Oh, es un sitio precioso! Un carnicero allí mismo en el pueblo, y la casa parroquial a tiro de piedra. A mi gusto, mil veces más bonito que Barton Park, adonde tienen que mandar a buscar la carne a tres millas y no tienen un vecino más cerca que su madre. Bueno, animaré al coronel en cuanto pueda. Ya sabe, un clavo saca otro clavo. ¡Si *pudiéramos* sacarle a Willoughby de la cabeza!».

«Sí, si pudiéramos hacer *eso*, señora», dijo Elinor, «nos irá muy bien con el coronel Brandon o sin él». Y entonces, levantándose, fue a reunirse con Marianne, a quien encontró, como esperaba, en su cuarto, inclinada, en silenciosa desdicha, sobre los escasos restos de un fuego que, hasta la entrada de Elinor, había sido su única luz.

«Más vale que me dejes», fue toda la atención que su hermana recibió de ella.

«Te dejaré», dijo Elinor, «si te acuestas». Pero a esto, por la terquedad momentánea del sufrimiento impaciente, se negó al principio. La persuasión seria, aunque dulce, de su hermana pronto la ablandó, sin embargo, hasta hacerla ceder, y Elinor la vio apoyar la cabeza dolorida en la almohada y, según esperaba, en camino de conseguir algo de descanso tranquilo antes de dejarla.

En el salón, adonde se dirigió entonces, pronto se le unió la señora Jennings, con una copa de vino llena de algo en la mano.

«Querida», dijo al entrar, «acabo de acordarme de que tengo en casa un poco del vino de Constantia añejo más fino que se haya probado jamás, así que he traído una copa para su hermana. ¡Mi pobre marido! ¡Cuánto le gustaba! Siempre que tenía un ataque de su vieja gota con cólicos, decía que le hacía más bien que cualquier otra cosa en el mun-

do. Llévesela a su hermana, por favor».

«Querida señora», respondió Elinor, sonriendo ante la diferencia entre las dolencias para las que se lo recomendaba, «¡qué buena es usted! Pero acabo de dejar a Marianne en la cama y, espero, casi dormida; y como creo que nada le hará tanto bien como el descanso, si me lo permite, me beberé yo misma el vino».

La señora Jennings, aunque lamentó no haber llegado cinco minutos antes, quedó satisfecha con el acuerdo; y Elinor, mientras se bebía la mayor parte, reflexionó que, aunque sus efectos sobre una gota con cólicos tenían, por el momento, poca importancia para ella, sus poderes curativos sobre un corazón desengañado podían probarse con la misma razón en ella que en su hermana.

El coronel Brandon llegó mientras tomaban el té y, por su modo de buscar a Marianne con la mirada por el salón, Elinor imaginó de inmediato que ni esperaba ni deseaba verla allí y, en suma, que ya estaba al tanto de lo que motivaba su ausencia. A la señora Jennings no se le ocurrió lo mismo; pues poco después de su entrada cruzó el salón hasta la mesa del té, que presidía Elinor, y le susurró: «El coronel está tan serio como siempre, ya ve. No sabe nada; cuénteselo usted, querida».

Poco después él acercó una silla a la de ella y, con una mirada que le confirmó por completo que estaba bien informado, le preguntó por su hermana.

«Marianne no se encuentra bien», dijo ella. «Ha estado indispuesta todo el día, y la hemos convencido de que se acueste».

«Quizá, entonces», respondió él vacilante, «lo que oí esta mañana sea... quizá haya en ello más verdad de lo que al principio creí posible».

«¿Qué oyó usted?».

«Que un caballero a quien yo tenía razones para creer... en suma, que un hombre de quien yo *sabía* que estaba comprometido... pero ¿cómo decírselo? Si usted ya lo sabe, como sin duda debe saberlo, puedo ahorrármelo».

«Se refiere usted», respondió Elinor con forzada calma, «al matrimonio del señor Willoughby con la señorita Grey. Sí, lo *sabemos* todo. Parece que este ha sido un día de aclaraciones generales, porque fue esta misma mañana cuando se nos reveló. ¡El señor Willoughby es insondable! ¿Dónde lo oyó usted?».

«En una papelería de Pall Mall, donde tenía que hacer. Dos damas esperaban su carruaje, y una de ellas le contaba a la otra lo del matrimonio proyectado, con una voz que tan poco intentaba ocultarse que me fue imposible no oírlo todo. El nombre de Willoughby, John Willoughby, repetido a menudo, fue lo primero que llamó mi atención; y lo que siguió fue la afirmación categórica de que ya estaba todo definitivamente arreglado respecto de su matrimonio con la señorita Grey: ya no iba a ser un secreto; se celebraría incluso dentro de pocas semanas; con muchos detalles de los preparativos y otros asuntos. Una cosa, en especial, la recuerdo porque sirvió para identificar aún más al hombre: en cuanto terminara la ceremonia, irían a Combe Magna, su finca de Somersetshire. ¡Mi asombro! Pero sería imposible describir lo que sentí. La dama comunicativa, según supe al preguntar, pues me quedé en la tienda hasta que se fueron, era una tal señora Ellison, y ese, según me han informado después, es el nombre de la tutora de la señorita Grey».

«Lo es. Pero ¿ha oído también que la señorita Grey tiene cincuenta mil libras? En eso, si en algo, podemos encontrar una explicación».

«Puede ser; pero Willoughby es capaz... al menos creo...», se detuvo un momento; luego añadió con una voz que parecía desconfiar de sí misma: «¿Y su hermana... cómo lo ha...?».

«Sus sufrimientos han sido muy grandes. Solo me queda esperar que sean proporcionalmente breves. Ha sido, es, una aflicción de lo más cruel. Hasta ayer, creo, nunca dudó del afecto de él; e incluso ahora, quizá... pero yo estoy casi convencida de que él nunca la quiso de verdad. ¡Ha sido muy falso! Y, en algunos aspectos, parece haber en él cierta dureza de corazón».

«¡Ah!», dijo el coronel Brandon, «¡la hay, desde luego! Pero su hermana no... creo que usted lo ha dicho... ¿ella no lo ve del todo como usted?».

«Usted conoce su carácter, y puede imaginar con qué empeño lo justificaría todavía si pudiera».

Él no respondió; y poco después, al retirarse el servicio de té y organizarse las mesas de juego, forzosamente se abandonó el tema. La señora Jennings, que los había observado con agrado mientras hablaban y que esperaba ver el efecto de la comunicación de la señorita Dashwood en una alegría tan instantánea por parte del coronel Brandon como la que habría sido propia de un hombre en la flor de la juventud, la esperanza y la felicidad, lo vio, con asombro, permanecer toda la velada más serio y pensativo que de costumbre.

Capítulo XXXI

Tras una noche de más sueño del que había esperado, Marianne despertó a la mañana siguiente con la misma conciencia de su desdicha con que había cerrado los ojos.

Elinor la animó cuanto pudo a hablar de lo que sentía; y antes de que estuviera listo el desayuno ya habían repasado el asunto una y otra vez, con la misma firme convicción y el mismo consejo afectuoso por parte de Elinor, y los mismos sentimientos impetuosos y opiniones cambiantes por parte de Marianne, que antes. A ratos podía creer que Willoughby era tan desdichado e inocente como ella misma, y a ratos perdía todo consuelo ante la imposibilidad de absolverlo. En un momento le era del todo indiferente lo que observara el mundo entero; en otro quería apartarse de él para siempre, y en un tercero era capaz de hacerle frente con energía. En una cosa, sin embargo, fue constante cuando llegó el caso: en evitar, siempre que era posible, la presencia de la señora Jennings, y en guardar un silencio resuelto cuando se veía obligada a soportarla. Su corazón se negaba en redondo a creer que la señora Jennings compartiera sus penas con alguna compasión.

«No, no, no, no puede ser», exclamó; «ella no puede sentir. Su amabilidad no es simpatía; su bondad no es ternura. Lo único que quiere es chismes, y si ahora me aprecia es solo porque yo se los proporciono».

Elinor no había necesitado esto para convencerse de la injusticia a la que a menudo llevaban a su hermana, en su opinión de los demás, el refinamiento irritable de su propio espíritu y la importancia excesiva que concedía a las delicadezas de una sensibilidad intensa y a las gracias de unos modales pulidos. Como la mitad del resto del mundo, si es que hay más de la mitad que sea inteligente y buena, Marianne, con excelentes dotes y excelente carácter, no era ni razonable ni ecuá-

nime. Esperaba de los demás las mismas opiniones y sentimientos que los suyos, y juzgaba sus motivos por el efecto inmediato que sus actos tenían sobre ella. Así, mientras las hermanas estaban juntas en su cuarto después del desayuno, ocurrió algo que hizo caer aún más bajo en su estima el corazón de la señora Jennings; porque, por la propia debilidad de Marianne, resultó ser para ella fuente de un nuevo dolor, aunque la señora Jennings obró en ello movida por un impulso de la mejor voluntad.

Con una carta en la mano extendida y el rostro alegremente sonriente, convencida de que traía consuelo, entró en su cuarto diciendo:

«Vamos, querida, le traigo algo que estoy segura de que le hará bien».

Marianne no necesitó oír más. En un instante su imaginación le puso delante una carta de Willoughby, llena de ternura y arrepentimiento, que explicaba todo lo ocurrido, satisfactoria, convincente; seguida al instante por el propio Willoughby, que entraba precipitadamente en el cuarto para confirmar a sus pies, con la elocuencia de sus ojos, las promesas de su carta. La obra de un instante quedó destruida por el siguiente. Tenía ante sí la letra de su madre, nunca mal recibida hasta entonces; y, en lo agudo de la decepción que siguió a semejante éxtasis de algo más que esperanza, sintió como si hasta ese momento nunca hubiera sufrido.

La crueldad de la señora Jennings no habría podido expresarla ningún lenguaje a su alcance, ni en sus momentos de más feliz elocuencia; y ahora solo podía reprochársela con las lágrimas que le brotaban de los ojos con apasionada violencia; un reproche, sin embargo, tan perdido por completo para su destinataria que esta, tras muchas expresiones de lástima, se retiró, remitiéndola todavía a la carta de consuelo. Pero la carta, cuando estuvo lo bastante tranquila para leerla, le trajo poco consuelo. Willoughby llenaba todas las páginas. Su madre, todavía segura de su compromiso y confiando con el mismo fervor de siempre en la constancia de él, solo se había decidido, a instancias de

Elinor, a rogarle a Marianne mayor franqueza con ambas; y lo hacía con tal ternura hacia ella, tal afecto por Willoughby y tal convicción de la felicidad futura de ambos que Marianne lloró con angustia de principio a fin.

Toda su impaciencia por volver a casa regresó entonces; su madre le era más querida que nunca; más querida por el mismo exceso de su equivocada confianza en Willoughby, y quería irse con una urgencia desatada. Elinor, incapaz de decidir por sí misma si era mejor para Marianne estar en Londres o en Barton, no ofreció más consejo propio que el de tener paciencia hasta que se conocieran los deseos de su madre; y al fin obtuvo el consentimiento de su hermana para esperar a saberlos.

La señora Jennings las dejó antes que de costumbre, pues no podía estar tranquila hasta que los Middleton y los Palmer pudieran afligirse tanto como ella; y, rechazando rotundamente el ofrecimiento de Elinor de acompañarla, salió sola el resto de la mañana. Elinor, con el corazón muy apesadumbrado, consciente del dolor que iba a comunicar y viendo por la carta de Marianne lo poco que había logrado prepararlo, se sentó entonces a escribirle a su madre un relato de lo ocurrido y a pedirle instrucciones para el futuro; mientras Marianne, que había venido al salón al irse la señora Jennings, permanecía inmóvil junto a la mesa en que Elinor escribía, siguiendo el avance de su pluma, apenada por ella por lo duro de semejante tarea, y apenada con más ternura aún por el efecto que tendría en su madre.

Así llevaban como un cuarto de hora cuando Marianne, cuyos nervios no podían soportar entonces ningún ruido repentino, se sobresaltó con un golpe en la puerta.

«¿Quién puede ser?», exclamó Elinor. «¡Y tan temprano! Creía que *estábamos* a salvo».

Marianne fue a la ventana.

«¡Es el coronel Brandon!», dijo con fastidio. «Nunca estamos a salvo de *él*».

«No entrará, puesto que la señora Jennings no está en casa».

«No me fiaría de *eso*», retirándose a su cuarto. «Un hombre que no tiene nada que hacer con su propio tiempo no tiene escrúpulos en entrometerse en el de los demás».

Los hechos le dieron la razón, aunque su conjetura se fundaba en la injusticia y el error; porque el coronel Brandon *sí* entró; y Elinor, que estaba convencida de que lo traía allí la preocupación por Marianne, y que veía *esa* preocupación en su mirada turbada y melancólica y en su ansiosa aunque breve pregunta por ella, no pudo perdonarle a su hermana que lo tuviera en tan poca estima.

«Me encontré con la señora Jennings en Bond Street», dijo él, después del primer saludo, «y me animó a venir; y me animé con tanta más facilidad cuanto que pensé que probablemente la encontraría sola, cosa que deseaba mucho. Mi propósito, mi deseo, mi único deseo al pretenderlo, espero, creo que lo es, es ser un medio de dar consuelo... no, no debo decir consuelo, no consuelo inmediato, sino convicción, una convicción duradera, al espíritu de su hermana. Mi aprecio por ella, por usted, por su madre... ¿me permitirá usted demostrarlo relatándole algunas circunstancias que nada sino un aprecio *muy* sincero, nada sino el deseo ferviente de ser útil... creo que estoy justificado... aunque, cuando se han pasado tantas horas convenciéndose uno mismo de que tiene razón, ¿no hay algún motivo para temer estar equivocado?». Se detuvo.

«Lo entiendo», dijo Elinor. «Tiene usted algo que contarme del señor Willoughby que revelará más su carácter. Que me lo cuente será el mayor acto de amistad que pueda mostrársele a Marianne. *Mi* gratitud la asegurará de inmediato cualquier información que tienda a ese fin, y la *suya* tendrá que ganarla con el tiempo. Por favor, por favor, déjeme oírlo».

«Lo oirá; y, para ser breve, cuando dejé Barton el pasado octubre... pero esto no le dará ninguna idea; tengo que remontarme más atrás. Me encontrará usted un narrador muy torpe, señorita Dashwood; ape-

nas sé por dónde empezar. Creo que será necesario un breve relato sobre mí mismo, y *será* breve. Con semejante asunto», suspirando hondamente, «poca tentación puedo tener de extenderme».

Se detuvo un momento para hacer memoria y luego, con otro suspiro, prosiguió.

«Probablemente habrá olvidado usted por completo una conversación (no cabe suponer que pudiera causarle ninguna impresión), una conversación entre nosotros una noche en Barton Park, era la noche de un baile, en la que aludí a una dama que había conocido tiempo atrás y que se parecía, en cierta medida, a su hermana Marianne».

«Desde luego», respondió Elinor, «*no* la he olvidado». Él pareció complacido de que lo recordara, y añadió:

«Si no me engañan la incertidumbre y la parcialidad del recuerdo afectuoso, hay un parecido muy grande entre ellas, tanto de espíritu como de persona. El mismo calor de corazón, el mismo ardor de la fantasía y del ánimo. Aquella dama era una de mis parientes más cercanas, huérfana desde la infancia y bajo la tutela de mi padre. Teníamos casi la misma edad, y desde nuestros primeros años fuimos compañeros de juego y amigos. No recuerdo un tiempo en que no quisiera a Eliza; y mi afecto por ella, a medida que crecíamos, fue tal que quizá, a juzgar por mi actual gravedad desamparada y sombría, me creería usted incapaz de haberlo sentido nunca. El suyo por mí fue, creo, tan ferviente como el apego de su hermana por el señor Willoughby, y fue, aunque por una causa distinta, no menos desdichado. A los diecisiete años la perdí para siempre. La casaron, la casaron contra su voluntad con mi hermano. Su fortuna era grande, y la hacienda de nuestra familia estaba muy gravada. Y esto, me temo, es todo lo que puede decirse en defensa de la conducta de quien era a la vez su tío y su tutor. Mi hermano no la merecía; ni siquiera la amaba. Yo había esperado que su afecto por mí la sostendría en cualquier dificultad, y durante algún tiempo así fue; pero al fin la desdicha de su situación, pues sufrió grandes desaires, venció toda su resolución, y aunque me había prometido

que nada... ¡pero con qué torpeza lo cuento! Nunca le he dicho cómo se llegó a esto. Estábamos a pocas horas de fugarnos juntos a Escocia. La traición, o la necedad, de la doncella de mi prima nos delató. A mí me desterraron a casa de un pariente que vivía muy lejos, y a ella no se le permitió ninguna libertad, ninguna compañía, ninguna diversión, hasta que mi padre se salió con la suya. Yo había confiado demasiado en su entereza, y el golpe fue duro; pero si su matrimonio hubiera sido feliz, joven como yo era entonces, unos meses habrían bastado para que me resignara, o al menos no tendría ahora que lamentarlo. Pero no fue así. Mi hermano no la estimaba; sus placeres no eran los que debían haber sido, y desde el principio la trató mal. La consecuencia de esto sobre un espíritu tan joven, tan vivo, tan inexperto como el de la señora Brandon fue demasiado natural. Al principio se resignó a toda la desdicha de su situación; y feliz habría sido si no hubiera vivido para vencer las añoranzas que le causaba mi recuerdo. Pero ¿podemos extrañarnos de que, con un marido así que incitaba a la infidelidad, y sin un amigo que la aconsejara o la contuviera (pues mi padre vivió solo unos meses después de su boda, y yo estaba con mi regimiento en las Indias Orientales), cayera? Si yo me hubiera quedado en Inglaterra, quizá... pero mi intención era favorecer la felicidad de ambos alejándome de ella durante años, y con ese propósito había conseguido mi traslado. La conmoción que me había causado su matrimonio», continuó con voz muy agitada, «fue de poco peso, no fue nada comparada con lo que sentí cuando supe, unos dos años después, de su divorcio. Fue *eso* lo que arrojó esta melancolía... aun ahora, el recuerdo de lo que sufrí...».

No pudo decir más y, levantándose precipitadamente, se paseó unos minutos por la habitación. Elinor, conmovida por su relato, y más aún por su angustia, no pudo hablar. Él vio su emoción y, acercándose a ella, le tomó la mano, se la estrechó y la besó con agradecido respeto. Unos minutos más de esfuerzo silencioso le permitieron proseguir con serenidad.

«Pasaron casi tres años después de esa época desdichada antes de que yo volviera a Inglaterra. Mi primer cuidado, cuando *por fin* llegué, fue por supuesto buscarla; pero la búsqueda fue tan infructuosa como triste. No pude seguirle el rastro más allá de su primer seductor, y había todos los motivos para temer que lo había dejado solo para hundirse más en una vida de pecado. La pensión que le correspondía por ley no estaba en proporción con su fortuna ni bastaba para mantenerla con holgura, y supe por mi hermano que el derecho a cobrarla se había cedido unos meses antes a otra persona. Él imaginaba, y con toda calma podía imaginarlo, que su derroche y los apuros consiguientes la habían obligado a deshacerse de ella a cambio de algún alivio inmediato. Al fin, sin embargo, cuando ya llevaba seis meses en Inglaterra, *sí* la encontré. El aprecio por un antiguo criado mío, que después había caído en desgracia, me llevó a visitarlo en una casa de detención por deudas, donde estaba recluido; y allí, en la misma casa, en una reclusión semejante, estaba mi desdichada cuñada. ¡Tan cambiada, tan marchita, tan consumida por sufrimientos agudos de toda clase! Apenas podía creer que la figura triste y enfermiza que tenía delante fuera lo que quedaba de la muchacha encantadora, lozana y llena de salud a quien yo había adorado. Lo que soporté al verla así... pero no tengo derecho a herir sus sentimientos intentando describirlo; ya la he apenado demasiado. Que estuviera, según todas las apariencias, en la última fase de una tisis fue... sí, en semejante situación fue mi mayor consuelo. La vida no podía hacer nada por ella, salvo darle tiempo para prepararse mejor para la muerte; y ese tiempo se le dio. Me ocupé de que la instalaran en un alojamiento cómodo y la atendieran como era debido; la visité todos los días durante el resto de su breve vida; estuve con ella en sus últimos momentos».

De nuevo se detuvo para recobrarse; y Elinor expresó sus sentimientos con una exclamación de tierna compasión por la suerte de su desdichada amiga.

«Espero que su hermana no se ofenda», dijo él, «por el parecido

que he creído ver entre ella y mi pobre pariente deshonrada. Sus destinos, sus suertes, no pueden ser los mismos; y si el dulce carácter natural de la una hubiera estado protegido por un espíritu más firme, o por un matrimonio más feliz, habría podido ser todo lo que usted vivirá para ver que será la otra. Pero ¿adónde conduce todo esto? Parece que la he estado afligiendo para nada. ¡Ah, señorita Dashwood! Un asunto como este, intocado durante catorce años... ¡es peligroso siquiera tocarlo! *Seré* más sereno, más conciso. Dejó a mi cuidado a su única hija, una niñita, fruto de su primera relación culpable, que tenía entonces unos tres años. Quería a la niña, y siempre la había tenido consigo. Fue para mí un encargo valioso, precioso; y con gusto lo habría cumplido en el sentido más estricto, velando yo mismo por su educación, si la naturaleza de nuestras situaciones lo hubiera permitido; pero yo no tenía familia ni hogar; y por eso mi pequeña Eliza fue internada en un colegio. La veía allí siempre que podía, y después de la muerte de mi hermano (que ocurrió hace unos cinco años y me dejó en posesión de la propiedad de la familia) me visitaba en Delaford. La presentaba como una parienta lejana; pero sé muy bien que en general se ha sospechado que tengo con ella un parentesco mucho más cercano. Hace ahora tres años (acababa ella de cumplir catorce) que la saqué del colegio para ponerla al cuidado de una mujer muy respetable que vivía en Dorsetshire y que tenía a su cargo a otras cuatro o cinco muchachas de más o menos la misma edad; y durante dos años tuve todos los motivos para estar contento con su situación. Pero el pasado febrero, hace casi un año, desapareció de repente. Yo le había permitido (imprudentemente, como se ha visto después), ante su insistente deseo, ir a Bath con una de sus jóvenes amigas, que acompañaba allí a su padre, que había ido por su salud. Yo sabía que él era un hombre muy bueno, y tenía buena opinión de su hija, mejor de la que merecía, porque, con un secreto de lo más obstinado y desacertado, no quiso decir nada ni dar ninguna pista, aunque sin duda lo sabía todo. Él, su padre, un hombre bienintencionado pero no muy perspicaz, no podía de veras, creo,

dar ninguna información; porque casi siempre había estado recluido en casa, mientras las muchachas recorrían la ciudad y hacían las amistades que se les antojaban; y trató de convencerme, tan a fondo como él mismo lo estaba, de que su hija no tenía nada que ver con el asunto. En suma, no pude averiguar nada más que se había ido; todo lo demás, durante ocho largos meses, quedó en conjeturas. Lo que pensé, lo que temí, puede imaginarse; y también lo que sufrí».

«¡Santo cielo!», exclamó Elinor, «¿sería posible...? ¿Sería Willoughby...?».

«Las primeras noticias que me llegaron de ella», continuó él, «vinieron en una carta suya, el pasado octubre. Me la reenviaron desde Delaford, y la recibí la misma mañana de nuestra proyectada excursión a Whitwell; y esa fue la razón de que dejara Barton tan de repente, cosa que estoy seguro de que en aquel momento debió de parecerle extraña a todo el mundo y que creo que ofendió a algunos. Poco se imaginaba el señor Willoughby, supongo, cuando sus miradas me censuraban por la descortesía de deshacer la excursión, que se me llamaba a socorrer a una persona a quien él había hecho pobre y desdichada; pero, si lo *hubiera* sabido, ¿de qué habría servido? ¿Habría estado menos alegre o menos feliz con las sonrisas de su hermana? No; ya había hecho lo que ningún hombre que *pueda* sentir por otro haría. ¡Había dejado a la muchacha cuya juventud e inocencia había seducido en una situación de la mayor angustia, sin un hogar honorable, sin ayuda, sin amigos, sin saber siquiera sus señas! La había dejado prometiéndole volver; y ni volvió, ni escribió, ni la socorrió».

«¡Esto supera todo lo imaginable!», exclamó Elinor.

«Ahora tiene usted su carácter ante sí: derrochador, disipado, y peor que ambas cosas. Sabiendo todo esto, como lo sé desde hace muchas semanas, imagine lo que debí de sentir al ver a su hermana tan enamorada de él como siempre, y al oír asegurar que iba a casarse con él; imagine lo que debí de sentir por todas ustedes. Cuando vine a verla la semana pasada y la encontré sola, vine resuelto a saber la verdad,

aunque indeciso sobre lo que haría cuando la *supiera*. Mi comportamiento debió de parecerle extraño entonces; pero ahora lo comprenderá. Permitir que todas ustedes vivieran tan engañadas; ver a su hermana... pero ¿qué podía hacer yo? No tenía esperanza de intervenir con éxito; y a veces pensaba que la influencia de su hermana podría todavía enmendarlo. Pero ahora, después de un trato tan deshonroso, quién sabe cuáles eran sus intenciones con ella. Fueran cuales fuesen, sin embargo, ella puede ahora, y más adelante sin duda *lo hará*, mirar con gratitud su propia condición, cuando la compare con la de mi pobre Eliza, cuando considere la situación desdichada y sin esperanza de esa pobre muchacha y se la imagine con un afecto por él tan fuerte, todavía tan fuerte como el suyo, y con un espíritu atormentado por el remordimiento, que tendrá que acompañarla toda la vida. Sin duda esta comparación tendrá alguna utilidad para ella. Sentirá que sus propios sufrimientos no son nada. No proceden de ninguna mala conducta y no pueden acarrearle ninguna deshonra. Al contrario, todos sus amigos se volverán aún más amigos suyos a causa de ellos. La preocupación por su desdicha y el respeto por la entereza con que la sobrelleva han de fortalecer todo afecto. Use usted su propio criterio, sin embargo, al comunicarle lo que le he contado. Usted sabrá mejor qué efecto tendrá; pero si no hubiera creído seriamente y de corazón que podía servirle de algo, que podía aliviar sus pesares, no me habría permitido molestarla con este relato de mis desgracias familiares, con una narración que podría parecer destinada a enaltecerme a costa de otros».

A este discurso siguió el agradecimiento de Elinor, con ferviente gratitud, acompañado también de la seguridad de que esperaba un beneficio considerable para Marianne de que se le comunicara lo ocurrido.

«Me han hecho sufrir más», dijo ella, «sus esfuerzos por absolverlo que todo lo demás; porque eso le irrita el ánimo más de lo que puede hacerlo la convicción más completa de su indignidad. Ahora, aunque al principio sufrirá mucho, estoy segura de que pronto se sentirá más

tranquila. ¿Ha visto usted», continuó tras un breve silencio, «al señor Willoughby desde que lo dejó en Barton?».

«Sí», respondió él gravemente, «una vez. Un encuentro era inevitable».

Elinor, sobresaltada por su tono, lo miró con ansiedad, diciendo:

«¿Cómo? ¿Se ha encontrado usted con él para...?».

«No podía encontrarme con él de otro modo. Eliza me había confesado, aunque con muchísima renuencia, el nombre de su amante; y cuando él volvió a la ciudad, cosa que hizo menos de quince días después que yo, nos citamos, él para defender su conducta, yo para castigarla. Volvimos sin heridas, y por eso el encuentro nunca trascendió».

Elinor suspiró ante la supuesta necesidad de aquello; pero, tratándose de un hombre y un soldado, no se atrevió a censurarlo.

«¡Así», dijo el coronel Brandon, tras una pausa, «ha sido de desdichado el parecido entre la suerte de la madre y la de la hija! ¡Y así de imperfectamente he cumplido mi encargo!».

«¿Sigue ella en la ciudad?».

«No; en cuanto se repuso del parto, pues la encontré próxima a dar a luz, la llevé con su hijo al campo, y allí sigue».

Recordando poco después que probablemente estaba apartando a Elinor de su hermana, puso fin a su visita, tras recibir de ella de nuevo las mismas muestras de gratitud, y la dejó llena de compasión y estima por él.

Capítulo XXXII

Cuando la señorita Dashwood le repitió a su hermana los pormenores de esta conversación, cosa que hizo muy pronto, el efecto que tuvieron en ella no fue del todo el que la primera había esperado ver. No es que Marianne pareciera desconfiar de la verdad de ninguna parte del relato, pues lo escuchó todo con la atención más firme y sumisa, no hizo objeción ni comentario alguno, no intentó vindicar a Willoughby y pareció mostrar con sus lágrimas que lo consideraba imposible. Pero aunque esta conducta le aseguró a Elinor que la convicción de esa culpa *había* calado en su espíritu, aunque vio con satisfacción su efecto en que ya no evitaba al coronel Brandon cuando venía de visita, en que le hablaba, e incluso le hablaba por propia voluntad, con una especie de respeto compasivo, y aunque vio su ánimo menos violentamente irritado que antes, no la vio menos desdichada. Su espíritu sí se serenó, pero se serenó en un abatimiento sombrío. Sintió la pérdida de la reputación de Willoughby con más peso aún que la pérdida de su corazón; la seducción y el abandono de la señorita Williams, la desdicha de aquella pobre muchacha y la duda sobre cuáles podrían haber sido *alguna vez* sus intenciones con ella misma le pesaban tanto en el ánimo, todo junto, que no se decidía a hablar de lo que sentía ni siquiera con Elinor; y, rumiando sus penas en silencio, le causaba a su hermana más dolor del que le habría causado la confesión más franca y frecuente de ellas.

Exponer los sentimientos o las palabras de la señora Dashwood al recibir y contestar la carta de Elinor sería solo repetir lo que sus hijas ya habían sentido y dicho: una decepción apenas menos dolorosa que la de Marianne, y una indignación aún mayor que la de Elinor. Llegaron cartas largas de ella, una tras otra, para contar todo lo que sufría y pensaba; para expresar su ansiosa preocupación por Marianne y rogar-

le que sobrellevara con entereza esta desgracia. ¡Mala de verdad debía de ser la índole de la aflicción de Marianne cuando su madre podía hablar de entereza! ¡Mortificante y humillante debía de ser el origen de esos pesares, si *ella* deseaba que no se abandonara a ellos!

En contra del interés de su propia comodidad, la señora Dashwood había decidido que para Marianne sería mejor estar en cualquier parte, en aquel momento, que en Barton, donde todo lo que tuviera a la vista le traería el pasado de la manera más intensa y dolorosa, poniéndole constantemente delante a Willoughby tal como siempre lo había visto allí. Les recomendó, pues, a sus hijas que de ningún modo acortaran su visita a la señora Jennings, cuya duración, aunque nunca se había fijado con exactitud, todos habían supuesto que abarcaría al menos cinco o seis semanas. Allí serían inevitables una variedad de ocupaciones, de cosas que ver y de compañía que no podían procurarse en Barton, y que aún podrían, esperaba ella, inducir a Marianne con engaño, a ratos, a interesarse por algo fuera de sí misma, e incluso a divertirse un poco, por mucho que ahora despreciara ambas ideas.

Respecto de todo peligro de volver a ver a Willoughby, su madre la consideraba al menos tan a salvo en la ciudad como en el campo, puesto que todos los que se llamaran amigos suyos tendrían ahora que dejar de tratarlo. Ningún propósito podría ponerlos en el camino del otro; ningún descuido podría dejarlos expuestos a una sorpresa; y el azar tenía menos a su favor entre la multitud de Londres que incluso en el retiro de Barton, donde podría ponerlo ante ella cuando él hiciera, al casarse, aquella visita a Allenham que la señora Dashwood, tras haberla previsto al principio como un hecho probable, había llegado a esperar como un hecho seguro.

Tenía aún otra razón para desear que sus hijas se quedaran donde estaban: una carta de su hijastro le había dicho que él y su esposa estarían en la ciudad antes de mediados de febrero, y juzgaba conveniente que vieran de vez en cuando a su hermano.

Marianne había prometido guiarse por la opinión de su madre, y

por eso se sometió a ella sin oponerse, aunque resultó ser del todo distinta de lo que deseaba y esperaba, aunque la consideraba completamente errónea, basada en motivos equivocados, y aunque sentía que, al exigirle quedarse más tiempo en Londres, la privaba del único alivio posible a su desdicha, la compasión de su madre en persona, y la condenaba a una compañía y a unas escenas que le impedirían conocer un momento de descanso.

Pero le servía de gran consuelo que lo que a ella le traía un mal le traería un bien a su hermana; y Elinor, por su parte, sospechando que no estaría en su mano evitar por completo a Edward, se consolaba pensando que, aunque prolongar la estancia iría por eso en contra de su propia felicidad, sería mejor para Marianne que un regreso inmediato a Devonshire.

Su cuidado en impedir que su hermana oyera nunca mencionar el nombre de Willoughby no fue en vano. Marianne, aunque sin saberlo ella misma, cosechó toda su ventaja; pues ni la señora Jennings, ni sir John, ni siquiera la propia señora Palmer hablaron nunca de él en su presencia. Elinor habría deseado que la misma contención se hubiera extendido a ella, pero eso era imposible, y se veía obligada a escuchar día tras día la indignación de todos ellos.

Sir John no habría creído posible algo así. «¡Un hombre de quien siempre había tenido tantos motivos para pensar bien! ¡Un muchacho de tan buen carácter! ¡No creía que hubiera en Inglaterra un jinete más audaz! Era un asunto inexplicable. Lo mandaba al diablo con todo su corazón. ¡No volvería a dirigirle la palabra, dondequiera que lo encontrara, por nada del mundo! No, ni aunque fuera junto al soto de Barton y tuvieran que pasar dos horas juntos al acecho. ¡Qué granuja de muchacho! ¡Qué perro mentiroso! ¡Si la última vez que se vieron le había ofrecido uno de los cachorros de Folly! ¡Y así terminaba todo!».

La señora Palmer, a su manera, estaba igual de enojada. «Estaba decidida a dejar de tratarlo de inmediato, y agradecía mucho no haberlo tratado nunca. Deseaba con todo su corazón que Combe Magna no es-

tuviera tan cerca de Cleveland; pero no importaba, porque estaba demasiado lejos para ir de visita; lo odiaba tanto que estaba resuelta a no volver a mencionar su nombre, y les diría a todos los que viera lo bueno para nada que era».

El resto de la compasión de la señora Palmer se manifestó en procurarse todos los pormenores que pudo sobre la boda próxima y comunicárselos a Elinor. Pronto pudo decir en qué taller de carruajes se estaba construyendo el coche nuevo, qué pintor hacía el retrato del señor Willoughby y en qué almacén podía verse el ajuar de la señorita Grey.

La tranquila y cortés indiferencia de lady Middleton ante el asunto era un feliz alivio para el ánimo de Elinor, oprimido como lo estaba a menudo por la ruidosa amabilidad de los demás. Era un gran consuelo para ella tener la certeza de no despertar ningún interés al menos en *una* persona de su círculo de amistades; un gran consuelo saber que había *una* que la recibiría sin sentir ninguna curiosidad por los pormenores ni ninguna inquietud por la salud de su hermana.

Toda cualidad se eleva a veces, por las circunstancias del momento, por encima de su valor real; y a veces las condolencias oficiosas la agobiaban tanto que llegaba a considerar la buena educación más indispensable para el bienestar que el buen corazón.

Lady Middleton expresaba su opinión sobre el asunto más o menos una vez al día, o dos si el tema salía muy a menudo, diciendo: «¡Es muy escandaloso, de verdad!»; y por medio de este desahogo continuo aunque suave, no solo pudo ver a las señoritas Dashwood desde el principio sin la menor emoción, sino que muy pronto pudo verlas sin recordar una palabra del asunto; y, habiendo sostenido así la dignidad de su propio sexo y pronunciado su decidida censura de lo que había de malo en el otro, se consideró libre de atender al interés de sus propias reuniones, y por eso decidió (aunque más bien en contra de la opinión de sir John) que, como la señora de Willoughby sería a la vez una mujer elegante y con fortuna, le dejaría su tarjeta en cuanto se casara.

Las preguntas delicadas y discretas del coronel Brandon nunca le resultaban mal recibidas a la señorita Dashwood. Él se había ganado de sobra el privilegio de hablar con intimidad de la decepción de su hermana con el celo amistoso con que había procurado suavizarla, y siempre conversaban con confianza. Su principal recompensa por el penoso esfuerzo de revelar penas pasadas y humillaciones presentes le llegó en la mirada compasiva con que Marianne lo observaba a veces y en la dulzura de su voz siempre que (aunque no ocurría a menudo) se veía obligada, o podía obligarse, a hablarle. *Esto* le aseguraba que su esfuerzo había producido un aumento de la buena voluntad hacia él, y *esto* le daba a Elinor esperanzas de que aumentara todavía más en el futuro; pero la señora Jennings, que no sabía nada de todo esto, que solo sabía que el coronel seguía tan serio como siempre y que no podía convencerlo ni de que hiciera él mismo la proposición ni de que le encargara a ella hacerla en su nombre, empezó, al cabo de dos días, a pensar que, en lugar de para San Juan, no se casarían hasta San Miguel, y al cabo de una semana, que no habría boda en absoluto. El buen entendimiento entre el coronel y la señorita Dashwood parecía más bien anunciar que los honores de la morera, el canal y el cenador de tejos le serían concedidos todos a *ella*; y la señora Jennings había dejado, desde hacía algún tiempo, de pensar en absoluto en la señora Ferrars.

A comienzos de febrero, a menos de quince días de recibida la carta de Willoughby, Elinor tuvo el penoso deber de informar a su hermana de que él se había casado. Se había ocupado de que le hicieran llegar la noticia en cuanto se supiera que la ceremonia había terminado, pues deseaba que Marianne no tuviera la primera noticia por los periódicos, que la veía examinar con avidez todas las mañanas.

Ella recibió la noticia con resuelta compostura; no hizo comentario alguno y al principio no derramó una lágrima; pero al poco rato estas brotaron, y durante el resto del día estuvo en un estado apenas menos lastimoso que cuando supo por primera vez que debía esperar ese

acontecimiento.

Los Willoughby se marcharon de la ciudad en cuanto se casaron; y Elinor esperaba ahora, como no podía haber peligro de que viera a ninguno de los dos, convencer a su hermana, que no había vuelto a salir de la casa desde que cayó el golpe, de que saliera de nuevo poco a poco como había hecho antes.

Por esa época, las dos señoritas Steele, recién llegadas a casa de su prima en Bartlett's Buildings, Holborn, se presentaron de nuevo ante sus parientes más distinguidos de Conduit Street y Berkeley Street, y todos ellos las recibieron con gran cordialidad.

Solo a Elinor le disgustó verlas. Su presencia siempre le causaba dolor, y apenas sabía cómo corresponder con mucha gentileza al abrumador placer de Lucy al encontrarla *todavía* en la ciudad.

«Me habría llevado una gran decepción si no la hubiera encontrado aquí *todavía*», dijo repetidas veces, con mucho énfasis en la palabra. «Pero siempre pensé que *sí* la encontraría. Estaba casi segura de que no dejaría Londres por un tiempo; aunque usted me *dijo*, ¿sabe?, en Barton, que no se quedaría más de un *mes*. Pero pensé en aquel momento que lo más probable era que cambiara de opinión llegado el caso. Habría sido una lástima tan grande haberse ido antes de que vinieran su hermano y su cuñada. Y ahora, por supuesto, no tendrá ninguna prisa por irse. Me alegro muchísimo de que no haya cumplido *su palabra*».

Elinor la entendió perfectamente, y se vio obligada a emplear todo su dominio de sí misma para aparentar que *no* la entendía.

«Bueno, querida», dijo la señora Jennings, «¿y cómo viajaron?».

«No en la diligencia, se lo aseguro», respondió la señorita Steele con rápido júbilo; «vinimos en posta todo el camino, y con un galán muy elegante que nos acompañaba. El doctor Davies venía a la ciudad, y pensamos en unirnos a él en una silla de posta; y se portó con mucha distinción, y pagó diez o doce chelines más que nosotras».

«¡Vaya, vaya!», exclamó la señora Jennings. «¡Muy bonito, desde

luego! Y el doctor es soltero, apuesto a que sí».

«¡Ya ve!», dijo la señorita Steele, con una sonrisita afectada, «todo el mundo se ríe tanto de mí por lo del doctor, y no sé por qué. Mis primas dicen que están seguras de que he hecho una conquista; pero yo, por mi parte, le aseguro que no pienso en él ni una vez de una hora a la otra. "¡Válgame! Ahí viene tu galán, Nancy", dijo mi prima el otro día, cuando lo vio cruzar la calle hacia la casa. ¡Mi galán, dice!, dije yo. No sé a quién te refieres. El doctor no es ningún galán mío».

«Sí, sí, eso suena muy bonito, pero no cuela; ya veo que el doctor es el elegido».

«¡No, de verdad!», respondió la prima de la señora Jennings con fingida seriedad, «y le ruego que lo desmienta si alguna vez oye que se habla de ello».

La señora Jennings le dio al instante la grata seguridad de que desde luego *no* lo haría, y la señorita Steele quedó completamente feliz.

«Supongo que irá usted a quedarse con su hermano y su cuñada, señorita Dashwood, cuando vengan a la ciudad», dijo Lucy, volviendo a la carga tras una tregua en sus insinuaciones hostiles.

«No, no creo que vayamos».

«Oh, sí, me atrevo a decir que irán».

Elinor no quiso complacerla oponiéndose más.

«¡Qué cosa tan encantadora que la señora Dashwood pueda prescindir de ustedes dos durante tanto tiempo seguido!».

«¡Tanto tiempo, dice!», intervino la señora Jennings. «¡Pero si su visita apenas acaba de empezar!».

Lucy quedó callada.

«Siento que no podamos ver a su hermana, señorita Dashwood», dijo la señorita Steele. «Siento que no se encuentre bien...», pues Marianne había salido de la habitación al llegar ellas.

«Es usted muy amable. Mi hermana sentirá igualmente perderse el placer de verlas; pero últimamente la han atormentado mucho unos dolores de cabeza nerviosos que la inhabilitan para la compañía y la

conversación».

«¡Ay, qué lástima tan grande! Pero unas amigas tan antiguas como Lucy y yo... creo que a *nosotras* sí podría vernos; y le aseguro que no diríamos una palabra».

Elinor, con gran cortesía, rehusó la propuesta. Su hermana quizá estaba acostada en la cama, o en bata, y por eso no podía venir a verlas.

«Oh, si no es más que eso», exclamó la señorita Steele, «podemos perfectamente ir nosotras a verla a *ella*».

Elinor empezó a encontrar que esta impertinencia era demasiado para su paciencia; pero se libró de la molestia de atajarla gracias a la severa reprimenda de Lucy, que ahora, como en muchas ocasiones, aunque no daba mucha dulzura a los modales de una hermana, servía para gobernar los de la otra.

Capítulo XXXIII

Tras cierta resistencia, Marianne cedió a los ruegos de su hermana y consintió en salir con ella y con la señora Jennings una mañana durante media hora. Puso como condición expresa, sin embargo, que no harían visitas, y no quiso hacer más que acompañarlas a la joyería Gray, en Sackville Street, donde Elinor llevaba adelante una negociación para cambiar unas cuantas joyas pasadas de moda de su madre.

Cuando se detuvieron ante la puerta, la señora Jennings recordó que en el otro extremo de la calle vivía una dama a la que debía visitar; y como nada tenía que hacer en la joyería Gray, se resolvió que, mientras sus jóvenes amigas atendían sus asuntos, ella haría su visita y volvería a recogerlas.

Al subir la escalera, las señoritas Dashwood encontraron tanta gente delante de ellas en la sala que no había nadie libre para atender sus encargos, y se vieron obligadas a esperar. Lo único que podía hacerse era sentarse en aquel extremo del mostrador que parecía prometer el turno más rápido; allí solo había un caballero de pie, y es probable que Elinor no careciera de la esperanza de mover su cortesía a despachar más deprisa. Pero la precisión de su ojo y la delicadeza de su gusto resultaron estar por encima de su cortesía. Estaba encargando para sí un estuche de mondadientes, y hasta que quedaron determinados su tamaño, su forma y sus adornos, todo lo cual, después de examinar y debatir durante un cuarto de hora cada estuche de mondadientes de la tienda, fue finalmente dispuesto por su propia fantasía inventiva, no tuvo tiempo para conceder a las dos damas otra atención que la comprendida en tres o cuatro miradas muy descaradas; un tipo de atención que sirvió para grabar en Elinor el recuerdo de una persona y de un rostro de una insignificancia rotunda, natural y genuina, aunque adornados a la última moda.

Marianne se libró de los molestos sentimientos de desprecio y resentimiento ante aquel impertinente examen de sus facciones, y ante la fatuidad de sus modales al decidir entre los diferentes horrores de los diferentes estuches de mondadientes sometidos a su inspección, porque permaneció ajena a todo ello; pues era tan capaz de recogerse en sus pensamientos y de ignorar lo que pasaba a su alrededor en la tienda del señor Gray como en su propio dormitorio.

Por fin se decidió el asunto. El marfil, el oro y las perlas recibieron cada uno su destino, y el caballero, tras señalar el último día en que su existencia podría prolongarse sin la posesión del estuche de mondadientes, se puso los guantes con pausado cuidado y, dedicando otra mirada a las señoritas Dashwood, aunque una de esas que más bien parecen exigir admiración que expresarla, se marchó con un aire feliz de auténtica presunción y fingida indiferencia.

Elinor no perdió tiempo en presentar su asunto, y estaba a punto de concluirlo cuando otro caballero se presentó a su lado. Volvió los ojos hacia su rostro y descubrió, con cierta sorpresa, que era su hermano.

El afecto y el placer que mostraron al encontrarse bastaron justo para causar una impresión muy decorosa en la tienda del señor Gray. John Dashwood estaba en verdad muy lejos de lamentar volver a ver a sus hermanas; más bien le causó satisfacción; y sus preguntas por la madre de ellas fueron respetuosas y atentas.

Elinor supo que él y Fanny llevaban dos días en Londres.

«Tenía muchísimas ganas de visitarlas ayer», dijo él, «pero fue imposible, porque tuvimos que llevar a Harry a ver las fieras de Exeter Exchange, y pasamos el resto del día con la señora Ferrars. Harry quedó encantadísimo. *Esta* mañana tenía toda la intención de visitarlas, si conseguía encontrar media hora libre, pero uno tiene siempre tanto que hacer al llegar a Londres... He venido aquí a encargarle un sello a Fanny. Pero mañana creo que sin duda podré pasar por Berkeley Street y ser presentado a tu amiga la señora Jennings. Tengo entendi-

do que es una mujer de muy buena fortuna. Y a los Middleton también, tienes que presentarme a *ellos*. Como parientes de mi madrastra, tendré mucho gusto en mostrarles todo mi respeto. Tengo entendido que son excelentes vecinos de ustedes en el campo».

«Excelentes, de verdad. Su preocupación por nuestra comodidad, su amabilidad en todos los detalles, es más de lo que puedo expresar».

«Me alegra muchísimo oírlo, palabra de honor; muchísimo, de verdad. Pero así debe ser; son gente de gran fortuna, son parientes de ustedes, y era razonable esperar de ellos toda clase de cortesías y facilidades que pudieran servir para hacerles agradable la situación. ¡Así que están ustedes muy cómodamente instaladas en su casita y no les falta nada! Edward nos trajo una descripción encantadora del lugar: lo más perfecto en su género que jamás haya existido, dijo, y todas ustedes parecían disfrutarlo más que nada en el mundo. Fue una gran satisfacción para nosotros oírlo, te lo aseguro».

Elinor sintió, en efecto, un poco de vergüenza por su hermano, y no lamentó que la llegada del criado de la señora Jennings, que venía a decirle que su ama las esperaba en la puerta, la librara de la necesidad de responderle.

El señor Dashwood las acompañó escaleras abajo, fue presentado a la señora Jennings junto a la portezuela de su coche y, tras repetir su esperanza de poder visitarlas al día siguiente, se despidió.

Su visita se hizo debidamente. Vino con un simulacro de disculpa de parte de su cuñada por no haber venido también; «pero estaba tan ocupada con su madre que de verdad no tenía tiempo para ir a ninguna parte». La señora Jennings, sin embargo, le aseguró de inmediato que ella no iba a andarse con ceremonias, porque todos eran primos o algo parecido, y que sin duda iría muy pronto a visitar a la señora de John Dashwood y le llevaría a sus hermanas para que las viera. Los modales de él con *ellas*, aunque tranquilos, fueron perfectamente amables; con la señora Jennings, de lo más atentamente corteses; y cuando el coronel Brandon entró poco después que él, lo miró con una curiosi-

dad que parecía decir que solo le hacía falta saber que era rico para ser igual de cortés con *él*.

Después de quedarse con ellas media hora, le pidió a Elinor que lo acompañara caminando hasta Conduit Street y lo presentara a sir John y a lady Middleton. El tiempo era notablemente bueno, y ella consintió de buena gana. En cuanto salieron de la casa, empezaron sus preguntas.

«¿Quién es el coronel Brandon? ¿Es un hombre de fortuna?».

«Sí; tiene muy buenas propiedades en Dorsetshire».

«Me alegro. Parece un hombre de lo más caballeroso; y creo, Elinor, que puedo felicitarte por la perspectiva de una situación muy respetable en la vida».

«¿Yo, hermano? ¿Qué quieres decir?».

«Le gustas. Lo observé atentamente y estoy convencido de ello. ¿A cuánto asciende su fortuna?».

«Creo que a unas dos mil libras al año».

«Dos mil libras al año»; y luego, elevándose hasta un grado de entusiasta generosidad, añadió: «Elinor, ojalá, con todo mi corazón, fuera el *doble*, por tu bien».

«Te creo, de verdad», respondió Elinor; «pero estoy muy segura de que el coronel Brandon no tiene el menor deseo de casarse *conmigo*».

«Te equivocas, Elinor; te equivocas muchísimo. Un poquito de esfuerzo de tu parte te lo asegura. Quizá en este momento esté indeciso; la pequeñez de tu fortuna puede hacerlo vacilar; puede que todos sus amigos se lo desaconsejen. Pero algunas de esas pequeñas atenciones y alientos que las damas pueden dar con tanta facilidad lo atarán, a pesar suyo. Y no puede haber razón alguna para que no lo intentes. No es de suponer que algún afecto anterior de tu parte... en fin, ya sabes que, en cuanto a un afecto de esa clase, está completamente descartado, las objeciones son insuperables; tienes demasiado juicio para no ver todo eso. El coronel Brandon tiene que ser el hombre; y no faltará cortesía alguna de mi parte para que quede complacido contigo y con

tu familia. Es un enlace que tiene que dar satisfacción general. En fin, es una clase de cosa que», y bajó la voz hasta un susurro solemne, «será sumamente bienvenida para *todas las partes*». Recapacitando, sin embargo, añadió: «Es decir, quiero decir... todos tus amigos están de veras deseosos de verte bien establecida; Fanny en particular, porque se interesa muchísimo por ti, te lo aseguro. Y también su madre, la señora Ferrars, una mujer muy bondadosa; estoy seguro de que le daría un gran placer; eso mismo dijo el otro día».

Elinor no se dignó dar respuesta alguna.

«Ahora bien, sería algo notable», continuó él, «algo curioso, que Fanny tuviera un hermano y yo una hermana estableciéndose al mismo tiempo. Y sin embargo no es muy improbable».

«¿Va a casarse», dijo Elinor con resolución, «el señor Edward Ferrars?».

«No está decidido del todo, pero hay algo así en marcha. Tiene una madre de lo más excelente. La señora Ferrars, con la mayor liberalidad, se adelantará a asignarle mil libras al año si el enlace se realiza. La dama es la honorable señorita Morton, hija única del difunto lord Morton, con treinta mil libras. Una unión muy deseable para ambas partes, y no me cabe duda de que se realizará a su debido tiempo. Mil libras al año es mucho para que una madre lo regale, para cederlo para siempre; pero la señora Ferrars tiene un espíritu noble. Para darte otro ejemplo de su liberalidad: el otro día, en cuanto llegamos a Londres, sabiendo que el dinero no podía abundarnos mucho en este momento, puso en manos de Fanny billetes de banco por valor de doscientas libras. Y vienen extremadamente bien, porque mientras estemos aquí tenemos que vivir con grandes gastos».

Hizo una pausa en espera de su asentimiento y su compasión; y ella se obligó a decir:

«Sus gastos, tanto en Londres como en el campo, deben de ser sin duda considerables; pero tus ingresos son grandes».

«No tan grandes, me atrevo a decir, como mucha gente supone. No

es que pretenda quejarme, sin embargo; son sin duda holgados, y espero que con el tiempo sean mejores. El cercamiento de las tierras comunales de Norland, que se está llevando a cabo ahora, es una sangría de lo más seria. Y además he hecho una pequeña compra en este último medio año; East Kingham Farm, tienes que acordarte del lugar, donde vivía el viejo Gibson. La tierra me resultaba tan deseable en todos los sentidos, tan inmediatamente contigua a mi propiedad, que sentí que era mi deber comprarla. No habría podido responder ante mi conciencia si la dejaba caer en otras manos. Uno tiene que pagar por su conveniencia; y *me ha* costado muchísimo dinero».

«Más de lo que crees que vale real e intrínsecamente».

«Vaya, espero que eso no. Podría haberla vendido otra vez, al día siguiente, por más de lo que di; pero, en cuanto al dinero de la compra, podría haber sido muy desafortunado de verdad; porque las acciones estaban en ese momento tan bajas que, si no hubiera tenido por casualidad la suma necesaria en manos de mi banquero, habría tenido que vender con grandes pérdidas».

Elinor solo pudo sonreír.

«También hemos tenido otros gastos grandes e inevitables al llegar a Norland. Nuestro respetado padre, como bien sabes, legó a tu madre todos los bienes de Stanhill que quedaban en Norland (y eran muy valiosos). Lejos de mí quejarme de que lo hiciera; tenía el derecho indudable de disponer de su propiedad como quisiera, pero, a consecuencia de ello, nos hemos visto obligados a hacer grandes compras de ropa blanca, porcelana, etcétera, para reponer lo que se llevaron. Puedes figurarte, después de todos estos gastos, qué lejos debemos de estar de ser ricos, y qué bien nos viene la bondad de la señora Ferrars».

«Desde luego», dijo Elinor; «y, ayudados por su liberalidad, espero que todavía lleguen a vivir con holgura».

«Uno o dos años más pueden contribuir mucho a ello», respondió él con gravedad; «pero, sin embargo, todavía queda mucho por hacer. No se ha puesto ni una piedra del invernadero de Fanny, y del jardín

de flores no hay más que el plano trazado».

«¿Dónde va a estar el invernadero?».

«En el altozano detrás de la casa. Han derribado todos los nogales viejos para hacerle sitio. Será un objeto muy hermoso desde muchos puntos del parque, y el jardín de flores bajará en pendiente justo delante, y quedará sumamente bonito. Hemos despejado todos los espinos viejos que crecían a manchones por la cima».

Elinor se guardó para sí su pesar y su censura, y agradeció mucho que Marianne no estuviera presente para compartir la irritación.

Habiendo dicho ya lo bastante para dejar clara su pobreza y eximirse de la necesidad de comprar, en su próxima visita a la joyería Gray, un par de pendientes para cada una de sus hermanas, sus pensamientos tomaron un giro más alegre, y empezó a felicitar a Elinor por tener una amiga como la señora Jennings.

«Parece de verdad una mujer de lo más valiosa. Su casa, su manera de vivir, todo revela unos ingresos sumamente buenos; y es una relación que no solo te ha sido de gran utilidad hasta ahora, sino que al final puede resultar ventajosa en lo material. Que te haya invitado a Londres es sin duda una gran cosa a tu favor; y en verdad revela en conjunto tanto aprecio por ti que, con toda probabilidad, cuando muera no quedarás olvidada. Debe de tener muchísimo que dejar».

«Nada en absoluto, más bien supondría yo; porque solo tiene su viudedad, que pasará a sus hijos».

«Pero no hay que imaginar que gaste todos sus ingresos. Poca gente de una prudencia común hace *eso*; y todo lo que ahorre podrá dejarlo a quien quiera».

«¿Y no crees más probable que se lo deje a sus hijas que a nosotras?».

«Sus hijas están ambas sumamente bien casadas, y por tanto no veo la necesidad de que vuelva a acordarse de ellas. En cambio, en mi opinión, al hacerte tanto caso y tratarte de esta manera, te ha dado una especie de derecho a su consideración futura que una mujer de con-

ciencia no desatendería. Nada puede ser más amable que su conducta; y difícilmente puede hacer todo esto sin darse cuenta de la expectativa que despierta».

«Pero no despierta ninguna en las más interesadas. De verdad, hermano, tu inquietud por nuestro bienestar y nuestra prosperidad te lleva demasiado lejos».

«Bueno, desde luego», dijo él, pareciendo recapacitar, «la gente tiene poco, muy poco en su poder. Pero, mi querida Elinor, ¿qué le pasa a Marianne? Tiene muy mal aspecto, ha perdido el color y se ha puesto muy delgada. ¿Está enferma?».

«No está bien; lleva varias semanas con una dolencia nerviosa».

«Lo siento. ¡A su edad, cualquier enfermedad destruye la lozanía para siempre! ¡La suya ha durado muy poco! El pasado septiembre era la muchacha más hermosa que yo haya visto nunca, y tan capaz de atraer a los hombres como la que más. Había algo en su tipo de belleza que les gustaba especialmente. Recuerdo que Fanny solía decir que se casaría antes y mejor que tú; no es que no te quiera muchísimo a *ti*, pero así se le ocurrió. Se equivocará, sin embargo. Dudo que Marianne, *ahora*, se case con un hombre que tenga más de quinientas o seiscientas libras al año, a lo sumo, y mucho me engaño si *tú* no lo haces mejor. ¡Dorsetshire! Sé muy poco de Dorsetshire; pero, mi querida Elinor, me alegraré muchísimo de conocerlo mejor; y creo poder asegurarte que Fanny y yo estaremos entre los primeros y más complacidos de tus visitantes».

Elinor intentó muy seriamente convencerlo de que no había ninguna probabilidad de que se casara con el coronel Brandon; pero era una expectativa que le procuraba a él demasiado placer para renunciar a ella, y estaba verdaderamente resuelto a buscar la intimidad de aquel caballero y a promover el matrimonio con todas las atenciones posibles. Tenía justo los remordimientos suficientes por no haber hecho nada él mismo por sus hermanas como para estar sumamente deseoso de que todos los demás hicieran mucho; y una proposición del coronel

Brandon, o un legado de la señora Jennings, era el medio más fácil de expiar su propio descuido.

Tuvieron la suerte de encontrar a lady Middleton en casa, y sir John entró antes de que terminara la visita. Hubo cortesías en abundancia por todas partes. Sir John estaba dispuesto a apreciar a cualquiera, y aunque el señor Dashwood no parecía saber mucho de caballos, pronto lo catalogó como un tipo muy bonachón; mientras que lady Middleton vio en su aspecto suficiente elegancia a la moda para juzgar que valía la pena tratarlo; y el señor Dashwood se marchó encantado con ambos.

«Tendré una descripción encantadora que llevarle a Fanny», dijo él mientras volvía caminando con su hermana. «¡Lady Middleton es de verdad una mujer de lo más elegante! Una mujer como estoy seguro de que Fanny se alegrará de conocer. Y la señora Jennings también, una mujer de modales sumamente correctos, aunque no tan elegante como su hija. Tu cuñada no tiene por qué tener ningún escrúpulo ni siquiera en visitarla *a ella*, cosa que, a decir verdad, ha sido un poco el caso, y muy naturalmente; porque solo sabíamos que la señora Jennings era la viuda de un hombre que había hecho todo su dinero de un modo vulgar; y Fanny y la señora Ferrars estaban ambas firmemente prevenidas en la idea de que ni ella ni sus hijas eran la clase de mujeres con las que Fanny querría relacionarse. Pero ahora puedo llevarle una descripción de lo más satisfactoria de ambas».

Capítulo XXXIV

La señora de John Dashwood tenía tanta confianza en el juicio de su marido que al día siguiente mismo fue a visitar tanto a la señora Jennings como a su hija; y su confianza se vio recompensada al encontrar que incluso la primera, incluso la mujer en cuya casa se alojaban sus cuñadas, no era en absoluto indigna de su atención; ¡y en cuanto a lady Middleton, le pareció una de las mujeres más encantadoras del mundo!

Lady Middleton quedó igualmente complacida con la señora Dashwood. Había por ambas partes una especie de egoísmo de corazón frío que las atraía mutuamente; y simpatizaron la una con la otra en una insípida corrección de conducta y en una general falta de entendimiento.

Los mismos modales, sin embargo, que recomendaron a la señora de John Dashwood a la buena opinión de lady Middleton no fueron del gusto de la señora Jennings, y a *ella* le pareció nada más que una mujercita de aire orgulloso y trato poco cordial, que recibía a las hermanas de su marido sin ningún afecto y casi sin tener nada que decirles; pues del cuarto de hora concedido a Berkeley Street, estuvo por lo menos siete minutos y medio sentada en silencio.

Elinor deseaba mucho saber, aunque no quiso preguntarlo, si Edward estaba entonces en Londres; pero nada habría inducido a Fanny a mencionar voluntariamente su nombre delante de ella hasta poder decirle que su matrimonio con la señorita Morton estaba resuelto, o hasta que las expectativas de su marido respecto del coronel Brandon se cumplieran; porque los creía todavía tan enamorados el uno del otro que nunca se los podría separar con demasiado celo, de palabra y de obra, en todas las ocasiones. La noticia, sin embargo, que *ella* no quería dar, pronto llegó por otro lado. Lucy vino muy poco después a

reclamar la compasión de Elinor por no poder ver a Edward, aunque este había llegado a Londres con el señor y la señora Dashwood. No se atrevía a ir a Bartlett's Buildings por miedo a ser descubierto, y aunque la impaciencia mutua por verse era indecible, por el momento no podían hacer otra cosa que escribirse.

Edward mismo les confirmó, en muy poco tiempo, que estaba en Londres, pasando dos veces por Berkeley Street. Dos veces encontraron su tarjeta sobre la mesa al volver de sus compromisos de la mañana. A Elinor le agradó que hubiera venido; y más aún le agradó no haberlo encontrado.

Los Dashwood estaban tan prodigiosamente encantados con los Middleton que, aunque no tenían mucho la costumbre de dar nada, decidieron darles... una cena; y poco después de iniciado su trato los invitaron a cenar en Harley Street, donde habían tomado una casa muy buena por tres meses. Sus hermanas y la señora Jennings fueron invitadas también, y John Dashwood se cuidó de asegurarse al coronel Brandon, quien, siempre contento de estar donde estuvieran las señoritas Dashwood, recibió sus ansiosas cortesías con cierta sorpresa, pero con mucho más placer. Iban a encontrarse con la señora Ferrars; pero Elinor no pudo averiguar si sus hijos formarían parte de la reunión. La expectativa de verla *a ella*, sin embargo, bastaba para que el compromiso le interesara; porque aunque ahora podía conocer a la madre de Edward sin aquella intensa ansiedad que en otro tiempo había prometido acompañar semejante presentación, aunque ahora podía verla con perfecta indiferencia en cuanto a la opinión que tuviera de ella, su deseo de estar en compañía de la señora Ferrars, su curiosidad por saber cómo era, seguían tan vivos como siempre.

El interés con que anticipaba así la reunión se vio poco después aumentado, con más fuerza que agrado, al enterarse de que las señoritas Steele también estarían en ella.

Tan bien se habían ganado a lady Middleton, tan agradable se le habían hecho con sus solicitudes, que aunque Lucy no era desde luego

tan elegante, y su hermana ni siquiera distinguida, estaba tan dispuesta como sir John a pedirles que pasaran una semana o dos en Conduit Street; y resultó especialmente conveniente para las señoritas Steele, en cuanto se supo de la invitación de los Dashwood, que su visita comenzara unos días antes de la reunión.

Sus títulos a la atención de la señora de John Dashwood, como sobrinas del caballero que durante muchos años se había ocupado de su hermano, quizá no habrían servido de mucho, sin embargo, para procurarles asiento a su mesa; pero como invitadas de lady Middleton tenían que ser bienvenidas; y Lucy, que hacía tiempo deseaba ser conocida en persona por la familia, ver más de cerca sus caracteres y sus propias dificultades, y tener ocasión de esforzarse por agradarles, pocas veces en su vida había sido más feliz que al recibir la tarjeta de la señora de John Dashwood.

En Elinor su efecto fue muy distinto. Empezó de inmediato a dar por sentado que Edward, que vivía con su madre, tenía que estar invitado, como lo estaba su madre, a una reunión dada por su hermana; ¡y verlo por primera vez, después de todo lo ocurrido, en compañía de Lucy! ¡Apenas sabía cómo podría soportarlo!

Estos temores quizá no se fundaban enteramente en la razón, y desde luego en absoluto en la verdad. Se vieron aliviados, sin embargo, no por su propia reflexión, sino por la buena voluntad de Lucy, que creyó estar infligiéndole una severa decepción cuando le dijo que Edward ciertamente no estaría en Harley Street el martes, e incluso esperó llevar el dolor todavía más lejos persuadiéndola de que lo mantenía alejado el extremo afecto que sentía por ella, que no podía ocultar cuando estaban juntos.

Llegó el importante martes que iba a presentar a las dos jóvenes damas a aquella formidable suegra.

«¡Compadézcame, querida señorita Dashwood!», dijo Lucy mientras subían juntas la escalera (pues los Middleton llegaron tan inmediatamente después de la señora Jennings que todos siguieron al criado al

mismo tiempo). «No hay nadie aquí más que usted que pueda sentir por mí. Le aseguro que apenas me tengo en pie. ¡Santo cielo! ¡Dentro de un momento veré a la persona de quien depende toda mi felicidad, la que va a ser mi madre!».

Elinor podría haberle dado alivio inmediato sugiriéndole la posibilidad de que fuera la madre de la señorita Morton, más que la suya, la que estaban a punto de contemplar; pero en lugar de hacerlo le aseguró, y con gran sinceridad, que sí la compadecía, para total asombro de Lucy, que, aunque de verdad estaba incómoda, esperaba al menos ser para Elinor objeto de una envidia irreprimible.

La señora Ferrars era una mujer pequeña y delgada, erguida de figura hasta la rigidez y seria de aspecto hasta la acritud. Tenía la tez cetrina y las facciones menudas, sin belleza y naturalmente sin expresión; pero una afortunada contracción del entrecejo había rescatado su semblante de la deshonra de la insipidez, dándole los marcados rasgos del orgullo y la malevolencia. No era mujer de muchas palabras; porque, a diferencia de la gente en general, las proporcionaba al número de sus ideas; y de las pocas sílabas que se le escaparon, ni una sola le tocó a la señorita Dashwood, a quien observaba con la enérgica determinación de que le desagradara a toda costa.

Este comportamiento no podía hacer desdichada a Elinor *ahora*. Unos meses antes la habría herido muchísimo; pero ahora no estaba en poder de la señora Ferrars afligirla con él; y la diferencia de sus modales con las señoritas Steele, una diferencia que parecía hecha a propósito para humillarla más, solo la divirtió. No pudo menos que sonreír al ver la amabilidad de madre e hija precisamente con la persona (pues a Lucy se la distinguía en particular) a quien, de entre todas, si hubieran sabido tanto como ella, más habrían deseado mortificar; mientras que ella misma, que comparativamente no tenía ningún poder para herirlas, permanecía sentada, ostensiblemente desairada por ambas. Pero mientras sonreía ante una amabilidad tan mal aplicada, no podía reflexionar sobre la mezquina necedad de la que nacía, ni ob-

servar las estudiadas atenciones con que las señoritas Steele procuraban su continuación, sin despreciar profundamente a las cuatro.

Lucy era toda exultación al verse tan honrosamente distinguida; y a la señorita Steele solo le faltaba que le hicieran bromas sobre el doctor Davies para ser perfectamente feliz.

La cena fue espléndida, los criados eran numerosos, y todo revelaba la inclinación de la señora de la casa por la ostentación y la capacidad del señor para sostenerla. A pesar de las mejoras y ampliaciones que se estaban haciendo en la finca de Norland, y a pesar de que su dueño había estado una vez a unas pocas miles de libras de verse obligado a vender con pérdidas, nada daba síntoma alguno de aquella indigencia que él había intentado deducir de ello; no aparecía pobreza de ninguna clase, salvo de conversación; pero ahí la deficiencia era considerable. John Dashwood no tenía mucho que decir que valiera la pena oír, y su mujer todavía menos. Pero no había en ello ninguna deshonra particular; porque era muy en buena parte el caso de la mayoría de sus invitados, que casi todos padecían de una u otra de estas incapacidades para resultar agradables: falta de juicio, natural o cultivado; falta de elegancia; falta de ánimo; o falta de carácter.

Cuando las damas se retiraron al salón después de la cena, esta pobreza se hizo particularmente evidente, porque los caballeros *sí* habían dado a la conversación cierta variedad (la variedad de la política, el cercamiento de tierras y la doma de caballos), pero entonces todo eso se acabó; y un solo tema ocupó a las damas hasta que llegó el café, que fue la estatura comparada de Harry Dashwood y del segundo hijo de lady Middleton, William, que eran casi de la misma edad.

Si los dos niños hubieran estado allí, el asunto podría haberse zanjado con demasiada facilidad midiéndolos de inmediato; pero como solo estaba presente Harry, todo eran afirmaciones conjeturales por ambas partes; y todo el mundo tenía derecho a mostrarse igual de categórico en su opinión y a repetirla una y otra vez tantas veces como quisiera.

Los partidos quedaron así:

Las dos madres, aunque cada una estaba verdaderamente convencida de que su propio hijo era el más alto, se pronunciaron cortésmente a favor del otro.

Las dos abuelas, con no menos parcialidad pero más sinceridad, defendieron con igual empeño a su propio descendiente.

Lucy, que apenas tenía menos interés en agradar a una madre que a la otra, opinó que los dos niños eran notablemente altos para su edad y no concebía que pudiera haber entre ellos la más mínima diferencia del mundo; y la señorita Steele, con habilidad todavía mayor, se pronunció, tan deprisa como pudo, a favor de cada uno.

Elinor, después de haber dado una vez su opinión del lado de William, con lo cual ofendió todavía más a la señora Ferrars y a Fanny, no vio la necesidad de reforzarla con ninguna otra afirmación; y Marianne, cuando se le pidió la suya, las ofendió a todas declarando que no tenía ninguna opinión que dar, pues nunca había pensado en ello.

Antes de marcharse de Norland, Elinor había pintado para su cuñada un par de biombos de chimenea muy bonitos, que, recién montados y traídos a casa, adornaban ahora el salón de esta; y estos biombos, al llamar la atención de John Dashwood cuando entró en la sala siguiendo a los demás caballeros, fueron oficiosamente pasados por él al coronel Brandon para que los admirara.

«Estos los ha hecho mi hermana mayor», dijo; «y usted, como hombre de gusto, me atrevo a decir que quedará complacido con ellos. No sé si alguna vez ha tenido ocasión de ver antes alguna de sus obras, pero en general se la considera muy buena dibujante».

El coronel, aunque negando toda pretensión de entendido, admiró calurosamente los biombos, como habría hecho con cualquier cosa pintada por la señorita Dashwood; y como la curiosidad de los demás, por supuesto, se despertó, los pasaron de mano en mano para la inspección general. La señora Ferrars, sin saber que eran obra de Elinor, pidió en particular verlos; y después de que recibieran el halagador testimonio de la aprobación de lady Middleton, Fanny se los presentó a su

madre, informándole al mismo tiempo, con toda consideración, que los había hecho la señorita Dashwood.

«Hum», dijo la señora Ferrars, «muy bonitos»; y, sin mirarlos siquiera, se los devolvió a su hija.

Quizá Fanny pensó por un momento que su madre había sido ya bastante grosera, porque, ruborizándose un poco, dijo de inmediato:

«Son muy bonitos, señora, ¿no es cierto?». Pero entonces, probablemente, volvió a apoderarse de ella el temor de haber sido demasiado cortés, de haber alentado demasiado, porque enseguida añadió:

«¿No le parece que tienen algo del estilo de pintar de la señorita Morton, señora? ¡Ella *sí* que pinta de un modo delicioso! ¡Qué bellamente está hecho su último paisaje!».

«¡Bellamente, de verdad! Pero *ella* lo hace todo bien».

Marianne no pudo soportarlo. Ya estaba muy disgustada con la señora Ferrars; y aquel elogio tan inoportuno de otra, a costa de Elinor, aunque no tenía la menor idea de lo que principalmente se quería dar a entender con él, la provocó a decir de inmediato con vehemencia:

«¡Esta es una admiración de una clase muy particular! ¿Qué nos importa a nosotras la señorita Morton? ¿Quién la conoce, o a quién le importa? Es en Elinor en quien *nosotras* pensamos y de quien hablamos».

Y, diciendo esto, tomó los biombos de manos de su cuñada para admirarlos ella misma como debían ser admirados.

La señora Ferrars pareció sumamente enfadada y, irguiéndose con más rigidez que nunca, pronunció a modo de réplica esta amarga filípica: «La señorita Morton es la hija de lord Morton».

Fanny también pareció muy enfadada, y su marido estaba todo asustado ante la audacia de su hermana. A Elinor le dolió mucho más la vehemencia de Marianne que lo que la había provocado; pero los ojos del coronel Brandon, fijos en Marianne, declaraban que él solo advertía lo que había en ella de amable: el corazón afectuoso que no podía soportar ver desairada a una hermana en el más mínimo punto.

Los sentimientos de Marianne no se detuvieron ahí. La fría insolen-

cia del comportamiento general de la señora Ferrars hacia su hermana le pareció presagiar para Elinor dificultades y aflicciones tales como su propio corazón herido le enseñaba a pensar con horror; y, impulsada por un fuerte arrebato de afectuosa sensibilidad, se acercó al cabo de un momento a la silla de su hermana y, pasándole un brazo alrededor del cuello y apoyando una mejilla junto a la suya, le dijo en voz baja pero apremiante:

«Querida, querida Elinor, no les hagas caso. No dejes que *te* hagan desdichada».

No pudo decir más; el ánimo la venció por completo y, escondiendo el rostro en el hombro de Elinor, rompió a llorar. Se llamó la atención de todos, y casi todos se preocuparon. El coronel Brandon se levantó y fue hacia ellas sin saber lo que hacía. La señora Jennings, con un muy entendido «¡Ah, pobrecita!», le dio de inmediato sus sales; y sir John se sintió tan desesperadamente furioso contra la autora de aquella crisis nerviosa que al instante cambió de asiento y se puso junto a Lucy Steele, a quien hizo en un susurro un breve relato de todo aquel asunto escandaloso.

En pocos minutos, sin embargo, Marianne se recuperó lo bastante para poner fin al alboroto y sentarse entre los demás; aunque su ánimo conservó durante toda la velada la impresión de lo ocurrido.

«¡Pobre Marianne!», le dijo su hermano en voz baja al coronel Brandon en cuanto pudo asegurarse su atención. «No tiene tan buena salud como su hermana; es muy nerviosa; no tiene la constitución de Elinor; y hay que reconocer que para una joven que *ha sido* una belleza hay algo muy penoso en la pérdida de sus atractivos personales. Usted quizá no lo creería, pero Marianne *era* notablemente hermosa hace unos meses; tan hermosa como Elinor. Ahora ya ve que todo eso se ha ido».

Capítulo XXXV

La curiosidad de Elinor por ver a la señora Ferrars quedó satisfecha. Había encontrado en ella todo lo que podía contribuir a hacer indeseable una mayor unión entre las familias. Había visto lo bastante de su orgullo, su mezquindad y su decidido prejuicio contra ella para comprender todas las dificultades que habrían complicado el compromiso y retrasado el matrimonio de Edward y ella, si él hubiera estado libre por lo demás; y había visto casi lo bastante para estar agradecida, por su *propio* bien, de que un obstáculo mayor la librara de padecer cualquier otro creado por la señora Ferrars, la librara de toda dependencia de sus caprichos y de toda preocupación por su buena opinión. O al menos, si no llegaba del todo a alegrarse de que Edward estuviera encadenado a Lucy, decidió que, si Lucy hubiera sido más amable, *debería* haberse alegrado.

Se asombraba de que el ánimo de Lucy pudiera estar tan sumamente exaltado por la cortesía de la señora Ferrars; de que su interés y su vanidad la cegaran tanto como para hacerle parecer un cumplido a ella misma la atención que, al parecer, solo se le había dispensado porque *no era Elinor*, o para permitirle sacar aliento de una preferencia que solo se le concedía porque se ignoraba su verdadera situación. Pero que así era no solo lo habían declarado en su momento los ojos de Lucy, sino que volvió a declararse a la mañana siguiente más abiertamente, porque, a petición expresa de ella, lady Middleton la dejó en Berkeley Street ante la posibilidad de ver a solas a Elinor, para decirle lo feliz que era.

La posibilidad resultó afortunada, porque un mensaje de la señora Palmer, poco después de que llegara, se llevó a la señora Jennings.

«Mi querida amiga», exclamó Lucy en cuanto estuvieron solas, «vengo a hablarle de mi felicidad. ¿Pudo haber algo más halagador que la

manera en que me trató ayer la señora Ferrars? ¡Tan sumamente afable como estuvo! Usted sabe cuánto temía yo la idea de verla; pero en el mismo momento en que me presentaron hubo tal afabilidad en su comportamiento que de verdad parecía decir que yo le había caído en gracia del todo. ¿A que fue así? Usted lo vio todo; ¿y no le llamó muchísimo la atención?».

«Desde luego estuvo muy cortés con usted».

«¡Cortés! ¿No vio usted nada más que cortesía? Yo vi muchísimo más. ¡Una bondad como la que no le tocó a nadie más que a mí! Nada de orgullo, nada de altivez, y su cuñada igualito: ¡toda dulzura y afabilidad!».

Elinor quería hablar de otra cosa, pero Lucy siguió apremiándola para que reconociera que tenía motivos para su felicidad, y Elinor se vio obligada a continuar.

«Sin duda, si hubieran sabido de su compromiso», dijo, «nada podría ser más halagador que el trato que le dieron; pero como no era el caso...».

«Ya me figuraba que diría eso», respondió Lucy rápidamente, «pero no había ninguna razón en el mundo para que la señora Ferrars aparentara que yo le gustaba si no era así, y que yo le guste lo es todo. No va a convencerme de que renuncie a mi satisfacción. Estoy segura de que todo acabará bien, y de que no habrá dificultades ningunas, para lo que yo antes pensaba. La señora Ferrars es una mujer encantadora, y su cuñada también. ¡Son las dos unas mujeres deliciosas, de verdad! ¡Me extraña no haberle oído nunca decir lo agradable que era la señora Dashwood!».

A esto Elinor no tenía respuesta que dar, y no intentó ninguna.

«¿Está enferma, señorita Dashwood? Parece decaída; no habla; seguro que no se siente bien».

«Nunca he estado mejor de salud».

«Me alegro con todo mi corazón; pero de verdad no lo parecía. Sentiría que *usted* estuviera enferma; ¡usted, que ha sido el mayor consue-

lo del mundo para mí! Sabe Dios qué habría hecho yo sin su amistad».

Elinor intentó dar una respuesta cortés, aunque dudando de su propio éxito. Pero pareció satisfacer a Lucy, porque esta respondió de inmediato:

«De verdad estoy perfectamente convencida de su aprecio por mí, y después del amor de Edward es el mayor consuelo que tengo. ¡Pobre Edward! Pero ahora hay una cosa buena: podremos vernos, y vernos bastante a menudo, porque lady Middleton está encantada con la señora Dashwood, así que estaremos mucho en Harley Street, me atrevo a decir, y Edward pasa la mitad de su tiempo con su hermana; además, lady Middleton y la señora Ferrars se visitarán ahora; y la señora Ferrars y su cuñada tuvieron las dos la bondad de decir más de una vez que siempre se alegrarían de verme. ¡Son unas mujeres tan encantadoras! Estoy segura de que, si alguna vez le dice a su cuñada lo que pienso de ella, no podrá hablar demasiado alto».

Pero Elinor no quiso darle ningún aliento para esperar que *fuera* a decírselo a su cuñada. Lucy continuó.

«Estoy segura de que me habría dado cuenta al instante si la señora Ferrars me hubiera tomado antipatía. Si solo me hubiera hecho una reverencia formal, por ejemplo, sin decir palabra, y nunca después me hubiera hecho caso, y nunca me hubiera mirado de un modo agradable (usted sabe lo que quiero decir), si me hubieran tratado de esa manera tan desabrida, lo habría dejado todo por desesperación. No lo habría aguantado. Porque cuando ella *sí* toma antipatía, sé que es de lo más violenta».

Elinor no pudo dar respuesta alguna a este cortés triunfo, porque la puerta se abrió de par en par, el criado anunció al señor Ferrars y Edward entró de inmediato.

Fue un momento muy incómodo, y el semblante de cada uno mostró que lo era. Todos parecieron sumamente cohibidos; y Edward dio la impresión de tener tantas ganas de volver a salir de la habitación como de avanzar más en ella. Precisamente la circunstancia que cada

uno habría estado más deseoso de evitar había caído sobre ellos en su forma más desagradable. No solo estaban los tres juntos, sino que estaban juntos sin el alivio de ninguna otra persona. Las damas se recobraron primero. No le correspondía a Lucy adelantarse, y había que mantener todavía la apariencia de secreto. Solo podía, por tanto, *expresar con la mirada* su ternura, y tras dirigirle unas palabras breves, no dijo más.

Pero Elinor tenía más que hacer; y tan deseosa estaba, por el bien de él y por el suyo, de hacerlo bien, que se obligó, tras un momento de reflexión, a darle la bienvenida con una mirada y unos modales casi desenvueltos y casi francos; y otra lucha, otro esfuerzo, los mejoró todavía más. No consintió que la presencia de Lucy, ni la conciencia de cierta injusticia hacia ella misma, la disuadieran de decirle que se alegraba de verlo y que había lamentado mucho no estar en casa cuando él vino antes a Berkeley Street. Los ojos observadores de Lucy no la amedrentarían hasta el punto de negarle aquellas atenciones que, como amigo y casi pariente, se le debían, aunque pronto advirtió que la vigilaban estrechamente.

Sus modales tranquilizaron un poco a Edward, y tuvo el valor suficiente para sentarse; pero su turbación seguía excediendo a la de las damas en una proporción que el caso hacía razonable, aunque su sexo pudiera hacerla rara; porque su corazón no tenía la indiferencia del de Lucy, ni podía su conciencia tener del todo la tranquilidad de la de Elinor.

Lucy, con un aire recatado y firme, parecía decidida a no contribuir en nada a la comodidad de los demás, y no quiso decir una palabra; y casi todo lo que *se* dijo procedió de Elinor, que se vio obligada a ofrecer por su cuenta toda la información sobre la salud de su madre, su venida a Londres, etcétera, por la que Edward debería haber preguntado, pero no lo hizo.

Sus esfuerzos no se detuvieron ahí; porque poco después se sintió tan heroicamente dispuesta que decidió, con el pretexto de ir a buscar

a Marianne, dejar solos a los otros; y de verdad lo hizo, y *eso* de la manera más generosa, porque se entretuvo varios minutos en el rellano, con la más noble fortaleza, antes de ir a buscar a su hermana. Una vez hecho esto, sin embargo, llegó la hora de que cesaran los arrebatos de Edward; porque la alegría de Marianne la precipitó de inmediato al salón. Su placer al verlo era como todos sus demás sentimientos, intenso en sí mismo e intensamente expresado. Lo recibió con una mano que exigía ser tomada y una voz que expresaba el afecto de una hermana.

«¡Querido Edward!», exclamó, «¡este es un momento de gran felicidad! ¿No compensaría esto casi todo?».

Edward intentó corresponder a su bondad como merecía, pero ante semejantes testigos no se atrevió a decir ni la mitad de lo que de verdad sentía. Volvieron a sentarse todos, y durante un momento o dos todos guardaron silencio, mientras Marianne miraba con la ternura más elocuente, a veces a Edward y a veces a Elinor, lamentando solo que la presencia inoportuna de Lucy estorbara la dicha que se causaban el uno al otro. Edward fue el primero en hablar, y fue para advertir el aspecto cambiado de Marianne y expresar su temor de que Londres no le sentara bien.

«¡Oh, no piense en mí!», respondió ella con animado ardor, aunque los ojos se le llenaron de lágrimas mientras hablaba; «no piense en *mi* salud. Elinor está bien, ya lo ve. Eso debe bastarnos a las dos».

Esta observación no estaba hecha para tranquilizar más a Edward ni a Elinor, ni para conciliar la buena voluntad de Lucy, que alzó la vista hacia Marianne con una expresión no muy benigna.

«¿Le gusta Londres?», dijo Edward, deseoso de decir cualquier cosa que pudiera introducir otro tema.

«Nada en absoluto. Esperaba encontrar en él mucho placer, pero no he hallado ninguno. Verlo a usted, Edward, es el único consuelo que me ha proporcionado; ¡y gracias al cielo es usted lo que siempre fue!».

Hizo una pausa; nadie habló.

«Creo, Elinor», añadió enseguida, «que debemos encargar a Edward

que nos cuide en nuestro regreso a Barton. Supongo que nos iremos dentro de una semana o dos; y confío en que Edward no se mostrará muy reacio a aceptar el encargo».

El pobre Edward murmuró algo, pero qué fue nadie lo supo, ni siquiera él mismo. Pero Marianne, que vio su agitación y podía atribuirla fácilmente a la causa que más le agradara, quedó perfectamente satisfecha y pronto habló de otra cosa.

«¡Qué día pasamos ayer en Harley Street, Edward! ¡Tan aburrido, tan miserablemente aburrido! Pero tengo mucho que decirle sobre eso, que no puede decirse ahora».

Y con esta admirable discreción aplazó, hasta que estuvieran más en privado, la declaración de que encontraba a los parientes de ambos más desagradables que nunca y de que la madre de él le había disgustado en particular.

«Pero ¿por qué no estuvo usted allí, Edward? ¿Por qué no vino?».

«Tenía un compromiso en otra parte».

«¡Un compromiso! Pero ¿qué era eso, cuando se trataba de encontrarse con tales amigos?».

«Quizá, señorita Marianne», exclamó Lucy, ansiosa por vengarse un poco de ella, «usted piensa que los jóvenes nunca hacen caso de los compromisos si no tienen ganas de cumplirlos, ni de los pequeños ni de los grandes».

Elinor se enfadó mucho, pero Marianne pareció completamente insensible al aguijón, porque respondió con calma:

«No es así, de verdad; porque, hablando en serio, estoy muy segura de que solo la conciencia mantuvo a Edward lejos de Harley Street. Y de verdad creo que *tiene* la conciencia más delicada del mundo; la más escrupulosa en cumplir todo compromiso, por mínimo que sea y por mucho que vaya contra su interés o su placer. Es la persona que más teme causar dolor, defraudar una esperanza, y la más incapaz de ser egoísta de cuantas he conocido. Edward, es así, y lo diré. ¡Qué! ¿Nunca va a oír que lo elogien? Entonces no debe de ser amigo mío; porque

quienes acepten mi amor y mi estima deben someterse a mis elogios abiertos».

La naturaleza de sus elogios, en el caso presente, resultó sin embargo particularmente inadecuada para los sentimientos de dos tercios de sus oyentes, y fue tan poco alentadora para Edward que este muy pronto se levantó para irse.

«¡Irse tan pronto!», dijo Marianne; «mi querido Edward, no puede ser».

Y, llevándolo un poco aparte, le susurró su convicción de que Lucy no podía quedarse mucho más. Pero hasta este aliento fracasó, porque él se empeñó en irse; y Lucy, que se habría quedado más que él aunque su visita hubiera durado dos horas, se marchó poco después.

«¿Qué puede traerla aquí tan a menudo?», dijo Marianne cuando las dejó. «¿No podía ver que queríamos que se fuera? ¡Qué fastidio para Edward!».

«¿Por qué? Todas éramos sus amigas, y a Lucy es a la que conoce desde hace más tiempo. Es muy natural que le guste verla tanto como a nosotras».

Marianne la miró fijamente y dijo: «Ya sabes, Elinor, que esta es una manera de hablar que no soporto. Si solo esperas que te contradigan lo que afirmas, como debo suponer que es el caso, deberías recordar que soy la última persona del mundo que lo haría. No puedo rebajarme a que me arranquen con artimañas seguridades que en realidad no hacen falta».

Luego salió de la habitación; y Elinor no se atrevió a seguirla para decir más, porque, atada como estaba por su promesa de secreto a Lucy, no podía dar ninguna información que convenciera a Marianne; y por dolorosas que pudieran ser las consecuencias de que esta siguiera en su error, se veía obligada a someterse a ello. Todo lo que podía esperar era que Edward no se expusiera a menudo, ni la expusiera a ella, a la angustia de oír el equivocado ardor de Marianne, ni a la repetición de ninguna otra parte del dolor que había acompañado su re-

ciente encuentro; y esto tenía todos los motivos para esperarlo.

Capítulo XXXVI

A los pocos días de este encuentro, los periódicos anunciaron al mundo que la esposa de Thomas Palmer, Esq., había dado felizmente a luz un hijo y heredero; un suelto muy interesante y satisfactorio, al menos para todas aquellas relaciones íntimas que ya lo sabían de antes.

Este acontecimiento, importantísimo para la felicidad de la señora Jennings, produjo una alteración pasajera en la distribución de su tiempo e influyó, en igual medida, en los compromisos de sus jóvenes amigas; pues, como deseaba estar con Charlotte todo lo posible, iba allá todas las mañanas en cuanto se vestía y no volvía hasta tarde por la noche; y las señoritas Dashwood, a petición expresa de los Middleton, pasaban el día entero, todos los días, en Conduit Street. Por su propia comodidad, mucho habrían preferido quedarse, al menos toda la mañana, en casa de la señora Jennings; pero no era cosa de imponerla contra los deseos de todo el mundo. Sus horas quedaron, pues, entregadas a lady Middleton y a las dos señoritas Steele, que en realidad valoraban su compañía tan poco como ostensiblemente la buscaban.

Tenían demasiado juicio para ser compañía deseable para la primera; y las segundas las miraban con ojos celosos, como intrusas en *su* terreno, que compartían una amabilidad que ellas querían monopolizar. Aunque nada podía ser más cortés que el trato de lady Middleton con Elinor y Marianne, en el fondo no le gustaban en absoluto. Como no la adulaban ni a ella ni a sus hijos, no podía creerlas de buen carácter; y como eran aficionadas a la lectura, se figuraba que eran satíricas: quizá sin saber exactamente qué era ser satírico; pero *eso* no importaba. Era una censura de uso corriente, y fácil de prodigar.

Su presencia era un freno tanto para ella como para Lucy. Ponía coto a la ociosidad de la una y a los afanes de la otra. Lady Middleton se

avergonzaba de no hacer nada delante de ellas, y Lucy temía que la despreciaran por ofrecer la adulación que en otros momentos se enorgullecía de idear y administrar. La señorita Steele era, de las tres, la que menos se alteraba con su presencia; y en manos de ellas estaba reconciliarla del todo con ella. Con que cualquiera de las dos le hubiera hecho un relato completo y minucioso de todo el asunto entre Marianne y el señor Willoughby, se habría dado por ampliamente recompensada del sacrificio del mejor sitio junto al fuego después de la comida, que su llegada le había costado. Pero esta conciliación no le fue concedida; pues, aunque a menudo dejaba caer ante Elinor expresiones de lástima por su hermana, y más de una vez soltó delante de Marianne alguna reflexión sobre la inconstancia de los galanes, no obtuvo otro efecto que una mirada de indiferencia de la primera o de disgusto de la segunda. Un esfuerzo aún más ligero podría haberla hecho su amiga. ¡Con que solo se hubieran reído de ella a propósito del doctor! Pero tan poco dispuestas estaban, igual que los demás, a complacerla, que si sir John comía fuera de casa, podía pasar un día entero sin oír sobre el asunto más bromas que las que ella misma tenía la bondad de dedicarse.

Todos estos celos y descontentos, sin embargo, le pasaban tan completamente inadvertidos a la señora Jennings, que le parecía una cosa deliciosa que las muchachas estuvieran juntas; y por lo general felicitaba cada noche a sus jóvenes amigas por haberse librado tanto tiempo de la compañía de una vieja tonta. Se reunía con ellas unas veces en casa de sir John y otras en la suya; pero dondequiera que fuese, llegaba siempre de excelente humor, llena de gozo y de importancia, atribuyendo a sus propios cuidados lo bien que estaba Charlotte, y dispuesta a dar un detalle tan exacto, tan minucioso de su estado, como solo la señorita Steele tenía curiosidad suficiente para desear. Una cosa *sí* la inquietaba, y de ella se quejaba a diario. El señor Palmer sostenía la opinión, común entre los de su sexo pero impropia de un padre, de que todos los niños de pecho son iguales; y aunque ella percibía clara-

mente, en distintos momentos, el más asombroso parecido entre esta criatura y cada uno de sus parientes de ambos lados, no había modo de convencer de ello a su padre; no había modo de persuadirlo de que no era exactamente igual a cualquier otro niño de la misma edad; ni se lograba siquiera que reconociera la simple proposición de que era el niño más hermoso del mundo.

Paso ahora a relatar una desgracia que por esta época le sobrevino a la señora de John Dashwood. Sucedió que, mientras sus dos cuñadas, con la señora Jennings, le hacían su primera visita en Harley Street, había llegado otra de sus conocidas, circunstancia que en sí misma no parecía probable que le causara mal alguno. Pero mientras la imaginación de los demás los arrastre a formarse juicios equivocados de nuestra conducta y a decidir sobre ella por ligeras apariencias, la felicidad de cada cual ha de estar siempre, en cierta medida, a merced del azar. En el presente caso, esta dama recién llegada dejó que su fantasía se adelantara tanto a la verdad y a la probabilidad, que con solo oír el nombre de las señoritas Dashwood y enterarse de que eran hermanas del señor Dashwood, concluyó al instante que estaban alojadas en Harley Street; y esta mala interpretación produjo, uno o dos días después, tarjetas de invitación para ellas, así como para su hermano y su cuñada, a una pequeña velada musical en su casa. La consecuencia fue que la señora de John Dashwood se vio obligada a someterse no solo a la grandísima molestia de enviar su coche por las señoritas Dashwood, sino, lo que era peor aún, a sufrir todo lo desagradable de parecer que las trataba con atención: ¿y quién podía saber si no esperarían salir con ella una segunda vez? El poder de defraudarlas, era cierto, siempre sería suyo. Pero eso no bastaba; pues cuando la gente está resuelta a un modo de conducta que sabe equivocado, se siente agraviada porque se espere de ella algo mejor.

Marianne había ido adquiriendo poco a poco tal costumbre de salir todos los días, que le era ya indiferente salir o no: y se preparaba tranquila y maquinalmente para el compromiso de cada noche, aunque sin

esperar de ninguno la menor diversión, y muy a menudo sin saber, hasta el último momento, adónde había de llevarla.

Se había vuelto tan perfectamente indiferente a su vestido y a su aspecto, que no les dedicaba, en todo el rato de su arreglo, ni la mitad de la atención que recibían de la señorita Steele en los primeros cinco minutos de estar juntas, una vez terminado. Nada escapaba a la minuciosa observación y a la curiosidad general de *esta*; lo veía todo y lo preguntaba todo; nunca estaba tranquila hasta saber el precio de cada prenda del vestido de Marianne; habría adivinado el número total de sus vestidos con mejor tino que la propia Marianne, y no perdía la esperanza de averiguar, antes de separarse, cuánto le costaba por semana la lavandería y cuánto tenía cada año para sus gastos personales. La impertinencia de esta clase de escrutinios, además, solía rematarse con un cumplido que, aunque pretendía ser su dulce compensación, Marianne consideraba la mayor impertinencia de todas; pues, tras sufrir un examen del valor y la hechura de su vestido, del color de sus zapatos y del arreglo de su peinado, era casi seguro que le dijeran que «palabra que estaba elegantísima, y que se atrevía a decir que haría muchísimas conquistas».

Con semejante aliento la despidieron en esta ocasión hacia el coche de su hermano; en el cual estaban listas para subir cinco minutos después de que se detuviera ante la puerta, puntualidad no muy grata para su cuñada, que se les había adelantado a casa de su conocida y allí esperaba algún retraso por parte de ellas que pudiera causarles molestias a ella o a su cochero.

Los acontecimientos de esa noche no fueron muy notables. La reunión, como otras reuniones musicales, comprendía a muchísimas personas que tenían verdadero gusto por la interpretación, y a muchísimas más que no tenían ninguno; y los propios intérpretes eran, como de costumbre, en su propia estimación y en la de sus amigos más cercanos, los primeros intérpretes aficionados de Inglaterra.

Como Elinor no era aficionada a la música ni fingía serlo, no tuvo

escrúpulo en apartar los ojos del gran piano cada vez que le convino, y sin que la contuviera siquiera la presencia de un arpa y un violonchelo, los posaba a su antojo en cualquier otro objeto de la sala. En una de estas miradas errantes percibió, entre un grupo de jóvenes, al mismísimo caballero que les había dado una lección sobre estuches de mondadientes en la joyería Gray. Poco después advirtió que él la miraba a ella y hablaba con familiaridad con su hermano; y acababa de decidir averiguar su nombre por este último, cuando ambos se dirigieron hacia ella, y el señor Dashwood se lo presentó como el señor Robert Ferrars.

Él se dirigió a ella con desenvuelta cortesía, y torció la cabeza en una reverencia que le aseguró, tan claramente como podrían haberlo hecho las palabras, que era exactamente el petimetre que Lucy le había descrito. ¡Feliz habría sido para ella que su estima por Edward hubiera dependido menos de los méritos de él que de los méritos de sus parientes más cercanos! Pues entonces la reverencia de su hermano habría dado el golpe de gracia a lo que el mal humor de su madre y de su hermana habría comenzado. Pero mientras se asombraba de la diferencia entre los dos jóvenes, no encontró que la vacuidad presuntuosa del uno la indispusiera en absoluto con la modestia y la valía del otro. Por qué *eran* diferentes se lo explicó el propio Robert en el curso de un cuarto de hora de conversación; pues, hablando de su hermano y lamentando la extrema *gaucherie* que, a su juicio, le impedía de veras alternar en la buena sociedad, la atribuyó con franqueza y generosidad mucho menos a ninguna deficiencia natural que a la desgracia de una educación privada; mientras que él mismo, aunque probablemente sin ninguna superioridad particular, ninguna superioridad sustancial por naturaleza, por la sola ventaja de un colegio público estaba tan preparado para alternar en el mundo como cualquier otro hombre.

«Por mi alma», añadió, «creo que no es más que eso; y así se lo digo a menudo a mi madre, cuando se aflige por ello. “Mi querida señora”, le digo siempre, “debe usted tranquilizarse. El mal ya no tiene re-

medio, y ha sido enteramente obra suya. ¿Por qué tuvo que dejarse persuadir por mi tío, sir Robert, contra su propio criterio, de poner a Edward bajo tutela privada en el momento más crítico de su vida? Con que lo hubiera mandado a Westminster igual que a mí, en lugar de mandarlo a casa del señor Pratt, todo esto se habría evitado". Así es como considero siempre la cuestión, y mi madre está perfectamente convencida de su error».

Elinor no quiso oponerse a su opinión porque, cualquiera que fuese su estimación general de las ventajas de un colegio público, no podía pensar con ninguna satisfacción en la estancia de Edward en la familia del señor Pratt.

«Usted reside en Devonshire, creo», fue su siguiente observación, «en una casita cerca de Dawlish».

Elinor lo corrigió en cuanto a su situación; y a él pareció sorprenderle bastante que alguien pudiera vivir en Devonshire sin vivir cerca de Dawlish. Otorgó, no obstante, su más cordial aprobación a la clase de casa que tenían.

«Por mi parte», dijo, «me encantan excesivamente las casitas de campo; siempre hay en ellas tanta comodidad, tanta elegancia. Y le aseguro que, si tuviera algún dinero de sobra, compraría un poco de tierra y me construiría una yo mismo, a corta distancia de Londres, adonde pudiera ir guiando yo mismo en cualquier momento, reunir a unos cuantos amigos a mi alrededor y ser feliz. A todo el que va a construir le aconsejo que construya una casita. Mi amigo lord Courtland vino a verme el otro día expresamente para pedirme consejo, y me puso delante tres planos distintos de Bonomi. Yo había de decidir cuál era el mejor. "Mi querido Courtland", le dije, echándolos todos al fuego al instante, "no adopte usted ninguno, sino construya a toda costa una casita". Y así, me figuro, acabará la cosa.»

«Hay quien se imagina que en una casita no puede haber comodidades ni espacio; pero eso es un completo error. El mes pasado estuve en casa de mi amigo Elliott, cerca de Dartford. Lady Elliott quería dar un

baile. “Pero ¿cómo podrá hacerse?”, dijo ella; “mi querido Ferrars, dígame usted cómo se ha de arreglar. No hay en esta casita una sola habitación donde quepan diez parejas, ¿y dónde se servirá la cena?”. Vi al instante que no podía haber ninguna dificultad, así que le dije: “Mi querida lady Elliott, no se inquiete. En el comedor caben dieciocho parejas holgadamente; las mesas de juego pueden ponerse en el salón; la biblioteca puede abrirse para el té y otros refrescos; y que la cena se sirva en el salón grande”. A lady Elliott le encantó la idea. Medimos el comedor y vimos que cabían exactamente dieciocho parejas, y el asunto se dispuso precisamente según mi plan. De modo que, en efecto, ya ve usted, con tal que la gente sepa cómo emprenderlo, en una casita pueden disfrutarse todas las comodidades igual que en la morada más espaciosa».

Elinor le dio la razón en todo, pues no le pareció que mereciera el cumplido de una objeción razonada.

Como John Dashwood no hallaba en la música más placer que su hermana mayor, su mente estaba igualmente libre para fijarse en cualquier otra cosa; y durante la velada se le ocurrió una idea que comunicó a su mujer, para que la aprobara, cuando llegaron a casa. La consideración del error de la señora Dennison, al suponer que sus hermanas eran huéspedes de ellos, le había sugerido la conveniencia de invitarlas de veras a serlo, mientras los compromisos de la señora Jennings la retenían fuera de casa. El gasto sería nulo, y la molestia no mayor; y era, en suma, una atención que la delicadeza de su conciencia le señalaba como necesaria para liberarla por completo de la promesa hecha a su padre. A Fanny la sobresaltó la propuesta.

«No veo cómo podría hacerse», dijo, «sin ofender a lady Middleton, pues pasan todos los días con ella; de lo contrario, lo haría con muchísimo gusto. Ya sabes que siempre estoy dispuesta a tener con ellas todas las atenciones que estén en mi mano, como lo demuestra que las haya llevado esta noche. Pero son invitadas de lady Middleton. ¿Cómo voy a quitárselas?».

Su marido, aunque con gran humildad, no vio la fuerza de su objeción. «Ya habían pasado una semana de este modo en Conduit Street, y a lady Middleton no podía disgustarle que dedicaran el mismo número de días a parientes tan cercanos».

Fanny se detuvo un momento y luego, con renovado vigor, dijo:

«Amor mío, las invitaría con toda mi alma si estuviera en mi mano. Pero acababa de decidir para mis adentros invitar a las señoritas Steele a pasar unos días con nosotros. Son muchachas muy educadas, buenas chicas; y creo que se les debe esa atención, ya que su tío se portó tan bien con Edward. A tus hermanas podemos invitarlas otro año, ya sabes; pero puede que las señoritas Steele no vuelvan a estar en Londres. Estoy segura de que te gustarán; de hecho, ya te *gustan*, y mucho, ya lo sabes, y a mi madre también; ¡y Harry las quiere tanto!».

El señor Dashwood quedó convencido. Vio la necesidad de invitar a las señoritas Steele de inmediato, y su conciencia se apaciguó con la resolución de invitar a sus hermanas otro año; al mismo tiempo, sin embargo, sospechaba con malicia que otro año haría innecesaria la invitación, al traer a Elinor a Londres como esposa del coronel Brandon, y a Marianne como huésped de *ellos*.

Fanny, regocijándose de haber escapado y orgullosa del ingenio pronto que se lo había procurado, escribió a la mañana siguiente a Lucy para pedirle su compañía y la de su hermana durante algunos días en Harley Street, en cuanto lady Middleton pudiera prescindir de ellas. Esto bastó para hacer a Lucy real y razonablemente feliz. ¡La propia señora de John Dashwood parecía estar trabajando de veras para ella, alentando todas sus esperanzas y favoreciendo todos sus propósitos! ¡Semejante oportunidad de estar con Edward y su familia era, por encima de todo, lo más importante para su interés, y semejante invitación lo más halagüeño para sus sentimientos! Era una ventaja que no podía agradecerse demasiado ni aprovecharse con demasiada prontitud; y de la visita a lady Middleton, que antes no había tenido límites precisos, se descubrió al instante que siempre había estado previsto

que terminara a los dos días.

Cuando le mostraron la nota a Elinor, como sucedió a los diez minutos de su llegada, por primera vez le hizo compartir en parte las expectativas de Lucy; pues semejante muestra de amabilidad poco común, otorgada tras tan breve trato, parecía declarar que la buena voluntad hacia Lucy nacía de algo más que de la mera malicia contra la propia Elinor; y que con tiempo y habilidad podía llegar a hacer todo lo que Lucy deseaba. Su adulación había sometido ya el orgullo de lady Middleton y se había abierto paso en el cerrado corazón de la señora de John Dashwood; y estos eran efectos que dejaban ver la probabilidad de otros mayores.

Las señoritas Steele se trasladaron a Harley Street, y todo lo que llegó a oídos de Elinor sobre su influencia allí reforzó su expectativa de lo que iba a ocurrir. Sir John, que las visitó más de una vez, trajo a casa tales noticias del favor de que gozaban, que no podían menos que impresionar a todo el mundo. La señora de John Dashwood nunca en su vida había estado tan contenta con unas jóvenes como lo estaba con ellas; le había regalado a cada una un alfiletero hecho por alguna emigrada; llamaba a Lucy por su nombre de pila, y no sabía si alguna vez sería capaz de separarse de ellas.

Capítulo XXXVII

La señora Palmer se encontraba tan bien al cabo de quince días, que su madre ya no creyó necesario dedicarle todo su tiempo; y, contentándose con visitarla una o dos veces al día, volvió desde entonces a su propia casa y a sus propias costumbres, en las que encontró a las señoritas Dashwood muy dispuestas a retomar la parte que antes les correspondía.

Hacia la tercera o cuarta mañana después de haberse instalado así de nuevo en Berkeley Street, la señora Jennings, al volver de su visita habitual a la señora Palmer, entró en el salón, donde Elinor estaba sentada a solas, con un aire de importancia tan apresurado que la preparó para oír algo asombroso; y, dándole tiempo apenas para formarse esa idea, empezó en el acto a justificarla, diciendo:

«¡Válgame! ¡Mi querida señorita Dashwood! ¿Ha oído usted la noticia?».

«No, señora. ¿Qué es?».

«¡Algo tan extraño! Pero va a oírlo todo. Cuando llegué a casa del señor Palmer, encontré a Charlotte muy alborotada por el niño. Estaba segura de que estaba muy enfermo: lloraba, se inquietaba y estaba todo lleno de granitos. Así que lo miré enseguida y, "¡Válgame, querida!", le digo, "no es nada en el mundo más que el sarpullido de los recién nacidos...", y la niñera dijo exactamente lo mismo. Pero Charlotte, ella no se quedaba tranquila, así que mandaron llamar al señor Donavan; y por suerte resultó que acababa de llegar de Harley Street, de modo que vino enseguida, y en cuanto vio a la criatura dijo lo mismo que nosotras, que no era nada en el mundo más que el sarpullido, y entonces Charlotte se tranquilizó. Y entonces, justo cuando él se marchaba, se me ocurrió, de veras que no sé cómo se me vino a la cabeza, pero se me ocurrió preguntarle si había alguna novedad. Y con eso, son-

rió con afectación, y se hizo el remilgado, y se puso serio, y pareció saber algo, y al fin dijo en un susurro: “Por si llegara a las jóvenes que tiene usted a su cargo algún rumor desagradable sobre la indisposición de su hermana, creo aconsejable decirle que, a mi entender, no hay gran motivo de alarma; espero que la señora Dashwood se reponga muy bien”».

«¡Cómo! ¿Fanny está enferma?».

«Eso es exactamente lo que dije yo, querida. “¡Válgame!”, le digo, “¿está enferma la señora Dashwood?”. Así que entonces salió todo a relucir; y en resumidas cuentas, por todo lo que he podido averiguar, el asunto parece ser este. El señor Edward Ferrars, el mismísimo joven por quien yo solía bromear con usted (aunque, por lo visto, me alegro una barbaridad de que nunca hubiera nada en ello), el señor Edward Ferrars, según parece, ¡lleva más de un año comprometido con mi prima Lucy! ¡Ahí tiene usted, querida! ¡Y sin que una sola alma supiera una sílaba del asunto, salvo Nancy! ¿Habría podido creer usted que algo así fuera posible? No es de extrañar que se gusten; ¡pero que las cosas hayan llegado tan lejos entre ellos sin que nadie lo sospechara! ¡*Eso* sí que es extraño! Nunca se me dio verlos juntos, que si no, estoy segura de que lo habría descubierto enseguida. Pues bien, el caso es que esto se mantuvo en gran secreto, por miedo a la señora Ferrars, y ni ella ni su hermano ni su cuñada sospecharon una palabra del asunto; hasta esta misma mañana, cuando la pobre Nancy, que, ya sabe usted, es una criatura bienintencionada pero ninguna lumbrera, lo soltó todo. “¡Válgame!”, piensa para sí, “quieren tanto a Lucy que seguro que no pondrán ninguna dificultad”; y así, allá se fue a ver a su cuñada, que estaba sentada sola con su labor de tapicería, sin sospechar lo que se le venía encima, pues acababa de decirle a su hermano, solo cinco minutos antes, que pensaba concertar un matrimonio entre Edward y la hija de algún lord o de otro, no recuerdo de quién. Así que figúrese qué golpe fue para toda su vanidad y su orgullo. Le dio enseguida un violento ataque de nervios, con unos gritos que llegaron a oídos

de su hermano, que estaba sentado en su propio vestidor del piso de abajo, pensando en escribir una carta a su administrador en el campo. Así que subió volando enseguida, y hubo una escena terrible, porque Lucy ya había llegado para entonces, sin soñar siquiera lo que estaba pasando. ¡Pobrecilla! A *ella* la compadezco. Y debo decir que me parece que la trataron con mucha dureza; porque su cuñada la riñó como una furia y pronto la hizo desmayarse. Nancy, ella cayó de rodillas y lloró amargamente; y su hermano, él se paseaba por la habitación y decía que no sabía qué hacer. La señora Dashwood declaró que no se quedarían ni un minuto más en la casa, y su hermano se vio obligado a ponerse también *él* de rodillas para convencerla de que las dejara quedarse hasta que hubieran hecho el equipaje. *Entonces* le dio otro ataque de nervios, y él se asustó tanto que quiso mandar llamar al señor Donavan, y el señor Donavan encontró la casa en pleno alboroto. El coche estaba en la puerta, listo para llevarse a mis pobres primas, y ellas justo estaban subiendo cuando él salía; la pobre Lucy en tal estado, dice él, que apenas podía caminar; y Nancy, ella estaba casi igual de mal. Le aseguro que no tengo paciencia con su cuñada; y espero, con toda mi alma, que se casen a pesar de ella. ¡Válgame! ¡Cómo se va a poner el pobre señor Edward cuando se entere! ¡Que traten a su amada con tanto desprecio! Porque dicen que la quiere una barbaridad, y con razón. ¡No me extrañaría que se pusiera hecho una furia! Y el señor Donavan piensa exactamente lo mismo. Él y yo hablamos largo y tendido del asunto; y lo mejor de todo es que se ha vuelto a Harley Street, para estar a mano cuando se lo cuenten a la señora Ferrars, porque la mandaron llamar en cuanto mis primas salieron de la casa, pues su cuñada estaba segura de que a *ella* también le daría un ataque de nervios; y que le dé, por lo que a mí me importa. No les tengo lástima a ninguna de las dos. No entiendo que la gente arme semejante alboroto por el dinero y la grandeza. No hay razón en el mundo para que el señor Edward y Lucy no se casen; porque estoy segura de que la señora Ferrars puede permitirse tratar muy bien a su hijo, y aunque

Lucy no tenga casi nada, sabe mejor que nadie sacarle partido a todo; me atrevo a decir que, con que la señora Ferrars le asignara a él quinientas libras al año, ella haría con eso tan buena figura como cualquier otra con ochocientas. ¡Válgame! ¡Qué a gusto podrían vivir en otra casita como la de ustedes, o un poco más grande, con dos criadas y dos criados! Y creo que podría ayudarlos a conseguir una doncella, porque mi Betty tiene una hermana sin colocación que les vendría como anillo al dedo».

Aquí calló la señora Jennings, y como Elinor había tenido tiempo suficiente para ordenar sus ideas, pudo dar una respuesta y hacer unas observaciones como las que naturalmente cabía suponer que el asunto suscitaría. Feliz de comprobar que no se sospechaba en ella ningún interés extraordinario en él; de que la señora Jennings (como últimamente había esperado a menudo que sucediera) hubiera dejado de imaginarla en absoluto encariñada con Edward; y feliz, sobre todo, de la ausencia de Marianne, se sintió muy capaz de hablar del asunto sin turbación y de dar su juicio, según creía, con imparcialidad sobre la conducta de todos los implicados.

Apenas podía determinar cuál era en realidad su propia expectativa respecto al desenlace; aunque se esforzaba seriamente por desechar la idea de que fuera posible que acabara de otro modo que con el matrimonio de Edward y Lucy. Estaba ansiosa por saber qué diría y haría la señora Ferrars, aunque no podía caber duda sobre su naturaleza; y más ansiosa todavía por saber cómo se conduciría Edward. Por *él* sentía mucha compasión; por Lucy, muy poca, y le costó algún esfuerzo procurarse esa poca; por los demás, ninguna en absoluto.

Como la señora Jennings no podía hablar de otra cosa, Elinor vio pronto la necesidad de preparar a Marianne para que se discutiera. No había tiempo que perder en desengañarla, en darle a conocer la verdad y en procurar que pudiera oír hablar de ello a los demás sin dejar traslucir que sentía inquietud alguna por su hermana ni resentimiento alguno contra Edward.

La tarea de Elinor era penosa. Iba a quitarle a su hermana lo que de veras creía que era su principal consuelo; a darle sobre Edward unos detalles que temía que lo arruinaran para siempre en su buena opinión; y a hacer que Marianne, por una semejanza entre sus situaciones que a la imaginación de *ella* le parecería grande, volviera a sentir toda su propia decepción. Pero por ingrata que hubiera de ser semejante tarea, era necesario llevarla a cabo, y Elinor se apresuró, pues, a cumplirla.

Estaba muy lejos de querer detenerse en sus propios sentimientos o de presentarse como alguien que sufría mucho, salvo en la medida en que el dominio de sí misma que había practicado desde que supo del compromiso de Edward pudiera sugerirle a Marianne una idea de lo que era posible. Su relato fue claro y sencillo; y aunque no pudo hacerlo sin emoción, no lo acompañaron una agitación violenta ni un dolor impetuoso. *Eso* le correspondía más bien a la oyente, pues Marianne escuchó con horror y lloró desconsoladamente. Elinor había de ser la consoladora de los demás en sus propias aflicciones, no menos que en las de ellos; y le ofreció de buena gana todo el consuelo que podían dar las seguridades de su propia serenidad de ánimo y una muy ferviente defensa de Edward frente a toda acusación salvo la de imprudencia.

Pero Marianne durante un tiempo no quiso dar crédito a ninguna de las dos cosas. Edward le parecía un segundo Willoughby; y reconociendo Elinor, como reconocía, que lo *había* amado con toda sinceridad, ¡cómo iba a sentir menos que ella misma! En cuanto a Lucy Steele, la consideraba tan completamente antipática, tan absolutamente incapaz de cautivar a un hombre sensato, que al principio no hubo modo de persuadirla de que creyera, y después de que perdonara, ningún afecto anterior de Edward por ella. Ni siquiera quería admitir que hubiera sido natural; y Elinor dejó que se convenciera de que lo era por lo único que podía convencerla: un mejor conocimiento del género humano.

Su primera comunicación no había ido más allá de exponer el hecho del compromiso y el tiempo que llevaba existiendo. Los sentimientos de Marianne habían irrumpido entonces y puesto fin a todo orden en los detalles; y durante un rato no pudo hacerse otra cosa que calmar su aflicción, aplacar sus alarmas y combatir su resentimiento. La primera pregunta por su parte, que condujo a más detalles, fue:

«¿Desde cuándo lo sabes, Elinor? ¿Te ha escrito él?».

«Lo sé desde hace cuatro meses. Cuando Lucy llegó por primera vez a Barton Park, en noviembre pasado, me contó en confidencia su compromiso».

Ante estas palabras, los ojos de Marianne expresaron el asombro que sus labios no podían pronunciar. Tras una pausa de estupor, exclamó:

«¡Cuatro meses! ¿Has sabido esto durante cuatro meses?».

Elinor lo confirmó.

«¡Cómo! ¿Mientras me cuidabas en toda mi desdicha, tenías esto en el corazón? ¡Y yo te he reprochado que fueras feliz!».

«¡No convenía que supieras entonces hasta qué punto era lo contrario!».

«¡Cuatro meses!», exclamó Marianne de nuevo. «¡Tan serena! ¡Tan alegre! ¿Cómo lo has soportado?».

«Sintiendo que cumplía con mi deber. Mi promesa a Lucy me obligaba a guardar el secreto. Le debía, por tanto, evitar dar el menor indicio de la verdad; y les debía a mi familia y a mis amigos no crear en ellos una preocupación por mí que no estaría en mi mano aliviar».

Marianne pareció muy impresionada.

«Muchas veces he deseado desengañarte a ti y a mamá», añadió Elinor; «y una o dos veces lo intenté; pero sin traicionar la confianza depositada en mí, nunca habría podido convencerlas».

«¡Cuatro meses! ¡Y sin embargo lo amabas!».

«Sí. Pero no lo amaba solo a él; y como el bienestar de los demás me era querido, me alegraba ahorrarles saber cuánto sentía yo. Ahora

puedo pensar en ello y hablar de ello con poca emoción. No quisiera que sufrieras por mí; pues te aseguro que yo ya no sufro de verdad. Tengo muchas cosas que me sostienen. No tengo conciencia de haber provocado la decepción con ninguna imprudencia mía; la he soportado en lo posible sin extenderla a otros. Absuelvo a Edward de toda falta esencial. Le deseo que sea muy feliz; y estoy tan segura de que siempre cumplirá con su deber, que aunque ahora albergue algún pesar, al final ha de llegar a serlo. A Lucy no le falta juicio, y esa es la base sobre la que puede construirse todo lo bueno. Y, después de todo, Marianne, después de todo lo que tiene de seductor la idea de un afecto único y constante, y de todo lo que pueda decirse sobre que la felicidad de uno dependa enteramente de una persona en particular, no está dispuesto así... no es justo... no es posible que así sea. Edward se casará con Lucy; se casará con una mujer superior en presencia y en entendimiento a la mitad de su sexo; y el tiempo y la costumbre le enseñarán a olvidar que alguna vez creyó a otra superior a *ella*».

«Si esa es tu manera de pensar», dijo Marianne, «si la pérdida de lo que más se valora puede compensarse con tanta facilidad con otra cosa, tu resolución y tu dominio de ti misma resultan, quizá, un poco menos asombrosos. Quedan más a mi alcance».

«Te entiendo. No supones que yo haya sentido mucho nunca. Durante cuatro meses, Marianne, he tenido todo esto pesándome en el ánimo, sin libertad para hablar de ello con una sola criatura; sabiendo que las haría muy desdichadas a ti y a mamá cuando se les explicara, y sin poder prepararlas para ello en lo más mínimo. Me lo contó... en cierto modo me lo impuso la misma persona cuyo compromiso anterior arruinó todas mis perspectivas; y me lo contó, según me pareció, con aire de triunfo. He tenido, pues, que hacer frente a las sospechas de esa persona procurando parecer indiferente donde estaba más profundamente interesada; y no ha sido una sola vez: he tenido que escuchar una y otra vez sus esperanzas y su júbilo. Me he sabido separada de Edward para siempre, sin oír una sola circunstancia que pudiera ha-

cerme desear menos ese vínculo. Nada ha demostrado que sea indigno; ni nada ha declarado que yo le sea indiferente. He tenido que luchar contra la falta de bondad de su hermana y la insolencia de su madre; y he sufrido el castigo de un afecto sin gozar de sus ventajas. Y todo esto ha estado ocurriendo en un momento en que, como sabes demasiado bien, no ha sido mi única desdicha. Si me crees capaz de sentir alguna vez, sin duda puedes suponer que he sufrido *ahora*. La serenidad de ánimo con que he logrado al presente considerar el asunto, el consuelo que he estado dispuesta a admitir, han sido fruto de un esfuerzo constante y doloroso; no brotaron por sí solos; no vinieron a aliviar mi ánimo al principio. No, Marianne. *Entonces*, si no hubiera estado obligada a callar, quizá nada me habría impedido del todo (ni siquiera lo que debía a mis seres más queridos) mostrar abiertamente que era *muy* desdichada».

Marianne quedó completamente sometida.

«¡Oh, Elinor!», exclamó, «me has hecho odiarme para siempre. ¡Qué bárbara he sido contigo! ¡Contigo, que has sido mi único consuelo, que me has soportado en toda mi desdicha, que parecías sufrir solo por mí! ¿Es esta mi gratitud? ¿Es esta la única recompensa que puedo darte? Como tu mérito clama contra mí, he estado intentando anularlo».

A esta confesión siguieron las más tiernas caricias. En el estado de ánimo en que ahora se encontraba, a Elinor no le costó obtener de ella cuantas promesas le pidió; y, a petición suya, Marianne se comprometió a no hablar nunca del asunto con nadie con la menor apariencia de amargura; a tratar a Lucy sin dejar ver el más mínimo aumento de su aversión hacia ella; e incluso a ver al propio Edward, si el azar los reunía, sin ninguna merma de su cordialidad habitual. Eran grandes concesiones; pero allí donde Marianne sentía que había agraviado, ninguna reparación le parecía excesiva.

Cumplió su promesa de ser discreta de un modo admirable. Atendió a todo lo que la señora Jennings tenía que decir sobre el asunto

sin mudar de color, no le llevó la contraria en nada y se le oyó decir tres veces: «Sí, señora». Escuchó sus elogios de Lucy sin más que cambiarse de una silla a otra, y cuando la señora Jennings habló del afecto de Edward, solo le costó un espasmo en la garganta. Tales avances hacia el heroísmo en su hermana hicieron que Elinor se sintiera capaz de cualquier cosa.

La mañana siguiente trajo una nueva prueba de ello, con la visita de su hermano, que llegó con un aspecto muy serio para hablar del terrible asunto y traerles noticias de su mujer.

«Supongo que se han enterado ustedes», dijo con gran solemnidad, en cuanto se hubo sentado, «del muy escandaloso descubrimiento que tuvo lugar ayer bajo nuestro techo».

Todas expresaron su asentimiento con la mirada; parecía un momento demasiado terrible para hablar.

«Su cuñada», continuó, «ha sufrido espantosamente. La señora Ferrars también... en suma, ha sido una escena de una aflicción tan complicada... pero quiero esperar que pueda capearse el temporal sin que ninguno de nosotros quede del todo abatido. ¡Pobre Fanny! Estuvo con ataques de nervios todo el día de ayer. Pero no quisiera alarmarlas demasiado. Donavan dice que no hay nada serio que temer; tiene una buena constitución, y su resolución está a la altura de cualquier cosa. ¡Lo ha soportado todo con la fortaleza de un ángel! Dice que nunca volverá a pensar bien de nadie; ¡y no es de extrañar, después de haber sido tan engañada! ¡Encontrarse con semejante ingratitud, donde se había mostrado tanta bondad y depositado tanta confianza! Fue solo por la benevolencia de su corazón que había invitado a esas jóvenes a su casa; simplemente porque pensó que merecían alguna atención, que eran muchachas inofensivas y educadas, y que serían una compañía agradable; porque, de lo contrario, los dos deseábamos muchísimo haberte invitado a ti y a Marianne a estar con nosotros mientras su amable amiga aquí presente atendía a su hija. ¡Y ahora verse recompensada así! “Ojalá, con toda mi alma”, dice la pobre Fanny en su ma-

nera afectuosa, “hubiéramos invitado a tus hermanas en lugar de a ellas”».

Aquí se detuvo para que le dieran las gracias; hecho lo cual, continuó.

«Lo que sufrió la pobre señora Ferrars cuando Fanny se lo comunicó por primera vez no puede describirse. ¡Mientras ella, con el más sincero afecto, había estado planeando para él un enlace de lo más conveniente, quién iba a suponer que él pudiera estar todo ese tiempo comprometido en secreto con otra persona! ¡Semejante sospecha nunca podría habérsele pasado por la cabeza! Si sospechaba *alguna* inclinación en otra parte, no podía ser por *ese* lado. “*Ahí*, desde luego”, dijo, “podía haberme creído a salvo”. Estaba en plena agonía. Deliberamos juntos, sin embargo, sobre lo que había que hacer, y al fin decidió mandar llamar a Edward. Vino. Pero lamento tener que relatar lo que siguió. Todo lo que la señora Ferrars pudo decir para que pusiera fin al compromiso, ayudada además, como bien pueden suponer, por mis argumentos y por los ruegos de Fanny, no sirvió de nada. El deber, el afecto, todo fue desatendido. Nunca había creído a Edward tan terco, tan insensible. Su madre le expuso sus generosos designios en caso de que se casara con la señorita Morton; le dijo que le asignaría la finca de Norfolk, que, libre de la contribución territorial, rinde sus buenas mil libras al año; le ofreció incluso, cuando las cosas se pusieron desesperadas, subirlo a mil doscientas; y, en contraposición a esto, si persistía en ese vínculo tan bajo, le presentó la segura penuria que había de acompañar al matrimonio. Sus propias dos mil libras, aseguró, serían todo lo que tendría; nunca volvería a verlo; y tan lejos estaría de prestarle la menor ayuda, que si emprendía alguna profesión con miras a un mejor sustento, haría todo lo que estuviera en su mano para impedir que prosperara en ella».

Aquí Marianne, en un arrebato de indignación, juntó las manos y exclamó: «¡Dios santo! ¿Es posible?».

«Bien puedes asombrarte, Marianne», replicó su hermano, «de la

obstinación capaz de resistir argumentos como estos. Tu exclamación es muy natural».

Marianne iba a replicar, pero recordó sus promesas y se contuvo.

«Todo esto, sin embargo», continuó él, «se instó en vano. Edward habló muy poco; pero lo que dijo, lo dijo de la manera más resuelta. Nada lo haría renunciar a su compromiso. Lo mantendría, costara lo que costara».

«Entonces», exclamó la señora Jennings con franca sinceridad, incapaz ya de callar, «¡se ha portado como un hombre honrado! Le pido perdón, señor Dashwood, pero si hubiera hecho otra cosa, lo habría tenido por un canalla. Algo me toca a mí en el asunto, igual que a usted, porque Lucy Steele es mi prima, y creo que no hay en el mundo muchacha mejor, ni que más merezca un buen marido».

John Dashwood quedó muy asombrado; pero era de natural tranquilo, poco dado a dejarse provocar, y nunca deseaba ofender a nadie, sobre todo a nadie de buena fortuna. Respondió, pues, sin ningún resentimiento:

«De ningún modo quisiera hablar con falta de respeto de ningún pariente suyo, señora. La señorita Lucy Steele es, no lo dudo, una joven muy digna, pero en el presente caso, ya sabe usted, el enlace ha de ser imposible. Y haber contraído un compromiso secreto con un joven confiado al cuidado de su tío, hijo además de una mujer de una fortuna tan grande como la señora Ferrars, es quizá, en conjunto, un poco extraordinario. En suma, no pretendo censurar la conducta de ninguna persona a quien usted estime, señora Jennings. Todos le deseamos que sea muy feliz; y la conducta de la señora Ferrars a lo largo de todo el asunto ha sido la que adoptaría, en circunstancias semejantes, cualquier madre buena y escrupulosa. Ha sido digna y generosa. Edward ha elegido su propia suerte, y me temo que será mala».

Marianne expresó con un suspiro un temor semejante; y a Elinor se le encogió el corazón al pensar en los sentimientos de Edward, mientras desafiaba las amenazas de su madre por una mujer que no podía

recompensarlo.

«Bien, señor», dijo la señora Jennings, «¿y cómo terminó?».

«Lamento decirlo, señora: en una ruptura de lo más desdichada. Edward ha quedado desterrado para siempre de la atención de su madre. Ayer dejó su casa, pero adónde ha ido, o si sigue todavía en Londres, no lo sé; porque *nosotros*, por supuesto, no podemos hacer averiguaciones».

«¡Pobre muchacho! ¿Y qué va a ser de él?».

«¡Eso digo yo, señora! Es una consideración melancólica. ¡Nacido con la perspectiva de semejante opulencia! No concibo una situación más deplorable. Los intereses de dos mil libras... ¿cómo puede vivir un hombre de eso? Y cuando a ello se añade el recuerdo de que, de no ser por su propia locura, en tres meses podría haber estado percibiendo dos mil quinientas libras al año (pues la señorita Morton tiene treinta mil libras), no puedo imaginarme una condición más miserable. Todos debemos compadecerlo; y tanto más cuanto que está totalmente fuera de nuestro alcance ayudarlo».

«¡Pobre muchacho!», exclamó la señora Jennings, «estoy segura de que sería muy bienvenido a casa y comida en mi casa; y así se lo diría si pudiera verlo. No está bien que ahora tenga que andar viviendo por su cuenta, en pensiones y tabernas».

El corazón de Elinor le agradeció semejante bondad hacia Edward, aunque no pudo evitar sonreír ante la forma que adoptaba.

«Si tan solo hubiera hecho por sí mismo», dijo John Dashwood, «lo que todos sus amigos estaban dispuestos a hacer por él, ahora podría estar en la situación que le corresponde y no le faltaría nada. Pero tal como están las cosas, nadie puede ayudarlo. Y se prepara contra él una cosa más, que ha de ser peor que todo lo demás: su madre ha decidido, con un ánimo muy natural, asignarle de inmediato a Robert *esa* finca que podría haber sido de Edward, en las debidas condiciones. Esta mañana la dejé con su abogado, tratando el asunto».

«¡Vaya!», dijo la señora Jennings, «esa es la venganza de *ella*. Cada

cual tiene su manera. Pero no creo que la mía fuera hacer independiente a un hijo porque otro me hubiera fastidiado».

Marianne se levantó y se paseó por la habitación.

«¿Puede haber algo más mortificante para el ánimo de un hombre», prosiguió John, «que ver a su hermano menor en posesión de una finca que podría haber sido suya? ¡Pobre Edward! Lo compadezco sinceramente».

Unos minutos más empleados en efusiones del mismo tipo pusieron fin a su visita; y, tras asegurar repetidamente a sus hermanas que de veras creía que no había ningún peligro serio en la indisposición de Fanny y que, por tanto, no debían inquietarse mucho por ello, se marchó, dejando a las tres damas unánimes en sus sentimientos sobre la presente ocasión, al menos en lo que se refería a la conducta de la señora Ferrars, a la de los Dashwood y a la de Edward.

La indignación de Marianne estalló en cuanto él salió de la habitación; y como su vehemencia hacía imposible la reserva en Elinor e innecesaria en la señora Jennings, todas se unieron en una crítica muy animada de aquella gente.

Capítulo XXXVIII

La señora Jennings fue muy calurosa en sus elogios de la conducta de Edward, pero solo Elinor y Marianne comprendían su verdadero mérito. Solo *ellas* sabían cuán poco había tenido él que lo tentara a desobedecer, y cuán pequeño era el consuelo, aparte de la conciencia de obrar bien, que podía quedarle en la pérdida de amigos y fortuna. Elinor se enorgullecía de su integridad; y Marianne le perdonó todas sus ofensas, compadecida por su castigo. Pero aunque la confianza entre ellas había vuelto, por este descubrimiento público, a su estado natural, no era un tema en que a ninguna de las dos le gustara detenerse cuando estaban a solas. Elinor lo evitaba por principio, porque tendía a fijar aún más en su pensamiento, mediante las seguridades demasiado ardientes, demasiado tajantes de Marianne, aquella creencia en el afecto constante de Edward por ella que más bien deseaba desterrar; y el valor de Marianne pronto flaqueó al intentar conversar sobre un asunto que siempre la dejaba más descontenta de sí misma que nunca, por la comparación que necesariamente suscitaba entre la conducta de Elinor y la suya.

Sentía toda la fuerza de esa comparación; pero no, como su hermana había esperado, para que la incitara ahora a esforzarse; la sentía con todo el dolor de un continuo reproche a sí misma, lamentaba amarguísimamente no haberse esforzado nunca antes; pero solo le traía la tortura del arrepentimiento, sin la esperanza de enmienda. Tenía el ánimo tan debilitado que aún se figuraba imposible cualquier esfuerzo presente, y por eso solo la abatía más.

Durante uno o dos días no supieron nada nuevo de lo que ocurría en Harley Street o en Bartlett's Buildings. Pero aunque ya conocían tanto del asunto que la señora Jennings habría tenido bastante que hacer con difundir ese conocimiento sin buscar más, ella había resuelto des-

de el principio hacer a sus primas una visita de consuelo y averiguación en cuanto pudiera; y solo el estorbo de más visitas que de costumbre le había impedido ir a verlas en ese tiempo.

El tercer día después de enterarse de los pormenores fue un domingo tan bueno, tan hermoso, que atrajo a muchos a Kensington Gardens, aunque solo era la segunda semana de marzo. La señora Jennings y Elinor estaban entre ellos; pero Marianne, que sabía que los Willoughby estaban otra vez en la ciudad y vivía con el constante temor de encontrárselos, prefirió quedarse en casa antes que aventurarse en un lugar tan concurrido.

Una amiga íntima de la señora Jennings se les unió poco después de entrar en los jardines, y a Elinor no le pesó que, al seguir con ellas y acaparar toda la conversación de la señora Jennings, la dejara a ella entregada a una tranquila reflexión. No vio nada de los Willoughby, nada de Edward, y durante un rato nada de nadie que, por casualidad, grave o alegre, pudiera interesarle. Pero al fin se vio, con cierta sorpresa, abordada por la señorita Steele, quien, aunque parecía algo cohibida, expresó gran satisfacción por encontrarlas y, alentada por la particular amabilidad de la señora Jennings, dejó a su propio grupo por un rato para unirse al de ellas. La señora Jennings susurró de inmediato a Elinor:

«Sáquele todo, querida. Le contará cualquier cosa si le pregunta. Ya ve que yo no puedo dejar a la señora Clarke».

Fue una suerte, sin embargo, para la curiosidad de la señora Jennings y también para la de Elinor, que ella contara cualquier cosa *sin* que le preguntaran; pues de otro modo no se habría sabido nada.

«¡Me alegro tanto de encontrarla!», dijo la señorita Steele, tomándola familiarmente del brazo, «porque quería verla más que nada en el mundo». Y luego, bajando la voz: «Supongo que la señora Jennings se habrá enterado de todo. ¿Está enojada?».

«Con usted, creo que en absoluto».

«Eso está bien. ¿Y lady Middleton, está enojada *ella*?».

«No puedo suponer que sea posible».

«Me alegro una barbaridad. ¡Santo cielo! ¡Lo que he tenido que pasar! Nunca en mi vida vi a Lucy tan furiosa. Al principio juró que nunca más me arreglaría un sombrero nuevo, ni haría ninguna otra cosa por mí mientras viviera; pero ahora ya se le pasó del todo, y somos tan buenas amigas como siempre. Mire, me hizo este lazo para el sombrero, y le puso la pluma anoche. Ahí está, ahora *usted* también se va a reír de mí. Pero ¿por qué no voy a llevar cintas rosadas? No me importa que *sea* el color favorito del doctor. Lo que es yo, estoy segura de que nunca habría sabido que a él *le gustaba* más que ningún otro color si no se le hubiera ocurrido decirlo. ¡Mis primas me han estado fastidiando tanto! Le aseguro que a veces no sé dónde mirar delante de ellas».

Se había desviado hacia un tema sobre el que Elinor no tenía nada que decir, y por eso juzgó pronto conveniente volver al primero.

«Bueno, pero, señorita Dashwood», hablando con aire triunfal, «la gente puede decir lo que se le antoje sobre que el señor Ferrars declaró que no quería a Lucy, porque no hay tal cosa, se lo aseguro; y es una verdadera vergüenza que se anden esparciendo rumores tan malintencionados. Pensara Lucy lo que pensara, ya sabe, no era asunto de los demás darlo por seguro».

«Le aseguro que nunca antes había oído insinuar nada semejante», dijo Elinor.

«Ah, ¿no? Pero sí *se dijo*, lo sé muy bien, y más de uno; porque la señorita Godby le dijo a la señorita Sparks que nadie en su sano juicio podía esperar que el señor Ferrars renunciara a una mujer como la señorita Morton, con treinta mil libras de fortuna, por Lucy Steele, que no tenía nada de nada; y yo misma lo supe por la señorita Sparks. Y además de eso, mi primo Richard dijo él mismo que, a la hora de la verdad, temía que el señor Ferrars se echara atrás; y cuando Edward no se acercó a vernos en tres días, yo misma no sabía qué pensar; y creo en mi corazón que Lucy lo dio todo por perdido; porque nos vini-

mos de casa de su hermano el miércoles, y no lo vimos nada en todo el jueves, el viernes y el sábado, y no sabíamos qué había sido de él. Una vez Lucy pensó escribirle, pero después el orgullo se le levantó contra eso. Sin embargo, esta mañana llegó justo cuando volvíamos de la iglesia; y entonces salió todo, cómo lo habían mandado llamar el miércoles a Harley Street, y su madre y todos ellos le habían hablado, y cómo él había declarado delante de todos que no quería a nadie más que a Lucy, y que no se casaría con nadie más que con Lucy. Y cómo había quedado tan afligido por lo que pasó que, en cuanto se fue de la casa de su madre, se montó en su caballo y se fue al campo, a alguna parte; y cómo se había quedado en una posada todo el jueves y el viernes, a propósito para sobreponerse. Y después de pensarlo una y otra vez, dijo, le parecía que, ahora que no tenía fortuna ni nada de nada, sería muy poco amable retenerla en el compromiso, porque tenía que ser para perjuicio de ella, pues él no tenía más que dos mil libras, y ninguna esperanza de otra cosa; y si se ordenaba, como tenía pensado en parte, no podría conseguir más que una coadjutoría, ¿y cómo iban a vivir con eso? No soportaba pensar que a ella no le fuera mejor, así que le rogó, si tenía la menor disposición, que pusiera fin al asunto de inmediato y lo dejara arreglárselas solo. Yo le oí decir todo esto tan claro como era posible. Y fue enteramente por el bien de *ella*, y por causa de *ella*, que dijo una palabra de echarse atrás, y no por su propio interés. Juro que nunca soltó ni una sílaba de estar cansado de ella, ni de querer casarse con la señorita Morton, ni nada parecido. Pero, claro está, Lucy no quiso prestar oído a esa clase de conversación; así que le dijo enseguida (con mucho de cariño y amor, ya sabe, y todo eso... ¡Ay!, una no puede repetir esas cosas, ya sabe), le dijo enseguida que no tenía la menor intención del mundo de echarse atrás, porque podía vivir con él con una miseria, y que por poco que él tuviera, ella estaría muy contenta de tenerlo todo, ya sabe, o algo por el estilo. Así que entonces él se puso contentísimo, y estuvo hablando un rato de lo que harían, y acordaron que se ordenaría enseguida, y que

tendrían que esperar para casarse hasta que consiguiera un beneficio. Y justo entonces no pude oír más, porque mi prima me llamó desde abajo para decirme que la señora Richardson había llegado en su coche y llevaría a una de nosotras a Kensington Gardens; así que tuve que entrar en la habitación e interrumpirlos, para preguntarle a Lucy si quería ir, pero ella no quiso dejar a Edward; así que no hice más que subir corriendo, ponerme un par de medias de seda y venirme con los Richardson».

«No entiendo qué quiere decir con interrumpirlos», dijo Elinor; «estaban todos juntos en la misma habitación, ¿no?».

«No, de veras, nosotras no. ¡Ay!, señorita Dashwood, ¿usted cree que la gente se hace la corte cuando hay alguien delante? ¡Oh, qué vergüenza! Seguro que usted sabe más que eso. (Riéndose con afectación). No, no; estaban encerrados juntos en el salón, y todo lo que oí fue solo escuchando detrás de la puerta».

«¡Cómo!», exclamó Elinor; «¿me ha estado repitiendo lo que usted misma solo supo escuchando detrás de la puerta? Siento no haberlo sabido antes; porque desde luego no le habría permitido darme pormenores de una conversación que usted misma no debería haber conocido. ¿Cómo pudo portarse de un modo tan desleal con su hermana?».

«¡Ay, no hay nada malo en *eso*! Solo me quedé junto a la puerta y oí lo que pude. Y estoy segura de que Lucy habría hecho exactamente lo mismo conmigo; porque hace un año o dos, cuando Martha Sharpe y yo teníamos tantos secretos juntas, ella no tenía reparo ninguno en esconderse en un armario, o detrás de la tapa de la chimenea, a propósito para oír lo que decíamos».

Elinor intentó hablar de otra cosa; pero no hubo modo de apartar a la señorita Steele más de un par de minutos de lo que tenía más presente en la cabeza.

«Edward habla de irse pronto a Oxford», dijo; «pero ahora está alojado en el número tanto de Pall Mall. ¡Qué mujer tan malintencionada es su madre!, ¿verdad? ¡Y su hermano y su cuñada no fueron muy

amables! Sin embargo, a *usted* no le diré nada contra ellos; y la verdad es que sí nos mandaron a casa en su propio carruaje, lo cual fue más de lo que yo esperaba. Y lo que es yo, estaba muerta de miedo de que su cuñada nos pidiera los costureros que nos había regalado uno o dos días antes; pero, en fin, no se dijo nada de ellos, y yo tuve cuidado de tener el mío fuera de la vista. Edward tiene unos asuntos en Oxford, dice; así que tiene que ir allá por un tiempo; y después de *eso*, en cuanto dé con un obispo, se ordenará. ¡Quién sabe qué coadjutoría conseguirá! ¡Santo cielo! (soltando risitas mientras hablaba) me juego la vida a que sé lo que dirán mis primas cuando se enteren. Me dirán que le escriba al doctor para que le consiga a Edward la coadjutoría de su nuevo beneficio. Sé que lo dirán; pero estoy segura de que yo no haría tal cosa por nada del mundo. "¡Ay!", diré enseguida, "¡no sé cómo se les ocurre semejante cosa! ¡Yo, escribirle al doctor, nada menos!"».

«Bueno», dijo Elinor, «es un consuelo estar preparada para lo peor. Ya tiene lista la respuesta».

La señorita Steele iba a contestar sobre el mismo tema, pero la llegada de su propio grupo hizo más necesario otro.

«¡Ay, aquí vienen los Richardson! Tenía muchísimo más que decirle, pero no debo quedarme lejos de ellos ni un rato más. Le aseguro que son gente muy distinguida. Él gana una barbaridad de dinero, y tienen coche propio. No tengo tiempo de hablarle yo misma a la señora Jennings de esto, pero le ruego que le diga que estoy muy contenta de saber que no está enojada con nosotras, y lady Middleton tampoco; y si llegara a ocurrir algo que se las llevara a usted y a su hermana, y la señora Jennings necesitara compañía, estoy segura de que estaríamos muy contentas de venir a quedarnos con ella todo el tiempo que quiera. Supongo que lady Middleton no nos invitará más por esta vez. Adiós; siento que la señorita Marianne no haya venido. Salúdela cariñosamente de mi parte. ¡Ay, pero si lleva puesta su muselina moteada! Me extraña que no tuviera miedo de que se le rompiera».

Tal fue su preocupación de despedida; pues después de esto solo tu-

vo tiempo de dirigir sus cumplidos de adiós a la señora Jennings antes de que la señora Richardson reclamara su compañía; y Elinor quedó en posesión de unas noticias que podían alimentar su capacidad de reflexión durante algún tiempo, aunque había sabido muy poco más de lo que ya había previsto y anticipado en su propia mente. El matrimonio de Edward con Lucy estaba tan firmemente decidido, y el momento de celebrarse seguía tan absolutamente incierto, como ella había concluido que estaría; todo dependía, exactamente como esperaba, de que él obtuviera aquel nombramiento del que, por el momento, no parecía haber la menor posibilidad.

En cuanto volvieron al carruaje, la señora Jennings se mostró ávida de información; pero como Elinor deseaba difundir lo menos posible unas noticias que, para empezar, se habían obtenido de modo tan desleal, se limitó a la breve repetición de aquellos sencillos pormenores que estaba segura de que Lucy, en aras de su propia importancia, querría que se supieran. La continuación del compromiso y los medios que podían tomarse para llevarlo a término fue todo lo que comunicó; y esto arrancó a la señora Jennings el siguiente comentario natural:

«¡Esperar a que tenga un beneficio! Sí, ya sabemos todos cómo acabará *eso*: esperarán un año, y viendo que no sale nada bueno, se conformarán con una coadjutoría de cincuenta libras al año, con los intereses de sus dos mil libras, y lo poco que el señor Steele y el señor Pratt puedan darle a ella. ¡Y luego tendrán un hijo cada año! ¡Y válgame Dios, qué pobres van a ser! Tengo que ver qué puedo darles para amueblar la casa. ¡Dos criadas y dos criados, nada menos!, como decía yo el otro día. No, no, tendrán que buscarse una muchacha robusta para todo servicio. La hermana de Betty no les serviría *ahora* de ninguna manera».

La mañana siguiente trajo a Elinor una carta por el correo de dos peniques de la propia Lucy. Decía así:

Bartlett's Buildings, marzo.

«Espero que mi querida señorita Dashwood excuse la libertad que

me tomo de escribirle; pero sé que su amistad por mí hará que le agrade saber tan buenas noticias de mí y de mi querido Edward, después de todos los problemas que hemos pasado últimamente, así que no daré más disculpas, sino que pasaré a decir que, ¡gracias a Dios!, aunque hemos sufrido terriblemente, ahora estamos los dos muy bien, y tan felices como siempre debemos estar en el amor del uno por el otro. Hemos tenido grandes pruebas y grandes persecuciones, pero, sin embargo, al mismo tiempo, reconocemos agradecidos a muchos amigos, usted no la menor entre ellos, cuya gran bondad recordaré siempre con gratitud, como también Edward, a quien se lo he contado. Estoy segura de que se alegrará de saber, como asimismo la querida señora Jennings, que pasé dos horas felices con él ayer por la tarde; él no quiso oír hablar de que nos separáramos, aunque yo le insté encarecidamente a ello por prudencia, como creía que mi deber lo exigía, y nos habríamos separado para siempre en el acto si él lo hubiera consentido; pero dijo que eso no ocurriría jamás, que no le importaba el enojo de su madre mientras pudiera tener mi afecto; nuestras perspectivas no son muy brillantes, desde luego, pero debemos esperar y confiar en lo mejor; él se ordenará en breve; y si alguna vez estuviera en su mano recomendarlo a alguien que tenga un beneficio que otorgar, estoy muy segura de que no se olvidará de nosotros, y también la querida señora Jennings, confío en que dirá una buena palabra por nosotros a sir John, o al señor Palmer, o a cualquier amigo que pueda ayudarnos. La pobre Anne tuvo mucha culpa por lo que hizo, pero lo hizo con la mejor intención, así que no digo nada; espero que a la señora Jennings no le parezca demasiada molestia hacernos una visita si pasa por aquí alguna mañana; sería una gran bondad, y mis primos se sentirían orgullosos de conocerla. El papel me recuerda que debo terminar; y rogándole que me recuerde con la mayor gratitud y respeto a ella, y a sir John, y a lady Middleton, y a los queridos niños, cuando tenga ocasión de verlos, y con cariño para la señorita Marianne,»

«Quedo, etc.».

En cuanto Elinor la terminó, hizo lo que concluyó que era el verdadero propósito de quien la había escrito, poniéndola en manos de la señora Jennings, que la leyó en voz alta con muchos comentarios de satisfacción y elogio.

«¡Muy bien, de veras! ¡Qué bonito escribe! Sí, eso estuvo muy bien, dejarlo libre si él quería. Eso es muy propio de Lucy. ¡Pobrecita! Ojalá *pudiera* conseguirle un beneficio, con toda mi alma. Me llama querida señora Jennings, ¿ve? Es la muchacha de mejor corazón que ha existido. Muy bien, palabra. Esa frase está muy bien hilada. Sí, sí, iré a verla, ya lo creo. ¡Qué atenta es, pensar en todo el mundo! Gracias, querida, por mostrármela. Es la carta más bonita que he visto, y hace mucho honor a la cabeza y al corazón de Lucy».

Capítulo XXXIX

Las señoritas Dashwood llevaban ya algo más de dos meses en la ciudad, y la impaciencia de Marianne por marcharse crecía cada día. Suspiraba por el aire, la libertad, la quietud del campo; y se figuraba que, si algún lugar podía darle sosiego, había de ser Barton. Elinor apenas ansiaba menos que ella el traslado, y solo estaba menos empeñada en que se hiciera de inmediato en cuanto era consciente de las dificultades de un viaje tan largo, que no había forma de que Marianne reconociera. Empezó, sin embargo, a pensar seriamente en llevarlo a cabo, y ya había mencionado sus deseos a su amable anfitriona, que se opuso a ellos con toda la elocuencia de su buena voluntad, cuando se sugirió un plan que, aunque las retendría lejos de casa todavía unas semanas más, le pareció a Elinor en conjunto mucho más conveniente que cualquier otro. Los Palmer iban a trasladarse a Cleveland hacia fines de marzo, para las vacaciones de Pascua; y la señora Jennings, con sus dos amigas, recibió de Charlotte una invitación muy calurosa para ir con ellos. Esto, por sí solo, no habría bastado para la delicadeza de la señorita Dashwood; pero el propio señor Palmer la apoyó con tanta cortesía sincera que, unido a la gran mejora de sus modales hacia ellas desde que se supo que su hermana era desdichada, la indujo a aceptarla con gusto.

Cuando le contó a Marianne lo que había hecho, sin embargo, la primera respuesta de esta no fue muy prometedora.

«¡Cleveland!», exclamó, muy agitada. «No, no puedo ir a Cleveland».

«Olvidas», dijo Elinor con dulzura, «que su situación no es... que no está en las cercanías de...».

«Pero está en Somersetshire. No puedo ir a Somersetshire. Allí, adonde yo esperaba ir... No, Elinor, no puedes esperar que vaya allí».

Elinor no quiso discutir sobre lo conveniente de sobreponerse a tales sentimientos; solo procuró contrarrestarlos actuando sobre otros; se lo presentó, pues, como una medida que fijaría la fecha de su regreso junto a aquella querida madre a quien tanto deseaba ver, de un modo más conveniente y más cómodo que ningún otro plan, y quizá sin mayor demora. Desde Cleveland, que estaba a pocas millas de Bristol, la distancia hasta Barton no pasaba de un día, aunque fuera una larga jornada de viaje; y el criado de su madre podía ir fácilmente hasta allí para acompañarlas; y como no habría motivo para que se quedaran más de una semana en Cleveland, podrían estar en casa en poco más de tres semanas. Como el cariño de Marianne por su madre era sincero, había de triunfar con poca dificultad sobre los males imaginarios que ella había suscitado.

La señora Jennings estaba tan lejos de cansarse de sus huéspedes que les insistió muy encarecidamente en que volvieran otra vez con ella desde Cleveland. Elinor agradeció la atención, pero no pudo alterar su propósito; y, obtenida enseguida la conformidad de su madre, todo lo relativo a su regreso quedó dispuesto en la medida de lo posible; y Marianne encontró cierto alivio en hacer la cuenta de las horas que aún habían de separarla de Barton.

«¡Ay, coronel, no sé qué haremos usted y yo sin las señoritas Dashwood!», fue lo que le dijo la señora Jennings la primera vez que vino a visitarla después de quedar decidida su partida, «porque están muy resueltas a irse a casa desde la de los Palmer; ¡y qué solos vamos a estar cuando yo vuelva! ¡Válgame! Nos quedaremos sentados mirándonos con la boca abierta, aburridos como dos gatos».

Quizá la señora Jennings tenía la esperanza, con este vigoroso bosquejo de su futuro tedio, de provocarlo a hacer aquella proposición que podría librarlo a él de ese tedio; y, si así era, poco después tuvo buenos motivos para pensar que había logrado su objetivo; pues, cuando Elinor se acercó a la ventana para tomar con más rapidez las medidas de un grabado que iba a copiar para su amiga, él la siguió hasta

allí con una mirada de especial intención, y conversó con ella durante varios minutos. El efecto de sus palabras en la dama tampoco pudo escapar a su observación, porque, aunque era demasiado honrada para escuchar, e incluso se había cambiado de asiento, a propósito para *no* oír, a uno junto al piano en que tocaba Marianne, no pudo evitar ver que Elinor cambiaba de color, con muestras de agitación, y estaba demasiado atenta a lo que él decía para seguir con su tarea. Para confirmar aún más sus esperanzas, en el intervalo en que Marianne pasaba de una pieza a otra, llegaron inevitablemente a su oído unas palabras del coronel en que parecía disculparse por lo malo de su casa. Esto dejó el asunto fuera de toda duda. Le extrañó, en verdad, que él lo creyera necesario; pero supuso que sería lo que exigía la etiqueta. Lo que Elinor dijo en respuesta no pudo distinguirlo, pero juzgó por el movimiento de sus labios que no consideraba *eso* una objeción de importancia; y la señora Jennings la alabó en su fuero interno por ser tan franca. Luego siguieron hablando unos minutos más sin que ella captara una sílaba, cuando otra afortunada pausa en la ejecución de Marianne le trajo estas palabras en la voz tranquila del coronel:

«Me temo que no podrá ser muy pronto».

Asombrada y escandalizada por unas palabras tan poco propias de un enamorado, estuvo casi a punto de exclamar: «¡Válgame! ¿Qué podría impedirlo?»; pero, conteniendo su deseo, se limitó a esta exclamación silenciosa:

«¡Esto es muy extraño! No tendrá que esperar a ser más viejo, digo yo».

Esta demora por parte del coronel, sin embargo, no pareció ofender ni mortificar en lo más mínimo a su hermosa compañera, porque cuando, poco después, pusieron fin a la conversación y se separaron en direcciones distintas, la señora Jennings oyó muy claramente que Elinor decía, con una voz que mostraba que sentía lo que decía:

«Siempre me consideraré muy agradecida con usted».

La señora Jennings quedó encantada con su gratitud, y solo le extra-

ñó que, después de oír semejante frase, el coronel pudiera despedirse de ellas, como hizo inmediatamente, con la mayor sangre fría, ¡y marcharse sin darle ninguna respuesta! No había creído que su viejo amigo pudiera ser un pretendiente tan indiferente.

Lo que en realidad había pasado entre ellos fue lo siguiente.

«He sabido», dijo él, con gran compasión, «de la injusticia que su amigo el señor Ferrars ha sufrido de parte de su familia; pues, si entiendo bien el asunto, lo han repudiado por completo por perseverar en su compromiso con una joven muy digna. ¿Me han informado bien? ¿Es así?».

Elinor le dijo que sí.

«La crueldad, la crueldad imprudente», replicó él, con mucho sentimiento, «de separar, o de intentar separar, a dos jóvenes unidos desde hace tiempo por el afecto es terrible. La señora Ferrars no sabe lo que puede estar haciendo, a qué puede empujar a su hijo. He visto al señor Ferrars dos o tres veces en Harley Street, y me agrada mucho. No es un joven con quien uno pueda llegar a tener intimidad en poco tiempo, pero lo he tratado lo bastante para desearle bien por él mismo, y como amigo de usted se lo deseo todavía más. Tengo entendido que piensa ordenarse. ¿Tendría usted la bondad de decirle que el beneficio de Delaford, que acaba de quedar vacante, según me informa el correo de hoy, es suyo, si lo juzga digno de aceptarse? Aunque *eso*, quizá, en las desafortunadas circunstancias en que ahora se encuentra, sea absurdo ponerlo en duda; solo quisiera que valiera más. Es una parroquia, pero pequeña; el último titular, creo, no sacaba más de doscientas libras al año, y aunque sin duda puede mejorarse, me temo que no tanto como para proporcionarle unos ingresos muy holgados. Tal como es, sin embargo, mi placer en presentarlo para él será muy grande. Le ruego que se lo asegure».

El asombro de Elinor ante este encargo difícilmente habría sido mayor si el coronel le hubiera estado ofreciendo de verdad su mano. El nombramiento que solo dos días antes había considerado imposible pa-

ra Edward ya estaba a su disposición para permitirle casarse; ¡y era *ella*, entre todas las personas del mundo, la elegida para otorgarlo! Su emoción fue tal como la señora Jennings la había atribuido a una causa muy distinta; pero, fueran cuales fueran los sentimientos menores, menos puros, menos agradables, que tuvieran parte en esa emoción, su estima por la benevolencia general y su gratitud por la amistad particular que juntas movían al coronel Brandon a este acto fueron intensamente sentidas y calurosamente expresadas. Se lo agradeció de todo corazón, habló de los principios y el carácter de Edward con el elogio que sabía que merecían, y prometió encargarse de la comisión con gusto, si de verdad él deseaba ceder a otro un oficio tan grato. Pero al mismo tiempo no pudo menos que pensar que nadie podría desempeñarlo tan bien como él mismo. Era, en suma, un oficio del que, poco dispuesta a causar a Edward el dolor de recibir un favor de *ella*, habría estado muy contenta de verse libre; pero como el coronel Brandon, por motivos de igual delicadeza, lo declinaba también, y aun así parecía tan deseoso de que se hiciera por medio de ella, no quiso de ningún modo oponerse más. Edward, creía ella, seguía en la ciudad, y por fortuna había oído su dirección de boca de la señorita Steele. Podía, pues, comprometerse a informarle en el curso del día. Una vez arreglado esto, el coronel Brandon empezó a hablar de lo que él mismo ganaba con asegurarse un vecino tan respetable y agradable, y *entonces* fue cuando mencionó con pesar que la casa era pequeña y modesta; un mal al que Elinor, como la señora Jennings había supuesto, restó toda importancia, al menos en lo tocante a su tamaño.

«Lo pequeño de la casa», dijo ella, «no me imagino que les cause ningún inconveniente, porque estará en proporción con su familia y sus ingresos».

Con lo cual el coronel se sorprendió al descubrir que *ella* consideraba el matrimonio del señor Ferrars como consecuencia segura de la presentación; porque él no creía posible que el beneficio de Delaford proporcionara unos ingresos tales que alguien de su condición se aven-

turara a establecerse con ellos, y así lo dijo.

«Esta pequeña parroquia no *puede* hacer más que permitir al señor Ferrars vivir con comodidad siendo soltero; no puede permitirle casarse. Siento decir que mi patronazgo termina aquí, y mi influencia apenas llega más lejos. Si, no obstante, por un azar imprevisto estuviera en mi mano servirle más, tendría que pensar de él de un modo muy distinto del que ahora pienso si no estuviera entonces tan dispuesto a serle útil como sinceramente quisiera poder serlo en este momento. Lo que hago ahora, en verdad, no parece nada en absoluto, pues puede acercarlo tan poco a lo que ha de ser su principal, su único objeto de felicidad. Su matrimonio seguirá siendo un bien lejano; al menos, me temo que no podrá ser muy pronto».

Tal fue la frase que, mal entendida, ofendió con tanta razón los delicados sentimientos de la señora Jennings; pero, después de esta narración de lo que en realidad pasó entre el coronel Brandon y Elinor mientras estaban junto a la ventana, la gratitud expresada por ella al separarse quizá parezca, en general, no menos razonablemente suscitada ni menos apropiadamente expresada que si hubiera nacido de una proposición de matrimonio.

Capítulo XL

«Bien, señorita Dashwood», dijo la señora Jennings, sonriendo con aire sagaz, en cuanto el caballero se hubo retirado, «no le pregunto qué le ha estado diciendo el coronel; porque, aunque, palabra de honor, *intenté* no oír, no pude evitar captar lo bastante para entender a qué venía. Y le aseguro que nunca en mi vida me he alegrado más, y la felicito de todo corazón».

«Gracias, señora», dijo Elinor. «Es motivo de gran alegría para mí; y siento muy vivamente la bondad del coronel Brandon. No hay muchos hombres que obrarían como él lo ha hecho. ¡Poca gente tiene un corazón tan compasivo! Nunca en mi vida me he asombrado más».

«¡Válgame, querida, qué modesta es usted! A mí no me asombra en lo más mínimo, porque últimamente he pensado muchas veces que no había nada más probable».

«Usted juzgaba por lo que sabe de la benevolencia general del coronel; pero al menos no podía prever que la ocasión se presentaría tan pronto».

«¡La ocasión!», repitió la señora Jennings. «¡Oh!, en cuanto a eso, cuando un hombre se ha decidido una vez a algo así, de un modo u otro pronto encuentra la ocasión. Bueno, querida, la felicito una y otra vez; y si alguna vez hubo en el mundo una pareja feliz, creo que pronto sabré dónde buscarla».

«Supongo que piensa ir a Delaford a visitarlos», dijo Elinor, con una leve sonrisa.

«Sí, querida, eso pienso, de veras. Y en cuanto a que la casa sea mala, no sé a qué se refiere el coronel, porque es tan buena como la mejor que he visto».

«Dijo que estaba en mal estado».

«Bueno, ¿y de quién es la culpa? ¿Por qué no la arregla? ¿Quién ha-

bría de hacerlo sino él mismo?».

Las interrumpió la entrada del criado, que venía a anunciar que el carruaje estaba a la puerta; y la señora Jennings, disponiéndose de inmediato a salir, dijo:

«Bueno, querida, tengo que irme antes de haber dicho la mitad de lo que tenía que decir. Pero, en fin, podremos hablarlo todo esta noche, porque estaremos completamente solas. No le pido que venga conmigo, porque me atrevo a decir que tiene la cabeza demasiado llena del asunto para querer compañía; y además debe de estar deseando contárselo todo a su hermana».

Marianne había salido de la habitación antes de que empezara la conversación.

«Desde luego, señora, se lo contaré a Marianne; pero por ahora no se lo mencionaré a nadie más».

«¡Oh, muy bien!», dijo la señora Jennings, algo decepcionada. «Entonces no querrá que se lo cuente a Lucy, porque pienso llegarme hasta Holborn hoy».

«No, señora, ni siquiera a Lucy, por favor. Un día de demora no tendrá mucha importancia; y hasta que yo le haya escrito al señor Ferrars, creo que no debe mencionarse a nadie más. Lo *haré* enseguida. Es importante no perder tiempo con él, porque, naturalmente, tendrá mucho que hacer en relación con su ordenación».

Estas palabras desconcertaron al principio muchísimo a la señora Jennings. No pudo comprender de inmediato por qué había que escribirle al señor Ferrars sobre el asunto con tanta prisa. Unos momentos de reflexión, sin embargo, le inspiraron una idea muy feliz, y exclamó:

«¡Ajá! Ya la entiendo. El señor Ferrars va a ser el hombre. Bueno, tanto mejor para él. Sí, claro, tiene que estar ordenado a tiempo; y me alegro mucho de ver que las cosas están tan adelantadas entre ustedes. Pero, querida, ¿no es esto algo impropio? ¿No debería escribirle el propio coronel? Él es, sin duda, la persona indicada».

Elinor no entendió del todo el principio de lo que dijo la señora

Jennings, ni le pareció que valiera la pena indagarlo; y por eso solo respondió a la conclusión.

«El coronel Brandon es un hombre tan delicado que prefería que cualquier otra persona anunciara sus intenciones al señor Ferrars antes que él mismo».

«Y así es *usted* la que tiene que hacerlo. ¡Pues sí que es una clase rara de delicadeza *esa*! En fin, no la molestaré (viéndola disponerse a escribir). Usted sabe mejor que nadie lo que le concierne. Así que adiós, querida. No había sabido de nada que me agradara tanto desde que Charlotte dio a luz».

Y se marchó; pero volvió al momento:

«Acabo de acordarme de la hermana de Betty, querida. Me alegraría mucho conseguirle una señora tan buena. Pero si serviría como doncella de una dama, la verdad es que no sabría decirlo. Es una excelente criada de casa, y cose muy bien. En fin, usted pensará en todo eso cuando tenga tiempo».

«Desde luego, señora», respondió Elinor, sin oír gran cosa de lo que decía, y más deseosa de quedarse sola que de dominar el tema.

Cómo empezar, cómo expresarse en su nota a Edward, era ahora toda su preocupación. Las circunstancias particulares que había entre ellos hacían difícil lo que para cualquier otra persona habría sido la cosa más fácil del mundo; pero temía igualmente decir demasiado o demasiado poco, y se quedó sentada, deliberando sobre su papel, con la pluma en la mano, hasta que la interrumpió la entrada del propio Edward.

Él se había encontrado con la señora Jennings en la puerta cuando esta iba hacia el carruaje, al venir a dejar su tarjeta de despedida; y ella, tras disculparse por no volver a entrar, lo había obligado a pasar diciéndole que la señorita Dashwood estaba arriba y quería hablar con él de un asunto muy particular.

Elinor acababa de felicitarse, en medio de su perplejidad, de que, por difícil que fuera expresarse adecuadamente por carta, al menos

era preferible a dar la noticia de viva voz, cuando entró su visitante para obligarla a ese mayor esfuerzo de todos. Su asombro y su confusión fueron muy grandes ante una aparición tan repentina. No lo había visto desde que su compromiso se hizo público, y por tanto no desde que él supo que ella estaba enterada; lo cual, junto con la conciencia de lo que había estado pensando y de lo que tenía que decirle, la hizo sentirse particularmente incómoda durante algunos minutos. También él estaba muy turbado; y se sentaron juntos en un estado de embarazo de lo más prometedor. Si le había pedido perdón por su intromisión al entrar en la habitación, él no podía recordarlo; pero, decidido a no correr riesgos, presentó sus disculpas en debida forma en cuanto pudo decir algo, después de tomar asiento.

«La señora Jennings me dijo», dijo él, «que usted deseaba hablar conmigo, al menos así lo entendí, pues de lo contrario no me habría presentado ante usted de este modo; aunque, al mismo tiempo, habría sentido muchísimo dejar Londres sin verlas a usted y a su hermana; sobre todo porque lo más probable es que pase algún tiempo... no es probable que tenga pronto el placer de volver a verlas. Mañana me voy a Oxford».

«No se habría ido, sin embargo», dijo Elinor, reponiéndose y resuelta a pasar cuanto antes por lo que tanto temía, «sin recibir nuestros buenos deseos, aunque no hubiéramos podido dárselos en persona. La señora Jennings tenía toda la razón en lo que dijo. Tengo algo importante que comunicarle, y estaba a punto de hacerlo por escrito. Se me ha confiado un encargo de lo más agradable (respirando algo más deprisa de lo habitual mientras hablaba). El coronel Brandon, que estuvo aquí hace solo diez minutos, me ha pedido que le diga que, como tiene entendido que usted piensa ordenarse, tiene mucho gusto en ofrecerle el beneficio de Delaford, que acaba de quedar vacante, y que solo quisiera que valiera más. Permítame felicitarlo por tener un amigo tan respetable y de tan buen juicio, y sumarme a su deseo de que el beneficio, que es de unas doscientas libras al año, fuera mucho más con-

siderable, y tal que pudiera permitirle mejor... que pudiera ser algo más que un acomodo pasajero para usted... tal, en suma, que pudiera dar cumplimiento a todos sus proyectos de felicidad».

Lo que Edward sintió, puesto que él mismo no pudo decirlo, no cabe esperar que otro lo diga por él. *Mostró* en su semblante todo el asombro que una noticia tan inesperada, tan impensada, no podía dejar de provocar; pero solo dijo estas dos palabras:

«¡El coronel Brandon!».

«Sí», continuó Elinor, cobrando más resolución, ya que había pasado parte de lo peor, «el coronel Brandon lo hace como testimonio de su interés por lo que ha ocurrido últimamente, por la cruel situación en que lo ha puesto la conducta injustificable de su familia, un interés que estoy segura de que Marianne, yo misma y todos sus amigos debemos compartir; y también como prueba de su alta estima por su carácter en general, y de su particular aprobación de su comportamiento en la presente ocasión».

«¡El coronel Brandon darme a *mí* un beneficio! ¿Es posible?».

«La falta de bondad de sus propios parientes ha hecho que le asombre encontrar amistad en alguna parte».

«No», replicó él, con repentina conciencia, «no encontrarla en *usted*; porque no puedo ignorar que a usted, a su bondad, se lo debo todo. Lo siento... lo expresaría si pudiera... pero, como bien sabe, no soy orador».

«Está muy equivocado. Le aseguro que se lo debe enteramente, o al menos casi enteramente, a su propio mérito y a que el coronel Brandon ha sabido reconocerlo. Yo no he tenido parte en ello. Ni siquiera sabía, hasta que entendí su propósito, que el beneficio estaba vacante; ni se me había ocurrido nunca que él pudiera tener semejante beneficio a su disposición. Como amigo mío, de mi familia, quizá él tenga... en verdad sé que *tiene* un placer aún mayor en otorgarlo; pero, palabra, no le debe usted nada a mi intercesión».

La verdad la obligaba a reconocer una pequeña parte en la acción,

pero al mismo tiempo era tan reacia a aparecer como benefactora de Edward que lo reconoció con vacilación; lo cual probablemente contribuyó a fijar en la mente de él aquella sospecha que hacía poco había entrado en ella. Durante un rato permaneció sentado, sumido en sus pensamientos, después de que Elinor dejó de hablar; al fin, y como si le costara cierto esfuerzo, dijo:

«El coronel Brandon parece un hombre de gran valía y respetabilidad. Siempre he oído hablar de él en esos términos, y sé que su hermano lo estima mucho. Es sin duda un hombre de juicio, y en sus modales un perfecto caballero».

«En efecto», respondió Elinor, «creo que, cuando lo trate más, descubrirá que es todo lo que ha oído decir de él; y como van a ser vecinos tan cercanos (pues tengo entendido que la casa parroquial está casi pegada a la casa señorial), es particularmente importante que *sea* todo eso».

Edward no respondió; pero, cuando ella hubo vuelto la cabeza, le dirigió una mirada tan seria, tan intensa, tan poco alegre, que parecía decir que en adelante quizá desearía que la distancia entre la casa parroquial y la casa señorial fuera mucho mayor.

«El coronel Brandon, creo, se aloja en St. James's Street», dijo él poco después, levantándose de la silla.

Elinor le dijo el número de la casa.

«Debo darme prisa, entonces, para darle las gracias que usted no me permite darle a *usted*; para asegurarle que ha hecho de mí un hombre muy... extraordinariamente feliz».

Elinor no intentó retenerlo; y se separaron, con una muy sincera seguridad por parte de *ella* de sus constantes buenos deseos por su felicidad en cualquier cambio de situación que pudiera sobrevenirle; y por parte de *él*, más con un intento de corresponder a esa misma buena voluntad que con la capacidad de expresarla.

«Cuando vuelva a verlo», se dijo Elinor cuando la puerta se cerró tras él, «lo veré convertido en el marido de Lucy».

Y con esta grata perspectiva se sentó a reconsiderar el pasado, a recordar las palabras y a tratar de comprender todos los sentimientos de Edward; y, por supuesto, a reflexionar con descontento sobre los suyos.

Cuando la señora Jennings volvió a casa, aunque regresaba de ver a gente a la que nunca antes había visto, y de la que, por tanto, debía de tener mucho que decir, su mente estaba tanto más ocupada por el importante secreto que poseía que por ninguna otra cosa, que volvió sobre él en cuanto apareció Elinor.

«Bueno, querida», exclamó, «le mandé arriba al joven. ¿No hice bien? Y supongo que no tuvo usted gran dificultad... ¿No lo encontró muy reacio a aceptar su propuesta?».

«No, señora; *eso* no era muy probable».

«Bueno, ¿y cuándo estará listo? Porque parece que todo depende de eso».

«La verdad», dijo Elinor, «sé tan poco de esta clase de trámites que apenas puedo siquiera hacer conjeturas sobre el tiempo o los preparativos necesarios; pero supongo que en dos o tres meses habrá completado su ordenación».

«¡Dos o tres meses!», exclamó la señora Jennings. «¡Válgame, querida, con qué calma lo dice! ¡Y es capaz el coronel de esperar dos o tres meses! ¡Válgame Dios! ¡Estoy segura de que a *mí* me haría perder del todo la paciencia! Y aunque a una le encantaría hacerle un favor al pobre señor Ferrars, de veras creo que no vale la pena esperar dos o tres meses por él. Seguro que podría encontrarse a otro que sirviera igual; alguien que ya esté ordenado».

«Mi querida señora», dijo Elinor, «¿en qué está pensando? Pero si el único objeto del coronel Brandon es ser útil al señor Ferrars».

«¡Dios la bendiga, querida! ¡No pretenderá convencerme de que el coronel se casa con usted solo para darle diez guineas al señor Ferrars!».

El engaño no pudo continuar después de esto; y enseguida tuvo lu-

gar una explicación que a ambas les proporcionó considerable diversión por el momento, sin pérdida apreciable de felicidad para ninguna de las dos, pues la señora Jennings no hizo más que cambiar una forma de deleite por otra, y aun sin renunciar a su esperanza en la primera.

«Sí, sí, la casa parroquial es pequeña», dijo, una vez pasada la primera efervescencia de sorpresa y satisfacción, «y muy posiblemente *esté* en mal estado; ¡pero oír a un hombre disculparse, como yo creía, por una casa que, que yo sepa, tiene cinco salas en la planta baja, y en la que, según creo que me dijo el ama de llaves, pueden prepararse quince camas! ¡Y ante usted, nada menos, que estaba acostumbrada a vivir en la casita de Barton! Parece de lo más ridículo. Pero, querida, tenemos que azuzar al coronel para que haga algo en la casa parroquial y la deje cómoda para ellos antes de que Lucy se vaya a vivir allí».

«Pero el coronel Brandon no parece tener idea de que el beneficio baste para permitirles casarse».

«El coronel es un bobo, querida; como él tiene dos mil libras al año, cree que nadie puede casarse con menos. Créame que, si estoy viva, le haré una visita a la casa parroquial de Delaford antes de San Miguel; y estoy segura de que no iré si Lucy no está allí».

Elinor era enteramente de su opinión en cuanto a la probabilidad de que no esperaran a nada más.

Capítulo XLI

Edward, tras llevar su agradecimiento al coronel Brandon, se dirigió con su felicidad a casa de Lucy; y tan desbordante era esta para cuando llegó a Bartlett's Buildings, que ella pudo asegurar a la señora Jennings, que fue a visitarla de nuevo al día siguiente para darle sus parabienes, que nunca en su vida lo había visto de tan buen ánimo.

Su propia felicidad y su propio ánimo eran, al menos, muy seguros; y se unió de todo corazón a la señora Jennings en la esperanza de verse todos cómodamente reunidos en la casa parroquial de Delaford antes de San Miguel. Al mismo tiempo, tan lejos estaba de cualquier reticencia a reconocerle a Elinor el mérito que Edward *quería* reconocerle, que habló de la amistad de ella hacia ambos con la gratitud más cálida, se mostró dispuesta a admitir todo lo que le debían y declaró abiertamente que ningún esfuerzo en su favor por parte de la señorita Dashwood, ni presente ni futuro, la sorprendería jamás, pues la creía capaz de hacer cualquier cosa en el mundo por aquellos a quienes de veras apreciaba. En cuanto al coronel Brandon, no solo estaba dispuesta a venerarlo como a un santo, sino que además deseaba sinceramente que se le tratara como tal en todos los asuntos mundanos: deseaba que sus diezmos se elevaran al máximo, y estaba poco menos que resuelta a servirse en Delaford, tanto como le fuera posible, de sus criados, su coche, sus vacas y sus aves de corral.

Hacía ya más de una semana que John Dashwood había estado de visita en Berkeley Street, y como desde entonces no habían dado ninguna muestra de interés por la indisposición de su esposa, aparte de una pregunta de palabra, Elinor empezó a sentir que era necesario hacerle una visita. Era esta, sin embargo, una obligación que no solo contrariaba su propia inclinación, sino que no contaba con el apoyo de ningún estímulo por parte de sus compañeras. Marianne, no contenta

con negarse rotundamente a ir ella misma, se empeñó con mucha insistencia en impedir que su hermana fuera; y la señora Jennings, aunque su coche estaba siempre a disposición de Elinor, detestaba tanto a la señora de John Dashwood, que ni siquiera la curiosidad de ver qué aspecto tenía después del reciente descubrimiento, ni su vivo deseo de afrentarla tomando el partido de Edward, lograron vencer su renuencia a estar de nuevo en su compañía. La consecuencia fue que Elinor salió sola a hacer una visita para la cual nadie podía, en verdad, tener menos ganas, y a correr el riesgo de un *tête-à-tête* con una mujer a la que ninguna de las otras dos tenía tantos motivos para aborrecer como ella.

La señora de John Dashwood no recibía; pero antes de que el coche pudiera dar la vuelta frente a la casa, su marido salió por casualidad. Expresó gran placer al encontrarse con Elinor, le dijo que justamente iba a ir de visita a Berkeley Street y, asegurándole que Fanny se alegraría mucho de verla, la invitó a entrar.

Subieron al salón. No había nadie.

«Fanny está en su cuarto, supongo», dijo él; «iré a buscarla enseguida, pues estoy seguro de que no tendrá la menor objeción del mundo en verte *a ti*. Muy al contrario, por cierto. *Ahora* sobre todo no puede haber... pero, en fin, Marianne y tú fueron siempre grandes favoritas. ¿Por qué no ha querido venir Marianne?».

Elinor la excusó como pudo.

«No me disgusta verte a solas», respondió él, «porque tengo mucho que decirte. Este beneficio del coronel Brandon... ¿puede ser cierto?, ¿de veras se lo ha dado a Edward? Lo oí ayer por casualidad, e iba a verte expresamente para averiguar algo más».

«Es completamente cierto. El coronel Brandon le ha dado a Edward el beneficio de Delaford».

«¡De veras! ¡Vaya, esto es asombrosísimo! ¡Sin parentesco alguno! ¡Sin ningún vínculo entre ellos! ¡Y ahora que los beneficios se pagan a tan alto precio! ¿Cuánto rinde este?».

«Unas doscientas libras al año».

«Muy bien; y por el derecho a la próxima provisión de un beneficio de ese valor (suponiendo que el titular anterior hubiera sido viejo y achacoso, y que fuera probable que lo dejara vacante pronto) podría haber sacado, me atrevo a decir... mil cuatrocientas libras. ¿Y cómo es que no arregló ese asunto antes de la muerte de esa persona? *Ahora*, en efecto, sería demasiado tarde para venderlo, ¡pero un hombre del juicio del coronel Brandon! ¡Me asombra que haya sido tan imprevisor en un asunto de interés tan común, tan natural! En fin, estoy convencido de que hay muchísima incoherencia en casi todos los caracteres humanos. Supongo, sin embargo (pensándolo bien), que el caso puede ser probablemente *este*. Edward solo ocupará el beneficio hasta que la persona a quien el coronel ha vendido en realidad el derecho de provisión tenga edad suficiente para tomarlo. Sí, sí, eso es lo que pasa, puedes estar segura».

Elinor, sin embargo, lo desmintió con toda firmeza; y al contarle que ella misma se había encargado de transmitirle a Edward el ofrecimiento del coronel Brandon y que, por tanto, debía de conocer las condiciones en que se había hecho, lo obligó a someterse a su autoridad.

«¡Es verdaderamente asombroso!», exclamó él, después de oír lo que ella dijo; «¿cuál pudo ser el motivo del coronel?».

«Uno muy sencillo: serle útil al señor Ferrars».

«Bueno, bueno; sea lo que sea el coronel Brandon, Edward es un hombre con mucha suerte. Pero no le menciones el asunto a Fanny, porque, aunque ya se lo he comunicado y lo lleva extraordinariamente bien, no le gustará oír hablar mucho de él».

Elinor tuvo aquí cierta dificultad para contenerse y no observar que, a su juicio, Fanny bien podría haber llevado con serenidad un aumento de riqueza de su hermano con el cual ni ella ni su hijo podían en modo alguno empobrecerse.

«La señora Ferrars», añadió él, bajando la voz hasta el tono que convenía a un asunto de tanta importancia, «no sabe nada por ahora, y

creo que lo mejor será ocultárselo por completo todo el tiempo que se pueda. Cuando se celebre la boda, me temo que tendrá que enterarse de todo».

«Pero ¿por qué habría que tomar tantas precauciones? Aunque no cabe suponer que a la señora Ferrars pueda darle la menor satisfacción saber que su hijo tiene dinero suficiente para vivir (pues *eso* está totalmente fuera de cuestión), ¿por qué, después de su reciente conducta, se supone que haya de sentir nada en absoluto? Ha terminado con su hijo, lo ha desechado para siempre, y ha hecho que todos aquellos sobre quienes tenía alguna influencia lo desecharan también. Ciertamente, después de hacer eso, no puede imaginarse que sea susceptible de ninguna impresión de pena ni de alegría por causa de él; no puede interesarle nada de lo que le ocurra. ¡No sería tan débil como para renunciar al consuelo de un hijo y conservar, sin embargo, la ansiedad de una madre!».

«¡Ah, Elinor!», dijo John, «tu razonamiento es muy bueno, pero se funda en la ignorancia de la naturaleza humana. Cuando se celebre el desdichado casamiento de Edward, puedes estar segura de que su madre lo sentirá tanto como si nunca lo hubiera repudiado; y, por lo tanto, toda circunstancia que pueda apresurar ese terrible acontecimiento debe ocultársele en lo posible. La señora Ferrars nunca podrá olvidar que Edward es su hijo».

«Me sorprendes; yo habría pensado que a *estas* alturas casi se le habría borrado de la memoria».

«La juzgas muy injustamente. La señora Ferrars es una de las madres más cariñosas del mundo».

Elinor guardó silencio.

«*Ahora* pensamos», dijo el señor Dashwood, tras una breve pausa, «en casar a *Robert* con la señorita Morton».

Elinor, sonriendo ante la importancia grave y decisiva del tono de su hermano, respondió con calma:

«La dama, supongo, no tiene elección en el asunto».

«¡Elección! ¿Qué quieres decir?».

«Solo quiero decir que supongo, por tu manera de hablar, que a la señorita Morton le dará lo mismo casarse con Edward que con Robert».

«Desde luego, no puede haber diferencia alguna; porque Robert será considerado ahora, a todos los efectos, como el hijo mayor; y en cuanto a lo demás, ambos son jóvenes muy agradables: no sé que uno sea superior al otro».

Elinor no dijo nada más, y John también guardó silencio durante un rato. Sus reflexiones terminaron así:

«De *una* cosa, mi querida hermana», tomándole la mano con afecto y hablando en un susurro solemne, «puedo asegurarte; y *voy* a hacerlo, porque sé que te ha de complacer. Tengo buenas razones para pensar (de hecho lo sé de la mejor fuente, o no lo repetiría, pues de otro modo estaría muy mal decir nada al respecto), pero lo sé de la mejor de las fuentes (no es que yo haya oído decirlo exactamente a la propia señora Ferrars, pero su hija *sí*, y yo lo sé por ella), que, en suma, cualesquiera que fuesen las objeciones contra cierta... cierta unión (ya me entiendes), le habría sido muchísimo preferible, no le habría causado ni la mitad del disgusto que le causa *esta*. Me agradó sobremanera saber que la señora Ferrars lo consideraba de ese modo; una circunstancia muy grata, ¿sabes?, para todos nosotros. “Habría sido sin comparación”, dijo ella, “el menor de los dos males, y *ahora* se daría por contenta con transigir por nada peor”. Pero, en fin, todo eso está completamente fuera de cuestión; no hay que pensarlo ni mencionarlo; en cuanto a cualquier afecto, ya sabes, nunca podría ser; todo eso ha pasado. Pero pensé que debía contártelo, porque sabía cuánto te había de agradar. No es que tengas motivo alguno para lamentarte, mi querida Elinor. No hay duda de que te irá extraordinariamente bien; igual de bien, o mejor quizá, considerándolo todo. ¿Ha estado el coronel Brandon con ustedes últimamente?».

Elinor había oído bastante, si no para halagar su vanidad y acrecen-

tar la estima de sí misma, sí para agitarle los nervios y ocuparle el pensamiento; y por eso se alegró de que la entrada del señor Robert Ferrars la librara de la necesidad de responder gran cosa y del peligro de oír algo más de boca de su hermano. Tras unos momentos de charla, John Dashwood, recordando que Fanny aún no estaba informada de la presencia de su cuñada, salió de la habitación a buscarla; y Elinor quedó a solas para ampliar su trato con Robert, quien, con la alegre despreocupación, con la feliz complacencia en sí mismo de sus maneras mientras disfrutaba de un reparto tan injusto del amor y la generosidad de su madre, en perjuicio de su hermano desterrado, ganado únicamente por su propia vida disipada y por la integridad de ese hermano, estaba confirmando la opinión más desfavorable que ella tenía de su cabeza y de su corazón.

Apenas llevaban dos minutos solos cuando él empezó a hablar de Edward; pues también él se había enterado del beneficio y se mostraba muy curioso al respecto. Elinor le repitió los pormenores tal como se los había dado a John; y su efecto en Robert, aunque muy distinto, no fue menos llamativo que el que habían tenido en *aquel*. Se rio de la manera más desmedida. La idea de que Edward fuera clérigo y viviera en una pequeña casa parroquial lo divertía sin medida; y cuando a eso se añadió la imagen fantasiosa de Edward leyendo las oraciones con una sobrepelliz blanca y publicando las amonestaciones matrimoniales entre John Smith y Mary Brown, no pudo concebir nada más ridículo.

Elinor, mientras aguardaba en silencio y con inmutable gravedad el término de semejante necedad, no pudo evitar que sus ojos se fijaran en él con una mirada que expresaba todo el desprecio que aquello le inspiraba. Fue, sin embargo, una mirada muy bien empleada, pues alivió sus propios sentimientos y a él no le reveló nada. Robert pasó del ingenio a la cordura no por reproche alguno de ella, sino por su propia sensibilidad.

«Podemos tomarlo a broma», dijo al fin, reponiéndose de la risa afectada con que había prolongado considerablemente la alegría genui-

na del momento, «pero, por mi alma, es un asunto de lo más serio. ¡Pobre Edward! Está arruinado para siempre. Lo siento muchísimo, porque sé que es una criatura de muy buen corazón; un muchacho tan bienintencionado, quizá, como el que más en el mundo. No debe usted juzgarlo, señorita Dashwood, por el escaso trato que *usted* ha tenido con él. ¡Pobre Edward! Sus modales no son, desde luego, los más afortunados del mundo. Pero no todos nacemos, ya sabe usted, con las mismas dotes, con el mismo desenvolvimiento. ¡Pobre muchacho! ¡Verlo en un círculo de desconocidos! ¡Desde luego que daba bastante lástima! Pero, por mi alma, creo que tiene tan buen corazón como el que más en el reino; y le declaro y le aseguro que nunca en mi vida me impresioné tanto como cuando todo salió a la luz. No podía creerlo. Mi madre fue la primera persona que me lo contó; y yo, sintiéndome llamado a obrar con resolución, le dije inmediatamente: "Mi querida señora, no sé lo que usted se propone hacer en esta ocasión, pero en cuanto a mí, debo decirle que, si Edward se casa con esa joven, no volveré a verlo nunca más". Eso fue lo que dije inmediatamente. ¡Me impresioné de un modo de lo más extraordinario, de veras! ¡Pobre Edward! Se ha perdido por completo; ¡se ha cerrado para siempre las puertas de toda sociedad decente! Pero, como le dije enseguida a mi madre, no me sorprende en lo más mínimo; dado el tipo de educación que recibió, era de esperar desde siempre. Mi pobre madre estaba medio fuera de sí».

«¿Ha visto usted alguna vez a la dama?».

«Sí; una vez, mientras ella se alojaba en esta casa, se me ocurrió pasar por aquí diez minutos, y la vi lo bastante. La más torpe de las muchachas de campo, sin estilo ni elegancia, y casi sin belleza. La recuerdo perfectamente. Justo el tipo de muchacha que yo supondría capaz de cautivar al pobre Edward. Me ofrecí inmediatamente, en cuanto mi madre me contó el asunto, a hablar yo mismo con él y disuadirlo de ese casamiento; pero vi que *entonces* ya era demasiado tarde para hacer nada, porque, por desgracia, yo no estaba presente al principio y

no supe nada hasta después de que se produjo la ruptura, cuando ya no me correspondía a mí, ya sabe usted, intervenir. Pero si me hubieran informado unas horas antes, creo que es muy probable que se hubiera dado con algo. Desde luego que yo se lo habría pintado a Edward con colores muy vivos. "Mi querido amigo", le habría dicho, "piensa en lo que haces. Estás contrayendo una unión de lo más vergonzosa, y de esas que tu familia desaprueba por unanimidad". No puedo dejar de pensar, en suma, que se habrían podido encontrar medios. Pero ahora ya es demasiado tarde. Se morirá de hambre, ¿sabe usted?; eso es seguro; se morirá de hambre sin remedio».

Acababa de zanjar esta cuestión con gran compostura cuando la entrada de la señora de John Dashwood puso fin al tema. Pero aunque *ella* nunca hablaba de ello fuera de su propia familia, Elinor pudo ver su influjo en su ánimo, en algo semejante a la confusión que mostraba su semblante al entrar y en un intento de cordialidad en su trato con ella. Llegó incluso a lamentar que Elinor y su hermana fueran a dejar la ciudad tan pronto, pues había esperado verlas más; un esfuerzo en el cual su marido, que la acompañó al entrar en la habitación y quedó prendado de sus palabras, pareció distinguir todo lo más afectuoso y gentil.

Capítulo XLII

Otra breve visita a Harley Street, en la cual Elinor recibió las felicitaciones de su hermano por poder viajar tan lejos en dirección a Barton sin gasto alguno, y porque el coronel Brandon fuera a seguirlas a Cleveland al cabo de uno o dos días, completó el trato entre el hermano y las hermanas en la ciudad; y una tibia invitación de Fanny a que fueran a Norland siempre que les quedara de paso, lo cual era lo más improbable del mundo, junto con una seguridad más cálida, aunque menos pública, de John a Elinor sobre la prontitud con que iría a verla a Delaford, fue todo lo que auguró algún encuentro en el campo.

Le divertía observar que todos sus amigos parecían decididos a mandarla a Delaford; un lugar que, entre todos, era el que ahora menos habría escogido para visitar o en el que menos habría deseado residir; pues no solo su hermano y la señora Jennings lo consideraban su futuro hogar, sino que incluso Lucy, al despedirse, le hizo una apremiante invitación a visitarla allí.

A comienzos de abril, y bastante temprano en el día, los dos grupos de Hanover Square y de Berkeley Street salieron de sus respectivas casas para encontrarse, según lo convenido, en el camino. Por la comodidad de Charlotte y de su hijo, iban a tardar más de dos días en el viaje, y el señor Palmer, que viajaba con más rapidez junto con el coronel Brandon, se reuniría con ellos en Cleveland poco después de su llegada.

Marianne, por pocas que hubieran sido sus horas de bienestar en Londres y por ansiosa que hubiera estado desde hacía tiempo por dejarla, no pudo, llegado el momento, decir adiós sin gran dolor a la casa en la que había gozado por última vez de aquellas esperanzas y de aquella confianza en Willoughby que ahora estaban extinguidas para siempre. Tampoco pudo dejar sin derramar muchas lágrimas el lugar

donde Willoughby se quedaba, ocupado en nuevos compromisos y nuevos proyectos en los que *ella* no podía tener parte alguna.

La satisfacción de Elinor, en el momento de la partida, era más rotunda. No tenía semejante objeto en que fijar sus pensamientos rezagados, no dejaba atrás a ninguna criatura de la que separarse para siempre le fuera a causar un momento de pesar, le complacía verse libre de la persecución de la amistad de Lucy, agradecía llevarse a su hermana sin que Willoughby la hubiera visto desde su boda, y aguardaba con esperanza lo que unos pocos meses de tranquilidad en Barton pudieran hacer para devolverle a Marianne la paz de espíritu y afianzar la suya propia.

El viaje se hizo sin contratiempos. El segundo día los llevó al querido, o al prohibido, condado de Somerset, pues de ambas maneras lo contemplaba alternativamente la imaginación de Marianne; y en la mañana del tercero llegaron en coche a Cleveland.

Cleveland era una casa espaciosa, de construcción moderna, situada sobre un prado en pendiente. No tenía parque, pero los jardines de recreo eran bastante extensos; y como todos los demás lugares del mismo grado de importancia, tenía su arboleda abierta y su paseo de bosque más cerrado; un camino de grava lisa, que serpenteaba alrededor de una plantación, conducía a la fachada; el prado estaba salpicado de árboles; la casa misma se hallaba bajo la tutela del abeto, el serbal y la acacia, y una espesa pantalla de todos ellos juntos, entremezclada con altos álamos de Lombardía, ocultaba las dependencias.

Marianne entró en la casa con el corazón henchido de emoción al saberse a solo ochenta millas de Barton y a menos de treinta de Combe Magna; y antes de llevar cinco minutos entre sus muros, mientras los demás se afanaban en ayudar a Charlotte a mostrarle su hijo al ama de llaves, volvió a salir, escabulléndose por los sinuosos senderos entre arbustos, que justo empezaban a ponerse hermosos, para alcanzar una lejana eminencia; desde cuyo templete griego su mirada, vagando por una amplia extensión de campo hacia el sudeste, pudo po-

sarse con ternura en la cresta de colinas más lejana del horizonte e imaginar que desde sus cumbres se podría divisar Combe Magna.

En tales momentos de preciosa, inestimable desdicha, se regocijaba entre lágrimas de angustia de estar en Cleveland; y al volver a la casa por otro camino, sintiendo todo el feliz privilegio de la libertad campestre, de vagar de un lugar a otro en una soledad libre y deleitosa, resolvió dedicar casi todas las horas de todos los días que permaneciera con los Palmer al placer de tales paseos solitarios.

Regresó justo a tiempo para unirse a los demás cuando salían de la casa para recorrer sus alrededores más inmediatos; y el resto de la mañana se fue fácilmente, paseando sin prisa por la huerta, examinando la floración de sus muros y escuchando las lamentaciones del jardinero sobre las plagas; vagando por el invernadero, donde la pérdida de sus plantas favoritas, expuestas sin cuidado y quemadas por la helada tardía, provocó la risa de Charlotte; y visitando su gallinero, donde, en las esperanzas frustradas de su lechera, porque las gallinas abandonaban los nidos o se las robaba un zorro, o en la rápida merma de una prometedora pollada, encontró nuevos motivos de regocijo.

La mañana estaba hermosa y seca, y Marianne, en su plan de ocupaciones al aire libre, no había contado con ningún cambio de tiempo durante su estancia en Cleveland. Con gran sorpresa, por lo tanto, se vio impedida por una lluvia persistente de volver a salir después de la comida. Había contado con un paseo al atardecer hasta el templete griego, y quizá por toda la finca, y una tarde simplemente fría o húmeda no la habría disuadido; pero una lluvia fuerte y persistente ni siquiera *ella* podía imaginarla como un tiempo seco o agradable para pasear.

El grupo era pequeño, y las horas transcurrieron tranquilamente. La señora Palmer tenía a su hijo, y la señora Jennings su bordado de tapicería; hablaron de los amigos que habían dejado atrás, organizaron los compromisos de lady Middleton y se preguntaron si el señor Palmer y el coronel Brandon pasarían de Reading aquella noche. Elinor, por poco que le interesara, se unió a la conversación; y Marianne,

que tenía el don de encontrar en cada casa el camino a la biblioteca, por mucho que la familia en general la evitara, pronto se procuró un libro.

Nada faltó por parte de la señora Palmer de cuanto un buen humor constante y amistoso pudiera hacer para que se sintieran bienvenidas. La franqueza y la cordialidad de sus maneras compensaban con creces esa falta de atención y de elegancia que la hacía a menudo descuidar las formas de la cortesía; su bondad, realzada por un rostro tan bonito, resultaba atractiva; su necedad, aunque evidente, no era desagradable, porque no era presuntuosa; y Elinor le habría perdonado todo menos su risa.

Los dos caballeros llegaron al día siguiente para una comida muy tardía, lo que supuso una grata ampliación del grupo y una variedad muy bienvenida en la conversación, que una larga mañana de la misma lluvia incesante había dejado muy decaída.

Elinor había visto tan poco al señor Palmer, y en ese poco había visto tanta variedad en su manera de tratarlas a su hermana y a ella, que no sabía qué esperar de él en el seno de su propia familia. Lo encontró, sin embargo, todo un caballero en su conducta con todos sus huéspedes, y solo grosero de vez en cuando con su esposa y con la madre de esta; lo encontró muy capaz de ser un compañero agradable, y que solo le impedía serlo siempre una excesiva propensión a creerse tan superior a la gente en general como debía de sentirse respecto de la señora Jennings y de Charlotte. En cuanto al resto de su carácter y sus costumbres, no mostraban, hasta donde Elinor pudo percibir, ningún rasgo en absoluto inusual en un hombre de su sexo y de su edad. Era exigente con la comida, irregular en sus horarios; quería a su hijo, aunque fingía desdeñarlo; y malgastaba en el billar las mañanas que debería haber dedicado a los negocios. Con todo, en conjunto le gustó mucho más de lo que había esperado, y en su fuero interno no lamentó que no pudiera gustarle más; no lamentó verse impulsada, al observar su epicureísmo, su egoísmo y su presunción, a detenerse con compla-

cencia en el recuerdo del carácter generoso, los gustos sencillos y los sentimientos modestos de Edward.

De Edward, o al menos de algunos de sus asuntos, recibió entonces noticias del coronel Brandon, que había estado hacía poco en Dorsetshire; y que, tratándola a la vez como la amiga desinteresada del señor Ferrars y como una especie de confidente suya, le habló mucho de la casa parroquial de Delaford, le describió sus deficiencias y le contó lo que él mismo pensaba hacer para remediarlas. Su comportamiento con ella en esto, como en todo lo demás, su franco placer al verla después de una ausencia de solo diez días, su buena disposición para conversar con ella y su deferencia hacia su opinión, bien podían justificar el convencimiento de la señora Jennings respecto de su afecto, y quizá habrían bastado para que Elinor misma lo sospechara, de no haber creído todavía, como desde el principio, que Marianne era su verdadera preferida. Pero, tal como estaban las cosas, semejante idea apenas le había pasado nunca por la cabeza, salvo por sugerencia de la señora Jennings; y no podía dejar de creerse la más fina observadora de las dos: ella observaba sus ojos, mientras que la señora Jennings solo pensaba en su conducta; y mientras sus miradas de ansiosa solicitud cuando Marianne empezó a sentir en la cabeza y en la garganta el comienzo de un fuerte resfriado, por no expresarse con palabras, escaparon por completo a la observación de esta última dama, *ella* supo descubrir en ellas los vivos sentimientos y la innecesaria alarma de un enamorado.

Dos deliciosos paseos al atardecer, en la tercera y la cuarta tarde de su estancia allí, no solo por la grava seca de la arboleda, sino por toda la finca, y especialmente por sus partes más alejadas, donde había algo más de agreste que en el resto, donde los árboles eran los más viejos y la hierba la más alta y la más húmeda, habían provocado a Marianne (con la ayuda de la imprudencia aún mayor de quedarse sentada con los zapatos y las medias mojados) un resfriado tan violento que, aunque durante uno o dos días lo tomó a la ligera o lo negó, aca-

baría imponiéndose, con males cada vez mayores, a la preocupación de todos y a su propia atención. Llovieron las recetas de todas partes y, como de costumbre, fueron todas rechazadas. Aunque se sentía pesada y con fiebre, con dolor en los miembros, tos y la garganta irritada, una buena noche de descanso iba a curarla por completo; y a Elinor le costó trabajo convencerla, cuando se fue a acostar, de que probara uno o dos de los remedios más sencillos.

Capítulo XLIII

Marianne se levantó a la mañana siguiente a su hora de costumbre; a cada pregunta respondió que estaba mejor, e intentó demostrarlo dedicándose a sus ocupaciones habituales. Pero un día pasado sentada junto al fuego, tiritando, con un libro en la mano que era incapaz de leer, o tendida, fatigada y lánguida, en un sofá, no hablaba mucho en favor de su mejoría; y cuando al fin se acostó temprano, cada vez más indispuesta, el coronel Brandon solo pudo asombrarse de la serenidad de su hermana, que, aunque la había atendido y cuidado todo el día, contra la voluntad de Marianne, y por la noche la había obligado a tomar las medicinas adecuadas, confiaba, como Marianne, en la certeza y la eficacia del sueño, y no sentía verdadera alarma.

Una noche muy inquieta y febril, sin embargo, defraudó las esperanzas de ambas; y cuando Marianne, tras empeñarse en levantarse, confesó que no podía mantenerse sentada y volvió por su propia voluntad a la cama, Elinor se mostró muy dispuesta a seguir el consejo de la señora Jennings de mandar llamar al boticario de los Palmer.

Este vino, examinó a su paciente y, aunque animó a la señorita Dashwood a esperar que muy pocos días bastarían para devolverle la salud a su hermana, al declarar que el mal tenía una tendencia pútrida y dejar que la palabra «contagio» saliera de sus labios, alarmó al instante a la señora Palmer por causa de su bebé. La señora Jennings, que desde el principio se había inclinado a considerar la dolencia de Marianne más grave de lo que la consideraba Elinor, se puso ahora muy seria ante el informe del señor Harris y, confirmando los temores y la cautela de Charlotte, insistió en la necesidad de que se marchara inmediatamente con su niño; y el señor Palmer, aunque trataba sus aprensiones de infundadas, encontró la ansiedad y la insistencia de su esposa demasiado grandes para resistirlas. Se decidió, pues, su parti-

da; y menos de una hora después de la llegada del señor Harris, ella salió, con su hijito y la niñera, hacia la casa de un pariente cercano del señor Palmer que vivía a unas pocas millas al otro lado de Bath; adonde su marido prometió, ante sus encarecidos ruegos, reunirse con ella al cabo de uno o dos días; y adonde ella instó casi con igual insistencia a su madre a acompañarla. La señora Jennings, sin embargo, con una bondad de corazón que hizo que Elinor la quisiera de veras, declaró su resolución de no moverse de Cleveland mientras Marianne siguiera enferma, y de procurar, con sus propios y atentos cuidados, ocupar para ella el lugar de la madre de la que la había separado; y Elinor encontró en ella en todo momento una ayudante de lo más dispuesta y activa, deseosa de compartir todas sus fatigas y, a menudo, gracias a su mayor experiencia como enfermera, de verdadera utilidad.

La pobre Marianne, lánguida y abatida por la naturaleza de su mal, y sintiéndose enferma de pies a cabeza, ya no podía esperar que el día siguiente la encontrara repuesta; y la idea de lo que el día siguiente habría traído de no ser por esta desafortunada enfermedad hacía más penosa cada dolencia; pues ese día habrían emprendido el viaje de regreso a casa y, acompañadas todo el camino por un criado de la señora Jennings, habrían sorprendido a su madre a la mañana siguiente. Lo poco que decía era todo para lamentar esta inevitable demora; aunque Elinor procuraba levantarle el ánimo y hacerle creer, como *entonces* ella misma lo creía de veras, que sería muy breve.

El día siguiente trajo poco o ningún cambio en el estado de la enferma; desde luego no estaba mejor y, salvo que no había mejoría, no parecía peor. El grupo se redujo aún más; pues el señor Palmer, aunque muy poco dispuesto a irse, tanto por verdadera humanidad y buen natural como por no querer parecer que su esposa lo hacía huir asustado, fue persuadido al fin por el coronel Brandon de cumplir su promesa de seguirla; y mientras se preparaba para partir, el propio coronel Brandon, con un esfuerzo mucho mayor, empezó a hablar de irse también. Aquí, sin embargo, la bondad de la señora Jennings intervino de

la manera más oportuna; pues despachar al coronel mientras su amada estaba tan inquieta por causa de su hermana sería privarlos a ambos, pensaba ella, de todo consuelo; y por eso, diciéndole sin rodeos que su permanencia en Cleveland le era necesaria a ella misma, que lo iba a necesitar para jugar al piquet por las noches mientras la señorita Dashwood estaba arriba con su hermana, etcétera, le instó con tanta fuerza a quedarse que él, que al acceder satisfacía el primer deseo de su propio corazón, no pudo siquiera fingir por mucho tiempo que vacilaba; tanto más cuanto que el ruego de la señora Jennings fue calurosamente secundado por el señor Palmer, que pareció sentir un alivio al dejar tras de sí a una persona tan capaz de ayudar o aconsejar a la señorita Dashwood en cualquier emergencia.

A Marianne, por supuesto, se la mantuvo en la ignorancia de todos estos arreglos. No sabía que había sido la causa de que los dueños de Cleveland se marcharan a los siete días, más o menos, de su llegada. No le sorprendía no ver a la señora Palmer; y como tampoco le preocupaba, nunca mencionaba su nombre.

Pasaron dos días desde la partida del señor Palmer, y su estado continuó, con poca variación, igual. El señor Harris, que la atendía todos los días, seguía hablando con aplomo de una pronta recuperación, y la señorita Dashwood era igualmente optimista; pero las expectativas de los demás no eran en absoluto tan alegres. La señora Jennings había decidido muy al principio del ataque que Marianne nunca se repondría, y el coronel Brandon, cuya principal utilidad consistía en escuchar los presagios de la señora Jennings, no estaba en un estado de ánimo como para resistir su influjo. Intentaba librarse a fuerza de razones de unos temores que el juicio distinto del boticario parecía volver absurdos; pero las muchas horas de cada día en que se quedaba completamente solo eran demasiado propicias para dar entrada a toda idea melancólica, y no podía desterrar de su mente el convencimiento de que no volvería a ver a Marianne.

En la mañana del tercer día, sin embargo, los sombríos presenti-

mientos de ambos casi se disiparon; pues cuando llegó el señor Harris, declaró que su paciente estaba considerablemente mejor. El pulso era mucho más fuerte, y todos los síntomas más favorables que en la visita anterior. Elinor, confirmada en todas sus gratas esperanzas, era toda alegría; se felicitaba de haber seguido en sus cartas a su madre su propio criterio antes que el de su amiga, restando mucha importancia a la indisposición que las retenía en Cleveland; y casi fijaba ya el momento en que Marianne podría viajar.

Pero el día no terminó tan auspiciosamente como había empezado. Hacia el anochecer Marianne volvió a ponerse mal, más pesada, inquieta y molesta que antes. Su hermana, sin embargo, todavía optimista, quiso atribuir el cambio a nada más que al cansancio de haberse levantado mientras le hacían la cama; y, administrándole con cuidado los cordiales prescritos, la vio con satisfacción caer al fin en un sopor del que esperaba los efectos más beneficiosos. Su sueño, aunque no tan tranquilo como Elinor deseaba verlo, duró un tiempo considerable; y deseosa de observar ella misma su resultado, resolvió quedarse sentada a su lado mientras durara. La señora Jennings, que nada sabía de ningún cambio en la enferma, se acostó más temprano que de costumbre; su doncella, que era una de las principales enfermeras, estaba descansando en el cuarto del ama de llaves, y Elinor se quedó sola con Marianne.

El reposo de esta se fue volviendo cada vez más agitado; y su hermana, que observaba con incesante atención sus continuos cambios de postura y oía los frecuentes pero inarticulados sonidos de queja que salían de sus labios, casi deseaba despertarla de un sopor tan penoso, cuando Marianne, despertada de pronto por algún ruido fortuito en la casa, se incorporó con brusquedad y, con un extravío febril, exclamó:

«¿Viene mamá?...».

«Todavía no», exclamó la otra, ocultando su terror y ayudando a Marianne a acostarse de nuevo, «pero estará aquí, espero, dentro de poco. Hay mucha distancia, ya sabes, de aquí a Barton».

«Pero no debe dar la vuelta por Londres», exclamó Marianne, con la misma precipitación. «Nunca la veré si va por Londres».

Elinor advirtió con alarma que no estaba del todo en sí y, mientras intentaba calmarla, le tomó el pulso con ansiedad. ¡Era más débil y más rápido que nunca! Y como Marianne seguía hablando de mamá con extravío, su alarma creció tan deprisa que se decidió a mandar llamar de inmediato al señor Harris y a despachar un mensajero a Barton en busca de su madre. Consultar con el coronel Brandon el mejor medio de llevar a cabo esto último fue un pensamiento que siguió inmediatamente a la resolución de hacerlo; y en cuanto hubo llamado a la doncella para que ocupara su lugar junto a su hermana, bajó deprisa al salón, donde sabía que solía encontrarse a él hasta una hora mucho más tardía que la presente.

No era momento de vacilaciones. Sus temores y sus dificultades quedaron al punto expuestos ante él. Sus temores, él no tuvo valor ni confianza para intentar disiparlos: los escuchó en silencioso desaliento; pero sus dificultades quedaron resueltas al instante, pues con una presteza que parecía indicar que tenía en la mente ya previstos la ocasión y el servicio, se ofreció como el mensajero que iría a buscar a la señora Dashwood. Elinor no opuso resistencia que no fuera fácil de vencer. Le dio las gracias con una gratitud breve, aunque ferviente, y mientras él iba a apremiar a su criado para que llevara un recado al señor Harris y encargara caballos de posta enseguida, ella escribió unas líneas a su madre.

El consuelo de un amigo como el coronel Brandon en aquel momento, o de un compañero así para su madre, ¡con qué gratitud lo sintió! ¡Un compañero cuyo juicio la guiaría, cuya compañía tenía que aliviarla y cuya amistad podría calmarla! En la medida en que el golpe de semejante llamada *pudiera* aminorarse para ella, su presencia, sus maneras, su ayuda lo aminorarían.

Él, entretanto, sintiera lo que sintiera, actuó con toda la firmeza de un espíritu sereno, hizo todos los arreglos necesarios con la mayor dili-

gencia y calculó con exactitud el tiempo en que ella podía esperar su regreso. No se perdió ni un momento en demoras de ninguna clase. Los caballos llegaron incluso antes de lo esperado, y el coronel Brandon, limitándose a estrecharle la mano con una mirada solemne y unas pocas palabras pronunciadas en voz demasiado baja para que llegaran a su oído, subió deprisa al coche. Eran entonces alrededor de las doce, y ella volvió al cuarto de su hermana para esperar la llegada del boticario y velarla el resto de la noche. Fue una noche de sufrimiento casi igual para ambas. Pasaron horas y horas, de dolor insomne y delirio por parte de Marianne y de la más cruel ansiedad por parte de Elinor, antes de que apareciera el señor Harris. Sus aprensiones, una vez despiertas, pagaron con su exceso toda su anterior seguridad; y la criada que velaba con ella, pues no quiso que llamaran a la señora Jennings, no hizo sino atormentarla más con insinuaciones de lo que su señora había pensado siempre.

Las ideas de Marianne seguían, a intervalos, fijas de manera incoherente en su madre, y cada vez que mencionaba su nombre le causaba una punzada en el corazón a la pobre Elinor, quien, reprochándose haber tomado a la ligera tantos días de enfermedad, y desesperada por algún alivio inmediato, imaginaba que todo alivio podría pronto ser inútil, que todo se había demorado demasiado, y se figuraba a su afligida madre llegando demasiado tarde para ver a esta hija tan querida, o para verla en su sano juicio.

Estaba a punto de mandar llamar de nuevo al señor Harris o, si *él* no podía venir, a algún otro médico, cuando el primero llegó, aunque no antes de las cinco. Su opinión, sin embargo, compensó en algo su tardanza, pues, aunque reconoció un cambio muy inesperado y desagradable en su paciente, no quiso admitir que el peligro fuera serio, y habló del alivio que un nuevo tratamiento había de procurar con una confianza que, en menor grado, se le contagió a Elinor. Prometió volver al cabo de tres o cuatro horas, y dejó tanto a la paciente como a su ansiosa cuidadora más serenas de lo que las había encontrado.

Con gran preocupación, y con muchos reproches por no haber sido llamada en su ayuda, se enteró la señora Jennings por la mañana de lo ocurrido. Sus aprensiones anteriores, ahora restablecidas con mayor razón, no le dejaron duda alguna sobre el desenlace; y aunque intentó decirle palabras de consuelo a Elinor, su convicción del peligro que corría su hermana no le permitía ofrecerle el consuelo de la esperanza. Su corazón estaba de veras afligido. La rápida decadencia, la temprana muerte de una muchacha tan joven, tan encantadora como Marianne, habría conmovido a una persona menos interesada. Sobre la compasión de la señora Jennings tenía, además, otros títulos. Había sido su compañera durante tres meses, seguía estando a su cuidado, y se sabía que la habían agraviado gravemente y que había sido desdichada mucho tiempo. También tenía delante la aflicción de su hermana, por quien sentía particular predilección; y en cuanto a la madre de ambas, cuando la señora Jennings consideraba que Marianne probablemente sería para *ella* lo que Charlotte era para sí misma, su compasión por los sufrimientos de *aquella* era muy sincera.

El señor Harris fue puntual en su segunda visita; pero llegó para ver frustradas sus esperanzas sobre lo que la anterior produciría. Sus medicinas habían fallado; la fiebre no había cedido; y Marianne, solo más tranquila, no más en sí, permanecía en un pesado estupor. Elinor, contagiándose en un instante de todos sus temores, y aun de más, propuso llamar a otro médico. Pero él lo juzgó innecesario: tenía todavía algo más que probar, algún nuevo remedio de cuyo éxito estaba tan seguro como del anterior, y su visita concluyó con alentadoras seguridades que llegaron al oído, pero no pudieron entrar en el corazón de la señorita Dashwood. Estaba tranquila, salvo cuando pensaba en su madre; pero casi había perdido la esperanza; y en este estado continuó hasta el mediodía, sin apenas moverse de la cama de su hermana, con los pensamientos vagando de una imagen de dolor a otra, de un ser querido que sufría a otro, y con el ánimo abatido al extremo por la conversación de la señora Jennings, que no tenía escrúpulo en atribuir

la gravedad y el peligro de este ataque a las muchas semanas de indisposición previa que el desengaño de Marianne le había ocasionado. Elinor sentía toda la razón que había en esa idea, y esto añadía nueva desdicha a sus reflexiones.

Hacia el mediodía, sin embargo, empezó (aunque con una cautela, un temor a la decepción que durante algún tiempo la mantuvo callada incluso ante su amiga) a figurarse, a esperar que podía percibir una ligera mejoría en el pulso de su hermana; aguardó, vigiló y lo examinó una y otra vez; y al fin, con una agitación más difícil de sepultar bajo una calma exterior que toda su angustia anterior, se atrevió a comunicar sus esperanzas. La señora Jennings, aunque obligada, tras examinarla, a reconocer una reanimación pasajera, trató de impedir que su joven amiga se entregara a la idea de que fuera a durar; y Elinor, repasando una por una todas las advertencias de desconfianza, se dijo también que no debía esperar. Pero era demasiado tarde. La esperanza ya había entrado; y sintiendo todo su ansioso aleteo, se inclinó sobre su hermana para observar... apenas sabía qué. Pasó media hora, y el síntoma favorable seguía bendiciéndola. Incluso surgieron otros que lo confirmaban. La respiración, la piel, los labios, todo halagaba a Elinor con señales de mejoría; y Marianne fijó en ella los ojos con una mirada lúcida, aunque lánguida. La ansiedad y la esperanza la oprimían ahora en igual medida, y no le dejaron un momento de tranquilidad hasta la llegada del señor Harris a las cuatro; cuando sus seguridades, sus felicitaciones por una recuperación de su hermana que superaba incluso sus expectativas, le dieron confianza, consuelo y lágrimas de alegría.

Marianne estaba en todos los aspectos considerablemente mejor, y él la declaró por completo fuera de peligro. La señora Jennings, satisfecha quizá con la justificación parcial de sus presagios que había encontrado en la reciente alarma, se permitió confiar en el juicio de él, y admitió, con alegría no fingida y pronto con inequívoco regocijo, la probabilidad de una recuperación completa.

Elinor no podía estar alegre. Su gozo era de otra clase, y conducía a cualquier cosa antes que al regocijo. Marianne devuelta a la vida, a la salud, a sus amigos y a su madre, que la adoraba, era una idea que le llenaba el corazón de sensaciones de exquisito consuelo y se lo ensanchaba en ferviente gratitud; pero no conducía a ninguna manifestación exterior de alegría, ni a palabras ni a sonrisas. Todo en el pecho de Elinor era satisfacción, callada y fuerte.

Permaneció junto a su hermana, con pocas interrupciones, toda la tarde, calmando cada temor, respondiendo a cada pregunta de su espíritu debilitado, prestándole toda ayuda y vigilando casi cada mirada y cada respiración. La posibilidad de una recaída, naturalmente, se le presentaba en algunos momentos para recordarle lo que era la ansiedad; pero cuando vio, en sus frecuentes y minuciosos exámenes, que todos los síntomas de recuperación continuaban, y vio a Marianne caer a las seis en un sueño tranquilo, regular y, según todas las apariencias, reparador, acalló toda duda.

Se acercaba ya la hora en que podía esperarse el regreso del coronel Brandon. A las diez, confiaba, o al menos no mucho más tarde, su madre se vería aliviada de la terrible incertidumbre con que ahora debía de estar viajando hacia ellas. ¡Y el coronel también! ¡Quizá apenas menos digno de compasión! ¡Oh, qué lento era el paso del tiempo que todavía los mantenía en la ignorancia!

A las siete, dejando a Marianne todavía dulcemente dormida, se reunió con la señora Jennings en el salón para tomar el té. En el desayuno sus temores, y en la comida su repentino cambio de signo, le habían impedido comer mucho; y el refrigerio presente, por lo tanto, con los sentimientos de contento que llevaba a él, le fue particularmente grato. Al terminar, la señora Jennings habría querido persuadirla de que descansara un poco antes de la llegada de su madre y la dejara a *ella* ocupar su lugar junto a Marianne; pero Elinor no sentía en ese momento ningún cansancio ni capacidad alguna de dormir, y no había manera de apartarla de su hermana ni un instante innecesario. La seño-

ra Jennings, por lo tanto, la acompañó arriba hasta el cuarto de la enferma para cerciorarse de que todo seguía bien, la dejó allí de nuevo con su tarea y sus pensamientos, y se retiró a su propia habitación a escribir cartas y a dormir.

La noche era fría y tormentosa. El viento rugía en torno a la casa y la lluvia azotaba las ventanas; pero Elinor, toda felicidad por dentro, no le prestaba atención. Marianne dormía a través de cada ráfaga; y los viajeros... a ellos les aguardaba una rica recompensa por cada incomodidad presente.

El reloj dio las ocho. De haber sido las diez, Elinor habría estado convencida de que en ese momento oía un coche que se acercaba a la casa; y tan fuerte era la persuasión de que *sí* lo oía, a pesar de la *casi* imposibilidad de que hubieran llegado ya, que pasó al vestidor contiguo y abrió un postigo para cerciorarse de la verdad. Vio al instante que sus oídos no la habían engañado. Los faroles resplandecientes de un coche estaban justo a la vista. A su luz incierta le pareció distinguir que lo tiraban cuatro caballos; y esto, a la vez que revelaba el exceso de la alarma de su pobre madre, explicaba en parte una rapidez tan inesperada.

Nunca en su vida le había resultado a Elinor tan difícil mantener la calma como en ese momento. Saber lo que su madre debía de estar sintiendo cuando el coche se detuvo ante la puerta (su duda, su terror, ¡quizá su desesperación!) y lo que *ella* tenía que contarle: sabiendo eso, era imposible mantener la calma. Lo único que quedaba por hacer era darse prisa; y, por lo tanto, deteniéndose solo hasta poder dejar a la doncella de la señora Jennings con su hermana, bajó corriendo las escaleras.

El bullicio en el vestíbulo, mientras recorría un pasillo interior, le aseguró que ya estaban en la casa. Corrió al salón, entró en él... y solo vio a Willoughby.

Capítulo XLIV

Elinor, retrocediendo con una mirada de horror al verlo, obedeció el primer impulso de su corazón y se volvió al instante para salir de la habitación; y ya tenía la mano en la cerradura cuando detuvo su movimiento el hecho de que él avanzara precipitadamente y dijera, en un tono más de mando que de súplica:

«Señorita Dashwood, por media hora, por diez minutos, le ruego que se quede».

«No, señor», replicó ella con firmeza, «*no* me quedaré. Usted no puede tener ningún asunto *conmigo*. Supongo que los criados olvidaron decirle que el señor Palmer no estaba en casa».

«Aunque me hubieran dicho», exclamó él con vehemencia, «que el señor Palmer y todos sus parientes se habían ido al diablo, eso no me habría hecho volverme de la puerta. Mi asunto es con usted, y solo con usted».

«¡Conmigo!» (con el más extremo asombro). «Bien, señor..., sea breve y, si puede, menos violento».

«Siéntese, y seré ambas cosas».

Ella vaciló; no sabía qué hacer. Se le pasó por la mente la posibilidad de que el coronel Brandon llegara y la encontrara allí. Pero había prometido escucharlo, y tanto su curiosidad como su honor estaban comprometidos. Tras un momento de reflexión, pues, concluyendo que la prudencia exigía rapidez y que su consentimiento era lo que mejor la favorecería, se dirigió en silencio hacia la mesa y se sentó. Él tomó la silla de enfrente, y durante medio minuto ninguno de los dos dijo una palabra.

«Le ruego que sea breve, señor», dijo Elinor con impaciencia; «no tengo tiempo que perder».

Él estaba sentado en actitud de profunda meditación y pareció no

oírla.

«Su hermana», dijo él bruscamente, un momento después, «está fuera de peligro. Lo supe por el criado. ¡Alabado sea Dios! Pero ¿es cierto?, ¿es realmente cierto?».

Elinor no quiso hablar. Él repitió la pregunta con mayor ansiedad todavía.

«Por el amor de Dios, dígame: ¿está fuera de peligro o no lo está?».

«Esperamos que lo esté».

Él se levantó y cruzó la habitación.

«Si lo hubiera sabido hace media hora... Pero, puesto que *estoy* aquí» (hablando con una vivacidad forzada mientras volvía a su asiento), «¿qué importa? Por una vez, señorita Dashwood (quizá será la última), estemos alegres juntos. Estoy de muy buen humor para la alegría. Dígame con franqueza» (un rubor más intenso se extendió por sus mejillas), «¿me tiene usted más por un bribón o por un tonto?».

Elinor lo miró con más asombro que nunca. Empezó a pensar que debía de estar ebrio; la extrañeza de semejante visita, y de semejantes modales, no parecía tener otra explicación; y con esta impresión se levantó de inmediato, diciendo:

«Señor Willoughby, le aconsejo que por ahora regrese a Combe; no estoy en condiciones de quedarme más tiempo con usted. Cualquiera que sea el asunto que tenga conmigo, será mejor recordado y explicado mañana».

«La entiendo», replicó él con una sonrisa expresiva y una voz perfectamente tranquila; «sí, estoy muy borracho. Una pinta de cerveza negra con mi carne fría en Marlborough bastó para derribarme».

«¡En Marlborough!», exclamó Elinor, cada vez más perdida para entender adónde quería llegar.

«Sí; salí de Londres esta mañana a las ocho, y los únicos diez minutos que he pasado fuera de mi coche desde entonces me procuraron un refrigerio en Marlborough».

Como la firmeza de sus modales y la inteligencia de su mirada

mientras hablaba convencieron a Elinor de que, cualquiera que fuese la otra locura imperdonable que lo trajera a Cleveland, no lo había traído allí la embriaguez, ella dijo, tras un momento de reflexión:

«Señor Willoughby, usted *debería* sentir, y yo ciertamente *siento*, que después de lo ocurrido, el que venga usted aquí de esta manera y se imponga a mi atención requiere una excusa muy especial. ¿Qué es lo que pretende con ello?».

«Pretendo», dijo él con seria energía, «si puedo, hacer que usted me odie un grado menos de lo que me odia *ahora*. Pretendo ofrecer alguna clase de explicación, alguna clase de disculpa por el pasado; abrirle a usted todo mi corazón y, convenciéndola de que, aunque siempre he sido un majadero, no siempre he sido un canalla, obtener algo parecido al perdón de Ma..., de su hermana».

«¿Es esa la verdadera razón de su venida?».

«Por mi alma que lo es», fue su respuesta, con una vehemencia que le trajo a la memoria todo el Willoughby de antes y que, a pesar suyo, le hizo creerlo sincero.

«Si eso es todo, puede darse ya por satisfecho, porque Marianne *lo ha*... Hace *mucho* que lo ha perdonado».

«¿De veras?», exclamó él, en el mismo tono ansioso. «Entonces me ha perdonado antes de lo que debía. Pero me perdonará de nuevo, y por motivos más razonables. ¿Me escuchará *ahora*?».

Elinor asintió con una inclinación de cabeza.

«No sé», dijo él, tras una pausa de expectación por parte de ella y de reflexión por la suya, «cómo se habrá explicado *usted* mi conducta con su hermana, ni qué motivo diabólico me habrá atribuido. Quizá difícilmente piense mejor de mí, pero vale la pena intentarlo, y lo oirá usted todo. Cuando empecé a tener intimidad con su familia, no tenía otra intención, ningún otro propósito en esa amistad que pasar el tiempo agradablemente mientras me veía obligado a permanecer en Devonshire, más agradablemente de lo que lo había pasado nunca. La hermosura de su hermana y sus encantadores modales no podían sino

agradarme; y su conducta conmigo, casi desde el principio, fue de una clase... ¡Es asombroso, cuando pienso en lo que fue, y en lo que era *ella*, que mi corazón haya sido tan insensible! Pero al principio, debo confesarlo, solo mi vanidad se sintió halagada. Despreocupado de su felicidad, pensando solo en mi propia diversión, cediendo a sentimientos a los que siempre había tenido demasiada costumbre de abandonarme, me esforcé por todos los medios a mi alcance en hacerme agradable a ella, sin ninguna intención de corresponder a su afecto».

La señorita Dashwood, al llegar a este punto, volviendo hacia él los ojos con el desprecio más airado, lo detuvo diciendo:

«Apenas vale la pena, señor Willoughby, que usted siga contando ni que yo siga escuchando. A un comienzo como este no puede seguirle nada. No me haga sufrir oyendo nada más sobre el tema».

«Insisto en que lo oiga todo», replicó él. «Mi fortuna nunca fue grande, y yo siempre había sido derrochador, siempre acostumbrado a tratar con gente de mayores rentas que yo. Cada año desde mi mayoría de edad, o aun antes, creo, había aumentado mis deudas; y aunque la muerte de mi anciana prima, la señora Smith, había de liberarme, como ese acontecimiento era incierto y posiblemente muy lejano, desde hacía algún tiempo tenía la intención de restablecer mi situación casándome con una mujer de fortuna. Unirme a su hermana, por tanto, era algo en lo que no cabía pensar; y con una bajeza, un egoísmo, una crueldad que ninguna mirada indignada, ninguna mirada despectiva, ni siquiera la suya, señorita Dashwood, podrá jamás reprobar demasiado, yo obraba de este modo, tratando de ganarme su afecto sin pensar en corresponderlo. Pero algo puede decirse en mi favor: aun en aquel horrible estado de vanidad egoísta, no conocía el alcance del daño que tramaba, porque *entonces* no sabía lo que era amar. Pero ¿lo he sabido alguna vez? Bien puede dudarse; porque, si de verdad hubiera amado, ¿habría podido sacrificar mis sentimientos a la vanidad, a la avaricia? O, lo que es más, ¿habría podido sacrificar los de ella? Pero lo he hecho. Por evitar una pobreza relativa, que su afecto y su compañía ha-

brían despojado de todos sus horrores, he perdido, al elevarme a la opulencia, todo lo que podía hacer de esta una bendición».

«Entonces», dijo Elinor, un poco ablandada, «¿hubo un tiempo en que usted se creyó enamorado de ella?».

«¡Haber resistido tales atractivos, haber rechazado tal ternura! ¿Hay en la tierra un hombre que hubiera podido hacerlo? Sí, me encontré, por grados imperceptibles, sinceramente prendado de ella; y las horas más felices de mi vida fueron las que pasé con ella cuando sentía que mis intenciones eran rigurosamente honorables y mis sentimientos irreprochables. Incluso *entonces*, sin embargo, plenamente decidido a declararme, me permití, de forma muy indebida, aplazar de un día para otro el momento de hacerlo, por no querer comprometerme mientras mi situación fuera tan apurada. No voy a razonar aquí, ni me detendré para que *usted* se extienda sobre lo absurdo, y lo peor que absurdo, de tener reparos en empeñar mi palabra cuando mi honor ya estaba comprometido. Los hechos han demostrado que fui un tonto astuto, que preparaba con gran cautela una posible ocasión de volverme despreciable y desdichado para siempre. Por fin, no obstante, tomé mi resolución, y había decidido, en cuanto pudiera hablar a solas con ella, justificar las atenciones que tan invariablemente le había dedicado y asegurarle abiertamente un afecto que ya me había esmerado tanto en mostrar. Pero entretanto, en el intervalo de las muy pocas horas que debían pasar antes de que tuviera ocasión de hablarle en privado, ocurrió una circunstancia, una circunstancia desdichada, que arruinó toda mi resolución y, con ella, toda mi tranquilidad. Se produjo un descubrimiento», y aquí vaciló y bajó la vista. «La señora Smith había sido informada de algún modo, imagino que por algún pariente lejano a quien le interesaba privarme de su favor, de un asunto, de una relación... Pero no necesito explicarme más», añadió, mirándola con el rostro más encendido y ojos interrogantes; «dada su particular intimidad, probablemente usted conoce toda la historia desde hace mucho».

«La conozco», respondió Elinor, ruborizándose también y endureciendo de nuevo su corazón contra toda compasión hacia él; «la he oído toda. Y cómo va a disculpar usted una parte cualquiera de su culpa en ese terrible asunto, confieso que está más allá de mi comprensión».

«Recuerde», exclamó Willoughby, «de quién recibió usted el relato. ¿Podía ser imparcial? Reconozco que su situación y su carácter debieron haber sido respetados por mí. No pretendo justificarme, pero al mismo tiempo no puedo dejar que usted suponga que no tengo nada que alegar; que, porque ella fue ofendida, era irreprochable, y porque yo era un libertino, *ella* tenía que ser una santa. Si la violencia de sus pasiones, la debilidad de su entendimiento... No pretendo, sin embargo, defenderme. Su afecto por mí merecía mejor trato, y a menudo, con gran remordimiento, recuerdo la ternura que, durante muy poco tiempo, tuvo el poder de despertar en mí alguna correspondencia. Ojalá... ¡ojalá de todo corazón nunca hubiera ocurrido! Pero he hecho daño a alguien más que a ella; he hecho daño a una persona cuyo afecto por mí (¿puedo decirlo?) era apenas menos ardiente que el suyo, y cuya mente... ¡Oh, cuán infinitamente superior!».

«Su indiferencia, sin embargo, hacia esa desdichada muchacha (debo decirlo, por desagradable que me resulte discutir semejante tema), su indiferencia no excusa el cruel abandono en que la dejó. No se crea disculpado por ninguna debilidad, por ningún defecto natural de entendimiento por parte de ella, de la crueldad gratuita tan evidente por parte de usted. Usted tiene que haber sabido que, mientras se divertía en Devonshire persiguiendo nuevos planes, siempre alegre, siempre feliz, ella se veía reducida a la más extrema indigencia».

«Pero, por mi alma, *no* lo sabía», replicó él con vehemencia; «no recordé que había omitido darle mi dirección; y el sentido común podría haberle indicado cómo averiguarla».

«Bien, señor, ¿y qué dijo la señora Smith?».

«Me acusó de la falta de inmediato, y puede imaginarse mi confusión. La pureza de su vida, la rigidez de sus ideas, su ignorancia del

mundo, todo estaba en mi contra. El hecho en sí no podía negarlo, y fue vano todo intento de atenuarlo. Ella ya estaba predispuesta, creo, a dudar de la moralidad de mi conducta en general y, además, estaba descontenta con la escasísima atención, con la escasísima parte de mi tiempo que le había dedicado en mi visita de entonces. En suma, terminó en una ruptura total. Con una sola medida podría haberme salvado. En la cumbre de su moralidad, ¡buena mujer!, se ofreció a perdonar el pasado si me casaba con Eliza. Eso no podía ser, y fui formalmente despedido de su favor y de su casa. La noche siguiente a este asunto (yo debía marcharme a la mañana siguiente) la pasé deliberando sobre cuál habría de ser mi conducta futura. La lucha fue grande, pero terminó demasiado pronto. Mi afecto por Marianne, mi absoluta convicción de su cariño por mí, todo fue insuficiente para contrarrestar aquel temor a la pobreza o para vencer aquellas ideas falsas sobre la necesidad de la riqueza que yo estaba naturalmente inclinado a sentir y que la vida de sociedad dispendiosa había acrecentado. Tenía razones para creerme seguro de mi actual esposa si decidía declararme, y me persuadí de que no me quedaba otra cosa que hacer según la prudencia más elemental. Una escena penosa me esperaba, no obstante, antes de poder dejar Devonshire: estaba comprometido a cenar con ustedes aquel mismo día, de modo que era necesaria alguna disculpa por faltar a ese compromiso. Pero si debía escribir esa disculpa o darla en persona fue objeto de un largo debate. Ver a Marianne, lo sentía, sería terrible, y hasta dudaba de si podría verla de nuevo y mantenerme firme en mi resolución. En ese punto, sin embargo, subestimé mi propia magnanimidad, como demostraron los hechos; porque fui, la vi, la vi desdichada y la dejé desdichada; y la dejé con la esperanza de no volver a verla nunca».

«¿Por qué fue usted a verla, señor Willoughby?», dijo Elinor en tono de reproche; «una nota habría servido para todo. ¿Por qué era necesario ir?».

«Era necesario para mi propio orgullo. No podía soportar marchar-

me de la comarca de un modo que pudiera llevarlas a ustedes, o al resto del vecindario, a sospechar algo de lo que realmente había ocurrido entre la señora Smith y yo; y resolví por tanto pasar por la casita camino de Honiton. Ver a su querida hermana, sin embargo, fue verdaderamente terrible; y, para colmo, la encontré sola. Todas ustedes habían salido no sé adónde. ¡La había dejado apenas la tarde anterior, tan plena, tan firmemente resuelto en mi interior a obrar bien! Unas pocas horas habrían bastado para unirla a mí para siempre; ¡y recuerdo lo feliz, lo alegre que me sentía mientras caminaba de la casita a Allenham, satisfecho de mí mismo, encantado con todo el mundo! Pero en aquella, nuestra última entrevista de amistad, me acerqué a ella con un sentimiento de culpa que casi me quitó la facultad de disimular. Su pena, su decepción, su hondo pesar cuando le dije que estaba obligado a dejar Devonshire tan de inmediato (nunca lo olvidaré), ¡unidos además a tal confianza, a tal fe en mí! ¡Oh, Dios! ¡Qué canalla sin corazón fui!».

Ambos guardaron silencio unos momentos. Elinor fue la primera en hablar.

«¿Le dijo usted que pronto volvería?».

«No sé lo que le dije», replicó él con impaciencia; «menos de lo que se debía al pasado, sin duda alguna, y con toda probabilidad mucho más de lo que justificaba el futuro. No puedo pensar en ello. No sirve de nada. Luego llegó su querida madre a torturarme todavía más, con toda su bondad y su confianza. ¡Gracias al cielo, *sí* que me torturó! Me sentí desdichado. Señorita Dashwood, no puede usted hacerse idea del consuelo que me da mirar atrás y ver mi propia desdicha. Le guardo tal rencor a mí mismo por la estúpida y canallesca locura de mi propio corazón, que todos mis sufrimientos pasados por su causa no son ahora para mí sino triunfo y júbilo. En fin, me fui, dejé todo lo que amaba y me fui con aquellos que, en el mejor de los casos, me eran simplemente indiferentes. Mi viaje a Londres, viajando con mis propios caballos y por lo tanto tan lentamente, sin nadie con quien hablar, mis propias reflexiones tan alegres, ¡cuando miraba hacia delante, todo tan

atractivo!, ¡cuando volvía la vista a Barton, el cuadro tan consolador!, ¡oh, fue un viaje bendito!».

Se detuvo.

«Bien, señor», dijo Elinor, que, aunque lo compadecía, empezaba a impacientarse por que se marchara, «¿y eso es todo?».

«¡Ah, no! ¿Ha olvidado usted lo que ocurrió en Londres? Aquella carta infame... ¿Se la mostró ella?».

«Sí, vi todas las notas que se cruzaron».

«Cuando recibí la primera de las suyas (como ocurrió de inmediato, pues estuve en Londres todo el tiempo), lo que sentí fue, según la frase corriente, imposible de expresar; en otra más sencilla, quizá demasiado sencilla para despertar emoción alguna, mis sentimientos fueron muy, muy dolorosos. Cada línea, cada palabra fue, según la gastada metáfora que su querida autora, si estuviera aquí, me prohibiría, una daga en mi corazón. Saber que Marianne estaba en Londres fue, en el mismo lenguaje, un rayo. ¡Rayos y dagas! ¡Qué reproche me habría hecho ella! Su gusto, sus opiniones, creo que los conozco mejor que los míos, y estoy seguro de que me son más queridos».

El corazón de Elinor, que había pasado por muchos cambios en el curso de esta extraordinaria conversación, volvió entonces a ablandarse; sin embargo, sintió que era su deber reprimir en su interlocutor ideas como la última.

«Esto no está bien, señor Willoughby. Recuerde que está usted casado. Cuente solo lo que en conciencia crea necesario que yo oiga».

«La nota de Marianne, al asegurarme que yo le seguía siendo tan querido como en otros tiempos, que pese a las muchas, muchísimas semanas que llevábamos separados, ella seguía tan constante en sus propios sentimientos y tan llena de fe como siempre en la constancia de los míos, despertó todo mi remordimiento. Digo despertó, porque el tiempo y Londres, los negocios y la disipación lo habían adormecido en cierta medida, y yo me había ido volviendo todo un villano endurecido, imaginándome indiferente hacia ella y prefiriendo imaginar que

también ella debía de haberse vuelto indiferente hacia mí; diciéndome que nuestro cariño pasado había sido un mero asunto ocioso y sin importancia, encogiéndome de hombros como prueba de que así era, y acallando todo reproche, venciendo todo escrúpulo, con decirme en secreto de vez en cuando: "Me alegraré de todo corazón de saber que se ha casado bien". Pero esta nota me hizo conocerme mejor. Sentí que ella me era infinitamente más querida que cualquier otra mujer del mundo, y que la estaba tratando de manera infame. Pero entonces todo acababa de quedar arreglado entre la señorita Grey y yo. Retroceder era imposible. Lo único que podía hacer era evitarlas a ustedes dos. No le envié respuesta a Marianne, con la intención de librarme así de su atención; y durante algún tiempo estuve incluso decidido a no ir a Berkeley Street; pero al fin, juzgando más prudente adoptar el aire de un conocido frío y corriente que cualquier otra cosa, una mañana esperé a ver que todas ustedes hubieran salido de la casa sin peligro y dejé mi tarjeta».

«¡Esperó a vernos salir de la casa!».

«Así es. Le sorprendería saber cuántas veces las vigilé, cuántas veces estuve a punto de encontrarme con ustedes. Entré en más de una tienda para que no me vieran cuando pasaba el coche. Alojado como estaba en Bond Street, apenas había un día en que no alcanzara a ver a una u otra de ustedes; y solo la vigilancia más constante por mi parte, el deseo más invariablemente dominante de mantenerme fuera de su vista, pudo habernos separado tanto tiempo. Evitaba a los Middleton todo lo posible, así como a todos los que pudieran resultar conocidos comunes. Sin saber que estaban en Londres, sin embargo, tropecé torpemente con sir John, creo que el primer día de su llegada, y el día después de que yo hubiera pasado por casa de la señora Jennings. Me invitó a una reunión, a un baile en su casa esa noche. Si *no* me hubiera dicho, como aliciente, que usted y su hermana estarían allí, lo habría tenido por cosa demasiado segura para atreverme a acercarme a él. La mañana siguiente trajo otra breve nota de Marianne, todavía

afectuosa, franca, ingenua, confiada, todo lo que podía hacer más odiosa *mi* conducta. No pude contestarla. Lo intenté, pero no logré formar una frase. Pero pensaba en ella, creo, cada momento del día. Si *puede* usted compadecerme, señorita Dashwood, compadezca mi situación tal como era *entonces*. ¡Con la cabeza y el corazón llenos de su hermana, me veía obligado a hacer el papel de enamorado feliz con otra mujer! Aquellas tres o cuatro semanas fueron lo peor de todo. Bien, al fin, como no necesito decirle, me vi forzado a encontrarme con ustedes; ¡y qué buena figura hice! ¡Qué velada de agonía fue aquella! ¡Marianne, hermosa como un ángel, por un lado, llamándome Willoughby en aquel tono! ¡Oh, Dios! ¡Tendiéndome la mano, pidiéndome una explicación, con aquellos ojos hechiceros fijos en mi rostro con tan elocuente inquietud! Y Sophia, celosa como el diablo, por el otro, con una mirada que era todo... En fin, no importa; ya pasó. ¡Qué velada! Huí de todas ustedes en cuanto pude, pero no antes de haber visto el dulce rostro de Marianne blanco como la muerte. *Esa* fue la última, la última mirada que tuve de ella, la última imagen en que se me apareció. ¡Fue un espectáculo horrible! Y, sin embargo, cuando hoy pensé en ella realmente moribunda, fue para mí una especie de consuelo imaginar que sabía exactamente cómo se aparecería a quienes la vieran por última vez en este mundo. La tuve delante, constantemente delante, mientras viajaba, con el mismo aspecto y el mismo color».

Siguió una breve pausa de mutua reflexión. Willoughby, el primero en reponerse, la rompió así:

«Bien, déjeme darme prisa y marcharme. ¿Su hermana está ciertamente mejor, ciertamente fuera de peligro?».

«Así nos lo aseguran».

«¡Y su pobre madre también! Que adora a Marianne».

«Pero la carta, señor Willoughby, su propia carta; ¿tiene usted algo que decir sobre ella?».

«Sí, sí, sobre *eso* en particular. Su hermana me escribió de nuevo, como sabe, a la mañana siguiente. Usted vio lo que decía. Yo estaba

desayunando en casa de los Ellison, y me llevaron allí desde mi alojamiento su carta, junto con algunas otras. Dio la casualidad de que llamó la atención de Sophia antes que la mía, y su tamaño, la elegancia del papel, la letra, todo junto le despertó de inmediato una sospecha. Antes le había llegado algún vago rumor de mi cariño por cierta joven de Devonshire, y lo que ella había observado la noche anterior le había señalado quién era la joven y la había puesto más celosa que nunca. Adoptando, pues, ese aire juguetón que es delicioso en una mujer a quien se ama, abrió la carta sin más y leyó su contenido. Bien pagada quedó su impertinencia. Leyó lo que la hizo desdichada. Su desdicha yo podría haberla soportado, pero su ira, su malicia... En todo caso, había que aplacarla. Y, en suma, ¿qué le parece a usted el estilo epistolar de mi esposa? Delicado, tierno, verdaderamente femenino, ¿no es así?».

«¡Su esposa! La carta estaba escrita de su puño y letra».

«Sí, pero yo solo tuve el mérito de copiar servilmente frases que me avergonzaba firmar con mi nombre. El original era enteramente suyo: sus felices ocurrencias y su delicada dicción. ¡Pero qué podía hacer yo! Estábamos comprometidos, todo estaba en preparación, el día casi fijado... Pero hablo como un tonto. ¡Preparación! ¡El día! En palabras honradas, su dinero me era necesario, y en una situación como la mía había que hacer cualquier cosa para evitar una ruptura. Y, después de todo, ¿qué le importaba a mi reputación ante Marianne y sus amigos en qué lenguaje estuviera redactada mi respuesta? Solo podía tener un fin. Mi tarea era declararme un sinvergüenza, y que lo hiciera con una reverencia o con una bravata tenía poca importancia. “Estoy arruinado para siempre en su opinión”, me dije; “estoy excluido para siempre de su compañía; ya me consideran un individuo sin principios; esta carta solo hará que me consideren un canalla”. Tales eran mis razonamientos mientras, con una especie de despreocupación desesperada, copiaba las palabras de mi esposa y me desprendía de los últimos recuerdos de Marianne. Sus tres notas (por desgracia estaban todas en

mi cartera; si no, habría negado su existencia y las habría guardado para siempre) me vi obligado a entregarlas, y ni siquiera pude besarlas. Y el rizo de cabello, que también había llevado siempre conmigo en la misma cartera, registrada ahora por la señora con la más zalamera virulencia..., el querido rizo..., todo, cada recuerdo me fue arrancado».

«Hace usted muy mal, señor Willoughby, es usted muy censurable», dijo Elinor, mientras su voz, a pesar suyo, delataba su compasiva emoción; «no debería hablar de este modo, ni de la señora Willoughby ni de mi hermana. Usted hizo su propia elección. No se la impusieron. Su esposa tiene derecho a su cortesía, a su respeto, al menos. Debe de quererlo, o no se habría casado con usted. Tratarla con desconsideración, hablar de ella con desdén, no es ninguna reparación para Marianne, ni puedo suponer que sea un alivio para su propia conciencia».

«No me hable de mi esposa», dijo él con un hondo suspiro. «No merece su compasión. Sabía que yo no le tenía ningún aprecio cuando nos casamos. En fin, nos casamos, y fuimos a Combe Magna a ser felices, y luego volvimos a Londres a divertirnos. Y ahora, ¿me compadece usted, señorita Dashwood?, ¿o he dicho todo esto en vano? ¿Soy, aunque solo sea un grado, soy menos culpable en su opinión de lo que era antes? Mis intenciones no siempre fueron malas. ¿He disculpado alguna parte de mi culpa?».

«Sí, ciertamente ha quitado usted algo, un poco. Ha demostrado ser, en conjunto, menos culpable de lo que yo lo creía. Ha demostrado que su corazón es menos perverso, mucho menos perverso. Pero apenas sé... la desdicha que ha causado... apenas sé qué podría haberla hecho peor».

«¿Le repetirá usted a su hermana, cuando se haya recuperado, lo que le he estado contando? Permítame quedar también un poco aliviado en su opinión, además de en la de usted. Me dice que ya me ha perdonado. Permítame poder imaginar que un mejor conocimiento de mi corazón y de mis sentimientos actuales obtendrá de ella un perdón más espontáneo, más natural, más dulce, menos digno. Háblele de mi

desdicha y de mi arrepentimiento; dígale que mi corazón nunca le fue inconstante y, si quiere, que en este momento me es más querida que nunca».

«Le diré todo lo que sea necesario para lo que, comparativamente, puede llamarse su justificación. Pero no me ha explicado la razón particular de su venida ahora, ni cómo se enteró de su enfermedad».

«Anoche, en el vestíbulo del teatro de Drury Lane, me topé con sir John Middleton, y cuando vio quién era, por primera vez en estos dos meses, me dirigió la palabra. Que me había vuelto la espalda desde mi matrimonio, lo había visto sin sorpresa ni resentimiento. Ahora, sin embargo, su alma bondadosa, honrada y estúpida, llena de indignación contra mí y de preocupación por su hermana, no pudo resistir la tentación de contarme lo que sabía que debería, aunque probablemente no creía que *fuera* a hacerlo, mortificarme horriblemente. Así pues, del modo más directo que pudo, me dijo que Marianne Dashwood se estaba muriendo de unas fiebres pútridas en Cleveland; que una carta recibida aquella mañana de la señora Jennings declaraba el peligro inminentísimo; que los Palmer se habían marchado todos asustados, etcétera. Yo estaba demasiado impresionado para poder hacerme pasar por insensible, aun ante el poco perspicaz sir John. Su corazón se ablandó al ver sufrir al mío; y tanto se disipó su mala voluntad, que al despedirnos casi me estrechó la mano mientras me recordaba una antigua promesa acerca de un cachorro de perro de muestra. Lo que sentí al saber que su hermana se moría, y que se moría, además, creyéndome el mayor villano de la tierra, despreciándome, odiándome en sus últimos momentos (porque ¿cómo podía yo saber qué horribles designios no me habrían sido atribuidos? *Una* persona, estaba seguro, me presentaría como capaz de cualquier cosa), ¡lo que sentí fue terrible! Pronto tomé mi resolución, y a las ocho de esta mañana estaba en mi coche. Ahora lo sabe usted todo».

Elinor no respondió. Sus pensamientos estaban fijos en silencio en el daño irreparable que una independencia demasiado temprana, y los

consiguientes hábitos de ociosidad, disipación y lujo, habían causado en la mente, el carácter y la felicidad de un hombre que, a todas las ventajas de figura y talento, unía una disposición naturalmente franca y honrada y un temperamento sensible y afectuoso. El mundo lo había hecho derrochador y vanidoso; el derroche y la vanidad lo habían hecho frío de corazón y egoísta. La vanidad, mientras buscaba su propio triunfo culpable a costa de otra persona, lo había enredado en un cariño verdadero, que el derroche, o al menos su vástago, la necesidad, había exigido sacrificar. Cada inclinación viciosa, al conducirlo al mal, lo había conducido igualmente al castigo. El cariño del que, contra el honor, contra el sentimiento, contra todo interés mejor, se había arrancado en apariencia, ahora, cuando ya no era lícito, gobernaba cada uno de sus pensamientos; y la unión por la cual, con pocos escrúpulos, había dejado a su hermana en la desdicha, prometía ser para él una fuente de infelicidad de naturaleza mucho más incurable. De un ensueño de esta clase la sacó, al cabo de algunos minutos, Willoughby, quien, saliendo de un ensueño al menos igual de doloroso, se levantó de un salto disponiéndose a partir, y dijo:

«No sirve de nada quedarme aquí; debo irme».

«¿Vuelve usted a Londres?».

«No, a Combe Magna. Tengo asuntos allí; de allí iré a Londres dentro de uno o dos días. Adiós».

Le tendió la mano. Ella no pudo negarse a darle la suya; él la estrechó con afecto.

«¿Y *sí* piensa usted algo mejor de mí que antes?», dijo él, soltándola y apoyándose en la repisa de la chimenea como si olvidara que debía marcharse.

Elinor le aseguró que sí; que lo perdonaba, lo compadecía, le deseaba el bien, incluso se interesaba por su felicidad; y añadió algunos consejos amables sobre la conducta que más probablemente la favorecería. La respuesta de él no fue muy alentadora.

«En cuanto a eso», dijo él, «tendré que ir tirando por el mundo lo

mejor que pueda. La felicidad doméstica está descartada. Si, no obstante, se me permite pensar que usted y los suyos sienten interés por mi suerte y mis acciones, eso puede ser el medio..., puede ponerme en guardia..., al menos, puede ser algo por lo que vivir. Marianne, desde luego, está perdida para mí para siempre. Aunque, por algún bendito azar, volviera a quedar libre...».

Elinor lo detuvo con un reproche.

«Bien», replicó él, «una vez más, adiós. Ahora me iré y viviré con el temor de un acontecimiento».

«¿Qué quiere decir?».

«El matrimonio de su hermana».

«Se equivoca usted mucho. Nunca podrá estar más perdida para usted de lo que lo está ahora».

«Pero la ganará otro. Y si ese otro fuera precisamente aquel a quien, entre todos, menos podría soportar... Pero no me quedaré para despojarme de toda su compasiva benevolencia mostrándole que donde más daño he hecho es donde menos puedo perdonar. ¡Adiós, Dios la bendiga!».

Y, con estas palabras, salió casi corriendo de la habitación.

Capítulo XLV

Elinor, durante algún tiempo después de que él la dejara, durante algún tiempo incluso después de que se extinguiera el ruido de su coche, permaneció demasiado abrumada por una multitud de ideas, muy distintas entre sí, pero cuyo resultado general era la tristeza, para pensar siquiera en su hermana.

Willoughby, él, a quien hacía apenas media hora había aborrecido como al más indigno de los hombres, Willoughby, a pesar de todas sus faltas, despertaba un grado de conmiseración por los sufrimientos que estas le habían producido que la hacía pensar en él, ahora separado para siempre de su familia, con una ternura, con un pesar, más proporcionados, como pronto reconoció en su interior, a los deseos de él que a sus méritos. Sentía que la influencia de él sobre su ánimo se veía aumentada por circunstancias que en buena razón no debían tener peso: por aquella figura de atractivo poco común, por aquellos modales francos, afectuosos y vivaces que no era ningún mérito poseer, y por aquel amor todavía ardiente por Marianne, al que ni siquiera era inocente abandonarse. Pero sentía que así era mucho, mucho antes de poder sentir que esa influencia disminuía.

Cuando por fin volvió junto a Marianne, que nada sabía, la encontró a punto de despertar, repuesta, tal como había esperado, por un sueño tan largo y tan dulce. El corazón de Elinor estaba lleno. El pasado, el presente, el futuro, la visita de Willoughby, la salvación de Marianne y la esperada llegada de su madre la sumieron en una agitación de ánimo que alejaba todo indicio de fatiga y que solo le hacía temer delatarse ante su hermana. Poco duró, sin embargo, el tiempo en que ese temor pudo afectarla, pues a la media hora de haber salido Willoughby de la casa, el ruido de otro coche la llamó de nuevo abajo. Ansiosa por ahorrar a su madre cualquier momento innecesario de ho-

rrible incertidumbre, corrió de inmediato al vestíbulo y llegó a la puerta de entrada justo a tiempo para recibirla y sostenerla cuando entraba.

La señora Dashwood, cuyo terror al acercarse a la casa le había producido casi la convicción de que Marianne ya no vivía, no tenía voz para preguntar por ella, ni siquiera para Elinor; pero *esta*, sin esperar saludo ni pregunta, le dio al instante el alegre alivio; y su madre, acogiéndolo con todo su ardor habitual, quedó en un momento tan abrumada por su felicidad como antes lo había estado por sus temores. La llevaron al salón sosteniéndola entre su hija y su amigo; y allí, derramando lágrimas de alegría, aunque todavía incapaz de hablar, abrazó a Elinor una y otra vez, volviéndose de cuando en cuando para estrechar la mano del coronel Brandon con una mirada que expresaba a la vez su gratitud y su convicción de que él compartía con ella la dicha del momento. Él la compartía, sin embargo, en un silencio aún mayor que el suyo.

En cuanto la señora Dashwood se hubo repuesto, su primer deseo fue ver a Marianne; y en dos minutos estaba con su amada hija, que la ausencia, la desdicha y el peligro le habían hecho más querida que nunca. El placer de Elinor, al ver lo que cada una sentía en el encuentro, solo se vio frenado por el temor de que le robara a Marianne más horas de sueño; pero la señora Dashwood sabía estar tranquila, sabía incluso ser prudente, cuando estaba en juego la vida de una hija, y Marianne, satisfecha de saber que su madre estaba cerca y consciente de estar demasiado débil para conversar, se sometió de buena gana al silencio y la quietud que le prescribían todas las que la cuidaban. La señora Dashwood se *empeñó* en velarla toda la noche; y Elinor, accediendo a los ruegos de su madre, se fue a la cama. Pero el descanso, que una noche entera sin dormir y muchas horas de la ansiedad más agotadora parecían hacer necesario, se lo impidió la agitación de su ánimo. Willoughby, «el pobre Willoughby», como ahora se permitía llamarlo, estaba constantemente en sus pensamientos; por nada del mundo ha-

bría dejado de oír su defensa, y tan pronto se culpaba como se absolvía de haberlo juzgado antes con tanta dureza. Pero su promesa de contárselo a su hermana le resultaba invariablemente dolorosa. Temía cumplirla, temía el efecto que pudiera tener en Marianne; dudaba de que, después de semejante explicación, pudiera ser feliz alguna vez con otro; y por un momento deseó que Willoughby enviudara. Luego, acordándose del coronel Brandon, se reprochó a sí misma, sintió que la recompensa de su hermana se debía mucho más a los sufrimientos y la constancia de *él* que a los de su rival, y deseó cualquier cosa antes que la muerte de la señora Willoughby.

La impresión del encargo del coronel Brandon en Barton se había visto muy suavizada para la señora Dashwood por su propia alarma previa; pues tan grande era su inquietud por Marianne, que ya había decidido partir hacia Cleveland aquel mismo día, sin esperar más noticias, y tenía su viaje tan dispuesto antes de que él llegara, que se esperaba de un momento a otro a los Careys, que vendrían a llevarse a Margaret, pues su madre no quería llevarla adonde pudiera haber contagio.

Marianne siguió mejorando cada día, y la radiante alegría del semblante y el ánimo de la señora Dashwood demostraba que era, como ella misma declaraba repetidamente, una de las mujeres más felices del mundo. Elinor no podía oír esa declaración ni presenciar sus pruebas sin preguntarse a veces si su madre se acordaba alguna vez de Edward. Pero la señora Dashwood, confiando en el relato mesurado de su propia decepción que Elinor le había enviado, se dejaba llevar por la exuberancia de su alegría y solo pensaba en lo que pudiera aumentarla. Marianne le había sido devuelta de un peligro al que, como ahora empezaba a sentir, su propio juicio equivocado, al alentar el desdichado cariño por Willoughby, había contribuido a exponerla; y en su recuperación tenía además otra fuente de alegría en la que Elinor no había pensado. Se la comunicó en cuanto se presentó alguna ocasión de hablar las dos a solas.

«Por fin estamos solas. Elinor mía, todavía no conoces toda mi felicidad. El coronel Brandon ama a Marianne. Me lo ha dicho él mismo».

Su hija, sintiéndose a la vez complacida y apenada, sorprendida y no sorprendida, era toda atención silenciosa.

«Nunca eres como yo, querida Elinor; si no, me asombraría tu serenidad ahora. Si me hubiera puesto a desear el mayor bien posible para mi familia, habría escogido como lo más deseable que el coronel Brandon se casara con una de ustedes. Y creo que, de las dos, Marianne será la más feliz con él».

Elinor estuvo medio tentada de preguntarle por qué lo creía así, porque estaba convencida de que no podía darse ninguna razón fundada en una consideración imparcial de su edad, su carácter o sus sentimientos; pero su madre siempre tenía que dejarse llevar por la imaginación en cualquier tema que le interesara, de modo que, en lugar de preguntar, lo dejó pasar con una sonrisa.

«Ayer, mientras viajábamos, me abrió todo su corazón. Salió sin querer, sin ninguna intención. Yo, bien puedes creerlo, no podía hablar de otra cosa que de mi hija; él no podía ocultar su aflicción; vi que igualaba la mía, y él, quizá pensando que la mera amistad, tal como va el mundo hoy, no justificaría una compasión tan ardiente, o más bien, supongo, sin pensar en absoluto, cediendo a sentimientos irresistibles, me dio a conocer su afecto sincero, tierno y constante por Marianne. La ama, Elinor mía, desde el primer momento en que la vio».

Aquí, sin embargo, Elinor percibió no el lenguaje ni las declaraciones del coronel Brandon, sino los adornos naturales de la activa fantasía de su madre, que daba a todo lo que le agradaba la forma que quería.

«Su afecto por ella, que supera infinitamente cualquier cosa que Willoughby sintiera o fingiera jamás, tanto más ardiente, más sincero o más constante, como queramos llamarlo, ¡ha subsistido aun sabiendo de la desdichada inclinación de nuestra querida Marianne por ese jo-

ven indigno! ¡Y sin egoísmo, sin alentar una esperanza! Habría podido verla feliz con otro... ¡Qué alma tan noble! ¡Qué franqueza, qué sinceridad! Nadie puede engañarse con *él*».

«La reputación del coronel Brandon», dijo Elinor, «como hombre excelente, está bien establecida».

«Ya sé que lo está», replicó su madre con seriedad; «si no, después de semejante advertencia, yo sería la última en alentar un afecto así, o siquiera en alegrarme de él. Pero el que viniera por mí como lo hizo, con una amistad tan activa, tan dispuesta, basta para demostrar que es uno de los hombres más dignos».

«Su reputación, sin embargo», respondió Elinor, «no descansa en *un solo* acto de bondad, al que su afecto por Marianne, aun dejando aparte la humanidad, lo habría impulsado. La señora Jennings y los Middleton lo conocen íntimamente desde hace mucho; lo quieren y lo respetan por igual; e incluso lo que yo misma sé de él, aunque adquirido hace poco, es muy considerable; y tanto lo valoro y lo estimo, que si Marianne puede ser feliz con él, estaré tan dispuesta como tú a considerar nuestro parentesco la mayor bendición del mundo para nosotras. ¿Qué respuesta le diste? ¿Le permitiste tener esperanzas?».

«¡Oh, mi amor!, en aquel momento no podía hablarle de esperanza ni a él ni a mí misma. Marianne podía estar muriéndose en ese instante. Pero él no pedía esperanza ni aliento. La suya fue una confidencia involuntaria, una efusión irreprimible ante una amiga que lo consolaba, no una petición a una madre. Con todo, al cabo de un rato *sí* le dije, porque al principio estaba completamente abrumada, que si ella vivía, como confiaba en que viviría, mi mayor felicidad consistiría en favorecer su matrimonio; y desde nuestra llegada, desde que estamos en esta deliciosa tranquilidad, se lo he repetido con más detalle y le he dado todo el aliento que estaba en mi mano. El tiempo, muy poco tiempo, le digo, lo hará todo; el corazón de Marianne no ha de malgastarse para siempre en un hombre como Willoughby. Sus propios méritos pronto lo conquistarán».

«A juzgar por el ánimo del coronel, sin embargo, todavía no le has contagiado el mismo optimismo».

«No. Él cree que el afecto de Marianne está demasiado arraigado para que cambie antes de mucho tiempo, e incluso suponiendo que su corazón vuelva a estar libre, desconfía demasiado de sí mismo para creer que, con tal diferencia de edad y de carácter, pueda llegar a ganarse su cariño. En eso, sin embargo, está muy equivocado. Su edad solo supera a la de ella lo suficiente para ser una ventaja, para que su carácter y sus principios estén asentados; y su carácter, estoy muy convencida, es exactamente el que hará feliz a tu hermana. Y su figura y sus modales también están a su favor. Mi parcialidad no me ciega; ciertamente no es tan guapo como Willoughby, pero, al mismo tiempo, hay algo mucho más agradable en su semblante. Siempre hubo un algo, si recuerdas, en los ojos de Willoughby a veces, que no me gustaba».

Elinor *no* podía recordarlo; pero su madre, sin esperar su asentimiento, continuó:

«Y sus modales, los modales del coronel, no solo me agradan más de lo que nunca me agradaron los de Willoughby, sino que son de una clase que, bien lo sé, ha de atraer más sólidamente a Marianne. Su gentileza, su genuina atención a los demás y su varonil y espontánea sencillez concuerdan mucho más con el verdadero carácter de ella que la vivacidad, a menudo artificial y a menudo inoportuna, del otro. Yo misma estoy muy segura de que, aunque Willoughby hubiera resultado tan verdaderamente amable como ha demostrado ser lo contrario, Marianne nunca habría sido tan feliz con *él* como lo será con el coronel Brandon».

Hizo una pausa. Su hija no podía estar del todo de acuerdo con ella, pero su desacuerdo no se oyó y, por tanto, no causó ofensa.

«En Delaford estará a poca distancia de mí», añadió la señora Dashwood, «aunque yo me quede en Barton; y con toda probabilidad (porque he oído que es un pueblo grande), de hecho, ciertamente *tiene que*

haber alguna casa pequeña o alguna casita cerca que nos convenga tanto como nuestra situación actual».

¡Pobre Elinor! ¡He aquí un nuevo plan para llevarla a Delaford! Pero su ánimo era obstinado.

«¡Y su fortuna también! Porque a mi edad, ya sabes, a todo el mundo le importa *eso*; y aunque no sé ni deseo saber cuál es en realidad, estoy segura de que debe de ser buena».

Aquí las interrumpió la entrada de una tercera persona, y Elinor se retiró para reflexionar sobre todo ello a solas, para desear éxito a su amigo y, aun deseándolo, sentir una punzada de dolor por Willoughby.

Capítulo XLVI

La enfermedad de Marianne, aunque de índole debilitante, no había durado lo bastante para que su recuperación fuera lenta; y con la ayuda de la juventud, de su vigor natural y de la presencia de su madre, avanzó con tanta facilidad que le permitió trasladarse, a los cuatro días de la llegada de esta, al tocador de la señora Palmer. Una vez allí, a petición expresa de ella misma, pues estaba impaciente por darle las gracias por haber ido a buscar a su madre, se invitó al coronel Brandon a visitarla.

La emoción de él al entrar en la habitación, al ver el semblante alterado de ella y al recibir la pálida mano que ella le tendió de inmediato, fue tal que, según conjeturó Elinor, debía de nacer de algo más que de su afecto por Marianne o de la conciencia de que otros lo conocían; y pronto descubrió, en la mirada melancólica y en el color cambiante del coronel mientras miraba a su hermana, el probable retorno a su memoria de muchas escenas pasadas de desdicha, traídas de nuevo por aquel parecido entre Marianne y Eliza que él ya había reconocido, y que ahora reforzaban los ojos hundidos, la piel enfermiza, la postura de débil abandono y el cálido reconocimiento de una deuda particular.

La señora Dashwood, no menos atenta que su hija a lo que ocurría, pero con un ánimo de muy distinta inclinación, y que por tanto observaba con muy distinto resultado, no vio en el comportamiento del coronel nada que no procediera de los sentimientos más simples y evidentes, mientras que en los actos y las palabras de Marianne se persuadió de que ya despuntaba algo más que gratitud.

Al cabo de otro día o dos, como Marianne se fortalecía visiblemente cada doce horas, la señora Dashwood, instada tanto por sus propios deseos como por los de su hija, empezó a hablar de volver a Barton.

De las disposiciones de *ella* dependían las de sus dos amigos: la señora Jennings no podía abandonar Cleveland mientras durase la estancia de las Dashwood, y el coronel Brandon pronto fue llevado, por la petición unánime de ambas, a considerar su propia permanencia allí igualmente decidida, si no igualmente indispensable. A su vez, ante la petición conjunta de él y de la señora Jennings, la señora Dashwood se dejó convencer de aceptar el uso del coche del coronel para el viaje de vuelta, para mayor comodidad de su hija enferma; y el coronel, ante la invitación conjunta de la señora Dashwood y de la señora Jennings, cuyo activo buen corazón la hacía amistosa y hospitalaria tanto en nombre de otros como en el suyo propio, se comprometió con gusto a recuperarlo con una visita a la casita en el curso de unas pocas semanas.

Llegó el día de la separación y la partida; y Marianne, tras despedirse de la señora Jennings de un modo tan particular y prolongado, tan sinceramente agradecido, tan lleno de respeto y de buenos deseos como su propio corazón parecía exigirle por el secreto reconocimiento de su desatención pasada, y tras decir adiós al coronel Brandon con la cordialidad de una amiga, fue ayudada por él con todo cuidado a subir al coche, del que él parecía ansioso de que ocupara al menos la mitad. La señora Dashwood y Elinor la siguieron luego, y los demás se quedaron solos, hablando de las viajeras y sintiendo su propio aburrimiento, hasta que llamaron a la señora Jennings a su silla de posta, para consolarse con el chismorreo de su doncella de la pérdida de sus dos jóvenes compañeras; e inmediatamente después el coronel Brandon emprendió su solitario camino hacia Delaford.

Las Dashwood estuvieron dos días en el camino, y Marianne soportó el viaje en ambos sin fatiga notable. Cuanto el afecto más celoso y el cuidado más solícito podían hacer para que estuviera cómoda fue el oficio de cada una de sus vigilantes compañeras, y cada una halló su recompensa en el bienestar físico de ella y en la calma de su ánimo. Para Elinor, observar esto último resultó especialmente grato. Ella,

que la había visto semana tras semana sufrir sin tregua, oprimida por una angustia del corazón de la que no tenía ni el valor de hablar ni la fortaleza de ocultar, veía ahora, con una alegría que nadie más podía compartir en igual medida, una aparente serenidad de espíritu que, por ser fruto, según confiaba, de una seria reflexión, había de conducirla con el tiempo a la conformidad y la alegría.

Es cierto que, cuando se acercaban a Barton y entraban en parajes en que cada campo y cada árbol le traían algún recuerdo particular y doloroso, se quedó callada y pensativa, y, apartando el rostro de sus miradas, permaneció contemplando fijamente por la ventanilla. Pero en esto Elinor no podía ni extrañarse ni reprocharle nada; y cuando, al ayudar a Marianne a bajar del coche, vio que había estado llorando, solo vio una emoción demasiado natural en sí misma para despertar algo menos tierno que la compasión, y digna de elogio por su discreción. En toda su conducta posterior advirtió la dirección de un ánimo despierto a un esfuerzo razonable; pues apenas entraron en la sala de estar común, Marianne recorrió la habitación con la mirada con un aire de resuelta firmeza, como decidida a acostumbrarse de una vez a la vista de todos los objetos con los que pudiera relacionarse el recuerdo de Willoughby. Habló poco, pero cada frase apuntaba a la alegría, y aunque a veces se le escapaba un suspiro, nunca pasaba sin la reparación de una sonrisa. Después de la comida quiso probar su piano. Se acercó a él; pero la partitura en que primero se posaron sus ojos era una ópera que le había conseguido Willoughby, que contenía algunos de sus dúos favoritos y llevaba en la cubierta el nombre de ella escrito con la letra de él. Aquello no podía ser. Sacudió la cabeza, apartó la partitura y, después de recorrer las teclas durante un minuto, se quejó de debilidad en los dedos y volvió a cerrar el instrumento; aunque declaró con firmeza, al hacerlo, que en adelante practicaría mucho.

La mañana siguiente no trajo disminución alguna de estos felices síntomas. Al contrario, con el cuerpo y el ánimo igualmente fortalecidos por el descanso, su aspecto y sus palabras mostraban una anima-

ción más genuina; se anticipaba al placer del regreso de Margaret y hablaba de la querida reunión familiar que entonces quedaría restablecida, de sus ocupaciones comunes y de su alegre compañía, como de la única felicidad digna de desearse.

«Cuando el tiempo se asiente y yo haya recobrado las fuerzas», dijo, «daremos largos paseos juntas todos los días. Iremos a pie hasta la granja que está al borde de la loma, a ver cómo van los niños; iremos a las nuevas plantaciones de sir John en Barton Cross y a Abbeyland; e iremos a menudo a las viejas ruinas del priorato, y trataremos de seguir sus cimientos hasta donde nos dicen que llegaban antes. Sé que seremos felices. Sé que el verano pasará felizmente. Me propongo no levantarme nunca más tarde de las seis, y desde esa hora hasta la comida repartiré cada momento entre la música y la lectura. Ya he trazado mi plan y estoy decidida a emprender un curso de estudio serio. Nuestra propia biblioteca la conozco demasiado bien para recurrir a ella para algo más que el mero entretenimiento. Pero en Barton Park hay muchas obras que vale la pena leer, y hay otras de producción más moderna que sé que puedo pedirle prestadas al coronel Brandon. Leyendo solo seis horas al día, en el curso de un año habré adquirido una gran cantidad de la instrucción que ahora siento que me falta».

Elinor la honró por un plan de origen tan noble como este, aunque sonriendo al ver que la misma imaginación ardiente que la había llevado al extremo de la lánguida indolencia y de la queja egoísta se ocupaba ahora en introducir el exceso en un proyecto de tan racional ocupación y tan virtuoso dominio de sí. Su sonrisa, sin embargo, se transformó en un suspiro al recordar que aún no había cumplido la promesa hecha a Willoughby, y temió tener que comunicar algo que podía volver a perturbar el ánimo de Marianne y arruinar, al menos por un tiempo, aquella hermosa perspectiva de laboriosa tranquilidad. Deseosa, por tanto, de retrasar la hora fatal, resolvió esperar a que la salud de su hermana estuviera más asegurada antes de fijarla. Pero la resolución se tomó solo para romperse.

Marianne llevaba dos o tres días en casa cuando el tiempo estuvo lo bastante bueno para que una convaleciente como ella se aventurara a salir. Pero al fin apareció una mañana suave y templada, de las que podían tentar los deseos de la hija y la confianza de la madre; y a Marianne, apoyada en el brazo de Elinor, se le permitió pasear cuanto pudiera sin fatigarse por el sendero que había delante de la casa.

Las hermanas emprendieron la marcha al paso lento que exigía la debilidad de Marianne en un ejercicio que no había intentado desde su enfermedad; y solo se habían alejado de la casa lo suficiente para tener plena vista de la colina, la importante colina de detrás, cuando Marianne, deteniéndose con los ojos vueltos hacia ella, dijo con calma:

«Ahí, exactamente ahí», señalando con una mano, «en ese montículo saliente; ahí me caí, y ahí vi a Willoughby por primera vez».

La voz se le apagó con esa palabra, pero, reanimándose enseguida, añadió:

«¡Me alegra comprobar que puedo mirar ese lugar con tan poco dolor! ¿Hablaremos alguna vez de ese asunto, Elinor?», lo dijo vacilando. «¿O estará mal? Ahora puedo hablar de ello, espero, como debo».

Elinor la invitó con ternura a hablar con franqueza.

«En cuanto al pesar», dijo Marianne, «ya he terminado con él, en lo que a *él* se refiere. No pienso hablarte de lo que han sido mis sentimientos hacia él, sino de lo que son *ahora*. En este momento, si pudiera quedar tranquila sobre un punto, si se me permitiera pensar que no estuvo *siempre* representando un papel, que no estuvo *siempre* engañándome; pero, sobre todo, si se me pudiera asegurar que nunca fue *tan* perverso como mis temores lo han imaginado a veces, desde la historia de aquella desdichada muchacha...».

Se detuvo. Elinor atesoró con alegría sus palabras al responder:

«Si se te pudiera asegurar eso, crees que te quedarías tranquila».

«Sí. Mi paz interior depende de ello doblemente; porque no solo es horrible sospechar de semejantes propósitos en una persona que ha sido lo que *él* ha sido para *mí*, sino ¿qué me haría parecer ante mí mis-

ma? ¿A qué podría exponerme, en una situación como la mía, sino un afecto vergonzosamente desprevenido...?».

«Entonces», preguntó su hermana, «¿cómo explicarías tú su conducta?».

«Lo supondría... ¡Oh, con qué gusto lo supondría solamente inconstante, muy, muy inconstante!».

Elinor no dijo más. Estaba debatiendo consigo misma la conveniencia de empezar su relato de inmediato o de aplazarlo hasta que Marianne tuviera más salud; y siguieron avanzando despacio unos minutos en silencio.

«No le deseo demasiado bien», dijo por fin Marianne con un suspiro, «cuando deseo que sus reflexiones secretas no sean más desagradables que las mías. Ya sufrirá bastante con ellas».

«¿Comparas tu conducta con la de él?».

«No. La comparo con lo que debería haber sido; la comparo con la tuya».

«Nuestras situaciones se han parecido poco».

«Se han parecido más que nuestra conducta. No dejes, mi queridísima Elinor, que tu bondad defienda lo que sé que tu juicio debe censurar. Mi enfermedad me ha hecho pensar... Me ha dado tiempo y calma para una seria reflexión. Mucho antes de estar lo bastante repuesta para hablar, era perfectamente capaz de reflexionar. Consideré el pasado: no vi en mi conducta, desde el comienzo de nuestro trato con él el otoño pasado, más que una serie de imprudencias para conmigo misma y de falta de bondad para con los demás. Vi que mis propios sentimientos habían preparado mis sufrimientos, y que mi falta de fortaleza ante ellos casi me había llevado a la tumba. Mi enfermedad, bien lo sabía, me la había causado yo misma por un descuido tal de mi salud que aun entonces sentí que estaba mal. Si hubiera muerto, habría sido un suicidio. No supe del peligro hasta que el peligro había pasado; pero con los sentimientos que me produjeron estas reflexiones, me asombra haberme recuperado; me asombra que el mismo ardor de mi deseo

de vivir, de tener tiempo para expiar mis faltas ante mi Dios y ante todas ustedes, no me matara de golpe. Si hubiera muerto, ¡en qué desdicha tan particular te habría dejado a ti, mi enfermera, mi amiga, mi hermana! ¡Tú, que habías visto todo el egoísmo quejumbroso de mis últimos días; que habías conocido todas las murmuraciones de mi corazón! ¡Cómo habría vivido yo en *tu* recuerdo! ¡Y mi madre! ¡Cómo habrías podido consolarla! No puedo expresar el aborrecimiento que siento por mí misma. Cada vez que miraba hacia el pasado, veía algún deber descuidado o algún defecto consentido. Parecía que a todo el mundo le había hecho daño. La bondad, la incesante bondad de la señora Jennings, se la había pagado con un desprecio ingrato. Con los Middleton, con los Palmer, con las Steele, incluso con cualquier conocido común, había sido insolente e injusta, con el corazón endurecido ante sus méritos y el genio irritado por sus mismas atenciones. A John, a Fanny, sí, incluso a ellos, por poco que lo merezcan, les había dado menos de lo que les correspondía. Pero a ti, a ti sobre todo, más que a mi madre, te había agraviado. Yo, y solo yo, conocía tu corazón y sus penas; y sin embargo, ¿a qué me movió eso? A ninguna compasión que pudiera beneficiarte a ti o a mí. Tenía tu ejemplo delante; pero ¿de qué sirvió? ¿Fui más considerada contigo y con tu bienestar? ¿Imité tu paciencia, o aligeré tus sacrificios, tomando parte en esos deberes de cortesía general o de gratitud particular que hasta entonces te había tocado cumplir sola? No; no menos cuando supe que eras desdichada que cuando te creía tranquila, rehuí todo esfuerzo que me exigieran el deber o la amistad; apenas admitía que la pena existiera fuera de mí, lamentando solo *aquel* corazón que me había abandonado y agraviado, y dejándote a ti, por quien profesaba un afecto sin límites, ser desdichada por mi causa».

Aquí cesó el raudo torrente de su espíritu acusador; y Elinor, impaciente por consolarla, aunque demasiado honrada para adularla, le dio al instante el elogio y el apoyo que tan bien merecían su franqueza y su contrición. Marianne le estrechó la mano y respondió:

«Eres muy buena. El futuro ha de ser mi prueba. He trazado mi plan, y si soy capaz de cumplirlo, mis sentimientos estarán gobernados y mi carácter mejorará. Ya no inquietarán a los demás ni me torturarán a mí. Ahora viviré solo para mi familia. Tú, mi madre y Margaret serán en adelante todo el mundo para mí; ustedes se repartirán por entero mis afectos. Nunca volveré a tener el menor incentivo para alejarme de ustedes, de mi casa; y si llego a mezclarme en otra sociedad, será solo para mostrar que mi espíritu se ha humillado y mi corazón se ha enmendado, y que sé practicar las cortesías, los deberes menores de la vida, con dulzura y paciencia. En cuanto a Willoughby, decir que lo olvidaré pronto, o que lo olvidaré alguna vez, sería vano. Su recuerdo no podrá vencerlo ningún cambio de circunstancias ni de opiniones. Pero estará regulado, estará refrenado por la religión, por la razón, por la ocupación constante».

Hizo una pausa, y añadió en voz baja: «Si al menos pudiera conocer el corazón de *él*, todo se volvería fácil».

Elinor, que llevaba ya un rato reflexionando sobre la conveniencia o inconveniencia de aventurar pronto su relato, sin sentirse en absoluto más cerca de decidirse que al principio, oyó esto; y, comprendiendo que, puesto que la reflexión no conseguía nada, la resolución debía hacerlo todo, pronto se encontró encaminándose hacia el hecho.

Condujo el relato, según esperaba, con habilidad; preparó con cautela a su ansiosa oyente; refirió con sencillez y honradez los puntos principales en que Willoughby fundaba su disculpa; hizo justicia a su arrepentimiento, y solo suavizó sus protestas de afecto presente. Marianne no dijo una palabra. Temblaba, tenía los ojos fijos en el suelo, y los labios se le pusieron más blancos de lo que los había dejado incluso la enfermedad. Mil preguntas le brotaron del corazón, pero no se atrevió a formular ninguna. Recogía cada sílaba con anhelo jadeante; su mano, sin que ella lo advirtiera, apretaba con fuerza la de su hermana, y las lágrimas le cubrían las mejillas.

Elinor, temiendo que se cansara, la llevó de vuelta a casa; y hasta

llegar a la puerta de la casita, adivinando fácilmente cuál debía de ser su curiosidad aunque no se le permitiera expresarla en ninguna pregunta, no habló más que de Willoughby y de la conversación que habían tenido; y fue cuidadosamente minuciosa en cada detalle de palabras y gestos allí donde la minuciosidad podía permitirse sin peligro. En cuanto entraron en la casa, Marianne, con un beso de gratitud y estas breves palabras apenas articuladas entre lágrimas, «Díselo a mamá», se apartó de su hermana y subió despacio la escalera. Elinor no quiso intentar perturbar una soledad tan razonable como la que ahora buscaba; y con el ánimo ansiosamente ocupado en prever su resultado, y con la resolución de volver a sacar el tema si Marianne no lo hacía, entró en la salita para cumplir su encargo de despedida.

Capítulo XLVII

La señora Dashwood no escuchó sin emoción la defensa de su antiguo favorito. Se alegró de que quedara libre de una parte de la culpa que se le imputaba; lo compadeció; le deseó felicidad. Pero los sentimientos del pasado no podían recuperarse. Nada podía devolvérselo a Marianne con la fe intacta, con el carácter sin mancha. Nada podía borrar el conocimiento de lo que esta había sufrido por su causa, ni eliminar la culpa de su conducta con Eliza. Nada podía, por tanto, restituirlo en la estima que antes le había tenido, ni perjudicar los intereses del coronel Brandon.

Si la señora Dashwood, como su hija, hubiera oído la historia de Willoughby de sus propios labios; si hubiera presenciado su angustia y hubiera estado bajo la influencia de su semblante y de sus modales, es probable que su compasión hubiera sido mayor. Pero no estaba en poder de Elinor, ni en su deseo, despertar en otra persona, mediante su explicación de segunda mano, sentimientos como los que al principio se habían despertado en ella misma. La reflexión había dado calma a su juicio y había moderado su propia opinión de lo que Willoughby merecía; deseaba, por tanto, declarar solo la simple verdad y exponer aquellos hechos que realmente se debían a su carácter, sin ningún adorno de ternura que extraviara la imaginación.

Por la noche, cuando estaban las tres juntas, Marianne empezó por su propia voluntad a hablar de él otra vez; pero que no lo hacía sin esfuerzo lo mostraban claramente el ensimismamiento inquieto y desasosegado en que llevaba un rato sentada, el color que le subía al rostro mientras hablaba y su voz insegura.

«Quiero asegurarles a las dos», dijo, «que veo todas las cosas... como ustedes pueden desear que las vea».

La señora Dashwood la habría interrumpido al instante con tierno

consuelo si Elinor, que de verdad deseaba oír la opinión imparcial de su hermana, no le hubiera impuesto silencio con una seña apremiante. Marianne continuó despacio:

«Es un gran alivio para mí... lo que Elinor me contó esta mañana... Ahora he oído exactamente lo que deseaba oír». Durante unos momentos le faltó la voz; pero, recobrándose, añadió, y con mayor calma que antes: «Ahora estoy perfectamente satisfecha, no deseo ningún cambio. Nunca habría podido ser feliz con él después de saber, como tarde o temprano lo habría sabido, todo esto. No habría tenido confianza, ni estima. Nada habría podido borrarlo para mis sentimientos».

«Lo sé, lo sé», exclamó su madre. «¡Feliz con un hombre de costumbres libertinas! ¡Con uno que tanto dañó la paz del más querido de nuestros amigos y el mejor de los hombres! No, mi Marianne no tiene un corazón que pueda ser feliz con un hombre así. Su conciencia, su sensible conciencia, habría sentido todo lo que la conciencia de su marido debería haber sentido».

Marianne suspiró y repitió: «No deseo ningún cambio».

«Consideras el asunto», dijo Elinor, «exactamente como debe considerarlo un buen corazón y un entendimiento sano; y me atrevo a decir que percibes, tan bien como yo, no solo en esto sino en muchas otras circunstancias, razones suficientes para convencerte de que tu matrimonio te habría envuelto en muchos problemas y desengaños seguros, en los que te habría sostenido muy pobremente un afecto, por parte de él, mucho menos seguro. Si se hubieran casado, habrías sido siempre pobre. Su prodigalidad la reconoce él mismo, y toda su conducta proclama que la abnegación es una palabra que apenas entiende. Sus exigencias y tu inexperiencia juntas, con una renta pequeña, muy pequeña, habrían traído apuros que no te habrían resultado *menos* penosos por haberte sido antes del todo desconocidos e impensados. *Tu* sentido del honor y de la honradez te habría llevado, lo sé, una vez consciente de tu situación, a intentar todas las economías que te parecieran posibles; y quizá, mientras tu frugalidad recortara solo tu propia comodi-

dad, se te habría permitido practicarla; pero más allá de eso... y ¡qué poco habría podido hacer el máximo de tu administración, tú sola, para detener la ruina que había comenzado antes de tu matrimonio! Más allá de *eso*, si hubieras procurado, por razonablemente que fuera, recortar los placeres de *él*, ¿no es de temer que, en lugar de lograr que unos sentimientos tan egoístas lo consintieran, habrías disminuido tu propia influencia sobre su corazón y le habrías hecho lamentar el enlace que lo había envuelto en tales dificultades?».

A Marianne le temblaron los labios, y repitió la palabra «¿Egoístas?» en un tono que daba a entender: «¿de verdad lo crees egoísta?».

«Toda su conducta», respondió Elinor, «desde el principio hasta el fin del asunto, se ha fundado en el egoísmo. Fue el egoísmo lo que primero lo llevó a jugar con tus afectos; lo que después, cuando los suyos estuvieron comprometidos, le hizo retrasar su confesión, y lo que finalmente lo alejó de Barton. Su propio placer o su propia comodidad fueron, en cada detalle, su principio rector».

«Es muy cierto. *Mi* felicidad nunca fue su objeto».

«Ahora», continuó Elinor, «lamenta lo que ha hecho. ¿Y por qué lo lamenta? Porque descubre que no le ha resultado bien a él. No lo ha hecho feliz. Su situación ya no tiene apuros; no sufre ningún mal de ese tipo, y solo piensa que se ha casado con una mujer de carácter menos amable que el tuyo. Pero ¿se sigue de ello que, si se hubiera casado contigo, habría sido feliz? Los inconvenientes habrían sido otros. Entonces habría sufrido los apuros económicos que, como ya no existen, ahora considera insignificantes. Habría tenido una esposa de cuyo carácter no podría quejarse, pero habría estado siempre necesitado, siempre pobre; y probablemente pronto habría aprendido a considerar las innumerables comodidades de una hacienda libre de cargas y de una buena renta como mucho más importantes, incluso para la felicidad doméstica, que el mero carácter de una esposa».

«No lo dudo en absoluto», dijo Marianne; «y no tengo nada que lamentar, nada más que mi propia locura».

«Di más bien la imprudencia de tu madre, hija mía», dijo la señora Dashwood; «*ella* es la que debe responder».

Marianne no la dejó seguir; y Elinor, satisfecha de que cada una sintiera su propio error, quiso evitar cualquier repaso del pasado que pudiera debilitar el ánimo de su hermana; por eso, retomando el primer tema, continuó de inmediato:

«Creo que de toda la historia puede extraerse con justicia una observación: que todas las dificultades de Willoughby han nacido de la primera ofensa contra la virtud, en su conducta con Eliza Williams. Ese crimen ha sido el origen de todos los menores y de todos sus descontentos presentes».

Marianne asintió muy sentidamente a la observación; y su madre se vio llevada por ella a una enumeración de los agravios sufridos por el coronel Brandon y de sus méritos, tan calurosa como podían dictarla la amistad y el designio juntos. Su hija, sin embargo, no parecía estar oyendo gran parte de ella.

Elinor, como esperaba, vio en los dos o tres días siguientes que Marianne no seguía recobrando fuerzas como hasta entonces; pero mientras su resolución no se doblegara y siguiera tratando de parecer alegre y tranquila, su hermana podía confiar sin temor en el efecto del tiempo sobre su salud.

Margaret volvió, y la familia quedó de nuevo reunida, de nuevo tranquilamente instalada en la casita; y si no proseguían sus estudios habituales con tanto vigor como cuando llegaron a Barton, al menos planeaban proseguirlos vigorosamente en el futuro.

Elinor se impacientaba por tener alguna noticia de Edward. No había sabido nada de él desde que dejó Londres, nada nuevo de sus planes, nada seguro siquiera de su residencia actual. Ella y su hermano habían intercambiado algunas cartas a raíz de la enfermedad de Marianne; y en la primera de John figuraba esta frase: «No sabemos nada de nuestro desdichado Edward, y no podemos hacer averiguaciones sobre un tema tan prohibido, pero suponemos que sigue en Oxford»; esa

fue toda la información sobre Edward que le proporcionó la correspondencia, pues su nombre ni siquiera se mencionaba en ninguna de las cartas siguientes. No estaba condenada, sin embargo, a ignorar por mucho tiempo sus pasos.

Una mañana habían enviado a su criado a Exeter a hacer un encargo; y cuando, mientras servía la mesa, hubo satisfecho las preguntas de su señora acerca del resultado de su diligencia, hizo por su propia cuenta esta comunicación:

«Supongo que ya sabrá, señora, que el señor Ferrars se ha casado».

Marianne dio un violento sobresalto, clavó los ojos en Elinor, la vio palidecer y cayó hacia atrás en su silla con un ataque de nervios. La señora Dashwood, cuyos ojos, al responder a la pregunta del criado, habían tomado intuitivamente la misma dirección, se impresionó al ver en el semblante de Elinor cuánto sufría realmente, y un momento después, igualmente afligida por el estado de Marianne, no supo a cuál de sus hijas prestar su atención principal.

El criado, que solo vio que la señorita Marianne se había puesto mal, tuvo el buen juicio de llamar a una de las doncellas, que, con la ayuda de la señora Dashwood, la llevó sosteniéndola a la otra habitación. Para entonces Marianne estaba algo mejor, y su madre, dejándola al cuidado de Margaret y de la doncella, volvió junto a Elinor, quien, aunque todavía muy alterada, había recobrado lo bastante el uso de la razón y de la voz para empezar justo a preguntarle a Thomas de dónde procedía su noticia. La señora Dashwood tomó de inmediato sobre sí toda esa molestia, y Elinor tuvo el beneficio de la información sin el esfuerzo de buscarla.

«¿Quién le dijo que el señor Ferrars se había casado, Thomas?».

«Yo mismo vi al señor Ferrars, señora, esta mañana en Exeter, y a su señora también, la que era la señorita Steele. Estaban parados en una silla de posta a la puerta de la posada New London, cuando yo fui allá con un recado de Sally, la de la casa grande, para su hermano, que es uno de los postillones. Se me ocurrió levantar la vista al pasar

junto a la silla, y así vi enseguida que era la menor de las señoritas Steele; así que me quité el sombrero, y ella me conoció y me llamó, y preguntó por usted, señora, y por las señoritas, sobre todo por la señorita Marianne, y me encargó que le diera sus saludos y los del señor Ferrars, sus mejores saludos y respetos, y que cuánto sentían no tener tiempo de venir a verlas, pero que tenían mucha prisa por seguir adelante, porque iban más abajo por un tiempo, pero que de todos modos, cuando volvieran, no dejarían de venir a verlas».

«Pero ¿le dijo que se había casado, Thomas?».

«Sí, señora. Se sonrió y dijo que se había cambiado el nombre desde que estuvo por estos lados. Siempre fue una señorita muy afable y muy suelta de lengua, y de muy buenos modales. Así que me tomé la libertad de darle la enhorabuena».

«¿Estaba el señor Ferrars en el coche con ella?».

«Sí, señora, apenas lo vi echado hacia atrás en el asiento, pero no levantó la vista; nunca fue un caballero muy dado a conversar».

El corazón de Elinor podía explicarse fácilmente que no se dejara ver; y probablemente la señora Dashwood encontró la misma explicación.

«¿No había nadie más en el coche?».

«No, señora, solo ellos dos».

«¿Sabe de dónde venían?».

«Venían derecho de Londres, según me dijo la señorita Lucy... la señora Ferrars».

«¿Y van más hacia el oeste?».

«Sí, señora, pero no para quedarse mucho. Pronto estarán de vuelta, y entonces seguro que pasan por aquí».

La señora Dashwood miró entonces a su hija; pero Elinor sabía demasiado para esperarlos. Reconoció a Lucy entera en el mensaje, y estaba muy segura de que Edward nunca se acercaría a ellas. Observó en voz baja a su madre que probablemente iban a casa del señor Pratt, cerca de Plymouth.

La información de Thomas parecía haberse agotado. Elinor tenía aire de querer oír más.

«¿Los vio partir antes de venirse?».

«No, señora; estaban sacando los caballos, pero yo no podía quedarme más; tenía miedo de llegar tarde».

«¿Se veía bien la señora Ferrars?».

«Sí, señora, dijo que estaba muy bien; y a mi parecer siempre fue una señorita muy guapa, y se la veía la mar de contenta».

A la señora Dashwood no se le ocurrió ninguna otra pregunta, y a Thomas y al mantel, ya igualmente innecesarios, se les despidió poco después. Marianne había mandado decir que no comería nada más. La señora Dashwood y Elinor habían perdido igualmente el apetito, y Margaret podía darse por muy afortunada de que, con toda la inquietud que sus dos hermanas habían experimentado últimamente y todos los motivos que a menudo habían tenido para descuidar las comidas, nunca antes se hubiera visto obligada a quedarse sin comer.

Cuando se dispusieron el postre y el vino, y la señora Dashwood y Elinor quedaron solas, permanecieron largo rato juntas en un ensimismamiento y un silencio semejantes. La señora Dashwood temía aventurar cualquier comentario y no se atrevía a ofrecer consuelo. Ahora descubría que se había equivocado al fiarse de la imagen que Elinor daba de sí misma, y concluyó con razón que todo se había suavizado expresamente en su momento, para ahorrarle un aumento de desdicha, sufriendo como entonces sufría por Marianne. Descubrió que la atención cuidadosa y considerada de su hija la había inducido a creer que el afecto, que en otro tiempo había comprendido tan bien, era en realidad mucho más leve de lo que solía creer, o de lo que ahora se demostraba que era. Temió que, bajo esta persuasión, hubiera sido injusta, desatenta, más aún, casi poco cariñosa con su Elinor; que la aflicción de Marianne, por ser más reconocida y estar más inmediatamente ante sus ojos, hubiera acaparado en exceso su ternura y la hubiera llevado a olvidar que en Elinor podía tener una hija que sufría casi tanto, sin

duda con menos culpa propia y con mayor fortaleza.

Capítulo XLVIII

Elinor descubrió entonces la diferencia que hay entre esperar un acontecimiento desagradable, por mucho que se le diga a la mente que lo considere seguro, y la certeza misma. Descubrió entonces que, a pesar suyo, siempre había abrigado una esperanza, mientras Edward siguiera soltero, de que algo ocurriera que le impidiera casarse con Lucy; de que surgiera alguna resolución de él mismo, alguna mediación de amigos o alguna oportunidad más conveniente de establecerse para la dama, que contribuyera a la felicidad de todos. Pero ahora estaba casado; y ella condenó a su corazón por la ilusión que había ocultado, y que tanto aumentaba el dolor de la noticia.

Que se hubiera casado tan pronto, antes (según imaginaba) de poder ordenarse y, en consecuencia, antes de poder entrar en posesión del beneficio, la sorprendió un poco al principio. Pero pronto vio lo probable que era que Lucy, en su previsor cuidado de sí misma, en su prisa por asegurárselo, pasara por alto todo salvo el riesgo de la demora. Estaban casados, casados en Londres, y ahora se apresuraban a ir a casa del tío de ella. ¡Qué habría sentido Edward al estar a cuatro millas de Barton, al ver al criado de su madre, al oír el mensaje de Lucy!

Pronto, suponía, estarían instalados en Delaford. Delaford, aquel lugar en que tantas cosas conspiraban para darle interés; que deseaba conocer y que, sin embargo, deseaba evitar. Los vio en un instante en su casa parroquial; vio en Lucy a la administradora activa e ingeniosa, que unía a la vez el deseo de una apariencia elegante con la más estricta frugalidad, y que se avergonzaba de que se sospechara la mitad de sus prácticas económicas; persiguiendo su propio interés en cada pensamiento, cortejando el favor del coronel Brandon, de la señora Jennings y de todo amigo acaudalado. En Edward... no sabía lo que veía ni lo que deseaba ver; feliz o desdichado, nada la complacía; apartaba

la cabeza de cualquier imagen de él.

Elinor se hacía la ilusión de que alguno de sus conocidos de Londres les escribiría para anunciarles el acontecimiento y darles más detalles; pero pasaba un día tras otro sin traer ninguna carta, ninguna noticia. Aunque no estaba segura de que nadie tuviera la culpa, se quejaba de todos los amigos ausentes. Todos eran desconsiderados o perezosos.

«¿Cuándo le escribes al coronel Brandon, mamá?», fue una pregunta que brotó de la impaciencia de su ánimo por que algo sucediera.

«Le escribí la semana pasada, querida, y más bien espero verlo que volver a tener noticias suyas. Le insistí mucho en que viniera a vernos, y no me sorprendería verlo entrar hoy o mañana, o cualquier día».

Esto era ganar algo, algo que esperar. El coronel Brandon debía de tener alguna información que darles.

Apenas lo había decidido así cuando la figura de un hombre a caballo le atrajo la mirada hacia la ventana. Se detuvo ante su portón. Era un caballero, era el propio coronel Brandon. Ahora podría saber más; y tembló de expectación. Pero... *no* era el coronel Brandon; ni su porte, ni su estatura. Si fuera posible, tendría que decir que debía de ser Edward. Volvió a mirar. Acababa de desmontar; no podía equivocarse: *era* Edward. Se apartó y se sentó. «Viene de casa del señor Pratt expresamente para vernos. *Estaré* tranquila; *seré* dueña de mí misma».

Al momento advirtió que las demás se habían dado cuenta también del error. Vio que su madre y Marianne cambiaban de color; vio que la miraban a ella y que se susurraban unas cuantas frases. Habría dado el mundo entero por poder hablar y hacerles comprender que esperaba que en su conducta con él no apareciera ninguna frialdad, ningún desaire; pero no le salía la voz, y se vio obligada a dejarlo todo a la discreción de ellas.

No se pronunció en voz alta ni una sílaba. Todas esperaron en silencio la aparición de su visitante. Se oyeron sus pasos por el sendero de grava; al momento estaba en el pasillo, y al siguiente ante ellas.

Su semblante, al entrar en la habitación, no era demasiado feliz, ni siquiera para Elinor. Tenía el rostro blanco de agitación, y parecía temer el recibimiento que le harían y saberse merecedor de uno poco amable. La señora Dashwood, sin embargo, ajustándose, según confiaba, a los deseos de aquella hija por la que, en el calor de su corazón, pensaba dejarse guiar en todo, le salió al encuentro con una mirada de forzada complacencia, le dio la mano y le deseó felicidad.

Él se ruborizó y balbuceó una respuesta ininteligible. Los labios de Elinor se habían movido con los de su madre, y, cuando pasó el momento de actuar, deseó haberle estrechado la mano también ella. Pero entonces ya era demasiado tarde, y con un semblante que pretendía ser franco, volvió a sentarse y habló del tiempo.

Marianne se había retirado tan lejos de la vista como pudo, para ocultar su angustia; y Margaret, que comprendía una parte del caso, pero no el todo, creyó que le correspondía mostrarse digna, y por eso tomó asiento lo más lejos de él que pudo y guardó un riguroso silencio.

Cuando Elinor dejó de celebrar la sequedad de la estación, se produjo una pausa muy penosa. Le puso fin la señora Dashwood, que se sintió obligada a expresar su esperanza de que hubiera dejado muy bien a la señora Ferrars. Con prisa, él respondió afirmativamente.

Otra pausa.

Elinor, resuelta a hacer un esfuerzo, aunque temiendo el sonido de su propia voz, dijo entonces:

«¿Está la señora Ferrars en Longstaple?».

«¡En Longstaple!», respondió él con aire de sorpresa. «No, mi madre está en Londres».

«Quería preguntar», dijo Elinor, tomando una labor de la mesa, «por la señora de *Edward* Ferrars».

No se atrevió a levantar la vista; pero su madre y Marianne volvieron los ojos hacia él. Él se ruborizó, pareció desconcertado, miró con aire dubitativo y, tras cierta vacilación, dijo:

«Quizá se refiere usted... a mi hermano... se refiere usted a la señora... a la señora de *Robert* Ferrars».

«¡La señora de Robert Ferrars!», repitieron Marianne y su madre con un acento del mayor asombro; y aunque Elinor no podía hablar, incluso los ojos de *ella* se fijaron en él con el mismo asombro impaciente. Él se levantó de su asiento y se dirigió a la ventana, al parecer por no saber qué hacer; tomó unas tijeras que había allí y, mientras las estropeaba, a ellas y a su funda, cortando esta en pedazos al hablar, dijo con voz apresurada:

«Quizá no lo sepan... quizá no se hayan enterado de que mi hermano se ha casado hace poco con... con la menor... con la señorita Lucy Steele».

Sus palabras fueron repetidas con indecible asombro por todas, salvo por Elinor, que seguía sentada con la cabeza inclinada sobre su labor, en un estado de tal agitación que apenas sabía dónde estaba.

«Sí», dijo él, «se casaron la semana pasada, y ahora están en Dawlish».

Elinor no pudo seguir sentada. Salió casi corriendo de la habitación y, en cuanto se cerró la puerta, rompió a llorar de alegría con unas lágrimas que al principio creyó que nunca cesarían. Edward, que hasta entonces había mirado a cualquier parte menos a ella, la vio salir deprisa, y quizá vio, o incluso oyó, su emoción; pues inmediatamente después cayó en un ensimismamiento en que no lograron penetrar ningún comentario, ninguna pregunta, ninguna palabra afectuosa de la señora Dashwood, y al fin, sin decir palabra, salió de la habitación y se fue caminando hacia el pueblo, dejando a las demás en el mayor asombro y la mayor perplejidad ante un cambio tan maravilloso y tan repentino en su situación; una perplejidad que no tenían otro medio de aliviar que sus propias conjeturas.

Capítulo XLIX

Por inexplicables que pudieran parecer a toda la familia las circunstancias de su liberación, lo cierto era que Edward estaba libre; y todos previeron sin dificultad a qué fin dedicaría esa libertad; pues, tras haber experimentado las bendiciones de *un* compromiso imprudente, contraído sin el consentimiento de su madre, como ya lo había hecho durante más de cuatro años, no podía esperarse de él, fracasado *ese*, nada menos que contraer de inmediato otro.

Su cometido en Barton, en efecto, era sencillo. Se trataba solo de pedirle a Elinor que se casara con él; y, considerando que no era del todo inexperto en semejante pregunta, podría parecer extraño que se sintiera tan incómodo en el presente caso como realmente se sentía, tan necesitado de aliento y de aire fresco.

Sin embargo, no hace falta contar en detalle cuán pronto llegó, caminando, a la resolución debida, cuán pronto se presentó la ocasión de ponerla en práctica, de qué manera se expresó ni cómo fue recibido. Basta decir esto: que cuando todos se sentaron a la mesa a las cuatro, unas tres horas después de su llegada, había conquistado a su dama, obtenido el consentimiento de la madre y era, no solo en las arrebatadas declaraciones del enamorado, sino en la realidad de la razón y la verdad, uno de los hombres más felices. Su situación, en efecto, era más dichosa que lo común. Tenía para henchirle el corazón y levantarle el ánimo algo más que el triunfo ordinario del amor correspondido. Se veía libre, sin reproche alguno para sí mismo, de un enredo que durante mucho tiempo había sido su desdicha, de una mujer a quien hacía mucho había dejado de amar; y elevado de golpe a esa seguridad con otra, en la que debió de pensar casi con desesperación tan pronto como había aprendido a considerarla con deseo. Había pasado, no de la duda o la incertidumbre, sino de la desdicha a la felicidad; y el cam-

bio se manifestaba abiertamente en una alegría tan genuina, tan desbordante y tan agradecida como sus amigos nunca le habían visto antes.

Su corazón estaba ahora abierto para Elinor, con todas sus flaquezas y todos sus errores confesados, y su primer apego juvenil por Lucy tratado con toda la dignidad filosófica de los veinticuatro años.

«Fue una inclinación necia y ociosa por mi parte», dijo él, «consecuencia de la ignorancia del mundo... y de la falta de ocupación. Si mi madre me hubiera dado alguna profesión activa cuando a los dieciocho me sacaron del cuidado del señor Pratt, creo... no, estoy seguro de que nunca habría ocurrido; porque, aunque dejé Longstaple con lo que en aquel momento me pareció una preferencia invencible por su sobrina, si entonces hubiera tenido alguna actividad, algún objetivo que ocupara mi tiempo y me mantuviera lejos de ella unos cuantos meses, muy pronto habría superado aquel apego imaginario, sobre todo tratando más con el mundo, como en tal caso habría tenido que hacer. Pero en lugar de tener algo que hacer, en lugar de que me eligieran una profesión o me permitieran elegirla a mí mismo, volví a casa a vivir en completa ociosidad; y durante el primer año ni siquiera tuve la ocupación nominal que me habría dado pertenecer a la universidad, porque no ingresé en Oxford hasta los diecinueve. No tenía, por tanto, nada en el mundo que hacer sino imaginarme enamorado; y como mi madre no hacía mi hogar cómodo en todos los aspectos, como no tenía en mi hermano un amigo ni un compañero, y me desagradaban las nuevas amistades, no era extraño que estuviera muy a menudo en Longstaple, donde siempre me sentía en casa y siempre estaba seguro de ser bien recibido; y así pasé allí la mayor parte de mi tiempo entre los dieciocho y los diecinueve años: Lucy me parecía todo lo que hay de amable y servicial. Era bonita, además; al menos eso me parecía *entonces*; y yo había visto tan poco de otras mujeres que no podía hacer comparaciones ni ver defectos. Considerándolo todo, por tanto, espero que, por necio que fuera nuestro compromiso, por necio que haya resulta-

do después en todos los sentidos, no fuera en su momento una locura antinatural ni imperdonable».

El cambio que unas pocas horas habían obrado en el ánimo y en la felicidad de las Dashwood fue tal, tan grande, que les prometía a todas la satisfacción de una noche en vela. La señora Dashwood, demasiado feliz para estar tranquila, no sabía cómo querer a Edward ni elogiar a Elinor lo suficiente, cómo mostrarse lo bastante agradecida por la liberación de él sin herir su delicadeza, ni cómo dejarlos a solas para que conversaran sin trabas y, al mismo tiempo, disfrutar, como deseaba, de la vista y la compañía de ambos.

Marianne solo podía expresar *su* felicidad con lágrimas. Surgían las comparaciones, asomaban los pesares; y su alegría, aunque tan sincera como su amor por su hermana, era de una índole que no le dejaba ni ánimo ni palabras.

Pero Elinor... ¿cómo describir *sus* sentimientos? Desde el momento en que supo que Lucy se había casado con otro, que Edward estaba libre, hasta el momento en que él justificó las esperanzas que tan al instante habían seguido, fue sucesivamente de todo menos serena. Pero cuando pasó ese segundo momento, cuando vio disipadas todas las dudas, todas las inquietudes, y comparó su situación con la que tan poco antes había sido; cuando lo vio honrosamente liberado de su anterior compromiso, y lo vio aprovechar al instante esa liberación para dirigirse a ella y declararle un afecto tan tierno, tan constante como ella siempre lo había supuesto, se sintió abrumada, vencida por su propia dicha; y, aunque la mente humana está felizmente dispuesta a familiarizarse con facilidad con cualquier cambio a mejor, hicieron falta varias horas para devolver el sosiego a su ánimo o algún grado de tranquilidad a su corazón.

Edward quedó instalado entonces en la casita por una semana al menos; pues, por muchos otros compromisos que pudieran reclamarlo, era imposible dedicar menos de una semana a disfrutar de la compañía de Elinor, ni bastaría menos para decir la mitad de lo que había

que decir sobre el pasado, el presente y el futuro; pues, aunque unas pocas horas pasadas en la ardua labor de hablar sin cesar despachan más temas de los que pueden de verdad tener en común dos criaturas racionales cualesquiera, con los enamorados es distinto. Entre *ellos* ningún tema se agota, ninguna comunicación se da siquiera por hecha hasta que se ha hecho por lo menos veinte veces.

La boda de Lucy, motivo incesante y razonable de asombro para todos, fue, desde luego, uno de los primeros temas de conversación de los enamorados; y el conocimiento particular que Elinor tenía de cada una de las partes hacía que le pareciera, desde cualquier punto de vista, una de las circunstancias más extraordinarias e inexplicables de que hubiera oído hablar jamás. Cómo habían podido juntarse, y qué atractivo había podido llevar a Robert a casarse con una muchacha de cuya belleza ella misma le había oído hablar sin la menor admiración, una muchacha, además, ya comprometida con su hermano, y por cuya causa ese hermano había sido repudiado por su familia, era algo que escapaba a su comprensión. Para su corazón era un asunto delicioso, para su imaginación era incluso ridículo, pero para su razón, para su juicio, era un completo enigma.

Edward solo pudo aventurar una explicación suponiendo que, quizá, tras un primer encuentro casual, la vanidad del uno se había visto tan halagada por las lisonjas de la otra que eso los había llevado poco a poco a todo lo demás. Elinor recordó lo que Robert le había dicho en Harley Street sobre lo que, en su opinión, habría podido lograr su propia mediación en los asuntos de su hermano, de haber recurrido a ella a tiempo. Se lo repitió a Edward.

«*Eso* es muy propio de Robert», fue su inmediata observación. «Y *eso*», añadió al poco, «quizá estuviera en la cabeza de *él* cuando empezó el trato entre ambos. Y puede que Lucy al principio pensara solo en procurarse sus buenos oficios en mi favor. Otros designios pudieron surgir después».

Cuánto tiempo llevaba aquello entre ellos, sin embargo, era algo

que él tampoco sabía determinar mejor que ella; porque en Oxford, donde había permanecido por propia elección desde que salió de Londres, no había tenido otro medio de saber de ella que ella misma, y sus cartas, hasta la última, no habían sido ni menos frecuentes ni menos afectuosas que de costumbre. Ni la más mínima sospecha, por tanto, había venido a prepararlo para lo que siguió; y cuando por fin le cayó encima en una carta de la propia Lucy, se quedó durante un rato, según creía, medio aturdido entre el asombro, el horror y la alegría de semejante liberación. Puso la carta en manos de Elinor.

«Estimado señor:»

«Estando muy segura de que hace mucho que he perdido su afecto, me he considerado libre de entregar el mío a otro, y no dudo que seré tan feliz con él como antes solía pensar que podría serlo con usted; pero desdeño aceptar una mano cuando el corazón era de otra. Le deseo sinceramente felicidad en su elección, y no será por culpa mía si no somos siempre buenos amigos, como ahora lo hace conveniente nuestro estrecho parentesco. Puedo decir con seguridad que no le guardo rencor, y estoy segura de que usted será demasiado generoso para hacernos ningún mal. Su hermano se ha ganado por completo mi afecto, y como no podíamos vivir el uno sin el otro, acabamos de volver del altar y vamos ahora camino de Dawlish por unas semanas, lugar que su querido hermano tiene gran curiosidad por conocer, pero pensé que primero lo molestaría a usted con estas pocas líneas, y quedaré siempre,»

«Su sincera bienqueriente, amiga y hermana, LUCY FERRARS».

«He quemado todas sus cartas y le devolveré su retrato en la primera ocasión. Le ruego que destruya mis garabatos; pero el anillo con mi cabello puede usted quedárselo con mucho gusto».

Elinor la leyó y se la devolvió sin ningún comentario.

«No le pediré su opinión sobre ella como composición», dijo Edward. «Por nada del mundo habría querido que *usted* viera en otros tiempos una carta suya. En una cuñada ya es bastante malo, ¡pero en

una esposa! ¡Cómo me he sonrojado ante las páginas que escribía! Y creo que puedo decir que, desde el primer medio año de nuestro necio... asunto, esta es la única carta que he recibido de ella cuyo contenido me haya compensado de los defectos del estilo».

«Como quiera que haya ocurrido», dijo Elinor tras una pausa, «lo cierto es que están casados. Y su madre se ha buscado un castigo de lo más adecuado. La independencia que, por resentimiento contra usted, le asignó a Robert, le ha dado a él la posibilidad de hacer su propia elección; y, en realidad, ella ha estado sobornando a un hijo con mil libras al año para que hiciera precisamente lo mismo por cuya intención desheredó al otro. Supongo que no le dolerá mucho menos que Robert se case con Lucy de lo que le habría dolido que se casara usted con ella».

«Le dolerá más, porque Robert siempre fue su preferido. Le dolerá más y, por el mismo principio, lo perdonará mucho antes».

En qué estado se encontraba en ese momento el asunto entre ellos, Edward no lo sabía, porque aún no había intentado comunicarse con nadie de su familia. Había salido de Oxford antes de veinticuatro horas desde la llegada de la carta de Lucy y, con un único objetivo ante sí, el camino más corto a Barton, no había tenido tiempo de trazar ningún plan de conducta que no guardara la más íntima relación con ese camino. No podía hacer nada hasta estar seguro de su destino con la señorita Dashwood; y, por la rapidez con que buscó *ese* destino, es de suponer que, a pesar de los celos con que una vez había pensado en el coronel Brandon, a pesar de la modestia con que valoraba sus propios méritos y de la cortesía con que hablaba de sus dudas, en conjunto no esperaba una acogida muy cruel. Su deber, sin embargo, era decir que *sí* la esperaba, y lo dijo con mucha gracia. Lo que pudiera decir sobre el asunto un año después debe dejarse a la imaginación de maridos y esposas.

Que Lucy había pretendido sin duda engañar, marcharse con un floreo de malicia contra él en su mensaje por medio de Thomas, era del

todo evidente para Elinor; y el propio Edward, ahora plenamente al tanto de su carácter, no tuvo escrúpulo en creerla capaz de la mayor bajeza y de la más gratuita malevolencia. Aunque hacía mucho que se le habían abierto los ojos, incluso antes de empezar su trato con Elinor, ante la ignorancia de ella y cierta falta de amplitud en algunas de sus opiniones, él lo había atribuido igualmente a su falta de educación; y hasta que le llegó su última carta, siempre la había creído una muchacha bien dispuesta, de buen corazón y profundamente apegada a él. Nada salvo esa convicción podría haberle impedido poner fin a un compromiso que, mucho antes de que su descubrimiento lo expusiera a la ira de su madre, había sido para él una continua fuente de desasosiego y pesar.

«Creí que era mi deber», dijo él, «con independencia de mis sentimientos, darle la opción de mantener o no el compromiso cuando mi madre me repudió y me quedé, según todas las apariencias, sin un amigo en el mundo que me ayudara. En una situación como esa, en la que no parecía haber nada que tentara la avaricia ni la vanidad de criatura viviente alguna, ¿cómo iba yo a suponer, cuando ella insistía con tanto empeño, con tanto ardor, en compartir mi suerte, fuera cual fuese, que la movía otra cosa que el afecto más desinteresado? E incluso ahora no logro comprender por qué motivo actuó, ni qué ventaja imaginaria podía suponer para ella estar atada a un hombre por quien no sentía el menor aprecio y que no tenía más que dos mil libras en el mundo. No podía prever que el coronel Brandon me daría un beneficio».

«No; pero podía suponer que algo ocurriría en su favor; que su propia familia acabaría tal vez por ablandarse. Y, en todo caso, no perdía nada manteniendo el compromiso, pues ha demostrado que no ataba ni sus inclinaciones ni sus actos. Aquel vínculo era sin duda respetable, y probablemente le daba consideración entre sus amistades; y, si no se presentaba nada más ventajoso, sería mejor para ella casarse con *usted* que quedarse soltera».

Edward quedó, por supuesto, inmediatamente convencido de que

nada podía haber sido más natural que la conducta de Lucy, ni más evidente que su motivo.

Elinor lo reprendió, con la dureza con que las damas reprenden siempre la imprudencia que las halaga, por haber pasado tanto tiempo con ellas en Norland, cuando ya debía de haber sentido su propia inconstancia.

«Su comportamiento fue sin duda muy censurable», dijo ella; «porque, por no hablar de mi propia convicción, a todos nuestros parientes los llevó a imaginar y esperar *lo que*, en la situación en que usted se hallaba *entonces*, nunca podría ser».

Él solo pudo alegar que ignoraba lo que había en su propio corazón y que había confiado equivocadamente en la fuerza de su compromiso.

«Fui lo bastante ingenuo para pensar que, puesto que mi *palabra* estaba empeñada con otra, no podía haber peligro en estar con usted; y que la conciencia de mi compromiso mantendría mi corazón tan seguro y tan sagrado como mi honor. Sentía que la admiraba, pero me decía que era solo amistad; y hasta que empecé a hacer comparaciones entre usted y Lucy, no supe hasta dónde había llegado. Después de eso, supongo que *sí* hice mal en quedarme tanto tiempo en Sussex, y los argumentos con que me convencí de que era oportuno no eran mejores que estos: el peligro es solo mío; no hago daño a nadie más que a mí mismo».

Elinor sonrió y movió la cabeza.

Edward oyó con agrado que se esperaba al coronel Brandon en la casita, porque de veras deseaba no solo conocerlo mejor, sino tener ocasión de convencerlo de que ya no le guardaba resentimiento por haberle dado el beneficio de Delaford. «El cual, por ahora», dijo él, «después de un agradecimiento tan poco elegante como el mío en aquella ocasión, debe de pensar que nunca le he perdonado que me lo ofreciera».

Ahora le asombraba a él mismo no haber estado nunca en el lugar.

Pero tan poco interés se había tomado en el asunto que todo cuanto sabía de la casa, el jardín y las tierras de la parroquia, la extensión de esta, el estado de los terrenos y el monto de los diezmos se lo debía a la propia Elinor, que tanto había oído hablar de ello al coronel Brandon, y lo había oído con tanta atención, que dominaba por completo el tema.

Después de esto solo una cuestión quedaba por resolver entre ellos, solo una dificultad había que vencer. Los unía un afecto mutuo, con la más calurosa aprobación de sus verdaderos amigos; el íntimo conocimiento que tenían el uno del otro parecía asegurar su felicidad; y solo les faltaba algo de qué vivir. Edward tenía dos mil libras y Elinor mil, lo cual, junto con el beneficio de Delaford, era todo lo que podían llamar suyo; porque era imposible que la señora Dashwood les adelantara nada, y ninguno de los dos estaba lo bastante enamorado como para creer que trescientas cincuenta libras al año les proporcionarían las comodidades de la vida.

Edward no había perdido del todo la esperanza de algún cambio favorable de su madre hacia él; y en *eso* confiaba para el resto de sus ingresos. Pero Elinor no contaba con tal cosa; porque, puesto que Edward seguiría sin poder casarse con la señorita Morton, y su elección de ella misma había sido calificada, en el halagador lenguaje de la señora Ferrars, de mal menor que la de Lucy Steele, temía que la ofensa de Robert no sirviera más que para enriquecer a Fanny.

Unos cuatro días después de la llegada de Edward apareció el coronel Brandon, para completar la satisfacción de la señora Dashwood y darle la distinción de tener, por primera vez desde que vivía en Barton, más visitas de las que cabían en su casa. A Edward se le permitió conservar el privilegio de quien ha llegado primero, y el coronel Brandon, por tanto, iba a pie cada noche a sus antiguos aposentos de la casa grande, de donde solía volver por la mañana, lo bastante temprano para interrumpir el primer *tête-à-tête* de los enamorados antes del desayuno.

Una estancia de tres semanas en Delaford, donde, al menos en las horas de la tarde, poco tenía que hacer salvo calcular la desproporción entre treinta y seis y diecisiete, lo trajo a Barton con un ánimo que necesitó de toda la mejoría en el aspecto de Marianne, de toda la amabilidad de su recibimiento y de todo el aliento de las palabras de su madre para volverse alegre. Entre tales amigos, sin embargo, y con tales halagos, revivió. Aún no le había llegado ningún rumor de la boda de Lucy: no sabía nada de lo ocurrido; y las primeras horas de su visita las pasó, por consiguiente, escuchando y asombrándose. La señora Dashwood se lo explicó todo, y él encontró nuevos motivos para alegrarse de lo que había hecho por el señor Ferrars, puesto que a la postre favorecía los intereses de Elinor.

Sería inútil decir que los caballeros fueron ganando en la buena opinión del uno sobre el otro a medida que se conocían mejor, porque no podía ser de otro modo. Su semejanza en buenos principios y buen juicio, en carácter y manera de pensar, probablemente habría bastado para unirlos en amistad, sin ningún otro atractivo; pero el estar enamorados de dos hermanas, y de dos hermanas que se querían, hizo inevitable e inmediata esa mutua estima que de otro modo habría tenido que esperar el efecto del tiempo y del juicio.

Las cartas de la ciudad, que pocos días antes habrían hecho vibrar de arrobo cada nervio del cuerpo de Elinor, llegaban ahora para ser leídas con menos emoción que regocijo. La señora Jennings escribió para contar la asombrosa historia, desahogar su honrada indignación contra la muchacha que había dado calabazas y derramar su compasión por el pobre señor Edward, que, estaba segura, había adorado por completo a aquella pícara indigna, y ahora, según decían todos, estaba en Oxford casi con el corazón destrozado. «De veras creo», continuaba, «que nunca se llevó nada tan a escondidas; porque solo dos días antes Lucy vino a verme y se quedó conmigo un par de horas. Ni un alma sospechó nada del asunto, ni siquiera Nancy, que, ¡pobrecita!, vino a verme llorando al día siguiente, muy asustada por miedo a la señora

Ferrars, y sin saber además cómo llegar a Plymouth; porque, al parecer, Lucy le pidió prestado todo su dinero antes de marcharse a casarse, suponemos que a propósito para lucirse, y la pobre Nancy no tenía ni siete chelines en el mundo; así que me alegré mucho de darle cinco guineas para que fuera a Exeter, donde piensa quedarse tres o cuatro semanas con la señora Burgess, con la esperanza, como yo le digo, de volver a toparse con el doctor. Y debo decir que la mezquindad de Lucy de no llevarlas consigo en el coche es lo peor de todo. ¡Pobre señor Edward! No me lo puedo quitar de la cabeza, pero tienen ustedes que mandarlo llamar a Barton, y la señorita Marianne tiene que tratar de consolarlo».

El tono del señor Dashwood era más solemne. La señora Ferrars era la más desdichada de las mujeres; la pobre Fanny había sufrido agonías de sensibilidad; y él consideraba, con agradecido asombro, que cada una de ellas siguiera con vida tras semejante golpe. La ofensa de Robert era imperdonable, pero la de Lucy era infinitamente peor. Ninguno de los dos debía volver a ser mencionado delante de la señora Ferrars; e incluso si más adelante se la pudiera inducir a perdonar a su hijo, a la esposa de este nunca se la reconocería como hija ni se le permitiría presentarse ante ella. El secreto con que se había llevado todo entre ellos se trataba, con mucha razón, como algo que agravaba enormemente el crimen, porque, si los demás hubieran tenido la menor sospecha, se habrían tomado las medidas oportunas para impedir la boda; y pedía a Elinor que se uniera a él en lamentar que no se hubiera cumplido más bien el compromiso de Lucy con Edward, antes que verla convertida de este modo en el medio de extender la desdicha en la familia. Y continuaba así:

«La señora Ferrars aún no ha mencionado el nombre de Edward, lo cual no nos sorprende; pero, para nuestro gran asombro, no hemos recibido de él ni una línea con este motivo. Tal vez, sin embargo, lo mantenga callado el miedo a ofender, y por tanto le daré a entender, en unas líneas a Oxford, que tanto su hermana como yo pensamos que

una carta de la debida sumisión por su parte, dirigida quizá a Fanny, y mostrada por ella a su madre, podría no ser mal recibida; pues todos conocemos la ternura del corazón de la señora Ferrars, y sabemos que nada desea tanto como estar en buenos términos con sus hijos».

Este párrafo tuvo cierta importancia para las perspectivas y la conducta de Edward. Lo decidió a intentar una reconciliación, aunque no exactamente de la manera indicada por el hermano de ella y la hermana de él.

«¡Una carta de la debida sumisión!», repitió él; «¿pretenden que le pida perdón a mi madre por la ingratitud de Robert hacia *ella* y su falta de honor hacia *mí*? No puedo hacer ninguna sumisión; lo ocurrido no me ha vuelto ni humilde ni penitente. Me ha vuelto muy feliz; pero eso no les interesaría. No conozco ninguna sumisión que *sea* debida por mi parte».

«Sin duda puede pedir que lo perdonen», dijo Elinor, «porque ha ofendido; y yo creo que *ahora* podría atreverse a manifestar cierto pesar por haber contraído alguna vez el compromiso que le atrajo la ira de su madre».

Él convino en que podía hacerlo.

«Y cuando ella lo haya perdonado, quizá le convenga un poco de humildad al reconocer un segundo compromiso, casi tan imprudente a *sus* ojos como el primero».

Nada tenía que objetar a eso, pero seguía resistiéndose a la idea de una carta de la debida sumisión; y por eso, para facilitarle las cosas, puesto que declaraba estar mucho más dispuesto a hacer humildes concesiones de palabra que por escrito, se resolvió que, en lugar de escribir a Fanny, fuera a Londres y le suplicara personalmente sus buenos oficios en su favor. «Y si de verdad *se* interesan», dijo Marianne, en su nuevo papel de franqueza, «en conseguir una reconciliación, pensaré que ni siquiera John y Fanny carecen por completo de mérito».

Tras una visita del coronel Brandon de solo tres o cuatro días, los dos caballeros salieron juntos de Barton. Irían de inmediato a Dela-

ford, para que Edward conociera personalmente su futuro hogar y ayudara a su protector y amigo a decidir qué mejoras necesitaba; y desde allí, tras quedarse un par de noches, seguiría su viaje a la ciudad.

Capítulo L

Tras una resistencia apropiada por parte de la señora Ferrars, justo lo bastante violenta y firme para librarla de aquel reproche en que siempre parecía temer incurrir, el reproche de ser demasiado amable, Edward fue admitido en su presencia y declarado de nuevo hijo suyo.

Su familia había sido en los últimos tiempos sumamente fluctuante. Durante muchos años de su vida había tenido dos hijos; pero el crimen y la aniquilación de Edward, unas semanas antes, la habían privado de uno; la semejante aniquilación de Robert la había dejado quince días sin ninguno; y ahora, con la resurrección de Edward, volvía a tener uno.

A pesar de que se le permitía vivir de nuevo, sin embargo, él no sintió asegurada la continuidad de su existencia hasta haber revelado su actual compromiso; porque temía que la divulgación de esa circunstancia diera un vuelco repentino a su constitución y se lo llevara tan rápidamente como antes. Con aprensiva cautela, por tanto, lo reveló, y fue escuchado con inesperada calma. La señora Ferrars, al principio, trató razonablemente de disuadirlo de casarse con la señorita Dashwood con todos los argumentos a su alcance; le dijo que en la señorita Morton tendría una mujer de rango más alto y fortuna mayor; y reforzó la afirmación observando que la señorita Morton era hija de un noble y tenía treinta mil libras, mientras que la señorita Dashwood era solo hija de un caballero particular y no tenía más que *tres*; pero cuando vio que, aunque él admitía por completo la verdad de lo que ella exponía, no estaba en absoluto dispuesto a dejarse guiar por ello, juzgó más prudente, por la experiencia del pasado, someterse; y por tanto, tras una demora tan desabrida como la que debía a su propia dignidad y la que servía para prevenir cualquier sospecha de buena voluntad, promulgó su decreto de consentimiento a la boda de Edward y Elinor.

Lo siguiente que había que considerar era a qué se comprometería ella para aumentar sus ingresos; y aquí se vio claramente que, aunque Edward era ahora su único hijo, no era en modo alguno el mayor; porque, mientras Robert quedaba inevitablemente dotado con mil libras al año, no se puso la menor objeción a que Edward se ordenara por doscientas cincuenta a lo sumo; ni se prometió nada, ni para el presente ni para el futuro, más allá de las diez mil libras que se le habían dado a Fanny.

Era, sin embargo, tanto como Edward y Elinor deseaban, y más de lo que esperaban; y la propia señora Ferrars, con sus excusas evasivas, parecía la única persona sorprendida de no dar más.

Asegurados así unos ingresos del todo suficientes para sus necesidades, no tenían nada que esperar, una vez que Edward estuviera en posesión del beneficio, salvo que la casa estuviera lista, en la cual el coronel Brandon, con un vivo deseo de la comodidad de Elinor, estaba haciendo considerables mejoras; y tras esperar algún tiempo a que se terminaran, tras sufrir, como de costumbre, mil decepciones y retrasos por la inexplicable lentitud de los obreros, Elinor, como de costumbre, rompió su primera y firme resolución de no casarse hasta que todo estuviera listo, y la ceremonia se celebró en la iglesia de Barton a comienzos del otoño.

El primer mes después de la boda lo pasaron con su amigo en la mansión, desde donde podían vigilar los progresos de la casa parroquial y disponerlo todo a su gusto sobre el terreno; podían elegir los papeles pintados, proyectar arbustos y trazar una entrada en curva para los coches. Las profecías de la señora Jennings, aunque bastante embrolladas, se cumplieron en su mayor parte; porque pudo visitar a Edward y a su esposa en su casa parroquial para San Miguel, y encontró en Elinor y su marido, como realmente creía, uno de los matrimonios más felices del mundo. No tenían, en efecto, nada que desear, salvo la boda del coronel Brandon con Marianne y unos pastos algo mejores para sus vacas.

Al instalarse recibieron la visita de casi todos sus parientes y amigos. La señora Ferrars vino a inspeccionar la felicidad que casi se avergonzaba de haber autorizado; y hasta los Dashwood se costearon un viaje desde Sussex para honrarlos.

«No diré que estoy decepcionado, querida hermana», dijo John, mientras paseaban juntos una mañana ante las verjas de Delaford House, «*eso* sería decir demasiado, porque sin duda has sido, tal como están las cosas, una de las jóvenes más afortunadas del mundo. Pero confieso que me daría un gran placer llamar hermano al coronel Brandon. ¡Su propiedad aquí, su finca, su casa, todo está en un estado tan respetable y excelente! ¡Y sus bosques! ¡No he visto en ninguna parte de Dorsetshire una madera como la que hay ahora en pie en Delaford Hanger! Y aunque quizá Marianne no parezca exactamente la persona capaz de atraerlo, creo que en conjunto sería aconsejable que ahora los tuvieras a menudo de visita en tu casa, porque, como el coronel Brandon parece pasar mucho tiempo en casa, nadie puede saber lo que puede ocurrir; porque, cuando dos personas pasan mucho tiempo juntas y ven poco a nadie más... y siempre estará en tu mano hacerla lucir, y demás; en resumen, bien podrías darle una oportunidad. Ya me entiendes».

Pero aunque la señora Ferrars *sí* iba a verlos, y siempre los trataba con un simulacro de afecto decoroso, nunca los insultó con su verdadero favor y preferencia. *Eso* se debió a la necedad de Robert y a la astucia de su esposa; y lo obtuvieron antes de que pasaran muchos meses. La sagacidad egoísta de esta última, que al principio había metido a Robert en el lío, fue el principal instrumento para sacarlo de él; porque su respetuosa humildad, sus asiduas atenciones y sus interminables lisonjas, en cuanto se le dio la menor ocasión de ejercerlas, reconciliaron a la señora Ferrars con la elección de su hijo y lo restablecieron por completo en su favor.

Toda la conducta de Lucy en el asunto, y la prosperidad que la coronó, pueden por tanto presentarse como el ejemplo más alentador de

lo que una atención seria e incesante al propio interés, por obstaculizado que parezca su avance, logra para asegurarse todas las ventajas de la fortuna, sin más sacrificio que el del tiempo y la conciencia. Cuando Robert buscó por primera vez su trato y la visitó en privado en Bartlett's Buildings, fue solo con el propósito que le atribuía su hermano. Solo pretendía persuadirla de que renunciara al compromiso; y como no habría nada que vencer salvo el afecto de ambos, esperaba naturalmente que una o dos entrevistas zanjaran el asunto. En ese punto, sin embargo, y solo en ese, se equivocó; porque, aunque Lucy pronto le dio esperanzas de que su elocuencia la convencería *con el tiempo*, siempre hacía falta otra visita, otra conversación, para producir esa convicción. Al despedirse siempre quedaban en su mente algunas dudas que solo podía disipar otra media hora de charla con él. De este modo quedó asegurada su asistencia, y lo demás siguió por sí solo. En lugar de hablar de Edward, fueron pasando poco a poco a hablar solo de Robert, tema sobre el que él siempre tenía más que decir que sobre ningún otro, y por el que ella pronto dejó ver un interés igual incluso al suyo; y, en resumen, pronto fue evidente para ambos que él había suplantado por completo a su hermano. Estaba orgulloso de su conquista, orgulloso de haberle jugado esa pasada a Edward y muy orgulloso de casarse en secreto sin el consentimiento de su madre. Lo que siguió inmediatamente ya se sabe. Pasaron algunos meses muy felices en Dawlish; porque ella tenía muchos parientes y antiguos conocidos a quienes retirar el saludo, y él dibujó varios planos de magníficas casitas de campo; y, al regresar desde allí a la ciudad, obtuvieron el perdón de la señora Ferrars por el simple expediente de pedirlo, que se adoptó por instigación de Lucy. El perdón, al principio, en efecto, como era razonable, comprendía solo a Robert; y Lucy, que no le debía a su madre ninguna obediencia y que, por tanto, no podía haber faltado a ninguna, siguió algunas semanas más sin ser perdonada. Pero la perseverancia en la humildad de su conducta y de sus mensajes, en condenarse a sí misma por la ofensa de Robert y en agradecer la dureza con

que se la trataba, le procuró con el tiempo la altiva atención que la abrumó por su benevolencia, y condujo poco después, a pasos rápidos, al más alto grado de afecto e influencia. Lucy llegó a ser tan necesaria para la señora Ferrars como Robert o Fanny; y mientras a Edward nunca se le perdonó de corazón haber pretendido una vez casarse con ella, y de Elinor, aunque superior a ella en fortuna y en cuna, se hablaba como de una intrusa, a *ella* se la consideraba en todo, y siempre se la reconocía abiertamente, como hija predilecta. Se establecieron en la ciudad, recibieron una ayuda muy generosa de la señora Ferrars y estaban en los mejores términos imaginables con los Dashwood; y, dejando de lado los celos y la malquerencia que subsistían continuamente entre Fanny y Lucy, en los que sus maridos tomaban parte, por supuesto, así como los frecuentes desacuerdos domésticos entre los propios Robert y Lucy, nada podía superar la armonía en que vivían todos juntos.

Qué había hecho Edward para perder el derecho de hijo mayor podría haber dejado perpleja a mucha gente; y qué había hecho Robert para heredarlo podría haberla dejado más perpleja aún. Era, sin embargo, un arreglo justificado por sus efectos, si no por su causa; porque nunca apareció nada en la manera de vivir o de hablar de Robert que hiciera sospechar que lamentara la cuantía de sus ingresos, ni por dejarle demasiado poco a su hermano ni por darle demasiado a él; y si a Edward se lo podía juzgar por el pronto cumplimiento de sus deberes en todos los aspectos, por un apego creciente a su esposa y a su hogar, y por la constante alegría de su ánimo, cabía suponerlo no menos contento con su suerte, no menos libre de todo deseo de cambiarla.

La boda de Elinor la separó de su familia tan poco como se podía conseguir sin dejar del todo inútil la casita de Barton, porque su madre y sus hermanas pasaban con ella mucho más de la mitad de su tiempo. La señora Dashwood obraba por motivos de política tanto como de placer en la frecuencia de sus visitas a Delaford; porque su deseo de unir a Marianne y al coronel Brandon apenas era menos fervien-

te, aunque sí bastante más generoso, que el que había expresado John. Era ahora su objetivo más querido. Por preciosa que le fuera la compañía de su hija, nada deseaba tanto como renunciar a su constante disfrute en favor de su estimado amigo; y ver a Marianne instalada en la mansión era igualmente el deseo de Edward y Elinor. Cada uno de ellos sentía las penas de él y sus propias obligaciones, y Marianne, por consenso general, había de ser la recompensa de todo.

Con semejante confabulación contra ella, con un conocimiento tan íntimo de la bondad de él, con la convicción de su tierno apego hacia ella, que al fin, aunque mucho después de que todos los demás lo hubieran notado, se le reveló de golpe, ¿qué podía hacer?

Marianne Dashwood había nacido para un destino extraordinario. Había nacido para descubrir la falsedad de sus propias opiniones y contradecir, con su conducta, sus máximas más queridas. Había nacido para vencer un afecto formado a una edad tan avanzada como los diecisiete años y, sin un sentimiento superior a una gran estima y una viva amistad, dar voluntariamente su mano a otro. ¡Y *ese* otro, un hombre que había sufrido no menos que ella a causa de un apego anterior, a quien dos años antes había considerado demasiado viejo para casarse, y que aún buscaba la protección constitucional de un chaleco de franela!

Pero así fue. En lugar de caer sacrificada a una pasión irresistible, como en otro tiempo se había complacido ilusamente en esperar; en lugar de quedarse incluso para siempre con su madre y hallar sus únicos placeres en el retiro y el estudio, como después, con un juicio más sereno y sensato, había resuelto, se encontró a los diecinueve años entregándose a nuevos afectos, asumiendo nuevos deberes, instalada en un nuevo hogar, esposa, señora de una casa y protectora de una aldea.

El coronel Brandon era ahora tan feliz como todos los que más lo querían creían que merecía serlo; en Marianne encontró consuelo para todas sus aflicciones pasadas; su estima y su compañía devolvieron la animación a su espíritu y la alegría a su ánimo; y que Marianne halla-

ba su propia felicidad en labrar la de él era igualmente la convicción y el deleite de cada amigo que los observaba. Marianne nunca supo amar a medias; y todo su corazón llegó, con el tiempo, a estar tan entregado a su marido como una vez lo había estado a Willoughby.

Willoughby no pudo enterarse de su boda sin una punzada de dolor; y su castigo se completó poco después con el perdón voluntario de la señora Smith, quien, al señalar su matrimonio con una mujer de buena reputación como origen de su clemencia, le dio motivos para creer que, si se hubiera portado honradamente con Marianne, habría podido ser a la vez feliz y rico. No hay por qué dudar de que su arrepentimiento por su mala conducta, que así acarreaba su propio castigo, fuera sincero; ni de que pensara durante mucho tiempo con envidia en el coronel Brandon y con pesar en Marianne. Pero que quedara para siempre inconsolable, que huyera de la sociedad, o contrajera una melancolía habitual, o muriera de un corazón destrozado, no debe darse por seguro, porque no hizo nada de eso. Vivió para esforzarse y, con frecuencia, para divertirse. Su esposa no siempre estaba de mal humor, ni su casa era siempre incómoda; y en la cría de caballos y perros, y en toda clase de deportes, encontró un grado nada despreciable de felicidad doméstica.

Por Marianne, sin embargo, a pesar de la descortesía de sobrevivir a su pérdida, conservó siempre ese decidido aprecio que lo hacía interesarse por todo lo que le sucedía y la convertía en su secreto modelo de perfección femenina; y muchas bellezas en ciernes se verían luego desdeñadas por él como incomparables con la señora Brandon.

La señora Dashwood fue lo bastante prudente para quedarse en la casita, sin intentar trasladarse a Delaford; y, por fortuna para sir John y la señora Jennings, cuando les arrebataron a Marianne, Margaret había alcanzado una edad muy apropiada para el baile, y no del todo inadecuada para suponer que tenía un pretendiente.

Entre Barton y Delaford había esa comunicación constante que un fuerte afecto familiar dictaría naturalmente; y entre los méritos y la fe-

licidad de Elinor y Marianne, no se cuente como el menos importante que, aunque hermanas, y viviendo casi a la vista la una de la otra, pudieran vivir sin desavenencias entre ellas ni provocar frialdad entre sus maridos.